

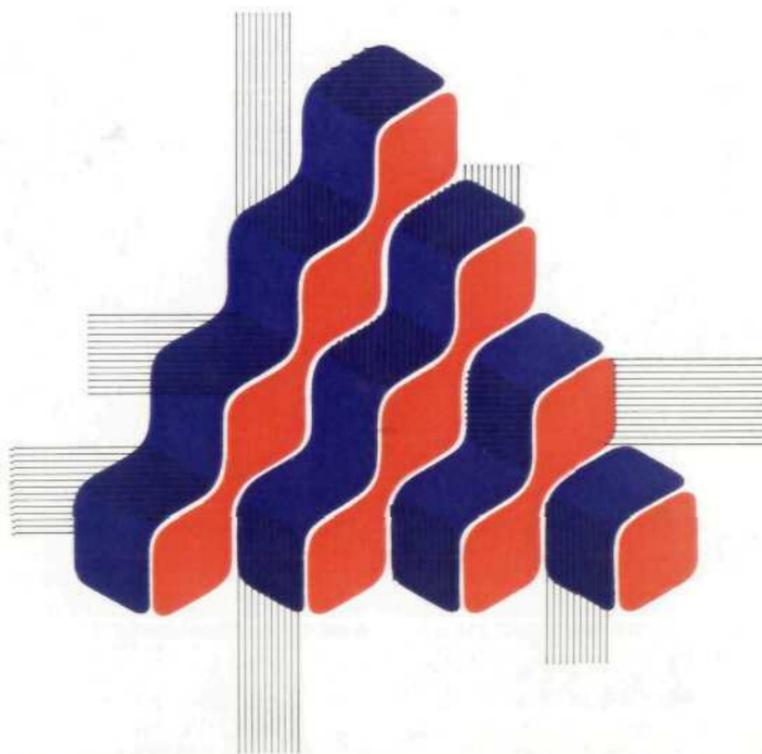
BIBLIOTECA
DE PSICOLOGIA

39

Paul Matussek

LA CREATIVIDAD

**Desde una perspectiva
psicodinámica**



herder

Ser creador ya no es exclusivo de los grandes artistas, científicos o políticos. Todos los hombres nacieron para crear algo, aunque a distintos niveles y con variado alcance. Por eso la pedagogía moderna intenta desde la infancia que el niño se exprese, para que con su *expresión* se desbloqueen sus inhibiciones y afloren sus potencialidades escondidas.

El reputado psicoanalista alemán Paul Matussek brinda al lector en el presente libro una nueva imagen de lo que intrínsecamente cabe entender por *creatividad*, intentando agotar el acervo de posibilidades que se halla oculto y desconocido en cada uno de nosotros y que solamente espera ser descubierto para cobrar vida y adquirir pleno desarrollo. Cuanto más un hombre en su quehacer cotidiano, en su profesión, en su vida individual procura renovarse y lograr una transformación que suponga para él un «renacer», tanto más su vida llegará a ser más rica y más fecunda.

Con abundancia de ejemplos, el autor, apoyándose en su larga experiencia clínica, ilustra los flujos a que está sujeta la creatividad humana desde la primera infancia.

En cada caso, a tenor de las estructuras personales de cada individuo y de la actividad profesional a que se entrega, Paul Matussek señala de qué modo resulta posible estimular la creatividad y en qué forma ésta puede quedar bloqueada.

Hay que desterrar el miedo a la imaginación, a la utopía, al riesgo, a la intercomunicación, porque son factores de desarrollo creativo.

BIBLIOTECA DE PSICOLOGIA

Es propósito de esta colección reunir estudios generales a nivel de iniciación y trabajos más especializados, siempre referidos a realidades concretas, destinados a iniciar en la problemática específica de una cuestión particular. Tales estudios abarcan actualmente, además de la psicología, disciplinas afines que por su carácter interesan a menudo complementariamente.

Véase la lista de los títulos en las páginas finales

BIBLIOTECA DE PSICOLOGÍA
39

LA CREATIVIDAD

Por PAUL MATUSSEK

BARCELONA
EDITORIAL HERDER

1984

PAUL MATUSSEK

LA CREATIVIDAD

Desde una perspectiva psicodinámica

BARCELONA
EDITORIAL HERDER

1984

Versión castellana de M.VILLANUEVA, de la obra de
PAUL MATUSSEK, *Kreativität als Chance*,
R. Piper & Co. Verlag, Munich - Zurich 1974

Segunda edición 1984

Prólogo.	7
<i>Capítulo primero: Del hombre genial al hombre creador</i>	11
1. La investigación de la creatividad en el momento actual	11
2. El concepto de genio en el decurso de los tiempos	16
3. Pensamiento creador.	18
4. Características de las personalidades creadoras	28
5. Líneas directrices psicodinámicas.	34
<i>Capítulo segundo: Lo creador como producto.</i>	41
1. La valoración de los demás.	41
2. La valoración propia	55
<i>Capítulo tercero: El yo como origen de lo creador.</i>	79
1. La fortaleza del yo.	79
2. La educación como alienación.	86
3. Un funcionario creador.	94
<i>Capítulo cuarto: Sexualidad y creatividad.</i>	111
1. Sublimación y represión.	113
2. Cierre de intimidad e incapacidad de comunidad	126
3. Idealización y homosexualidad.	130
<i>Capítulo quinto: Creatividad e ideología.</i>	139
1. Actitud ideológica.	139
2. La ideología como moda	144
3. La ideología vinculada a la estructura personal	157
<i>Capítulo sexto: Poder, status y creatividad.</i>	173
1. Uso y abuso del poder.	173
2. El miedo al riesgo, paralizador de la creatividad	181
3. Ambición madura e inmadura.	188

índice

<i>Capítulo séptimo: Creatividad y grupo.</i>199
1. La referencia a los otros.199
2. La intercomunicación de distintas estructuras personales	207
3. Características de los grupos creadores.	227
<i>Capítulo octavo: Creatividad y madurez</i>	235
1. Fases evolutivas del proceso creador.	235
2. Frutos inmaduros.	243
3. Frutos demasiado maduros.	252
4. Fecundidad extinguida.	263
<i>Capítulo noveno: Lo creador como don del sí mismo</i>	285
Bibliografía	295
índice de nombres.	299

Ha pasado ya la época de los genios, tanto en las ciencias como en las artes y en la política. Han aumentado en todos los campos los niveles de rendimiento. Ni siquiera las obras más sobresalientes pueden calificarse de excepcionales, únicas o singularmente grandiosas. No debe engañarnos el empleo ocasional del vocablo «genial». Ahora comienza a ser desplazado por otro concepto. Se habla de «creatividad», de «fuerza o capacidad creadora». Usado con frecuencia, aunque no siempre, en su sentido preciso, este concepto señala un cambio imperceptible en la autocomprensión que el hombre tiene de sí mismo. Según esta concepción, ser creador no es una característica de unos pocos grandes espíritus, sino una cualidad común a muchos hombres y, en última instancia, a todos los individuos. Sólo el grado y el ámbito de la creatividad son diferentes. Lo mismo que un pintor o un político, también una madre puede crear algo reveladoramente nuevo. La mayoría de las personas pueden ser más creadoras de lo que son. La creatividad no depende solamente de la masa hereditaria, ni tampoco primariamente del medio ambiente o de la educación. Es, en primer término, el producto del propio yo. En el fondo, basta con que un individuo se conozca bien para que compruebe que todavía no ha dado lo mejor de sí.

Esto es lo que quiere mostrar el presente libro. Se basa en experiencias psicoterapéuticas individuales. Los ejemplos de personas de diferente origen y diversa profesión pondrán en claro qué es lo que fomenta o, por el contrario, bloquea la capacidad creadora de cada individuo. ¿Existen características comunes a todos los hom-

bres creadores? ¿Qué factores entran en juego para valorar un producto creador? ¿Cuáles son las razones de la inseguridad en la valoración de las propias capacidades creadoras? ¿Cuáles son las servidumbres que impiden el acceso al propio yo como origen de lo creador? ¿Cómo se relacionan entre sí sexualidad y creatividad? ¿Por qué son tantos los que yerran su camino hacia lo creador en virtud de la ideología o de la moda? ¿Qué fuerzas actúan en las personalidades ideológicas? ¿Es posible que un científico se deje sobornar por motivos ideológicos? ¿Pueden transformarse los instintos agresivos en actividad creadora? ¿Es la sociabilidad un factor impulsor o un factor paralizador? ¿Tienen capacidad creadora los poderosos? ¿Destruye el poder el potencial creador? ¿Cómo puede un grupo descubrir y potenciar su creatividad? ¿Debe reprimirse, obstaculizarse la fuerza creadora del individuo dentro de la comunidad? ¿Son para los hombres creadores la energía, la aplicación y la constancia más importantes que la paciencia y la serenidad?

Éstas son algunas de las preguntas a cuya respuesta quisiera contribuir este libro desde una perspectiva psicodinámica. Su objetivo final es una visión de la intimidad humana. La creatividad es un potencial — casi siempre desconocido y, por ende, desaprovechado— que se encuentra en cada uno y que sólo espera ser descubierto, despertado y desarrollado. Cuanto mayor sea la intensidad con que un hombre puede renovar su vida cotidiana, su profesión y su vida individual y transformarla de seca esterilidad en «nuevo nacimiento», tanto más ricas y plenas podrán ser sus experiencias vitales.

Los resultados que exponemos se apoyan en datos extraídos del asesoramiento y tratamiento psicoanalíticos de personas afectadas por diversas perturbaciones y con diversas estructuras caracterológicas. Pero apunta más allá. Afectan a la generalidad. La sociedad se halla en una situación en la que cada vez es menor la esperanza en unos pocos caudillos elegidos. Cada individuo tiene que afrontar por sí mismo las grandes transformaciones del presente. Y muy pocos están preparados para ello. Son muchos los que vuelven angustiadamente los ojos a otros, a quienes poder traspasar la responsabilidad. Se olvida así fácilmente que la calidad de la vida de que tanto se habla no viene dada de sí misma ni impuesta desde fuera. Depende en gran medida de la capacidad de desarrollar

cada uno su propio potencial creador. Esto es lo que cambia la sociedad, de una forma más sólida y eficaz que lo que le es impuesto desde fuera.

Quiero dar aquí las gracias a los numerosos pacientes que he tratado en los últimos 25 años. Ellos me han proporcionado datos y conocimientos. Ninguno de ellos se reconocerá en estas páginas, ya que su historial está protegido por el más estricto secreto.

Doy también las gracias a mis colegas de diversas universidades y del instituto Max Planck por haberme hecho partícipe de sus experiencias y preocupaciones. Siento un especial agradecimiento hacia los funcionarios, empleados y obreros que me ayudaron a comprender mejor su situación profesional. También, finalmente, mi mejor acción de gracias a los colaboradores y amigos que me han prestado solícita ayuda en la corrección del original de este libro.

DEL HOMBRE GENIAL AL HOMBRE CREADOR

1. *La investigación de la creatividad en el momento actual*

En los últimos años se ha puesto de moda una palabra que hace unos decenios sólo unos pocos especialistas conocían: «creatividad». Los dirigentes de la industria, los propagandistas, los jefes de partidos políticos, los directores de institutos científicos buscan personas creadoras. Se las necesita en todas partes. Sin ellas se teme el estancamiento, más aún, el retroceso y el ocaso total. También la juventud conoce la palabra, no pocas veces en conexión con las drogas. Se quiere ampliar el campo de la conciencia. Pero ¿qué es creatividad?

La palabra deriva del latín *creare*: crear, hacer algo nuevo, algo que antes no existía. El número de definiciones que se han dado de la creatividad es muy elevado. En un simposio sobre este tema, los científicos asociaron al concepto de creatividad cerca de 400 significaciones diferentes. Cada uno de ellos aportó, por término medio, -17 conceptos. Los más frecuentes fueron: originalidad, capacidad inventiva, flexibilidad, descubrimiento, cosa extraordinaria, inteligencia.

No existe, pues, una definición unitaria de creatividad. Pero esto no significa que no se dé un común denominador de los diferentes conceptos de esta cualidad. Este común denominador acentúa la idea de *algo nuevo*, independientemente de lo que esto nuevo pueda ser: una poesía, una decisión política, un cuadro, una hazaña deportiva o también un recién nacido. Ya esta simple enumeración indica que no todo lo nuevo es creativo en el mismo sentido. El

nacimiento de un niño no es un hecho creador en el sentido usual del concepto de creatividad. Lo sería si la madre hiciera algo más que concebirlo, darlo a luz y proporcionarle los cuidados y la educación acostumbrados.

Un análisis más detenido de los diversos hechos creadores evidencia que un descubrimiento químico y una novela, o una composición poética y una fecunda actividad profesional tienen entre sí más elementos comunes de cuanto se estaría inclinado a admitir. Estos elementos comunes consisten — como ha formulado Landau, apoyándose en los trabajos de Smith, Parnes y Guildorf— en la «capacidad de descubrir relaciones entre experiencias antes no relacionadas, que se manifiestan en forma de nuevos esquemas mentales, como experiencias, ideas y procesos nuevos». Esta capacidad se encuentra en la base de todo proceso creador, «ya se trate de una composición sinfónica, de una poesía lírica, de la invención y desarrollo de un nuevo avión, de una técnica de ventas, de un nuevo medicamento o de una nueva receta de cocina». Este potencial creador está al alcance de todos y puede ser activo en cualquier situación vital.

Durante mucho tiempo no se vieron así las cosas. Se consideraba la capacidad creadora como una cualidad de gentes especialmente dotadas, dotadas sobre todo de singular inteligencia. Y esto se consideraba válido particularmente respecto de la creatividad científica. Si queremos comprender el concepto moderno de creatividad, no debemos perder de vista la relación entre inteligencia y creatividad en las investigaciones del último siglo.

Desde que Galton propuso una serie de tests para comprobar los talentos de las personas, las investigaciones sobre la inteligencia y las diversas clases de talentos se han ido matizando y diferenciando cada vez más. La cualidad humana más sometida a la investigación fue la de la inteligencia. Se llegó así a saber que la cualidad medida por los habituales tests de inteligencia no era la que garantizaba una actividad creadora. Ciertamente que el coeficiente de inteligencia es, por término medio, muy elevado entre los científicos creadores, pero no coincide incondicionalmente con una productividad original. Hay muchos científicos inteligentes que no son creadores. Una estrecha vinculación entre inteligencia y creatividad sólo puede comprobarse con coeficientes de inteligencia que se acer-

can a valores de 120. Fuera de este dato, no puede comprobarse una correlación segura entre estas dos cualidades. Ocurre aquí algo similar a la relación entre otras aptitudes y los altos rendimientos creadores, por ejemplo en el campo deportivo. Para una marca de 1500 metros libres son presupuestos indispensables unas determinadas condiciones fisiológicas (circulación sanguínea, resistencia cardíaca, musculatura, zancada, etc.) y psicológicas (motivación, resistencia, voluntad de entrenamiento, disposición para el aprendizaje, capacidad de concentración y otras varias). Pero estas solas condiciones no bastan. Piénsese también, por ejemplo, en el arte de escribir. También aquí es necesaria una determinada combinación de inteligencia y fantasía para conseguir una obra creadora. A esto alude Tolstoy: «Ocurre a veces que uno se levanta fresco, descansado, con la cabeza despejada. Comienza a escribir. Todo marcha como una seda. Al día siguiente, lee uno lo que ha escrito y tiene que borrarlo todo, porque falta lo esencial. ¡Ninguna fantasía! ¡Ningún talento! Falta aquel *algo* sin lo cual nuestra inteligencia no sirve para nada. Ocurre también que se levanta uno y se siente como si le hubieran dado una paliza; a pesar de ello, cree que puede escribir bien. Y escribe aceptablemente. El lenguaje es rico, abundan los felices aciertos. Lo lee más tarde; es pesado, no dice nada. La inteligencia no ha venido en su ayuda. La cosa marcha sólo cuando fantasía e inteligencia se mantienen en el fiel de la balanza. Si una de ellas predomina, todo está perdido. Hay que romperlo todo y comenzar desde el principio.»

No es, pues, de extrañar que el interés de los psicólogos se haya ido desplazando cada vez más de la inteligencia a la creatividad. En los «Psychological Abstracts» — una especie de resumen general de todas las publicaciones sobre psicología aparecidas en un año— de la década de los cincuenta y los sesenta, fueron disminuyendo constantemente los conceptos de inteligencia y talento en tanto ascendía con enorme rapidez el de «creatividad». Este cambio en la dirección del interés no se basaba tan sólo en la insuficiencia del concepto, hasta entonces habitual, de inteligencia y de su medida. Tenía también motivaciones prácticas. La competencia entre los EE.UU y la URSS desempeñó aquí un no desdeñable papel. Golovin (1966) —que fue en su tiempo un destacado consejero científico del ministerio de defensa americano— descubrió a

las gentes de su país que la posición de partida de la Unión Soviética en el campo *de* la competencia científica era mucho más favorable que la norteamericana. La formación de un número de científicos rusos considerablemente superior al americano proporcionaba a los soviéticos una base más amplia para la selección de investigadores dotados de capacidad creadora. Para compensar este desequilibrio en beneficio de Norteamérica, se debería investigar, comprender y promover eficazmente la creatividad. Por aquellos mismos años, la seguridad de la opinión pública norteamericana se había visto gravemente sacudida por los *sputniks* rusos. La carrera emprendida en la investigación de la creatividad fue la consecuencia de un trauma.

No han faltado tampoco razones económicas para impulsar esta aceleración de la investigación sobre la creatividad. A la larga, la sociedad no puede soportar los costos siempre crecientes de la ciencia. Instrumental caro, grandes institutos de investigación y, sobre todo, el creciente número de científicos, devora sumas cada vez mayores de dinero. Los gastos dedicados a la investigación alcanzan ya un punto crítico. De vez en cuando la opinión pública tiene conciencia de estos problemas, por ejemplo cuando grandes empresas, como la NASA, tienen que renunciar a determinados proyectos. Los periódicos publican noticias sobre científicos que viven del subsidio de paro o que tienen que atender a su subsistencia trabajando como camareros, taxistas o carteros. ¿Quiénes son los afectados por estos despidos? Naturalmente, los que trabajan en el proyecto. Pero esta frecuente respuesta es incompleta. Debe tenerse en cuenta que ni todos los científicos son despedidos cuando se interrumpe un proyecto ni todos los despedidos se ven precisados a recurrir a actividades extraacadémicas. La probabilidad de ser admitido en otra empresa es tanto mayor cuanto más capacidad creadora tiene el investigador. A algunos pudiera parecerles la distinción entre científicos creadores y no creadores relativamente nueva o, al menos, desusada. Así, por ejemplo, un catedrático respondió extrañado, a la pregunta sobre colegas creadores y no creadores de su especialidad, con la contrapregunta de si es que se dan también profesores titulares no creadores. Ya el solo planteamiento le parecía una vil calumnia.

Esta reacción puede estar relacionada con otros problemas,

aparte el de la creatividad. Pero, de todas formas semejante extrañeza es muy comprensible en cuanto que, para mucha gente, científico y creador son conceptos equivalente. Sólo que en este supuesto se olvida que la relación entre investigadores creadores y no creadores es cada vez más desfavorable si, con Solla Price (1963), se toma como medida de la creatividad el número de obras publicadas. La inmensa mayoría de las publicaciones se debe a muy pocas plumas. Desde luego, el número de libros o de artículos no es una norma absoluta para medir la creatividad, punto sobre el que volveremos más adelante. También entre los científicos existen escritores prolíficos que en diez artículos no comunican ni una sola idea nueva. Por otra parte, hay que conceder también que no puede considerarse como creador al científico que no publica nada. En efecto, la publicación de conocimientos forma parte del proceso creador.

Desde una perspectiva histórica, el creciente interés por la investigación sobre la creatividad no puede interpretarse sólo como consecuencia de un concepto insuficiente de la inteligencia y de la explosión de los costos de la investigación moderna. Y esto ya por el simple hecho de que el concepto de creatividad de la hora presente no se refiere únicamente a la fuerza creadora en el ámbito científico. Al contrario, abarca las producciones innovadoras de todos los ámbitos de la vida. Y por eso se distingue del concepto de genio de las épocas pasadas. También es cierto que este concepto de genio no se refería ni mayoritaria ni primordialmente a lo científico. Abarcaba todas las actividades extraordinarias, ya fuera en poesía, música, pintura o política. Pero no se daba el genio de lo cotidiano. Así por ejemplo, permanecía en el anonimato la mujer que entendía el amor al marido y a los hijos mejor de lo que su época enseñaba. Su acción creadora era de naturaleza privada y, en consecuencia, insignificante comparada con los grandes aureolados por la irradiación pública. Será instructivo, por tanto, recordar, aunque sea a grandes rasgos, algunos de los estadios que ha recorrido el concepto que ha antecedido al de creatividad.

2. *El concepto de genio en el decurso de los tiempos*

El concepto del genio individual se desarrolló en Italia a partir de finales del siglo XVI. Nació en los círculos de artistas e ingenieros de las cortes de los príncipes Federico de Urbino y Ludovico Sforza de Milán. Se llamaba genio al hombre que no dependía de libros y autoridades. Genio era el hombre que se apoyaba en sus propias ideas y experiencias. En el siglo XVII este concepto conquistó un puesto fijo en el uso lingüístico italiano, si bien la modificación de las circunstancias sociales hizo que la investigación científica se extinguiera casi por completo en Italia. Los centros de las actividades científicas se trasladaron a Francia e Inglaterra. Aquí se llamaba genios a los científicos de rango extraordinario, pero no hasta el siglo XVIII, fecha en que el concepto se reservó para la denominación de hombres «especiales», como una especie de «manifestación de la divinidad» (Shaftesbury, 1711).

El concepto de genio se introdujo tardíamente en Alemania. La traducción hecha por August Schlegel de *Les beaux arts réduits a un même principe* (1746) de Batteux, familiarizó con este concepto a los interesados por el arte. El *Sturm und Drang* fue declarado la «época del genio». Lo irracional en el hombre, su corazón, sus sentimientos, sus impulsos y premoniciones prevalecían sobre su inteligencia. Ni la demostración ni la razón podían suplir lo que la vida de un genio puede aportar a la humanidad. Las ciencias y la técnica, consideradas como «exteriores» en este talante espiritual, se desarrollaron lentamente. Luego, en la segunda mitad del siglo XIX, se aplicó cada vez con mayor frecuencia el concepto de genio también a los científicos.

Un curso paralelo siguió la creciente desvalorización del hombre interior. Su tendencia y su esfuerzo por la perfección, «la relación armónica de las fuerzas psíquicas entre sí» (Baumgarten 1750) fue perdiendo categoría y finalmente dejó de considerársela como algo genial. El hombre «especial» del siglo XVIII cedió su puesto al poderoso dominador de la naturaleza. El éxito, la recompensa, lo que valía la pena ya no estaban en el interior, sino que había que buscarlo en el exterior. Si el hombre interiorizado del

neohumanismo se hallaba, a pesar de su genialidad, próximo a los demás hombres, ahora la distancia respecto al común de las personas parecía convertirse en un criterio cada vez más importante. Según una fórmula de Kretschmer, tomada de Schiller, el genio era, respecto de su obra, «el arquitecto soberano, infinitamente superior a los aplicados carreteros de los científicos normales, que vivían de las ideas de aquél». También en su ser humano se distingue considerablemente de los demás, aunque de forma negativa. Esta concepción se expresa con máxima claridad en la aceptación de una interconexión entre genio y locura. En razón de su obra, el genio es admirado por todos, pero en razón de su vida es evitado por la mayoría. De esta divergencia entre obra y vida habla también Tolstoy, que en su *Diario* escribe: «El poeta toma de la vida lo mejor y se lo da a su obra. Por eso es tan hermosa su obra y tan mala su vida.»

Esta interpretación, según la cual la vida es tan mala, porque el genio da lo mejor a su obra, era en aquel entonces poco frecuente. En general la mala vida no se entendía — como en Tolstoy — en sentido moral. Casi siempre se ponía el acento en una perturbación no culpable, aunque siempre de signo espiritual, o en una degeneración del sistema nervioso. «Genio y locura» era para muchos algo más que el título de una obra de Lombroso. Se trataba de una dualidad íntimamente unida. También en Kretschmer se lee: «Las familias de talento altamente especializado son uno de los presupuestos más frecuentes para el nacimiento de un genio.» Y también: «El genio nace en el proceso hereditario en aquellos puntos sobre todo en que una familia dotada de grandes talentos comienza a degenerar.» Por eso se encuentra entre los genios «una notable inestabilidad y sensibilidad de la vida anímica y una considerable proclividad a enfermedades psíquicas, neuróticas y psicopáticas».

La aceptación de la conexión entre genialidad y locura podía apoyarse en algunos débiles indicios ocasionales, pero no en pruebas suficientes. Esta tesis procedía de otras fuentes distintas de las empíricas. Una de sus razones podría ser acaso el común elemento de algo enigmático y misterioso y por tanto acusadamente elevado, pero también radicalmente rechazado. La locura y la genialidad eran por igual funestas. Sólo la masa hereditaria podía

producir estas anormalidades, pero no el medio ambiente, la enseñanza ni la experiencia.

El concepto de genio fue desapareciendo poco a poco del campo de discusión. Cada vez se creyó menos en la masa hereditaria como razón suficiente de la actividad creadora. Se buscó la explicación en unas determinadas combinaciones de factores psicológicos. En consecuencia, se comenzó a pensar sobre todo en una función del espíritu humano, al que se hizo responsable en primera línea de las grandes realizaciones. Es decir, en el pensamiento.

3. *Pensamiento creador*

Karl Duncker indicó en su libro *Zur Psychologie des produktiven Denkens*, publicado en 1935, las características del pensamiento creador. Le siguió Max Wertheimer (1945). La investigación sobre la creatividad adquirió una amplia base a partir de 1950, fecha en que el psicólogo americano Guilford publicó su investigación sobre los diversos factores parciales de la inteligencia. Otros autores le imitaron. Aun cuando tienen puntos de partida diferentes, todos ellos admiten una tesis básica: el pensamiento creador no es tan sólo la aplicación de leyes lógicas o la realización de experimentos. La lógica, la experiencia y el ensayo experimental son, desde luego, elementos esenciales del pensamiento creador. Pero la creatividad es algo más. Lo explicaremos — de forma esquemática y simplificada — con el ejemplo de Freud.

Para llegar a su descubrimiento, Freud tuvo que comenzar por dejar a sus espaldas la lógica habitual. Tuvo que apartarse de la idea básica de la monovalencia de una definición. Sólo así pudo hablar de histeria masculina. En efecto, según las concepciones de su tiempo, la histeria era una enfermedad específicamente femenina, tal como se expresaba ya en la misma palabra. Histeria se deriva de la voz griega *hysteron*, que significa útero materno. Y como el hombre carece de este órgano, constituía un atentado contra una de las reglas más elementales de la lógica — a saber, que una definición sólo puede tener un significado — ponerse a hablar de pronto de histeria masculina.

¿Podría salvarse este dilema recurriendo a la empina? Esto depende de lo que se entienda por empiria. Si con esta palabra se quiere indicar la observación y la experimentación «imparcial», es decir, no sujeta a un juicio previo, no se habría dado un solo paso adelante, ya que no existe una tal imparcialidad. Toda observación viene ya «teóricamente» impuesta, es decir, está ya marcada por experiencias, opiniones y convicciones anteriores. Y así, una empiria ingenua podría objetar al fundador del psicoanálisis que, aun pasando por alto las diferencias anatómicas y la interpretación lata del concepto de histeria, no existían observaciones que abonaran la idea de los traumas sexuales de la infancia sustentada por Freud. De haberse hecho una encuesta, la mayoría de las personas interrogadas habría respondido, con honrada conciencia, que sus relaciones infantiles con sus padres no tuvieron el menor signo sexual. Y si en lugar de una encuesta, se hubiera recurrido a la observación directa, el resultado hubiera sido igualmente negativo.

Ahora bien, para la investigación de la sexualidad infantil se ofrecía una tercera posibilidad; la teoría asociativa. Según ésta, la investigación de la sexualidad infantil no debe establecerse según las reglas de las entrevistas usuales, sino a base de suscitar, de sacar a la superficie el mayor número posible de casos particulares sobre la propia infancia y sobre las eventuales relaciones sexuales con los padres. Es indudable que entonces afloraría una masa de información esencialmente superior a la que proporciona una encuesta que procede según normas lógicas. El contenido sería, desde luego, mucho más caótico, desordenado y contradictorio que en la encuesta normal. Una misma persona —por ejemplo, un hombre— diría que no puede ni imaginarse ideas sexuales respecto de su madre. Ella fue para él —sobre todo durante la infancia— una especie de santa. No obstante, de vez en cuando —y probablemente en forma de ideas fugitivas— aparecerían los pechos maternos. No serían, por supuesto, los pechos de la madre, pero tendrían una gran semejanza con ellos.

Pero incluso en el caso de que alguien hubiera fantaseado de una manera clara e inconfundible una relación sexual con uno de sus progenitores, a ninguno de los colegas de Freud se le hubiera ocurrido la idea de ver aquí algo más que un desvarío, un caso

extraño o una banal manifestación de fatiga cerebral. Ni siquiera Breuer, que ya con anterioridad a Freud había sospechado que la causa de los síntomas histéricos son impulsos sexuales, hubiera podido establecer una conexión entre la sexualidad, la infancia y los padres. Ni el niño tiene impulsos sexuales ni — esto es lo más decisivo— éstos se dirigen a uno o a los dos progenitores. Esta conexión sólo la supo establecer Freud. Y tuvo que sufrir por ello burlas, mofas, insultos y ataques.

Pueden, pues, descubrirse y exponerse muchas ideas, asociaciones y fantasías. Pero sólo la conexión primera, original, la conexión de las diferentes asociaciones que va más allá de todo lo anterior, es la creadora. Fantasías tienen muchos, pero son pocos los que las unen en torno a la idea acertada. Para esto se necesita algo más que el dominio de las distintas operaciones mentales. Sólo una personalidad adecuada es capaz de realizar tal empresa. Ahora bien, ¿cómo son los individuos que hacen que de sus fantasías surja algo creador? Con esta pregunta se traslada el centro de gravedad de la investigación sobre la creatividad del pensamiento a la persona.

Pero antes habrá que poner en claro qué combinaciones de ideas o ocurrencias son las «acertadas». El grado de novedad, en cuanto tal, no es una garantía de la productividad de una idea. Así lo testifica la historia en todos sus campos, tanto en el arte como en las ciencias, tanto en lo grande como en lo pequeño. No todo lo que en un momento dado aparece como rico de contenido, extraordinario y prometedor, demuestra más tarde ser así. Ciertamente que cuanto más creadora es una persona, más capaz es de valorar la significación y el alcance de nuevas ideas. Piénsese por ejemplo en algunos editores, que saben descubrir y lanzar a autores completamente desconocidos, contrariamente a otros, que se dejan guiar por los gustos de las masas. A estos últimos les falta el olfato para lo creador. Y lo mismo ocurre en las ciencias, en el arte, en la política.

Un dramático ejemplo de nuestro reciente pasado es Hitler. Aludiremos a él varias veces a lo largo de las páginas de este libro. Se presta muy bien para la demostración de determinados puntos de vista. Su biografía es una de las más cuidadosamente analizadas de la historia. A juzgar por el número de obras que

se han escrito sobre él, es también uno de los personajes políticos, tanto del pasado como del presente, más conocidos y discutidos. Por lo que se refiere a la valoración de una política, Hitler consideraba que la que él propugnaba era la más acertada, más aún, la mejor de cuantas pueden existir. Y otros muchos pensaron lo mismo. Hubo políticos y diplomáticos —incluso extranjeros— convencidos de que, dada la grandeza de sus concepciones, no se deberían poner obstáculos al Führer. Y no lo pensaron sólo durante los años hitlerianos victoriosos. Sólo Hitler sería capaz de configurar un futuro esplendoroso. En el cénit de su poder, sorprendía al mundo con soluciones que, juzgadas por su éxito inmediato, eran «más acertadas» que las de los militares y políticos profesionales. ¿Dónde estaban, por ejemplo el año 1938, cuando Inglaterra y Francia consideraban el abandono de la región de los sudetes como una necesidad histórica, los criterios inequívocos del ocaso de la política de Hitler?

Pues básicamente en su propia persona. En ella se daban cita todas las características que, incluso en medio de sus mayores éxitos, llevan el sello de lo anticoncreto, de lo destructor de sí y de los demás. Pero fueron muy pocos los que estaban capacitados para verlo así, incluso aunque con la lectura de *Mein Kampf* o a través de sus discursos hubieran llegado a comprender, desde un punto de vista conceptual, los verdaderos objetivos de aquella política. Pero también estos pocos tuvieron que soportar, como todos los demás, las consecuencias del que ha sido, hasta ahora, el más fatal fallo de apreciación de nuestro siglo. Lo cual quiere decir que cuando no se conocen a tiempo los errores, sino que se les celebra como grandes conquistas creadoras y, por ende, se les impulsa y favorece, todos tienen que pagar las consecuencias.

Indudablemente, en el ámbito político, lo mismo que en el individual, resulta muy difícil determinar cuáles son las decisiones acertadas. Una medida de política económica, por ejemplo, tiene repercusiones tan difíciles de calcular como la elección de una determinada profesión o de consorte. Sólo el juicio del futuro es válido. Y ni siquiera el futuro puede agotar todas las alternativas bajo unas mismas condiciones.

Cuanto más complicada es la riqueza existencial dentro de la cual se ha de juzgar una solución desde su perspectiva creadora

y cargada de futuro, más necesarios son los hombres creadores. En efecto, una de las características más destacadas de estos hombres es la de saber calibrar la importancia y peso de una decisión o de un descubrimiento, por muy diversos que sean los campos ;que deben valorar en sus juicios. Por la historia de la ciencia sabemos que los investigadores creadores siempre se anticiparon a los demás. Presentían lo que estaba por venir antes de que llegara. Lo mismo ocurre en el arte. Los pintores, los poetas, los dramaturgos no pueden proclamar como algo trascendental lo que les plazca. Si quieren ser creadores, deben saber presentir lo que tiene futuro. Strindberg descubrió magníficamente esta realidad en su novela autobiográfica *Kloster*, a propósito del círculo berlinés de pintores y poetas de la vertiente de siglo: «Todos estaban al acecho, para tratar de descubrir los primeros la nueva fórmula de las obras artísticas y literarias del siguiente período.»

Pero esta cualidad de presentir y reconocer mucho antes que los demás lo que es realmente importante no agota ya, de ningún modo, la característica común de estos espíritus, que producen cosas nuevas y singulares en los más diversos campos. Hay otra serie de características, que tienen validez tanto para un profesional de la administración como para un político, un artista o un científico. Entre estos elementos básicos comunes se encuentra una parte de aquellas cualidades que, a partir de Guilford, se han empleado en la construcción de casi todos los tests de creatividad. Algunas de ellas se agrupan bajo el concepto de pensamiento divergente. Las siguientes revisten particular importancia:

Fluidez de ideas. En las personas creadoras las ideas fluyen, al revés de las no creadoras, que piensan rígidamente. El no creador se aferra a lo que acaba de pensar y se siente satisfecho de no tener que seguir pensando. El psicoanalista observa con detalle cada día cómo algunas personas pasan con gran dificultad de una representación a otra. Suelen responder muchas veces: «Ya he dicho lo que pienso. No hay más.» Incluso cuando no se trata de una defensa, es decir, de la protección frente a un material desplazado, advierte el médico claramente el esfuerzo que les cuesta seguir pensando. Pero en los pensadores creativos, por el contrario, las ideas tienen un flujo continuo. Un pensamiento alcanza

al otro, tal como lo ha expresado aforísticamente Nietzsche en su libro *Menschliches, Allzumenschliches*: (Humano, demasiado humano) «A quien ha pensado mucho, se le presenta cada nuevo pensamiento que oye o lee bajo la forma de una cadena». No es, pues, de extrañar, que ya sólo en virtud de esta cualidad los creativos dispongan de una gran riqueza de ideas. Aun cuando, como dice Lichtenberg en sus *Gedankenbücher* (Libros de ideas), cada uno es un genio al menos una vez al año, los genios auténticos tienen las buenas ocurrencias con una mayor densidad.

La fluidez de ideas no debe confundirse con la fuga o dispersión de ideas que puede observarse en algunos maniáticos. En este segundo caso el enfermo se ve empujado incontroladamente de una idea a otra, sin llegar al tema en que debería concentrarse.

El creativo, por el contrario, llega cada vez más cerca y más al fondo del problema que se analiza. Da vueltas en torno a él, Hasta que tiene la idea salvadora, la solución adecuada. En este camino se ayuda no sólo de la fluidez de asociaciones, cuya utilidad para un determinado pensamiento percibe con gran rapidez. También la fluidez de palabras facilita el juego del pensamiento.

flexibilidad. Los hombres creadores no sólo piensan con mayor fluidez, sino también con mayor flexibilidad, es decir, pueden hacer que sus ideas pasen de un campo a otro con mayor rapidez y frecuencia. Pero no se pierden, como los maniáticos, en «exterioridades» (sonido, color, letras, etc.). Tienen siempre a la vista la solución del problema, con la facultad además de seguir simultáneamente varios posibles planteamientos. No se aferran prematuramente a ninguno de ellos.

La espontaneidad y la dinámica creadoras no se agotan, sin embargo, en meras complacencias fantasiosas. En efecto, son elementos constitutivos de la creatividad no sólo las ocurrencias, las «inspiraciones súbitas», sino el modo de valorarlas. Guildford habla de flexibilidad adaptiva, solucionadora de problemas, y entiende por ella aquella combinación de impresiones que lleva a la recta solución de un problema. La distingue de la «flexibilidad espontánea», que es mucho más frecuente. Desde hace algún tiempo se está intentando obtener utilidad de esta última mediante diversas técnicas de creatividad, por ejemplo la sinéctica, el método 635,

el *brain storming*. Aunque tienen diferentes puntos de partida, todas ellas intentan movilizar el mayor número posible de ideas o de ocurrencias particulares, sin preocuparse, en un primer estadio, por la lógica, la aplicabilidad o la importancia. Se intenta más bien desvincular la significación de estas ideas respecto de su conexión o contexto normal, olvidar la lógica y la sistemática de unos pensamientos bien trabados en favor de un pensamiento espontáneo, rico en analogías y metáforas. Se procura impedir la natural desaparición de unas ideas vividas como inaplicables debido a su falta de cohesión, reproduciéndolas ante un grupo. La despreocupación del uno actúa como incentivo sobre los otros para expresar por su parte todo lo que se les ocurre acerca de un determinado lema.

Originalidad. Los hombres creadores tienen ideas más originales y ocurrencias más sorprendentes que los no creadores. Las biografías de los grandes creadores, a los que acostumbramos a llamar genios, están llenas de ideas y pensamientos originales, aunque sólo un número relativamente corto se han conservado y se recuerdan con veneración en nuestros días.

Hemos mencionado antes el impulso destructor de Hitler como signo seguro de la falta de futuro de sus acciones, por más importantes que pudieran parecer en un momento determinado. Pero con esto no se excluyen en modo alguno otros criterios de la falta de creatividad de su actuación. Entre ellos se encuentra la ausencia de una auténtica originalidad. Esta afirmación se opone a un cliché muy corriente, según el cual Hitler era, desde luego, un bárbaro, pero no se le acusaba de falta de originalidad. Al menos — piensan muchos — actuó en la escena nacional e internacional con mayor originalidad que la mayoría de los políticos de su tiempo.

Este argumento confunde lo original con lo provocativo¹. La lucha contra el tratado de Versalles, el antisemitismo, el principio del caudillaje, el culto a los héroes y al nacionalismo germánicos eran temas tan populares y extendidos como faltos de originalidad. Lo original hubiera sido llegar a un acuerdo con los enemigos

1. Joachim C. Fest subraya, con razón, este aspecto, cuando habla de una «falta de escrúpulos que corta la respiración», que era lo que propiamente constituía la *novedad* de su actuación.

tradicionales, renunciar a las ideas de gran potencia, mejorar los procedimientos democráticos y no abusar brutalmente del poder conquistado.

También en las ciencias ocurre muchas veces alabar como creador lo que está de moda y es patente a todo el mundo, aunque no tenga ni un átomo de original. En cualquier caso, no indica mucha originalidad, por ejemplo, el hecho de que durante muchos decenios la psiquiatría clásica no haya sabido imaginar la causa de las psicosis endógenas más que según el modelo de la parálisis. Según ella, determinados síntomas psíquicos tienen una estricta conexión casual con modificaciones cerebrales anatómicamente demostrables.

Podría objetarse: este juicio se deriva de las perspectivas actuales. Pero ¿cómo era la situación entonces? ¿Quién podía tener entonces penetración suficiente para no esperararlo todo del emperador, del Führer o de la nación, o quién podía sospechar que las enfermedades psíquicas tienen algo que ver también con la evolución en la casa paterna? La objeción es justa. Y no quiere decir otra cosa sino que la originalidad es difícil y poco habitual.

Para ser original hay que mantenerse distanciado de las corrientes de la moda y renunciar al aplauso de la mayoría. El hombre original tiene una especie de olfato para lo todavía no pensable, despreocupación frente a las proscipciones y los tabúes. En cierto modo, comienza a reflexionar en el punto en que los demás dejan de hacerlo. Este salto hacia adelante presta al pensador original un signo de seguridad que muchos anhelan, pero pocos merecen. De ahí los innumerables imitadores de la originalidad, las copias de originales, encaminadas a encubrir un pensamiento masificado.

Capacidad de nuevas definiciones. Los hombres creadores reflexionan con mayor rapidez y facilidad, pasando por encima de las «vinculaciones funcionales». Utilizan los objetos de una manera nueva y son capaces de poner nuevos nombres a las experiencias o situaciones antiguas. Sólo cuando se ha comprendido bien una idea, es decir, cuando se le dan los adjetivos adecuados, puede hablarse, según Kant, de auténtico conocimiento. Por eso permanecen desconocidas tantas cosas en la vida de los individuos y de su mundo, porque aunque han sido atisbadas, vividas y experimentadas, no han sido comprendidas.

El psicoanalista se encuentra con este fenómeno en la mayoría de los pacientes. Tienen con frecuencia vislumbres, oscuros sentimientos y determinadas impresiones. Pero a pesar de las numerosas ayudas del terapeuta, no son capaces de darles los nombres adecuados y, por tanto, tampoco los pueden conocer, hasta que no se les ocurre la «palabra justa, liberadora» y con ella se les abre un mundo nuevo. Este nuevo mundo es un peldaño hacia un conocimiento mejor, que posibilita la entrada en la amplitud infinita de la propia intimidad. De ahí que todo hombre que desee comprenderse a sí mismo y comprender su vida, debe tener una determinada dosis de creatividad. Sin ella, permanece encadenado a hábitos e impulsos incomprensibles, de los que es incapaz de salir. Pero quien es capaz de superar estos condicionamientos previos de su yo, es creador, en el sentido de Gutmann, que define la creatividad como autorrealización, más aún, como autoduplicación.

En este proceso, el definir-se-de-nuevo es un fenómeno concomitante indispensable, ignorado por el hombre no creador, ya que éste se concibe a sí mismo y a su medio ambiente con las categorías ya conocidas y siempre repetidas. Si una madre, por ejemplo, considera las dificultades de aprendizaje o los temores de su hijo como simples travesuras o malos modales, será menos creadora que aquella otra que aprende a ver en su propio nerviosismo o en su afán de dominio una causa parcial del comportamiento del niño. Pero más creadora aún será aquella otra que no se estanca en estas etiquetas pedagógicas y ahonda cada vez más en la profundidad de su propio espíritu. Porque éste —como dijo Heraclito— «no tiene límites, aunque se midan los pasos de todos sus senderos.»

Sensibilidad para los problemas. Los creadores pueden «problematizar» las cosas y los nexos causales con mayor facilidad que los no creadores. Es decir, se los pueden presentar como problema e iniciar así las soluciones. Prestan mayor atención que los no creadores a las cosas extranormales. Las personas indiferentes no piensan creadoramente. Les falta la sensibilidad para los matices y las diferenciaciones de la realidad. Su fantasía es perezosa. Ya Einstein acentuaba la importancia de esta cualidad cuando decía: «Mostrar nuevos problemas y nuevas posibilidades, considerar los viejos pro-

blemas desde un ángulo nuevo, todo esto requiere fuerza de imaginación creadora y marca los verdaderos progresos en la ciencia.»

Pero no sólo en el campo científico percibe el hombre creador estos problemas, cuya importancia no es aún del dominio público. Ocurre lo mismo en política. El estadista debe olfatear lo que flota en el ambiente. Sólo así podrá determinar la dirección del desarrollo. Lo que está al alcance de todos, difícilmente se enmienda. Así también en el deporte. El futbolista que crea juego adivina lo que va a venir, las siguientes jugadas. El no creador reacciona a lo que está delante. Se asemeja —para poner un ejemplo de la vida cotidiana— a aquellos padres que sólo ven la resistencia, la obstinación y la rebeldía de su hijo y no alcanzan a comprender que se trata sólo de un estadio de la evolución y no de su forma final.

Los factores intelectuales del pensamiento divergente son, desde luego, constitutivos, pero no son todavía acción, no son hechos. Son tan sólo su trampolín. Que el salto se produzca, depende de una cualidad que Guilford llama *capacidad de elaboración*. Son muchos los hombres que tienen excelentes ideas, pero que no son capaces de crear los presupuestos necesarios para su realización. Y así, se produce con mucha frecuencia, y no sólo en el ámbito científico, sino también en la vida, privada y pública, una especie de escisión entre ideas originales y realidad estéril. El pensamiento de moda, corriente y burocrático se impone con mayor rapidez y eficacia que las ideas que se salen de los esquemas acostumbrados. Los artífices de la elaboración son, en todos los campos, la excepción.

Pero con esto hemos abandonado ya la región propia del pensamiento creador en sentido estricto. La cualidad últimamente mencionada no se refiere ni exclusiva ni siquiera predominantemente a la aplicación de la creatividad. Pertenece al ámbito de lo personal. Dicho de otra forma: la actividad creadora no es sólo el resultado de un determinado modo de pensar. Es también, y según las últimas investigaciones en mayor medida, expresión de la personalidad. Las peculiaridades emocionales tienen mayor importancia que las intelectuales. Hasta ahora se había pensado poco en este aspecto, si prescindimos de las indicaciones generales sobre las supuestas relaciones entre genialidad y anormalidad psíquica.

4. *Características de las personalidades creadoras*

Los métodos de investigación de las personalidades creadoras han sido tan variopintos como sus resultados. La dificultad principal radicaba en la «selección de material». ¿Qué hombres deben ser calificados de creadores? En general se designaba como tales, por razones meramente pragmáticas, a los que así eran considerados por los demás. El círculo de personas así conseguido era sometido a diversos tipos de investigación, empezando por observaciones directas, continuando por consultas y entrevistas detalladas sobre el curso de sus vidas y concluyendo con determinaciones testológicas de rasgos personales mensurables.

A pesar de la diversidad de los puntos de partida, todos los investigadores concordaban en ciertas características. Indicaremos aquí algunas:

Una de las más importantes es la tolerancia de ambigüedad. Puede definirse como la capacidad de vivir en una situación problemática y oscura y trabajar, sin embargo, con denuedo, por dominarla. La mayoría de las personas soportan poco tiempo las tensiones que nacen de un problema no resuelto y renuncian, por tanto, a la solución. El creador, por el contrario, puede aguantar durante mucho tiempo la insolubilidad de un problema, sin cejar en su trabajo intensivo por superarlo. Se asemeja a la rana de la fábula. Dos ranas saltaron dentro de un cántaro de leche. Empezaron por beber, hasta hartarse, de aquel líquido desacostumbrado, pero de excelente sabor. Cuando ya no podían más, intentaron salir del cántaro dando saltos. Pero no lograron dar el brinco salvador. Finalmente, una de ellas se ahogó, porque renunció al esfuerzo. La otra continuó, aunque con menor energía. Cuando comenzaron a brillar sobre la pradera los primeros rayos del sol, la rana se hallaba sentada sobre una pella de manteca. Se había salvado, porque ahora tenía base para el salto.

La única solución posible es muchas veces la inesperada, la imprevisible. Para conseguirla, se debe poseer la capacidad de trabajar en el trapecio de lo desconocido. Quien se apresura a escoger soluciones, se evita tensiones, pero a costa de renunciar a otras soluciones mejores y más maduras. La historia de la ciencia puede

escribirse no sólo como cadena de impresionantes descubrimientos, sino también como un libro de soluciones a corto plazo. Durante mucho tiempo — con frecuencia durante demasiado tiempo — se aceptaban las soluciones más cómodas, porque no admitían réplica, sin advertir que se estorbaban así otras mejores. Pero luego, un número creciente de investigadores va advirtiendo este corto resuello.

El impulso hacia la investigación interdisciplinar y la creciente conciencia de las consecuencias del descubrimiento son algunos indicios de un arco de tensión cada vez mayor, que muchas veces el individuo concreto pasa por alto. En razón de la extendida incapacidad de soportar por mucho tiempo posibilidades de solución contradictorias, no es de extrañar que algunos métodos de entrenamiento de la creatividad intenten ejercitar precisamente esta cualidad. Pero incluso sin llevar a cabo estos programas previos de entrenamiento, toda persona puede aprender a despertar en sí y a soportar estas reflexiones que se excluyen mutuamente. La vida cotidiana está plagada de problemas que pueden solucionarse de diversas formas. ¿Por qué no podría uno intentar abordar de manera distinta unas determinadas dificultades, aunque esto al principio cause dolor?

Esta tolerancia de ambigüedad va unida en el hombre creador a la predilección por campos o ámbitos complejos e impenetrables. Aquí se hace preciso poder soportar por mucho tiempo antinomias y desarmonías. Pero justamente así siente impulsada su persona y su pensamiento, en cualquier caso más que cuando transita por senderos trillados.

Por lo demás, se da aquí una clara diferencia entre la creatividad mental y la creatividad en el ámbito de la convivencia humana. Pocas veces marchan ambas codo a codo. Modificando la sentencia arriba citada de Tolstoy, puede decirse que el hombre creador en muy contadas ocasiones está dispuesto a ser en el ámbito de la convivencia humana al aventurero que lleva en su pensamiento. Le irritan los intereses, los deseos y las opiniones de los demás, cuando no coinciden plenamente con los suyos. Así se explica en parte su pobreza de contactos y hasta su ocasional desinterés por el destino de otros individuos concretos, como confesaba públicamente Einstein: «Mi apasionado interés por la justicia

social y por la responsabilidad social se hallaba en extraña oposición con una acusada indiferencia frente a los vínculos directos con hombres y mujeres.»

Junto a esta indiferencia frente a los hombres concretos, que debe interpretarse como temor a las vinculaciones, se halla con frecuencia el desinterés por el trabajo en grupo.

Los demás aparecen más como impedimento que como impulso, el grupo es un conjunto en que una buena idea desciende al nivel de los más mediocres. Taylor, Berry y Block (1957) hicieron en la Yale University una serie de experimentos para comparar la creatividad de grupo con la individual. Con esta finalidad, formaron 12 equipos de cuatro miembros cada uno y además 48 personas que trabajaban aisladamente. El resultado en las tareas de solución de problemas indicó que los que actuaban aislados se mostraron significativamente superiores a los que trabajaban en grupo. En cierto sentido, estos resultados son la confirmación de los obtenidos por Allport el año 1920. En estos últimos, dice resumiendo el investigador de sistemas Horst Rittel (1966), se comprobó que la simple presencia de otras personas aumenta la cantidad de la producción de ideas, pero disminuye la calidad².

El crédito que el hombre creador no concede a los demás, se lo concede a sí mismo. Busca en sí la fuente de nuevas ideas, aunque no siempre desde el principio ni con la misma fuerza. *Con* mucha frecuencia tiene que hacer prospecciones durante años, o trabajar en campos para él desconocidos; como Fontañe, que tuvo que hacer de boticario. Pero incluso en estos rodeos, se siente siempre seguro de sí. No es, pues, extraño que en casi todas las investigaciones sobre creatividad se destaque esta incommovible confianza en sí mismos, que a veces parece arrogancia. De aquí extraen la fuerza para disciplinarse en su trabajo y no extraviarse, ante las inseguridades, en numerosos proyectos o conexiones secundarias. Según esto, el investigador que consume los mejores años de su vida trabajando en comisiones representa el polo opuesto del hombre creador. Este investigador se siente contento de poder recibir en

2. Por lo demás, no se deberían supervalorar estos resultados concretos. Existen otras investigaciones que demuestran la superioridad del trabajo en grupo. En el capítulo VII se hablará de los factores psicológicos que pueden tener importancia decisiva para uno u otro resultado.

el seno de una corporación la modesta parte de la importancia que no puede encontrar en sí mismo.

A pesar de su autoconfianza, el creador no deja de ser crítico respecto de sí mismo. Está dispuesto a comprobar y aceptar otras soluciones, si son mejores. También en esto se distingue del hombre no creador, que se aferra a su opinión y la defiende como si se tratara de verdades definitivas. Hasta cierto punto, esto es natural: efectivamente, para el no creador lo que se acaba de conseguir es la verdad última con que se enfrenta. Y no alcanza a más. De ahí su más acusada sensibilidad frente a la crítica, superior a la que siente el hombre creador, a quien muchas veces se describe como sensible y nervioso, pero que también es capaz de aguantar la crítica objetiva.

La lista de características de los hombres creadores aquí esbozada puede ampliarse notablemente. Pero ya por las enumeradas puede verse que la personalidad creadora difiere de la del genio de las épocas pasadas. Éste, aparte el halo de lo extraordinario y el aura impalpable de lo enfermizo, no tenía otros rasgos característicos concretos en que se pudiera reconocer la calidad de su actividad. Pero los progresos conseguidos en la comprensión de los grandes hombres no debe conducir a la idea de que está ya cerrado el proceso de diferenciación del conocimiento. Incluso añadiendo en la cuenta las características personales no mencionadas en nuestra enumeración, todas ellas no pasan de ser siempre, en mayor o menor grado, una generalización respecto de cada uno de ellos. Ningún hombre creador es igual a los demás, ya por el simple hecho de que la «zona especial» de cada uno de ellos les configura individualmente, tanto en razón de la motivación como también por su modo de enfocar el asunto. El matemático creador tiene unas características diferentes de las del deportista o el artista. Así por ejemplo, Cattell y Drevdahl (1955) establecieron, tras una comparación de factores analíticos entre investigadores y otras personas que gozaban de extraordinaria reputación en la enseñanza y la administración, que los investigadores son más esquizotímicos y emocionalmente menos estables. Se mostraban, además, más independientes, más despreocupados y también más radicales que los profesores y profesionales de la administración que, por su parte, evidenciaban mayor tendencia al compromiso. Los biólogos, físicos

y psicólogos mostraban cierto parecido entre sí, aunque los físicos eran más esquizotímicos y los psicólogos más dominantes y fríos que los representantes de otras especialidades.

Pero incluso dentro de una misma especialidad o de una misma actividad profesional hay campo abierto para las variantes de personalidad. Se presta, pues, a confusiones, hablar de la estructura caracterológica *del físico, del biólogo o del pintor*. En las investigaciones de factores analíticos de Cattell se distinguen los científicos de especialidades iguales o psicológicamente similares por dos temperamentos contrarios. Por un lado hallamos al emocionalmente sensible y pasivo, por otro al impulsivo, activo y agresivo. A este último temperamento le define Cattell como «impaciente masculinidad», que habría distinguido por ejemplo a Paracelso (1493-1541), Galileo (1564-1642), William Harvey (1578-1657) (el famoso médico, descubridor de la circulación mayor de la sangre) y Louis Pasteur (1822-1895) de otros grandes sabios de su tiempo, no menos eminentes pero hoy menos conocidos.

El hombre creador analizado por los investigadores de la creatividad no se distingue del genio de los siglos pasados tan sólo por sus cualidades intelectuales y personales. También la razón de sus diferencias se entiende desde una perspectiva diferente. Ahora no se considera como elemento primario, y en todo caso no como elemento único, la cualidad de su masa hereditaria. Desde luego, la opinión —que hoy se extiende vertiginosamente— de que todas las cualidades anímicas del hombre, empezando por las enfermedades psíquicas y concluyendo por la creatividad, tienen, en definitiva, una génesis social, es más un postulado que un hecho comprobado. Pero frente a tales exageraciones no se debería caer en el extremo contrario, negando todos los influjos exteriores y estableciendo como causa única de la creatividad el factor hereditario. La creatividad es, en una buena medida, algo que se aprende. Al menos en determinadas circunstancias se la puede favorecer o reducir, construir o destruir, por la educación y el entrenamiento. ¿Cómo podría explicarse de otro modo, por poner algunos ejemplos, el gran número de músicos creadores de la Europa central hace 200 años, o la multitud de pintores y escultores importantes durante el renacimiento? ¿Por qué hubo en los últimos años del siglo XIX tantos inventores? ¿Por qué hoy produce Australia más

tenistas de primera clase que los demás países? ¿Por qué —los ejemplos podrían multiplicarse— desde hace ya bastantes años Canadá y la Unión Soviética marchan a la cabeza en el hockey sobre hielo? ¿Cómo explicar el gran número de violinistas excelentes entre los judíos rusos? ¿Por qué Bélgica forma parte del grupo de naciones destacadas en el ciclismo?

Ahora bien, ¿se dejan impresionar los hombres por la idea de que pueden ser más creadores de lo que generalmente admiten? ¿Se empeñan en descubrir y desarrollar sus capacidades creadoras?

En principio, y de una manera general, hay que responder a estas preguntas afirmativamente. La historia humana es un testimonio excepcional del desarrollo constante de fuerzas creadoras. Con mucha frecuencia el hombre alcanza más de lo que en principio se hubiera atrevido a esperar. También en la época actual hallamos ejemplos suficientes. ¿Quién hubiera admitido hace unos decenios que las mujeres estarían representadas en casi todas las profesiones y que darían muestras de poseer unas cualidades que antes sencillamente no se les concedían? Los hijos de los campesinos y de los obreros ofrecen —a pesar de las malas condiciones de partida— mejores rendimientos de lo que al principio se esperaba. Hoy los negros triunfan en los Estados Unidos como alcaldes, profesores de Universidades, abogados, es decir, en profesiones para los que en tiempos pasados se les negaba toda capacidad. En la guerra del *Yom Kippur* los árabes han evidenciado una capacidad técnica y militar que nadie les concedía hace muy poco tiempo.

Este impulso evolutivo hacia la liberación de fuerzas ocultas es presentado al principio sólo por unos pocos. La mayoría se acomoda a la evolución cuando ya se ha iniciado. No introducen nada nuevo, sino que simplemente suben al tranvía que ya está en marcha y esto incluso, muchas veces, a más no poder. Para estos tales, lo ya conseguido es lo mejor posible. Lo que más les gustaría es detener la marcha del tiempo. Esta pereza de la mayoría hace que el desarrollo de la creatividad parezca más un problema social que un problema individual. Y de ahí se deriva que los individuos pierdan su oportunidad personal. El potencial creador no se activa, desde luego, por el hecho de que uno se incorpore a un movimiento iniciado por otros. Correr junto a otros y copiar sin ideas impiden, por supuesto, el desarrollo creador de los indi-

viduos particulares. Sólo el que escucha en su interior descubre sus propias capacidades y puede marcarles el camino.

Pero, al parecer, a la mayoría les falta fe en sus posibilidades. Se las contempla con los ojos de los demás y desempeñan el papel que se les atribuye desde fuera. Y cuando se han cumplido las esperanzas que los demás — empezando por los padres y maestros y siguiendo por los compañeros de trabajo y los superiores — han depositado en uno, se cree estar ya en plena armonía con sus posibilidades. De ahí la idea de la mayoría, de que sólo unos pocos son capaces de realizar obras creadoras.

5. *Lineas directrices psicodinámicas*

El corte transversal de las peculiaridades de las personalidades creadoras presentado en las páginas anteriores parece justificar este punto de vista. Sólo una pequeña minoría piensa, siente y se comporta según las características de los hombres creadores arriba descritas. Pero aunque esto es cierto, no debe olvidarse que las cualidades reseñadas son tan sólo el resultado de investigaciones estadísticas. Es decir: en una comparación entre personas creadoras y no creadoras aparecen las indicadas diferencias. Pero los rasgos caracterológicos de cada individuo en particular no coinciden con todos los resultados del grupo. Así, por ejemplo, los pensadores creadores se significan, en varias investigaciones, por un acusado impulso al no conformismo, e incluso a la rebelión. Pero esto no excluye que se den personas conservadoras entre los descubridores. De Max Planck es sabido que le resultó extremadamente desazonador constatar que su descubrimiento se apartaba de las ideas hasta entonces vigentes de la física clásica. Intentó por todos los medios armonizar los conocimientos que había descubierto con los de dicha física. Y sólo cuando comprendió que era imposible, se decidió a dar a conocer sus propias conclusiones, aunque esto repugnaba a su naturaleza más bien conservadora. En los recuerdos de su vida escribe: «Mis inútiles intentos por integrar el quantum de energía en la teoría clásica se prolongaron durante varios años y me costaron mucho esfuerzo. Algunos de mis camaradas de especialidad veían aquí una especie de tragedia.»

Del mismo modo que las características personales reseñadas no coinciden con los rasgos de cada individuo creador, tampoco permanecen constantes en el curso de la vida. Y aun cuando algunas características fundamentales se hayan podido conservar a lo largo de toda la vida, la misma situación vital y la edad ha acuñado con muy diversas modulaciones el grado de profundidad de tales características. Así la mencionada tolerancia de ambigüedad depende mucho, en cuanto característica esencial de las personalidades creadoras, de la edad. Alguien que a los 30 años es muy capaz de contener a la vez con dos posibilidades de solución opuestas entre sí, acaso no pueda hacerlo ya a los 50 años. Ya no puede mantenerse por más tiempo en el trapezio de lo desconocido. Busca afanosamente soluciones que diez años antes hubiera esperado con toda tranquilidad. El conocido refrán «el que en su juventud no es rebelde y en su vejez no es conservador está loco», alude a la dependencia que existe entre la edad y el inconformismo. Pero también puede ocurrir a la inversa. Alguien, que de joven admitía sin crítica las ideas de los mayores, se hace rebelde al llegar a mayor.

Determinadas modificaciones de las cualidades personales vinculadas a la edad permiten explicar el hecho de que la cumbre de algunas grandes realizaciones se consiga en los años de relativa juventud. Se comprende así que ya en el siglo XIX George Miller Beard, tras analizar biografías de miles de brillantes personalidades, designara la edad entre los 30 y los 40 años como la «década de oro». A los decenios siguientes les califica de plata, bronce, cinc y madera. Estas conclusiones han sido plenamente confirmadas en nuestro tiempo, sobre todo en virtud de las sutiles investigaciones de Lehman (1953). En este autor la curva de realizaciones no depende sólo de la edad, sino también de la especialidad. Así la curva de creatividad de los astrónomos alcanza su punto más alto entre los 40 y los 44 años, es decir, algo más tarde por ejemplo que en los matemáticos. Esto se explica en parte por la larga fase «empírica» de los astrónomos. Los cálculos amplios y minuciosos son presupuesto para «la gran ocurrencia». Lo mismo sucede entre los historiadores. También ellos necesitan, por término medio, un largo período de preparación, en cualquier caso superior, por ejemplo, al de los químicos.

La interconexión entre edad y especialidad es válida también respecto de la creatividad extracientífica. Un nadador o un *sprinter* es ya, en los deportes de elevados rendimientos, «viejo» a los 30 años.

Pero ¿equivale esto a decir que carece también de posibilidades creadoras en otros campos? Numerosos ejemplos indican lo contrario. Puede ser, por poner un caso, un magnífico entrenador o un excelente comerciante. La determinación del correspondiente campo de actividad creadora es, por tanto, una de las tareas capitales de la investigación psicodinámica de la creatividad. Durante mucho tiempo no se ha prestado suficiente atención a este problema, ya que sólo se admitía un determinado y especializado campo de creatividad. Se confundía creatividad con talento.

En la manifestación de la creatividad son determinantes no sólo la edad y la profesión. También la familia, el matrimonio, las amistades, las tendencias y los impulsos conscientes desempeñan un papel decisivo sobre el cómo y el dónde una persona es más creadora. En definitiva, pues, es cada uno quien decide sobre su campo de creatividad. Cada uno puede modular y modificar su personalidad, aprender o ignorar la creatividad, aunque siempre dentro de unos ciertos límites, que se analizarán más adelante.

En estos últimos tiempos han aparecido muchos libros sobre el llamado entrenamiento de la creatividad. Algunos de ellos han alcanzado incluso el honor de *bestseller*, lo que indica cuán extendida está la necesidad de personas creadoras. Ciertamente que algunos métodos dan la impresión de identificar creatividad con pensamiento divergente, tal como lo ha descrito Guilford. Quien piensa fluidamente, cambia con rapidez y sabe unir campos de experiencias dispares en torno a una idea ocurrente, es creador. Para quienes no poseen estas cualidades, estos escritos metodológicos contienen una serie de temas con los que poder ejercitar funciones parciales de la inteligencia. Con todo, estas instrucciones olvidan con facilidad el hecho de que este modo de pensar puede educarse también en otras actividades. Un paseo por el campo o la lectura de un libro pueden incitar al que está interesado por mejorar su creatividad a un entrenamiento creador igual o acaso más intenso que el lidiar con las tareas prescritas. Además, estos escritos limitan con demasiada frecuencia el pensamiento creador a una determina-

da forma de pensar. Se pasa por alto la importancia del pensamiento convergente.

Quien sólo es capaz de pensar sobre «tres ángulos», es decir, en pensar divergentemente, no adelanta un paso. Sólo la combinación de los diversos estilos de pensamiento — según el tipo y el estadio de la operación mental — lleva a nuevos descubrimientos. Ya el mismo Guilford ha acentuado este aspecto. No es el pensamiento solo el que constituye la fuerza creadora. Ni siquiera el investigador es sólo un pensador. Tiene emociones, afectos y fantasías, inclinaciones y antipatías, intereses y tareas, amigos y enemigos. Y todo ello influye en la activación de su potencial creador. Lo que, pues, un científico lleva a cabo, no depende sólo de su estilo mental. En las realizaciones creadoras en otros ámbitos, como por ejemplo la pintura, la música o la política, el pensamiento queda aún más en un segundo plano, aunque ciertamente no tanto como a veces parece suponerse. Las fugas de Bach son tan inexplicables — si no se admite una intervención creadora del pensamiento — como un cuadro de Picasso o de Kandinsky. Componer o pintar no es sólo cuestión de fantasía. Del mismo modo, la política sólo puede ser configurada de forma creadora por aquel que es capaz de pensar más allá de su propio horizonte.

No es tema de este libro mostrar la importancia de cada una de las clases de talentos para este o aquel campo concreto. Para esto existe ya una literatura especializada casi inabarcable. Pero todos estos resultados, sean del campo que fueren, no adecuán aún al concepto de creatividad. Contribuyen a su perfección, pero no la determinan. Todo lo programado y organizado puede tener resultados de una gran eficacia y es, por consiguiente, imprescindible. Pero no se identifica con lo creadoramente nuevo. Lo nuevo es precisamente lo que no puede concebirse con los medios de que se dispone, lo que no puede predecirse. En un mundo cada vez más programado este hecho reviste singular importancia. A pesar de los formidables logros de la electrónica, de la técnica espacial y otros ejemplos similares de la grandiosa técnica de la planificación, es urgente la necesidad de hombres creadores. Más aún, podría decirse que cuanto más planificado está el mundo, mayor es la necesidad de desdeñar la creatividad. Son los hombres, en efecto, los que determinan lo que se proyecta y los modos de proyectar-

lo. Siempre habrá averías, dificultades y quiebras imprevistas. Cuanto más programado esté el futuro, tanto más necesarios serán los hombres que perciban y realicen lo no planificable. El conocimiento y el dominio perfeccionados de los condicionamientos instrumentales en el deporte, las ciencias, el arte o la política exigen su utilización creadora. Y esto es posible a diferentes niveles. Un político mal nutrido de noticias e informaciones podrá, desde luego, ser subjetivamente creador, al conseguir buenas combinaciones con escasos datos, pero será menos eficaz que otro que toma sus decisiones sobre un óptimum de conocimientos. La interconexión entre el talento, lo aprendido y lo planificado es decisiva para el grado de creatividad. Se habla en estos casos de niveles de creatividad, que se intentan reducir a categorías por diversos medios.

Un esquema conocido es el propuesto por Irving A. Taylor. Según él, el peldaño ínfimo de creatividad es el *expresivo*. Se apoya en un hacer espontáneo y libre, sin cualidades especiales. Las ideas que ocurren en una sesión psicoterapéutica tienen, a este propósito, el mismo valor demostrativo que los dibujos de niños pequeños. El siguiente nivel es el *productivo*. Aquí ya no se trata sólo de expresar, de reproducir, sino de configurar, de modelar, las sensaciones y las fantasías a través de cualidades tanto adquiridas como innatas. Puede tratarse de una poesía, un cuadro o una construcción técnica. La libertad y la espontaneidad quedan coartadas por el material y los conocimientos, pero poseen, en cambio mayor contenido comunicativo. Los otros entienden mejor lo que se quiere decir. Se produce un encuentro en el resultado común. La mayoría de las personas detienen en este nivel la evolución de su creatividad. El nivel siguiente es, según Taylor, el *inventor* o *descubridor*. Se opera con nuevas combinaciones. El medio ambiente, sea grande o pequeño, reacciona con sorpresa. Ni había esperado este resultado ni lo había considerado posible. En este nivel se insertan todas las invenciones. Nos hallamos con este mismo principio, pero en un peldaño superior, cuando la invención introduce nuevas evoluciones. Taylor lo llama *innovador*. Presupone un conocimiento más profundo de las conexiones e interrelaciones, así como unas cualidades determinadas. Jung y Adler son, en el campo de la psicología profunda, excelentes ejemplos de este nivel. No sólo conocían las ideas de Freud, sino que contemplaron con sus propios ojos y con

una metodología propia las estructuras psíquicas. Y así pudieron reelaborar los impulsos y las ideas de Freud para forjar nuevas teorías.

El nivel supremo de creatividad es el *emergente*. Comprende una creatividad que logra descubrimientos y resultados absolutamente sorprendentes y desacostumbrados, y que muy pocos alcanzan. Al principio estos investigadores son comprendidos y seguidos por muy escasas personas, pero luego alcanzan fama y se convierten en fundadores de escuelas y marcan nuevas direcciones al pensamiento. Esto es aplicable no sólo a los científicos, de los que serían ejemplos Freud, Plank y Einstein. También en política se dan «explosiones», la eclosión y aparición de nuevas ideas en las mentes de los estadistas. En los años veinte podrían citarse a Stresemann y Briand. Decidieron llevar a cabo una reestructuración en las relaciones de sus dos países que para la mayoría era funesta y traidora.

No sólo en lo grande, sino también en lo pequeño pueden comprobarse las más diversas combinaciones de talento, saber, formación, experiencia y creatividad. La investigación sobre la creatividad corriente en nuestros días no ha buscado aún lo creador en estas combinaciones. Las realizaciones de los grandes han impedido concretar la mirada en las invenciones de lo pequeño, en la oficina de un partido, en la ventanilla de correos o en la portería de una clínica. Pero una amistosa información o un cordial servicio pueden ser creadores, por ejemplo si se consigue introducir en la empresa una especie de nueva atmósfera, demostrándose a sí mismo y demostrando a los demás que la creatividad puede ejercitarse en las más sencillas tareas. No habría tanta necesidad de hablar de la creciente alienación de los hombres, si cada uno de ellos realizara en su vida cotidiana sus impulsos creadores. Todos y cada uno tienen la oportunidad de configurar autónoma y creadoramente su espacio vital, por poco llamativo que sea, y no permitir que se le convierta en objeto de la planificación y la organización, de la moda y la propaganda.

He aquí una meta ciertamente muy elevada. El camino que conduce a ella es difícil, porque se le debe recorrer individualmente. Depende en primera línea de lo que cada uno hace con sus posibilidades. Que su obra sea para los demás grande o pequeña, que abra horizontes sólo para uno o para muchos, es cosa de poca im-

portancia en el problema de saber realizar algo nuevo a partir de las propias posibilidades. Si cada individuo realiza su potencial creador, aumentará el nivel de creatividad de la generalidad.

También esto quiere poner en claro el presente libro. La psicodinámica de la creatividad no es sino la descripción de las fuerzas de las que surge la creatividad. Parte del supuesto básico de que cada individuo posee un potencial creacional que es exclusivo suyo y que puede desarrollar o anquilosar. ¿Qué hace el individuo concreto con el conjunto de sus disposiciones, educación, influjos ambientales, saber, deseos e impulsos? ¿Los deja estar así, tal como se los dieron o se los impusieron, o crea con todo ello algo nuevo, algo que ninguna teoría es capaz de predecir? ¿Configura algo que confiere a su vida una inesperada profundidad y le capacita para una no sospechada eficacia de cara al exterior?

Profundidad interior y eficacia de cara al exterior son dos aspectos fundamentales de la actividad creadora que, por lo demás, no siempre marchan parejos. Más aún, a veces parecen incluso contradecirse y es preciso, por tanto, considerarlos separadamente. Lo creativo como producto es distinto de lo creador en quien lo crea. En el capítulo siguiente intentaremos analizar primero el producto, es decir, lo que actúa hacia fuera y es valorado desde fuera. Pues, en efecto, esto es lo que se pretende decir casi siempre, cuando se habla en público de la creatividad.

LO CREADOR COMO PRODUCTO

1. *La valoración de los demás*

Cuando se habla de la creatividad como producto, nos referimos únicamente al resultado. Se valora sólo la idea, la acción, el método o el conocimiento. Se prescinde de todo cuanto ha conducido a ello. Ahora bien, prescindir de la persona sólo es posible cuando se dispone de criterios objetivos de valoración. Así ocurre, por ejemplo, en los deportes, y aun aquí sólo cuando el resultado puede medirse según reglas objetivas controlables (distancias, altura, tiempo, número de goles...). En las competiciones deportivas en las que también las impresiones entran en la valoración (patinaje artístico, saltos de altura en natación, saltos de esquí, carreras de doma, etcétera), sale perjudicada la objetividad. Quien, por ejemplo toma parte en una competición de patinaje artístico como campeón del mundo o de Europa, cuenta ya de antemano con un plus tácito, contrario a las reglas, que favorece su clasificación.

La exactitud relativamente elevada en la valoración de la creatividad deportiva se da sólo cuando se identifica el producto creador con el rendimiento conseguido. Pero esto es problemático. ¿No se deberían valorar los tiempos conseguidos por Nurmi en los años 20 como mucho más elevados que los de la época actual, aunque éstos son mucho mejores? El estilo, los cuidados para mantener la forma, el modo de los entrenamientos, la táctica y otras muchas cosas creaban entonces nuevas medidas, mientras que la mejora actual de las marcas es el resultado de unos datos programados de antemano. Por eso el público ya apenas reacciona frente al *boom*

de marcas que se viene registrando estos últimos años, incluso cuando se consiguen alturas, tiempos o distancias que hasta hace poco parecían inalcanzables.

Son muchos los que piensan que, después del deporte, son las ciencias el campo donde más objetivamente pueden calibrarse los productos creadores. Estas opiniones se afirman sobre todo frente al mundo de las artes. Comparadas con la pintura, la música y la literatura, donde el «juego de la propia fantasía» (Kant) y el gusto personal desempeñan una función decisiva, las producciones científicas se pueden calibrar con mucha mayor objetividad. Pero este juicio sólo es válido a título de contraste. Ya dentro mismo de las ciencias, las valoraciones objetivas son casi imposibles. El juicio viene determinado por factores subjetivos, que son extrínsecos a la obra. Así, por ejemplo, una de las causas más importantes que llevaron a rechazar en Alemania el psicoanálisis fue el hecho de que Freud fuera judío. Para muchos, un judío sólo podía producir cosas disgregadoras y destructoras, pero no constructivas y creadoras. Juicios parecidos se dieron sobre Marx.

Apreciaciones falsas basadas en características que nada tienen que ver con la obra son moneda corriente en las ciencias. La investigación sobre la creatividad las ha puesto en evidencia por vía empírica. Las características personales de los enjuiciadores desempeñan aquí un papel predominante. Si aquel a quien se ha de juzgar tiene un natural muy distinto del del enjuiciador, se estima en poco su obra. Ocurre esto sobre todo cuando el hombre altamente creador intenta exponer su producto de manera agresiva, dominadora y autoglorificante. Los ejemplos más comunes de los tiempos pasados son Galileo y el gran médico renacentista, Paracelso. Los dos pertenecen, según los criterios del antes mencionado análisis de factores de Cattell, al tipo «impaciente masculino». Si se tienen en cuenta sus rasgos caracterológicos, se explica bien que los hombres de su tiempo no comprendieran su genialidad. Cuando se leen los discursos y escritos de Paracelso, se sentiría uno inclinado a pensar que se había atenido escrupulosamente al consejo de su colega italiano Girolamo Cardano (1501-1576): «Cuando se trata de sus propias cosas, responde osadamente a cada impulso con otro; responde a la estupidez con camorra y belicosa agitación, a la obstinación con ardiente cólera, a la soberbia con abiertas ofensas y vio-

lencia y prefiere golpear con los puños en vez de buscar palabras.»

Desde luego, a la hora de valorar estas máximas no debe olvidarse la época. Estas rudas sentencias eran entonces normales. Compárense, por ejemplo, las expresiones gruesas y agresivas y el estilo belicoso de Paracelso con los crudos panfletos de Lutero contra la Iglesia o las injurias vertidas contra Lutero por las plumas de Johann Eck o de los jesuítas.

Pero aun teniendo en cuenta la ambientación histórica de los elementos estilísticos, no puede ignorarse el hecho de que Paracelso — amparado en su temperamento de luchador ateniense — gustaba de navegar en mares tempestuosos. Estos caracteres se dan también hoy día entre las personas altamente creadoras. Su comportamiento hace que les resulte difícil a quienes les rodean aceptar la validez de las realizaciones que ofrecen. Presentan sus productos en voz demasiado alta y de forma demasiado imperiosa. Arrojan la verdad a la cabeza de los otros como si fuera un trapo sucio y no se comportan como una especie de capa en la que uno pudiera guarecerse; imagen empleada en cierta ocasión por Max Frisch. Vocingleros como el boxeador Cassius Clay o el campeón de ajedrez Bobby Fisher se dan también en el campo científico. Pero esto también significa que las personas que en razón de su amable conducta, de su espíritu amistoso o de alguna otra virtud resultan personalmente simpáticas, son supervaloradas en su actividad creadora, mientras que los «bocazas» son muchas veces minusvalorados. Particularmente funesta resulta esta interdependencia entre valoración de productos creadores y carácter personal en los institutos superiores y las universidades. El joven es más maleable y más capaz de aprendizaje que el de mayor edad. Y cuando comprueba una y otra vez que la medida para la valoración de su potencial creador no es su obra, sino su posición respecto de una determinada persona, puede renunciar a un comportamiento creador y convertirse en un rebelde estéril.

Y, a pesar de todas las precauciones, a los maestros y educadores les resulta muchas veces difícil dar un juicio exacto sobre la creatividad de un alumno. Ya en estos primeros años puede ocurrir que los niños creadores hayan desarrollado un olfato especial para lo no enseñado y sean capaces de destacar aspectos singulares del material de aprendizaje. Ven cosas que los otros discípulos aún no

ven. Pero no siempre es fácil valorar estas capacidades, sobre todo cuando se trata sólo de matizaciones dentro de un grupo. Y, de todas formas, reconocer los talentos precoces no es tan sencillo como en el caso del matemático Carl Friedrich Gauss (1777-1855). Un maestro propuso a la clase a la que pertenecía Gauss una suma, para tenerles ocupados durante algún tiempo. Se trataba de sumar todos los números desde el 1 al 100. Al cabo de muy poco tiempo Gauss afirmó que ya lo había hecho. El maestro no quiso creerle, pero tuvo que rendirse a la evidencia. Gauss no había sumado con más rapidez o más concentración. Lo que hizo fue transformar aquella larga lista de sumandos en una sencilla multiplicación. Resolvió el problema con un cálculo mínimo. Su hoja no estaba llena, como la de sus compañeros, de números. Sólo había una cifra, y era la correcta: 5050.

El niño había hecho su primer descubrimiento independiente. Había descubierto por sí mismo la fórmula de la suma de una serie aritmética. Naturalmente, también su maestro, Büttner, conocía la fórmula. Pero Gauss había advertido que sumando la primera cifra y la última, la segunda con la penúltima y así sucesivamente, se obtenía siempre el mismo resultado: 101. Como esto ocurre cincuenta veces, la suma total es 101×50 , es decir, 5050. Gauss había demostrado, por vez primera, su sobresaliente habilidad para los cálculos numéricos» (Ludwig Bieberach).

Pero son pocas las veces en que la creatividad se presenta con tal nitidez en la edad escolar. Normalmente pasa desapercibida. Puede incluso ocultarse tras un comportamiento tembloroso y angustiado, sobre todo cuando lo no creador está encarnado en condiscípulos seguros de sí y vocingleros.

Junto a los rasgos de carácter, también el estatuto social y los títulos desempeñan un importante papel. Meer y Stein (1955) hicieron investigaciones en dos grupos de químicos. Unos habían obtenido el título, y otros no. Los dos grupos se sometieron a varios tests de inteligencia. Los enjuiciadores de la creatividad eran sus superiores. Se evidenció que se daba más valor a los productos creadores de los titulados que a los de los que no tenían títulos. Los autores interpretan este resultado como expresión del hecho de que poseer títulos ayuda a ser considerado creador, mientras que los que carecen de ellos necesitan dar muestras de una inteligencia su-

perior para obtener las mismas calificaciones. La eficacia del título para la valoración de la creatividad se deja sentir también fuera de la esfera científica. Incluso en las calificaciones de carrera se concede más alto nivel de creatividad a los puestos de servicio superiores. Un consejero ministerial pasa por ser más creador que un secretario, que sólo tiene que trabajar según normas establecidas.

Sólo cuando el título está expresamente asociado al nacimiento (nobleza) o al poder (funcionarios) influye negativamente en la valoración del producto. Lo que todavía a principios de este siglo era un signo favorable de administración, política o arte militar creadores, se ha convertido hoy en símbolo de lo no creador. Un cambio similar se ha producido también en el terreno de las ciencias. Los títulos de doctor o profesor se consideran como señal de creatividad profunda sólo a una primera mirada, pero ya lo son mucho menos a una segunda o a una tercera. La conciencia se va liberando cada vez más de etiquetas en lo tocante al valor o desvalor de los productos. Cada vez se plantea con mayor frecuencia la pregunta de si estas etiquetas son un valor conseguido por uno mismo o si le viene de nacimiento o ha sido manipulado. Ante el desengaño que producen las marcas etiquetadas no es de extrañar que en el campo científico se trabaje por conseguir criterios más objetivos para el enjuiciamiento de obras creadoras.

La tentativa más sencilla de objetivación consiste en el número de obras o artículos publicados. Este criterio parte de la idea básica de que un científico creador tiene mucho que decir y, por consiguiente, también mucho que publicar. El argumento es tan claro como insuficiente. En primer lugar, hay que averiguar en qué período de tiempo fueron escritos estos trabajos. Veinte publicaciones en catorce años son menos que diez en seis años. Pero hay más: estas publicaciones ¿tocan siempre el mismo tema, con pequeños matices, o se refieren a cosas totalmente distintas? Y, sobre todo, una sola publicación puede ser más creadora que una veintena, que tenga el mismo contenido que la «sopa de cuartel». Se ha rechazado, pues, el número de publicaciones como criterio de creatividad. Este criterio mediría más la productividad que la creatividad. Pero ni siquiera cambiando de nombre puede acometerse el problema de la calidad.

¿Cómo determinar, pues, en el campo científico, el potencial

creador de una idea, de un método, de un descubrimiento? Un criterio para enjuiciar la calidad parte del supuesto de que lo que es realmente nuevo y abridor de horizontes, debe tener también una correspondiente onda de repercusión. Y así, se contabilizan las veces que una obra es citada en un tiempo dado. En los Estados Unidos se ha creado un Science Citation Index, destinado en primer término a los especialistas en ciencias naturales. Pero tampoco este «eco de citación» está enteramente libre de fallos de apreciación subjetiva. Existen hábitos de citar basados en la moda, la complacencia o la carrera.

Tampoco el número de patentes presentadas, que al menos en las especialidades técnicas podría constituir un criterio objetivo de productos creadores, es del todo seguro. Hay quien hace patentar hasta un nuevo modelo de chinchetas, mientras que otros son refractarios a hacer registrar incluso los instrumentos más complicados. Intereses económicos, valoraciones personales y otros motivos extrínsecos son los que determinan, como ha mostrado McPherson (1966), el registro de patentes.

Un grupo de expertos ha intentado eliminar las dificultades de valoración de los productos de creatividad científica mediante un esquema con siete criterios escalonados (Gamble, 1959). En principio es un esquema similar al de Taylor, mencionado en el capítulo I. La valoración ínfima corresponde a la solución de una tarea sencilla y la más alta a la mejor solución de un problema complicado, que incluye un elevado grado de generalización y lleva a vastas consecuencias.

Aunque esta valoración de la creatividad, escalonada en siete grados, es muy útil, peca de abstracta. Puede servir como hilo conductor, pero no puede impedir que en el campo de lo concreto se sigan deslizando criterios subjetivos. Y esto ya por el solo hecho de que conceptos tales como «grado de generalización», «consecuencias» y «vastas» sólo se pueden medir con criterios subjetivos.

Acerca del psicoanálisis, sabemos que no había dudas ni acerca del grado de novedad ni de la complejidad del problema neurótico. Ya hemos intentado esquematizarlo en líneas anteriores. Pero todavía más claros que estos criterios fueron las consecuencias del descubrimiento de Freud. La comprensión de un gran número de cuadros clínicos con condicionamiento psíquico, tan ampliamente exten-

didada en los últimos decenios, fue iniciada por Freud. Mientras que antes de Freud se etiquetaba y clasificaba, pero se hacía muy poco por los enfermos, este último abrió el camino para una ayuda eficaz. Carece en este punto de importancia el problema de si todas las interpretaciones psicoanalíticas primitivas de las fobias, manías, depresiones, gastritis, esquizofrenias, alta presión sanguínea y otros muchos rasgos personales considerados como enfermedades eran o no correctas. Lo decisivo es que el objeto de la enfermedad volvió a ser colocado en el sitio que le correspondía: en el centro de la investigación y no en la periferia, adonde la había desplazado — sin quererlo, y con la mejor voluntad— la medicina científiconatural. No ha habido ni antes ni después de Freud ninguna disciplina científica que se haya preocupado tan a fondo de todo movimiento del sentimiento o de la fantasía, de cualquier sueño o de la más insignificante vivencia, como el psicoanálisis. Sólo este esfuerzo, tan mofado y criticado, ha garantizado a los enfermos corporales, y no sólo a los que padecían disturbios psíquicos, su ser personal. Sin la gran seriedad con que se atendió hasta las más subjetivas vivencias, el enfermo hubiera quedado aplastado por el sobreexceso de la medicina técnica. En lugar de ello, se dispone hoy de un amplio muestrario de recursos psicológicos y psicoterapéuticos que, sin el empuje psicoanalítico, serían inimaginables.

La amplia repercusión de Freud no se mantuvo, sin embargo, dentro de las fronteras de la medicina y la psiquiatría. Influyó en otras disciplinas en las que el hombre es objeto, al menos parcial, de la investigación, como la historia, la literatura o la sociología. Por tanto, siguiendo los criterios de Gamble, a los descubrimientos de Freud se les deberá asignar el grado máximo de creatividad. Muchos expertos de sólido y sobrio juicio lo hacen así. Ante la opinión pública, Freud, junto con Planck y Einstein, se encuentra entre los más sobresalientes científicos de este siglo. Y, sin embargo, hubo y sigue habiendo muchas reservas, escepticismos y aun ataques entre los científicos. Buena prueba de ello es que Freud no recibió el premio Nobel.

Este hecho es para nuestro tema de la importancia de un producto creador tanto más instructivo cuanto que los estatutos del comité del premio Nobel implican hasta cierto punto los criterios de Gamble para la valoración de una realización científica. ¿Por

qué se le negó a Freud esta distinción? La razón no puede deberse sólo al hecho de que con anterioridad a la primera guerra mundial no se había visto con tanta claridad como después de la segunda la amplia repercusión del descubrimiento freudiano. Los expertos que proponen los nombres para el premio Nobel deberían haber tenido más amplia visión que los no iniciados. La razón debe buscarse, pues, en primera línea en este gremio encargado de proponer nombres, al que pertenecen todos los premios Nobel anteriores, numerosos catedráticos de medicina, directores de academias científicas y una serie de expertos de gran categoría. Y este grupo no pudo o no quiso ver lo singular, lo excepcionalmente creador del descubrimiento freudiano.

Freud ha hecho por la medicina mucho más, por ejemplo, que Antonio de Egas Moniz que fue honrado con el premio Nobel, en 1949, por la introducción de la leucotomía, es decir, por un proceso cuya ineficacia terapéutica fue reconocida a los pocos años. Semejantes discrepancias sólo se pueden explicar a partir del hecho de que los descubrimientos de Freud tenían que competir con los de otros muchos. Si a principios de siglo sólo se proponían algunos nombres, después de la última guerra mundial se proponen casi cien. Hoy, este número se ha multiplicado, en virtud de la exposición científica casi increíble y de la especialización de la medicina. Cuando casi cada miembro del cuerpo humano tiene varios especialistas, es prácticamente imposible establecer, mediante una selección, qué descubrimiento es el más creador de acuerdo con las determinaciones del comité de los premios Nobel.

Así pues, la concesión de esta distinción es cada vez más, de año en año, el resultado de una selección personal. La valoración «objetiva» de la producción creadora se convierte en asunto de mayoría de votos. Cuanto más propaganda hace un candidato de su descubrimiento y más lo da a conocer al público, mayor es la probabilidad del reconocimiento oficial. Las prácticas empleadas no tienen por qué ser discutibles técnicas de la psicología de la propaganda. La propaganda puede radicar, por ejemplo, en la elección de tema tal como lo ha descrito el premio Nobel Watson en su libro *Die Doppel-Helix* (1971). Narra este autor la historia del descubrimiento de la estructura del ADN (ácido desoxirribonucleico = estructura química del gene), tal como la vivió desde su propia pers-

pectiva. Para él era indudable que una vez lograda la solución del problema, se le concedería el premio Nobel.

En términos generales se consideran creadoras las soluciones que responden a unas determinadas expectativas. Si alguien descubriera hoy un remedio contra el cáncer o una gasolina barata y no contaminante tendría más probabilidades que aquel otro que está trabajando en algo que no despierta el interés general. De esto se lamentaba Max Planck en sus memorias: «Una de las más amargas experiencias de mi vida ha sido comprobar que muy pocas veces, incluso me atrevería a decir que nunca, he logrado que se admitiera de una manera general una nueva afirmación en favor de cuya exactitud he podido aducir una demostración plenamente convincente, pero sólo teórica. Y lo mismo me sucedió esta vez. Todos mis excelentes argumentos carecieron de auditorio.»

La culpa de ello no era sólo la ausencia de una situación de expectativa. Se basaba también en la misma personalidad de Planck. No sabía «vender bien» sus conocimientos. Dado su modo de ser honrado y reservado, consumía toda su energía en el perfeccionamiento constante de sus teorías, para armonizarlas con las categorías de la física clásica. Pero todos sus esfuerzos le llevaban siempre al mismo resultado. «Esto no concuerda con las antiguas ideas.» Planck había cimentado tan sólidamente este resultado, que ahorró mucho esfuerzo al mundo de los especialistas. A éstos no les quedaba sino el reconocimiento sin reservas. Y justamente esto es lo que se le negó a Planck en los años en que más lo hubiera necesitado. La energía que había derrochado en la estructuración de sus conocimientos le faltó a la hora de hacer propaganda de sus ideas.

Experiencias de este tipo se observan con mucha frecuencia en los grandes científicos. Se las considera generalmente como inevitable consecuencia de la novedad de un descubrimiento. Los otros tienen que remodelar sus ideas y por tanto cambiar una parte de su anterior identidad. Y esto es difícil. Los conocimientos teóricos, que apenas parecen rozar la vida personal, se hunden en último término en la personalidad total y no sólo en la «cabeza».

El proceso de modificación de las ideas resulta más fácil cuando los resultados hasta entonces desconocidos y susceptibles de provocar una impresión extraña, se presentan de una manera adecuada. Y en este punto no tiene importancia decisiva que la argu-

mentación sea impecable. Ni a Planck ni a otros grandes descubridores les faltó la lógica. Pero a la lógica y a la experimentación debe añadirse la «idiosincrasia del vendedor». No sólo la mercancía debe ser excelente, sino que el comprador debe tenerla por tal. Y esto precisamente es lo que no resulta fácil en el terreno científico. La argumentación presentada a los demás como demostración de un nuevo conocimiento es una humillación para los colegas de especialidad, precisamente porque ellos no han sido capaces de tener la idea acertada y se han seguido ateniendo a las antiguas y falsas. Sólo algunas personalidades determinadas logran impulsar al comprador a hacerse rápidamente con la mercancía. Son los extravertidos aplicados, ágiles, dinámicos, presentes en todas partes. Como ejemplo podemos citar a Rudolf Virchow (1821-1902), el famoso fundador de la patología celular. De él dice el historiador de la medicina Erwin H. Ackerknecht que probablemente los historiadores no se sienten tan impresionados por los descubrimientos de Virchow cuanto por su «don de inclinar a los demás a aceptar sus ideas».

Freud, cuya estrella se apagó sólo unos pocos decenios más tarde que la de Virchow, era, por el contrario, menos ágil y móvil. Se parecía más a Planck. Como éste, se esforzaba por obtener nuevas pruebas y argumentos. Sus oyentes y lectores le entendían sin dificultad. Su lenguaje llegaba fácilmente a los oídos. Sus fórmulas eran sugestivas y nunca más complicadas que lo que la materia pedía. Se podría, pues, suponer que lograría su propósito. De ninguna manera. No era un vendedor, un propagandista. Su fría exactitud en un tema tan delicado pero también tan vital como el de la sexualidad le hicieron aparecer como el gran inquisidor o como el meticuloso contable, pero no como un liberador de la sexualidad. Un Freud bromista o irónico o sonriente fueron situaciones excepcionales, en ocasiones muy especiales y entre gente de su confianza. Si no, había distanciamiento y fría impersonalidad. También estos rasgos deben tenerse en cuenta, cuando se piensa en el prolongado distanciamiento respecto de sus colegas de universidad. Su separación de la doctrina oficial fue también separación de sus representantes.

Aunque esta reacción de Freud es muy comprensible, formó parte, durante toda su vida, de su fama oficial. Y Freud sufrió por ello.

Vio crecer su obra sin la bendición de la medicina de la escuela. Para él era más importante la confirmación de la realidad que el aplauso de una eventual mayoría. Pero aunque esta actitud merece reconocimiento —muchas grandes realizaciones han surgido frecuencia en el *ghetto*— tuvo una desfavorable repercusión en el desarrollo del psicoanálisis. Sus seguidores se sintieron obligados a expiar las injusticias cometidas contra Freud con una especial fidelidad. Lo que en él fue sólo teoría, se convirtió en sus seguidores en rígida ideología. Nadie podía corregir al padre vejado. Las alabanzas que otros le negaron, se las debían devolver centuplicadas sus discípulos.

Aparte esto, han tomado también de Freud aquella especie de inhabilidad para vender la psicología. Pero lo que en él era todavía originario y original, fue en sus seguidores copia y caricatura.

El distanciamiento, que en el nacimiento de una idea es inevitable, repercute en los imitadores de forma cómica o arrogante, según la actitud de cada uno respecto del contenido de la doctrina. Sobre todo en Norteamérica, donde el psicoanálisis se expandió con extraordinaria rapidez —debido, y no en último término, a los emigrantes de lengua alemana expulsados por Hitler— se desarrolló un tipo de psicólogos profundos que marcó el rostro de todo un estamento profesional. Fueron dibujados en numerosas caricaturas como hombres de sardónica sonrisa, situados a distancia y en un plano superior, que todo lo saben y lo comprenden pero que sólo conocen los afectos en sus pacientes. Desde luego, las caricaturas exageraban. Pero contenían siempre un núcleo de verdad. Y, sobre todo, contribuyeron a dar publicidad a la imagen de una profesión.

Hay que tener también en cuenta la «fisiognomía representativa», allí donde todavía hoy se discute el valor del psicoanálisis. En efecto, los conocimientos científicos quedan definitivamente marcados, no sólo en su origen, sino también en su etapa de difusión, por aquellos que los anuncian. No hay ciencia sin formación de escuelas y no hay escuelas sin su correspondiente «fisiognomía». En el proceso de fisiognomización de una especialidad desempeñan un papel esencial los periódicos, revistas y congresos. Aquí tiene lugar el proceso de aprendizaje y adaptación. ¿Qué lenguaje, qué jerga, qué citas, qué modo de presentarse, que problemática se

elige para conseguir los objetivos, sobre todo ante los colegas? Estos rituales son muchas veces más decisivos que lo que realmente se tiene que decir. El gran público está bien familiarizado con estas fisiognomías de especialistas. Tiene una idea muy precisa de *el médico, el párroco, el juez o el estudiante progresista*, aun cuando los casos concretos nada tengan que ver con la realidad.

Cuanto más conciencia se tiene hoy en las diversas disciplinas científicas del hecho de que incluso los productos más creadores tienen que venderse con las técnicas de la psicología de la propaganda, tanto más se recurre a ella. Puede servir de ejemplo el químico, que invita a un hotel de lujo a los directivos de su especialidad, les trata a cuerpo de rey y les mima, con la esperanza de que las circunstancias exteriores sean más eficaces que los argumentos de que tanto se preocupaba Planck. Se siente inclinación a superar la humillación narcisista por unas realizaciones no alcanzadas cuando el descubridor sabe presentar el trauma de una manera adecuada.

La necesidad de estos métodos de venta está hoy acentuada por la explosión de los costos de la investigación científica. Como ya se ha indicado en el capítulo I, hoy no es posible financiar todo lo que es investigable. A la hora de distribuir los recursos, debe hacerse una selección más rigurosa que en épocas anteriores. Y esto obliga al científico a emplear una especie de campaña propagandística que antes hubiera condenado. Hay que recurrir a los medios financieros públicos y oficiales. Hay no sólo que informar a estos centros de decisión, sino ganárselos, para movilizar dinero. Y a esto recurren no sólo las instituciones científicas, como las universidades, que tienen sus propios departamentos de prensa, sino incluso los investigadores privados. En los Estados Unidos hace ya tiempo que ha dejado de ser caso singular la práctica no sólo de universidades y organizaciones de investigación, sino de científicos particulares, que recurren a los servicios de las agencias de propaganda. Mediante la difusión del nombre y de los productos se espera una valoración más alta de los resultados. Sintetizando los puntos arriba mencionados, podemos resumir: la deseada valoración objetiva de un producto creador, independiente del creador del descubrimiento, sólo es posible, también en el campo científico, dentro de unos límites.

Y esto ocurre mucho más fuera del campo científico. Al igual que en el capítulo anterior, propondremos también un ejemplo del campo de la política, y más en concreto el caso de Hitler. Si se hubiera llegado a conocer y se hubiera sabido interpretar su modo de ser en la época vienesa, o al menos durante los años munique-ses, la humanidad se hubiera podido ahorrar su obra. Aunque este ejemplo pueda parecer muy simple, encierra el núcleo de verdad que aquí nos interesa.

A la hora de enjuiciar a un político, es más difícil distinguir entre su persona y sus hechos que entre la persona y los conocimientos de un científico. Si Planck o Einstein no hubieran hecho sus descubrimientos, los hubieran hecho otros. La física estaba ya madura para ello. Desde luego, en la investigación y descubrimien-to de la teoría de la relatividad, hubo algo más que el mero conoci-miento de los datos. Éstos los conocía también Poincaré, que tenía 25 años más que Einstein. Pero no tuvo ni fuerza ni valor para formular, sobre la base de estos datos, la nueva teoría, como ha descrito brillantemente Arthur Koestler en su libro *Der Göttliche Funke* (La chispa divina). De todas formas, el descubrimiento no hubiera tardado en producirse. Y entonces apareció Einstein.

¿Puede afirmarse con igual razón que también hubiera aparecido Hitler? ¿Que de no haber sido Hitler hubiera sido cualquier otro, acaso Göring o Himmler, el que hubiera realizado la obra destruc-tora? ¿No existe un número suficiente de neuróticos de fríos sen-timientos, que consumen su vida entera aislados y henchidos de odio contra sí mismos y contra la sociedad? ¿No hubieran sido ca-paces de hacer lo mismo, si hubieran estado dotados de parecidas cualidades oratorias? Para dar una respuesta, sería preciso enu-merar muchos más datos concretos de los que han establecido Bullock, Fest, Maser, Shirer, Speer y otros en sus biografías de Hitler: las características descritas por estos autores explican muchas cosas, pero no todas. Dicho de otro modo: todas las cualidades descritas aparecen también en otras personas. Lo singular, lo excepcional es su combinación, del mismo modo que todo individuo es singular, incluso entre hermanos gemelos. Y esto se aplica también natural-mente a la situación histórica que, tal como "era, ni se había dado ante ni volverá a darse después. También esta situación es irrepeti-ble. Sólo que en el caso de Hitler la irrepetibilidad histórica es mucho

más patente. Lo caracteriza de manera acertada Golo Mann cuando constata lapidariamente: «De no haber existido este hombre, se hubiera producido nadie sabe qué, pero desde luego no el nacionalsocialismo tal como nosotros lo hemos vivido. *Ocurrió por casualidad.*»

¿Cómo valorar, pues, una personalidad o una situación excepcional? ¿De dónde tomar las medidas que ni siquiera pueden existir? Porque excepcional, singular, significa algo no mensurable con los medios anteriores. Aquí radica una de las razones decisivas de la limitada utilidad de los pronósticos de futuro. Aun reconociendo que los métodos analíticos actuales son mucho más exactos que los precedentes, sólo se puede conocer el futuro que puede medirse con las categorías actuales. Las encuestas y pronósticos de elecciones se basan en parámetros conocidos. Y son seguros a condición de que los electores se comporten «como se espera». Así ocurre en la mayoría de los casos, desde un punto de vista estadístico. Pero las cosas son distintas cuando se trata de acontecimientos en los que influyen muchos elementos inesperados. Piénsese en el decurso de la última guerra del Oriente próximo. Aquí no se podía programar por adelantado el resultado, había que comprobarlo.

Aquí está el problema nuclear de la valoración de la creatividad. Desde fuera, un conocimiento, un descubrimiento, un método o un hecho se pueden calificar de creadores sólo de una forma aproximada. La valoración será tanto más exacta cuanto más entienda el enjuiciador de la cosa enjuiciada. Una nueva variante en hockey sobre hielo o en fútbol sólo la comprenderá quien conozca bien el juego. Y utilizará su conocimiento con tanta mayor objetividad, cuanto más se distancie para emitir su juicio. Pero aquí compiten entre sí dos tendencias, a la hora de valorar los productos creadores. Por un lado, se requiere un conocimiento a fondo de lo que se debe juzgar. Y esto es posible mediante una fuerte identificación con el objeto. Por otro lado, se exige un distanciamiento que elimine del juicio todo ingrediente de intereses personales. Y como es muy poco frecuente la combinación de estas dos tendencias opuestas entre sí, por eso son tan escasos los buenos jueces. Con razón dice, pues, la investigación sobre la creatividad: la valoración de los productos creadores es ya en sí un acto creador. El hombre creador olfatea ante todo lo constructivamente nuevo de un hecho o de un

conocimiento. Presiente el futuro que hay que construir. Pero la mayoría no lo admite. Y es precisamente esta mayoría la que preside los comités y establece las listas de prioridad. Es el consenso del grupo el que tiene que decidir lo que es creador.

El pasado enseña cuánto le cuesta esto a la sociedad. Se favorece y se protege en primer término los proyectos corrientes, los que parecen más claros y plausibles a la mayoría. Y, con suma frecuencia, son los peores. No cabe recurrir al consuelo de que lo bueno acabará por imponerse un día. Se trata aquí de dilucidar si la resistencia contra el producto creador es alentada sólo por una insignificante minoría y por poco tiempo —como en el caso de Planck o Einstein— o por una mayoría y durante mucho tiempo, como ocurrió por ejemplo en Freud. Entran aquí en juego no sólo los sacrificios financieros, cada vez mayores, que la investigación exige de los ciudadanos. Desempeñan también un papel importante la fisonomía y la estructura de la sociedad, que quedan profundamente condicionadas por lo que se investiga. ¿Tiene, por ejemplo, mayor importancia la producción de un material sintético más resistente que la investigación detallada de las perturbaciones psíquicas?

La valoración de los productos creadores en las ciencias es sólo un aspecto parcial de la cuestión. ¿Qué ocurre en el arte, la música y el teatro, y, sobre todo, en la política, donde cada uno debe decidir por sí a quién entrega el poder? ¿Puede uno aquí abandonarse a los gremios que eligen los candidatos para el ejercicio de la autoridad? ¿Quiénes son los hombres que se proponen a sí mismos para representar el bien común de una ciudad, de una región, de un país? ¿Quiénes se consideran a sí mismos capaces de hacerlo, y así lo proclaman, y quiénes son los realmente capacitados?

2. *La valoración propia*

Las preguntas anteriores nos llevan al importante problema de la autovaloración. En efecto, los productos creadores no deben ser juzgados tan sólo por los otros. Tienen también que ser «sopesados» por el mismo creador y, en términos generales, más aún que por los demás. ¿Mantiene respecto de su producto una posición similar a la de los que lo contemplan desde fuera, que ven su crea-

tividad demasiado tarde, de modo imperfecto o acaso incluso ni siquiera aciertan a verla? En principio, habría que responder a esta pregunta afirmativamente. No siempre el creador es consciente del valor de su producto. Hay un proceso largo y fatigoso, hasta que llega el momento de poder valorar adecuadamente la propia creación. Ahora bien ¿qué significa «adecuadamente» cuando se trata de valorarse a sí mismo?

¿Es, por ejemplo, adecuado el juicio sobre los propios hechos cuando coincide con el de los críticos? ¿O son más bien las propias posibilidades la medida de la valoración? En este segundo caso se producen abiertas discrepancias entre el juicio propio y el de los demás. Uno de los ejemplos más conocidos es el de Miguel Ángel. Nunca estaba del todo satisfecho con sus obras, aun cuando los demás las alababan sin tasa.

La insatisfacción no es un fenómeno raro entre los grandes creadores. Puede ser la expresión de una perturbación narcisista, pero también indicio de unas posibilidades todavía no del todo explotadas. Entre estos dos polos se dan diversas variantes y grados. Para aclararlo, describiremos dos casos. El primero es exponente de una perturbación narcisista, mientras que el segundo representa el polo opuesto.

En el primer caso, el de Klaus L., se trata de un profesor de 41 años de edad, director de un gran instituto universitario. Conocí a Klaus L. con ocasión de una consulta que me hizo sobre su mujer. Parecía siempre malhumorada, y pasaba bruscamente de un extremo a otro. En algunos períodos depresivos era incapaz de hacer nada, no se preocupaba ni del cuidado de la casa ni de sus hijos.

Era inútil tratar de distraerla o llamarle la atención, sobre todo cuando esto procedía del marido. Le colmaba de reproches y de quejas: que era un egoísta, que sólo se preocupaba de su profesión, que irradiaba poco calor e incluso que se había casado con ella sólo por su dinero. Curiosamente, otras personas, en concreto una amiga de la mujer, conseguían quitarle de la cabeza estas ideas. El marido la recomendó varias veces la consulta de un psiquiatra o un psicoterapeuta. Semejantes consejos eran recibidos con mofa y escarnio, porque —decía— no era ella, sino él, quien los necesitaba. Pero él, por su parte, rechazó semejante insinuación.

Tras esta situación de partida, el lector se sentirá muy extra-

ñado de saber que no fue la mujer, sino justamente Klaus L., quien se sometió al tratamiento psicoanalítico, en sesiones primero en común con su mujer y luego separadas. En efecto, el responsable máximo de las oscilaciones de humor de la mujer era el marido, debido a su estructura personal, que en el lenguaje especializado se califica de «perturbación narcisista». O, dicho en términos sencillos: esta mujer no podía desarrollar la convivencia matrimonial, porque el marido reclamaba unilateralmente para sí solo la atención de todos los demás. No vamos a exponer aquí toda la amplitud y la variedad de los cuadros fenomenológicos que entran en esta estructura. Hemos mencionado el problema del narcisismo sólo en razón de la importancia que tiene para la autovaloración de la propia creatividad. Lo expondremos con la evolución profesional de Klaus L.

Antes de ocupar su puesto actual, había sido funcionario en un ministerio. El cambio de un ministerio al campo científico no es frecuente y, en cualquier caso, es más raro que el caso contrario. Pero lo importante para nuestro problema no es la clase de profesión, sino la motivación. Klaus L. entró en la carrera política porque durante sus estudios había conocido a un funcionario del ministerio que tenía muchas influencias. Para él fue una especie de guiño del destino el haber podido conseguir en un tiempo relativamente corto el favor de dicho funcionario. Éste, al principio, no había pensado en ganarse a Klaus L. para la política. Le parecía que los estudios que cursaba estaban demasiado alejados de este campo. Fue en el paciente mismo donde surgieron las primeras fantasías sobre una posible carrera política. La razón de ello no era que tuviera un interés singular por esta actividad. Dependía más bien de sus constantes dudas sobre la elección de profesión. Cursó los estudios sin entusiasmo ninguno. Ponía aplicación pero tenía la impresión de que no llegaría lejos. Ni siquiera las excelentes notas de los exámenes parciales lograban mejorar esta impresión.

Ya desde sus años escolares estaba Klaus L. acostumbrado a esta divergencia entre su autovaloración y el juicio de los demás. Desde esta época venía soportando oscuras dudas sobre sí mismo. Sólo con gran esfuerzo y a base de sus excelentes notas lo podía compensar. Las burlas de sus condiscípulos, que le tildaban de empollón, le traían sin cuidado. Sabía que no podía permitirse

ser negligente, y no digamos perezoso. Entonces no se hubiera tenido ningún respeto a sí mismo y se sentiría perdido en una «infinita vergüenza».

Durante mucho tiempo se sintió indeciso en la elección de profesión. Como había cosechado éxitos extraordinarios en el círculo teatral de la escuela, el director le aconsejó la profesión de actor. Pero, a pesar de lo mucho que le gustaba el teatro, le pareció una temeridad. Finalmente, decidió seguir el consejo de su maestro, cálidamente venerado. Dominaba sus dudas ocasionales con la idea de que, en definitiva, su maestro sabía mejor que él lo que le convenía. Pero la realización de sus proyectos se vino abajo ante la enérgica oposición de sus padres. Esto sucedía unos meses antes de acabar el bachillerato. Se sentía oprimido no tanto por haber tenido que renunciar a la carrera de actor — sobre este punto más bien se alegraba — sino por su desorientación frente a la elección de profesión para el futuro. Tenía talento para muchas cosas y se sentía interesado por el arte, las lenguas clásicas, la música y las ciencias naturales. La elección era difícil. Finalmente, se decidió por los estudios que su padre le aconsejaba, no en último término en razón de las relaciones que éste tenía con gente influyente.

En los estudios superiores le pasó lo mismo que en la escuela. De puertas afuera era brillante, aplicado y cosechador de éxitos, pero de puertas adentro no estaba convencido de ser útil para nada. Ciertamente los sentimientos atormentados no eran ni tan frecuentes ni tan acusados como antes. Incluso a veces le asaltaba la fantasmal sensación de seguridad propia y superioridad. Sus compañeros de edad, que lo habían conocido en la escuela, descubrían en él rasgos de arrogancia antes inexistentes. Klaus L. se vestía con mayor esmero que antes y deseaba agradar y hasta impresionar en todos los aspectos. Buscó nuevos círculos que le allanaran el camino hacia el triunfo. Y así es como llegó a conocer al funcionario antes mencionado. Vio en él la tabla salvadora. Las perspectivas profesionales que le había propuesto su padre le parecían ahora insípidas. Hizo su examen de estado para ingresar a continuación en el ministerio de su protector.

Aquí ocurrió al principio lo mismo que en la escuela y la universidad. Por un lado se mostraba aplicado, laborioso, lleno de

talento y cosechador de triunfos, pero por otro nunca estaba del todo satisfecho ni seguro de haber llenado las esperanzas que los demás y él mismo habían concebido. Quizás fuera un punto más inaccesible que lo había sido en la escuela. Ahora sólo admitía a su lado a las personas que le parecían importantes. Trataba de ganarse su favor, siempre que se ofrecía una posibilidad para ello.

Tenía ya por entonces 30 años y se casó por primera vez. El matrimonio tuvo un hijo. A los dos años se separó de su mujer. A continuación tuvo una crisis en su puesto profesional. Aunque sus mecenas y superiores estaban, tanto antes como después, contentos de su labor, él se consideró un fracasado, sólo que los demás todavía no lo habían advertido. El trabajo rutinario día tras día le desmoralizaba. Algunas personas importantes le estimularon en su propósito de hacer una gran carrera. Pero esto no bastó para eliminar todas sus inseguridades. En estas semanas de profundas dudas, un profesor amigo suyo le ofreció que hiciera oposiciones a cátedra. Tras algunas vacilaciones, Klaus L. aceptó el ofrecimiento, convencido de que como científico tendría un éxito más sólido que en la política.

Y así pareció ser durante algún tiempo. A su tesis de oposición a la cátedra siguieron otras notables publicaciones, que muy pronto le valieron la cátedra en propiedad. Al final, las cosas parecían desenvolverse tal como él las había imaginado. Tenía un trabajo interesante, un campo muy respetado de la investigación, agradables colaboradores y estaba libre de las punzantes dudas sobre su valor auténtico. Desde que fue catedrático titular, estos sentimientos paralizadores desaparecieron. El eco positivo de sus trabajos no dejaba aflorar las dudas. Mientras tanto, se había vuelto a casar y de este matrimonio nacieron dos hijos.

Todo parecía marchar sobre ruedas, cuando comenzaron las antes mencionadas quejas de su mujer. Al principio, Klaus L. las pasó por alto, pero poco a poco fue sintiendo sus molestas punzadas. Cuando comprobó que no tenían resultado alguno ni la paciencia ni las exhortaciones, comenzó a dudar de la salud psíquica de su mujer. Por su parte, no podía aceptar ni uno solo de los reproches que ella le hacía. La seguía queriendo, tanto antes como después, o eso al menos le parecía a él. Pero tras la conversación antes mencionada y la aplicación de la correspondiente

terapia, comenzó a comprender mejor la situación de su esposa y en concreto su afirmación de que nunca la había querido. Ya en su primer matrimonio había habido puntos oscuros. Probablemente también este matrimonio fracasó porque no ofreció a su consorte el suficiente calor, proximidad, delicadeza y comprensión.

La situación matrimonial interesa aquí sólo por su conexión con la valoración de la creatividad. El sentimiento de que de él no saldría nada bueno se había extendido durante mucho tiempo no sólo *al* campo profesional sino ahora también expresamente al amor matrimonial. Por eso ya tampoco le extrañaba su fracaso en el primer matrimonio. A lo largo del tratamiento comprobó que, por comodidad, se consideraba mejor de lo que era en realidad. Creía lo que los demás le decían. El rasgo de arrogancia que había comenzado a aflorar durante sus estudios superiores se acentuó. De la autodesconfianza total pasó a la total autoseguridad. Y quien más tuvo que sufrir por esta supervaloración personal fue su segunda mujer. Ella tuvo que vivir en su propia experiencia cuán poco era su marido como persona. La infravaloración de que le hacía objeto su consorte — tal como entonces lo consideraba Klaus L. — le confirmaba en su excesiva supervaloración. Cuanto más atacado se sentía por su mujer, con mayor insistencia se remitía a sus éxitos.

Lo que importa para nuestro tema puede expresarse en la siguiente fórmula: en virtud de una determinada combinación de circunstancias y experiencias de su vida anterior, Klaus L. nunca había aprendido a confiar en sí de una forma correcta. Para él, lo valioso, lo grande, lo imponente estaba siempre en los demás. De ahí su aplicación, sus indecibles esfuerzos por conseguir rendimientos óptimos. Como estaba roto en sí, las buenas notas, la excelente opinión de los demás, los sobresalientes exámenes sólo le ayudaban de un modo transitorio. El siguiente sueño expresa bien estos premios a corto plazo y en definitiva sin sentido: «Voy con un grupo de amigos a la montaña. Camino más rápidamente que ellos, les adelanto un gran trecho y llego a la cumbre mucho antes que los demás. Pero de pronto se derrumba una parte de la montaña y me encuentro al inicio de la ascensión.» Esta renovada necesidad de ascender, tal como se reflejaba en su fanático celo por el trabajo, arruinó también su salud. Probable-

mente hubiera tenido más adelante graves estados de agotamiento o síntomas psicosomáticos si la terapia no le hubiera cuidado a tiempo la herida del narcisismo. Sobre la base de este proceso pudo reconocer poco a poco que había «hecho» la escuela, el teatro, la universidad, el profesorado, porque le impulsaban desde fuera. Fue «seducido» a estas actividades, como dijo en una ocasión. Siempre había sido otra persona, con mucho poder e influencia, la que había dado el impulso final para elegir una profesión determinada. Y siempre había triunfado en ellas, pero sólo según las medidas de los demás. Eran los demás quienes tenían que decirle cuál era su valor.

En el tratamiento, Klaus L. aprendió a ver que la actividad que desarrollaba en el campo de problemas por él estudiado le proporcionaba mucho éxito, pero no respondía, en definitiva, a sus deseos más íntimos. Su campo de preferencias estaba en otro lugar. Pero no se había atrevido a penetrar en él, porque no estaba de moda y no ofrecía porvenir. Temía que, dedicándose a este complejo de problemas, se situaría en una vía muerta. A medida que avanzaba la terapia, fue ganando seguridad en el enjuiciamiento de sus intereses y también en su capacidad para adentrarse en aquella región todavía poco desarrollada. Tuvo que pagar aquel cambio de problemática con un creciente distanciamiento respecto de sus antiguos colegas, que no comprendían su conducta. Pero esto mismo le dio más paz y seguridad. Por primera vez en su vida, el trabajo le proporcionaba un placer pleno y permanente. Antes su alegría era sólo momentánea y dependiente de una valoración positiva exterior. Pero fuera de esto no tenía ninguna «alegría de base», como llama a su ocupación actual. Lo decisivo ahora es la seguridad en la valoración de lo que hace. No necesita de los otros. Tampoco le preocupa quedarse algún día aislado. Ante semejantes temores, que antes tenía bien conocidos, da él mismo una respuesta lapidaria: «Lo que procede del propio interior, no puede ser falso tampoco para los demás.» El futuro demostró que estaba en lo cierto.

Sinteticemos los rasgos esenciales de este ejemplo. En él estaría reflejado el principio fundamental de una apreciación falsa del propio producto creador, en cuanto que en la valoración interviene la perturbación del narcisismo. La fórmula dice: «De mí

no puede salir nada bueno.» Estos hombres infravaloran generalmente sus propios productos, al menos en su interior. Necesitan el juicio de los demás. Pero para no confesar esta dependencia, supervaloran no pocas veces, para compensar, sus creaciones o sus logros. Se vanaglorian, se señalan a sí mismos, aparecen arrogantes y dominadores, y de este modo se convierten en fácil presa de otros hombres, que chocan con su «irritante comportamiento» y condenan la obra, intentando condenar la persona: un proceso bastante conocido en la historia. Pero no siempre esta supervaloración, que a veces llega hasta la manía de grandeza, choca de frente con la mayoría. No ocurre sobre todo cuanto esta mayoría puede identificarse con tales «bocazas», sea debido a los éxitos momentáneos de estos «caudillos» o por la activación de las propias ideas de grandeza.

En este tipo de personalidad se encuentra la razón de la inadecuada capacidad de autovaloración en aquellos que no tienen fe en sí mismos. Esta falta de fe no puede ser suplida del todo ni siquiera con los reconocimientos extremos, en oposición a aquellos casos en que la confirmación de los demás acrecienta la propia seguridad, si bien la activación del potencial creador sólo alcanza hasta los límites impuestos por los otros. Estos hombres nunca están del todo seguros en la valoración de sus propios productos, pero van perdiendo inseguridad a medida que consiguen éxitos. Al ver que van logrando buenos resultados, se sienten en el buen camino. El juicio de la mayoría sustituye a su propia toma de posición. En este juicio descansan. Esto ocurre sobre todo, y de la manera más clara, en aquellos productos cuyo valor es determinado directa y esencialmente por los demás, por ejemplo en los empresarios, ya sea en el campo del comercio o de la producción. A estos tales les sirve de muy poco fiarse de su propio juicio, si después viene la bancarrota. Hay que producir y presentar la mercancía según el gusto de la mayoría³. Aun cuando el juicio de

3. La difundida opinión de que los empresarios pueden imponer sus propios gustos a la masa, por ejemplo la minifalda o las pieles en la moda de los caballeros, olvida con excesiva facilidad el hecho de que no pocos fabricantes mantienen año tras año sus productos. No encuentran ni forma ni color que atraigan a las masas. Cuando es un hombre concreto el que crea la moda, nos hallamos simplemente ante un modisto creador, no ante un «descarriador». Este hombre se ha convertido en intérprete creador de tendencias que los diseñadores normales no acertaban a ver.

esta mayoría es poco original, una de las características de la profesión de empresario es acomodarse al gusto de las masas, si quiere obtener éxito. Sin embargo, tampoco en este caso se pierde del todo la capacidad de autovaloración, como muestra el ejemplo de grandes empresarios creadores. Han sabido y saben en qué descansa su producción y no permiten que los éxitos conseguidos les lleven a supervalorarse. Esto sólo ocurre con los empresarios poco creadores, tan totalmente entregados al juicio de los demás, que no advierten cómo van desapareciendo poco a poco sus propias capacidades, o al menos no las desarrollan en la medida en que les sería posible.

Como ejemplo de unas posibilidades no del todo explotadas puede valer el siguiente caso: una mujer de 44 años, madre de dos niños, se hace cargo, a la muerte de su marido, de su floreciente negocio. Al principio sentía un gran miedo ante esta tarea. Deseaba vender la empresa. Sólo tras constantes consejos de sus parientes y amigos se atreve a ponerse al frente. Al principio cree que arruinará el negocio en el más breve plazo, tan incapaz se siente. Pero poco a poco se serena y va tomando con mano firme las riendas del negocio. Renuncia a muchas cosas que le eran queridas. Transforma su vida. Al cabo de unos pocos años se siente en la fábrica como en su propia casa. No se produce la temida ruina. Al contrario, la empresa prospera y crece, lo cual depende en parte de que no lo hace todo como se hacía en vida de su marido. «Como la cosa más natural del mundo» decía ella más tarde, ocurrió que se fueron modificando los métodos antiguos por otros nuevos. No puede responder a la pregunta de por qué no se introdujeron estas novedades en la precedente administración. También para ella es un misterio el hecho de que se sigan arrastrando costumbres irracionales. Es admirada por doquier. La alabanza la hace poco a poco más despreocupada. Alcanza, como dice en el tratamiento, «grandes vuelos». En realidad, comete descuidos que irrumpen cada vez con mayor fuerza en la vida cotidiana. «Después que todo el mundo me confirmaba que había hecho algo magnífico, ya nada me podría salir mal.» Ya entonces sabía muy bien que podría hacer cosas mejores, pero retrocede ante el esfuerzo que esto exige. Se contentaba, pues, con lo que bastaba a los demás. Le faltaba un motivo para la total movilización de

todas sus posibilidades. Pero precisamente este estancamiento produjo en un tiempo relativamente corto el rápido fracaso de la empresa. La mujer cayó en una profunda depresión e intentó suicidarse.

No siempre las consecuencias de una dependencia sin reservas respecto del juicio de los demás son tan dramáticas. Pero siempre, están unidas a un descenso de las capacidades creadoras. Los ejemplos más conocidos del público pertenecen al campo de los deportes. El hecho es bastante comprensible si se tiene en cuenta que también aquí —como en el caso de los vendedores— existen criterios relativamente objetivables para medir la creatividad de los productos. Lo que es para el comerciante el balance es para el deportista el tiempo, la marca conseguida, el puesto en la clasificación. El producto creador puede ser juzgado por muchas personas. Es indispensable el aplauso de las masas. Pero esto conlleva el peligro de impedir nuevos esfuerzos para mejorar la creatividad. La caída en las profundidades es el destino cotidiano tanto en economía como en el deporte de elevados rendimientos. El que sabe que podría ascender más, pero no lo hace porque los demás ya le admiran así, inicia su declive.

Esto no significa que deba desarrollarse un trabajo creador en todas las épocas de la vida y en un solo y siempre el mismo sector. Esto no es posible ya por el simple hecho de que —como se indicó en el capítulo I— determinados rendimientos dependen de la edad. El que a los 35 años no ha conseguido batir ningún record en los cien metros lisos, puede, no obstante, trasladar a otros campos de la vida el potencial creador movilizado en aquel intento. Hay de ello suficientes ejemplos. Lo decisivo es el sentimiento de desarrollar del mejor modo posible la propia creatividad, por ejemplo en el ámbito familiar, en el negocio, en la dirección de personal o en la profesión, ya sea como artista, como científico, como deportista o como obrero manual. En el sector profesional hay que pensar siempre en una combinación de varias esferas de experiencia, por ejemplo la de empresario y la de presidente de una asociación. El órgano para el talento especial que uno tiene es indispensable. Algunas veces puede un tercero conocer mejor la capacidad de una persona que ésta misma. Pero ¿de qué le sirve a esta persona la opinión del tercero, si quiere otra

cosa y entierra sus talentos? ¿De qué sirve, cuando uno quiere ser pianista, a pesar de que es evidente que tiene más cualidades para las ciencias naturales, o que se dedique a actividades políticas, aunque está mucho más capacitado para la investigación? Todas estas preguntas tienen gran importancia práctica. ¿Cuántas calamidades se hubiera ahorrado el mundo, si Hitler hubiera seguido pintando y hubiera aprobado su examen de ingreso en la academia de Bellas Artes! Que con el tiempo hubiera llegado a ser pintor — y hasta un gran pintor — o arquitecto, como otros le aconsejaban, tiene menos importancia que el hecho de que siguiendo las huellas de su propio «talento», hubiera tal vez encontrado un trabajo en el que poder desarrollar su excepcional potencial creador. Pero no cuidó el embrión que había en él y dejó que se agostara. En lugar de ello dedicó todas las energías que hubiera necesitado para desarrollar su creatividad, a las obras que le destruyeron a él y a otros muchos.

Pero también aquí Hitler es sólo un ejemplo de todos conocido. Ocurre lo mismo en millones de personas. Algunos toman los más minúsculos indicios como avisos providenciales — recuérdese por ejemplo al productor de cine Samuel Goldwyn Mayer que, como otros muchísimos triunfadores *selfmade men*, inició su carrera como ignorante vendedor— mientras que otros pasan por alto las más claras señales de sus «disposiciones». Esperan perezosamente el gran designio o la transformación total desde el exterior. Pero con esto no hacen sino malgastar su vida. No sin razón condena la Biblia enérgicamente al que entierra sus talentos.

Más importante aún que determinar el campo de creatividad es adivinar el camino que conduce a él. ¿Qué se necesita para ello, qué es lo útil y qué lo nocivo o lo superfluo? ¿Cuándo y en qué pueden distinguirse los pasos previos necesarios de los rodeos o de los caminos equivocados? La respuesta a tales preguntas sólo es posible en virtud de una creciente independencia respecto del juicio de los otros. Aquel que sólo es creador en cuanto y mientras los demás le animan, desperdicia creatividad. La constante dependencia enturbia la propia mirada. De todas formas, esto es válido sólo respecto de los trabajos creadores más conseguidos, más maduros. Al principio las cosas son distintas. En la infancia la creatividad sólo se aprende a condición de que determinadas

formas de comportamiento sean premiadas por los adultos. Hay suficientes ejemplos en que aparecen los extremos de una autovaloración insegura, al mismo tiempo que indicios de la fuente de tales perturbaciones. Esto ocurre ya en la primera evolución, en los primeros años de la vida. Pero también mucho más tarde, el niño que va creciendo necesita el premio, el reconocimiento de sus padres. Quiere ser confirmado, alabado y reconocido en cada nuevo avance en el desarrollo. Lo aprendido cristaliza tanto mejor cuanto más atenta y cuidadosa es la confirmación de los adultos. Todo matrimonio sabe de qué cosas no se siente orgulloso el niño y por cuáles otras desea ser alabado. Es capaz de hacer las mayores tonterías por conseguir una alabanza.

Por supuesto también entre los niños se dan diferencias. No todos ellos necesitan la misma medida de estímulo y dedicación, pero todos necesitan un mínimo. Y este mínimo es muy superior a lo que muchos padres están hoy dispuestos o son capaces de dar. El estímulo no se extiende sólo a los pasos evolutivos externos y esperados, como sonreír, sentarse, tenerse de pie, andar y hablar. La mayoría de los padres saben dar en tales casos su respuesta constructiva de forma «instintiva», es decir, por la alegría que les producen las nuevas posibilidades del niño. Tienen en cambio un efecto paralizador sobre la evolución de la creatividad las interacciones emocionales de los padres entre sí y sus repercusiones en el niño. No vamos a sistematizar aquí —y mucho menos a descubrir con detalle— todas y cada una de las numerosas posibilidades de influencia que la vida está pronta a ofrecer. En otro contexto volveremos sobre algunas de ellas. En este lugar aludiremos sólo a dos variantes, que demuestran con suma claridad la dependencia que existe entre el desarrollo de la creatividad y el juicio de los mayores.

La primera posibilidad consiste en que los padres se interesen mucho, ciertamente, por el desarrollo del niño, pero sólo en la medida en que confirma sus propios objetivos. No es necesario que esto se haga de manera expresa. A veces incluso ni siquiera se piensa en ello. Puede manifestarse en el simple hecho de que no se aprueban determinados sentimientos o pensamientos del niño. Tampoco es necesario que se produzca en la forma de concretos mandatos o prohibiciones. Puede manifestarse en las sencillas re-

acciones. Llama por ejemplo la atención una frase que ha dicho el niño y se le responde de inmediato: «Tú no has podido pensar esto. Esto te lo ha dicho otro.» Y no se creen las repetidas protestas del niño de que se le ha ocurrido a él. No se le conceden «alas» propias. Y aun en el caso de que el niño demuestre poseerlas, son pocos los padres que se dejan impresionar favorablemente. Al contrario, les conturba, como en el caso de la madre de Charles Baudelaire, que escribe, a su amigo: «Para gran consternación nuestra, Charles rechaza todo lo que nosotros deseamos hacer por él. Quiere volar con sus propias alas y hacerse autor. ¡Qué gran desilusión en nuestra vida, hasta ahora tan feliz! ¡Qué preocupación!...»⁴.

El niño — incluso cuando ha alcanzado ya la pubertad y aun más adelante— sólo puede y hasta debe pensar y sentir ante sus padres y educadores unas cosas determinadas. Así se ahoga ya de antemano el germen de toda acción independiente. El producto final es un adulto que tiene que mirar constantemente a los otros, para saber qué debe pensar, sentir o hacer. En los primeros años de la vida, diversamente acentuados según el medio ambiente, se cultiva ya no pocas veces la disposición a dejar de preocuparse por el propio potencial creador. Ya Nietzsche ha descrito el resultado de este proceso en su libro *Fröhlichen Wissenschaft* (La gaya ciencia), bajo el plástico título: «No predeterminar para el conocimiento»: «Se da no pocas veces una alicorta humildad encadenados a la cual de nada les sirven los conocimientos a los discípulos. Porque en el instante en que una persona percibe algo excepcional de este tipo, vuelve sobre sus pasos y se dice: ¡Te has engañado! ¿En qué estabas pensando? ¡Esto no puede ser verdad! Y, en vez de mirar o de escuchar con más atención, echa de sí, como espantado, las cosas más ocurrentes y procura sacárselas de la cabeza lo más pronto que puede. Porque su canon interior dice:

4. Estos sentimientos de la madre despiertan en el niño la consiguiente reacción, que Baudelaire ha expresado en los siguientes versos: «Cuando según sentencia de los supremos poderes / a este mundo cruel el poeta desciende, / la madre alza las manos, ásperas, crispadas, / y querella en voz alta con Dios, que incluso se commueve: // ¡Ah! No hubiera yo engendrado un nido de serpientes / en vez de alimentar en mis entrañas esta imagen de escarnio. / ¡Maldita noche y placer, tan fugitivos y perdidos / que dieron a mi vientre tan odioso fruto! // Los que él amar quiere, le miran con horror / y fuertes y atrevidos les hace su ternura. / Intentan despertar su despecho, / ponen su ira a prueba, hasta que la paciencia le consume.»

No quiero ver lo que se opone a la opinión corriente sobre las cosas. ¿Es que he venido a descubrir nuevas verdades? Ya hay bastante con las verdades antiguas.»

Los defectos de educación en la casa paterna pueden compensarse con las experiencias de la escuela y la sociedad. Pero no siempre sucede así. En efecto, las personas a quienes se confían los adolescentes, no se distinguen esencialmente de los padres. También entre ellos ocurre lo que una vez expresó Arthur S., de 38 años, capataz de una gran empresa: «les han cocido sólo con agua». Quería con estas palabras manifestar su desilusión por el hecho de que tampoco los que lanzan impresionantes denuestos contra la educación autoritaria y quieren poner en escena una sociedad mejor están libres de las debilidades de sus padres: «También ellos le dedican una mirada a uno sólo cuando tienen tiempo y humor. Y tampoco miran siempre al futuro, como les gusta afirmar con frecuencia.» Hasta aquí su experiencia. En la vida cotidiana las cosas sucedían del siguiente modo:

«El jefe de sección gira siempre en torno a sí mismo. Da de vez en cuando un consejo, pero sólo lo hace de buena gana cuando le escuchas sus rollos sobre sus *hobbies*. Primero desea que se le respete y se le alabe, antes de dar algo de sí. No puede pasarse por alto ningún aniversario de nacimiento, ninguna nueva corbata, ningún viaje, ningún bronceado de la piel, nada de lo que ofrece a la contemplación de los demás.» Antes Arthur S. estuvo en otra empresa. Aquí las cosas marchaban todavía peor. El superior inmediato era un hombre encerrado en sí mismo, poco acogedor y desconfiado. Sólo asomaba a la superficie cuando había bebido mucho. «A mí ni me dirige la mirada. Pasaban semanas enteras, sin que ni siquiera advirtiera mi nombre. El jefe de sección superior no era, desde luego, tan reservado, pero hablaba casi siempre de sus notas y de sus proyectos, de su mujer y sus hijos, del nuevo auto, de los partidos... de todo, menos de lo que se refería a mi desarrollo. Si iba yo para hacerle una pregunta o para pedirle un consejo en una situación difícil, caía el telón.»

Aunque las experiencias que proporcionan el ejemplo de la casa paterna y el de la empresa son diferentes, sus repercusiones son similares. En los dos casos falta un elemento importante para el desarrollo del potencial creador: la afirmación constante de la

propia individualidad. Ciertamente existen ejemplos de hombres geniales a quienes sus maestros prestaron poca atención y poco amor en los primeros años de su vida. Pero siempre se puede comprobar la persistencia de este desgarrón en el desarrollo de su creatividad personal. Si quisieron ser creadores, se vieron obligados a llenar aquel vacío mediante nuevas experiencias vitales.

La opinión antes muchas veces mantenida, de que sólo los engaños en la comunicación de los primeros años de la vida pueden llevar al agotamiento de la propia creatividad, no se ha podido confirmar por medios empíricos. Hoy se cree más bien que lo que más contribuye al descubrimiento del propio yo es la afirmación adecuada y atenta en los años del desarrollo y del aprendizaje. El relato del antes citado capataz pondrá en claro lo que queremos decir. Describe, con estos términos más o menos, lo que le aconteció un día: «Sólo cuando visité al señor X pude desarrollarme. Yo sabía que había oído algunas opiniones más sobre él poco favorables. Pero no hizo ninguna alusión a ellas. No sólo era un hombre justo, sino que estaba a mi disposición siempre que le necesitaba. Alababa los trabajos bien logrados y no exageraba los defectos. Pude manifestarme ante él más abiertamente que ante ningún otro superior. Podía también confiarle mis asuntos personales. Escuchaba con mucha atención lo que le decía y se mostraba siempre muy atento. No me supervaloraba, pero me apreciaba. Dicho en pocas palabras: creó, por primera vez en mi vida, una atmósfera en la que pude experimentar con mis propios sentimientos a mis ideas. Y esto sólo fue posible porque el superior garantizaba una continuidad estable en el contacto.»

En este relato personal destacan dos hechos importantes para nuestro tema. En primer lugar, ejemplifica la importancia de un contacto continuo y estable para el desarrollo de la propia capacidad creadora. Si en el puesto laboral — es decir, en el campo en que se desarrolla la creatividad profesional — no se establece una relación satisfactoria con el superior y los compañeros de trabajo, puede quedar gravemente dañado el desarrollo de la creatividad. Sólo donde uno puede presentarse ante un «maestro» y puede exponerle tanto sus ideas, planes y opiniones, aunque inmaduras, como sus preocupaciones privadas, se allana el camino hacia el propio potencial creador.

La segunda indicación contenida en nuestro ejemplo es la relativa a la edad. Merece la pena notar el hecho de que Arthur S. no hubiera encontrado hasta los 34 años al hombre que le ayudó a que hiciera eclosión su propia creatividad. En términos generales, estos encuentros deben producirse antes. Al final del tercer decenio de la vida se debería ya saber lo que uno puede o lo que quiere. Pero esto es un ideal que muy raras veces se alcanza. Esto presupone un desarrollo bien logrado en la convivencia con los propios padres. Éstos deben ver, reconocer y fomentar las cosas que tienen un valor específico para su hijo, pero que éste todavía no puede comprender. Deben también conservar ante los ojos del niño la proximidad y la distancia que representan un óptimum para cada edad y en cada situación.

La distancia se modifica a lo largo del desarrollo. No por esto ha de sufrir el amor de los padres al niño, y tampoco a la inversa. Algunos padres no saben poner en práctica la apetecida reserva en determinados estadios evolutivos, porque los marcan por la dulzura, el desvalimiento, la suave adaptabilidad, la obediencia y otras cualidades igualmente nostálgico-hogareñas. Para aclarar esta idea bastará recordar a aquellas madres que trazan para sus hijos ya crecidos los proyectos que ellas juzgan mejores para ellos. No es infrecuente, sino más bien típico, el caso de estas madres que buscan consuelo, frente al distanciamiento de sus hijos, en un perro o algún otro animal. El animal, marcado por un adulto, es fiel y dependiente; y más, cuanto más viejo es. Pero este tipo de vinculación no es posible entre una madre y el niño. Si el niño no quiere fracasar en su propia evolución, cuando tenga 15 ó 20 años no será tan mono, tan obediente y tan pegado a las faldas de su madre como lo fue en los diez primeros años de su vida. Tiene que evolucionar, si quiere llegar a sí mismo.

A esta evolución se oponen los intereses y los deseos de los padres. Éstos piden dedicación y deferencias básicamente sólo para sí. En vez de acompañar con ánimo benevolente los pasos de la evolución del niño, le educan para que sea adorador y vasallo incondicional de sus propias personas. No pocos niños quedan así degradados a la condición de varillas de corsé del comportamiento erróneo de sus padres.

Un paciente de 40 años, Wolfgang H., contaba lo siguiente:

«Apenas hubo en toda mi infancia un día en que mi madre no estuviera enferma. Se quejaba de dolores de cabeza, de sentirse mal, de mareos y otras cosas. Todos nosotros teníamos que compadecerla continuamente. Nadie, fuera de mi madre, podía estar enfermo en casa.» De este modo conseguía aquella madre que la familia entera girara en torno suyo. Las energías del niño estaban amordazadas, vivía, como dice Erikson (1965) «con medio corazón o con un solo pulmón». No es, pues, extraño, que a sus 40 años Wolfgang H. viviera en su interior como determinado desde fuera, tal como indica el siguiente sueño: «Me encuentro en un suelo plano y gigantesco, en un estadio. Estoy sentado en un disco de metal. Alrededor está la gente en pie. Cada uno tiene delante un botón. Cuando le oprimen salgo disparado desde mi asiento de metal mediante un impulso de corriente. Las gentes se divierten con ello.»

Es indudable que el proceso que conduce al desarrollo de la creatividad en muy pocas familias se consigue de una forma ideal. Pero puede recuperarse en los años posteriores, si se encuentra a las personas «adecuadas». Cuando se dan los presupuestos necesarios, esto puede ocurrir también dentro de la psicoterapia, al menos en aquella psicoterapia capaz de corregir las decisiones erróneas, o la ausencia de decisiones de la infancia, a partir de la experiencia profunda. El sentido de esta psicoterapia, por lo que respecta a nuestro tema, podría definirse con las siguientes palabras: En la psicoterapia el paciente debe comprender y mejorar las fuentes de la autovaloración, para alcanzar así la capacidad de percibir la justa valoración de su propio potencial creador. En este proceso se distancia cada vez más de los demás en cuanto jueces únicos y decisivos de su propia obra. Se convierte poco a poco en su propio juez, en justo valorador de su creatividad.

Con esto queda ya insinuado que la creatividad no se identifica con un producto determinado. Lo que ya resulta difícil para los ! espectadores exteriores, es decir, la distinción entre obra y persona, es aún más problemático para el interesado mismo. Éste no siempre puede juzgarse según las normas del producto acabado, sino que debe tener también en cuenta el camino recorrido. Y muchas veces resulta difícil reconocer este camino. Puede estar oculto. No puede distinguirse de antemano ni con claridad entre caminos equivocados o zigzagueantes y el camino verdadero que conduce

a la meta. Esto es lo que enseña nuestro primer ejemplo. Los demás habían juzgado los productos de Wolfgang H. como creadores, o al menos superiores a la media normal. Pero si no hubiera encontrado el camino en la terapia, se hubiera detenido en las obras que les gustaban más a los demás que a él mismo.

¿Es este caso infrecuente? No. Lo normal es que los productos de un trabajo profesional sean juzgados por los demás, por el empresario o por el cliente. Y precisamente aquí se encuentra una de las razones de la extendida insatisfacción de la sociedad de producción. La producción no es en sí inhumana. Lo que es inhumano es que sea la valoración de los demás el elemento prevalente y decisivo. Cuando son los demás y sólo los demás los que determinan qué y cuánto se debe producir, el trabajo pierde gran parte de su valor como desarrollo de la propia existencia. Esto tiene una aplicación particularmente drástica en la profesión de representantes. Tiene que alabar productos que ni ha hecho, y que ni siquiera puede juzgar. Y, en cualquier caso, su propia opinión en la valoración del éxito de su trabajo profesional — dicho en términos generales — no tiene un papel importante, ya se trate de representar y elogiar un complicado instrumental, un medicamento, una mutua médica o de un libro. Lo que él piensa de tales productos tiene menos importancia que la opinión de su patrón, que consiste en vender la mayor cantidad posible de mercancía. Incluso que el producto del fabricante sea verdaderamente óptimo, no es en modo alguno necesario que el representante esté convencido de ello. En muchos casos está incluso totalmente desbordado. Un médico que no posee una experiencia clínica de muchos años, puede alabar la eficacia de un preparado muy elogiado sólo por lo que sabe de oídas. Y dígame lo mismo del representante de una editorial, que debe enfrentarse lo mismo con libros de recetas de cocina que de arqueología. Las dificultades que resultan de estas peculiaridades de la profesión de representante pueden ejemplarizarse, por lo que respecta a nuestro tema de la valoración propia y ajena de la creatividad, en el siguiente caso.

Adalbert M., tiene 35 años de edad y es representante de una firma automovilística que vende coches de carreras. No fue él quien solicitó tratamiento psicoterapéutico, sino su mujer, tres años más joven. Había contraído su segundo matrimonio con Adalbert cua-

tro años antes. Aunque deseaba ardientemente tener hijos, éstos no vinieron. Desde el punto de vista orgánico, tras un cuidadoso examen tanto de ella como de él no pudo descubrirse ninguna causa biológica que provocara aquella esterilidad. No creía ella que un tratamiento psicoterapéutico pudiera influir en la fecundidad, pero esperaba que al menos pudiera evitar la frigidez, que la hacía sufrir mucho. Ya su primer matrimonio, que contrajo a los 22 años y se prolongó durante cinco, estuvo muy perjudicado por este extremo. En las relaciones sexuales no experimentaba ningún o casi ningún atractivo. Se convertían para ella en una pesada obligación. Se negó a su primer marido, cuantas veces él lo intentaba. No la importaba mucho, ya que después del primer año de matrimonio, apenas si tuvo relaciones íntimas con él. Le había aceptado por marido sólo porque él se mostró siempre extremadamente atento. Por lo demás, fuera del matrimonio no había ninguna otra posibilidad de poder dejar la casa paterna. Abandonar la casa de sus padres revistió particular dificultad porque trabajaba en la peluquería que ellos poseían. La necesitaban no sólo como hija, sino también en el aspecto profesional. Les resultó muy difícil buscar una sustituta adecuada. Cuando, tras algunos pasajeros amoríos, conoció, a los 21 años, a su futuro primer marido, intentó, a ciencia y conciencia, alejarse de la casa paterna. Su marido le concedió todo cuanto su posición como director de sección de una gran firma comercial le permitía: cines, viajes, bailes, un piso no muy grande pero muy bien instalado. Estaba orgulloso de su mujer, cuya belleza despertaba la envidia de sus compañeros de trabajo. Según la opinión de éstos, había tenido «la gran suerte» al casarse con una mujer tan atractiva y afectuosa. Nadie advirtió que ya durante el primer año de matrimonio, y más acentuadamente después, se producía un distanciamiento cada vez mayor entre los casados. La causa no estaba tan sólo en las relaciones sexuales, aunque este aspecto era de no pequeña importancia.

A los cuatro años de casada, esta mujer conoció a su actual marido en un baile de máscaras. Tras un corto flirteo, las relaciones se hicieron más íntimas. Ella vivió entonces lo sexual con mayor intensidad que con sus anteriores conocidos, y, sobre todo, más que con su primer marido. El nuevo amante era fuerte, emprendedor, y menos inseguro en su delicadeza. Lo único que le moles-

taba en él era su profesión de mecánico de una gran firma. Como ella seguía siendo representante de artículos de cosmética y ganaba bastante dinero, el sueldo menor del hombre le importaba menos que el bajo prestigio de su profesión. Consintió en el matrimonio ardientemente deseado por su amigo a condición de que se buscara otro trabajo. No quería por marido a un obrero, aunque tuviera buen sueldo. No fue nada fácil cumplir esta condición. Finalmente, Adalbert M. logró, tras un curso de adaptación profesional, colocarse como representante de una compañía de seguros de vida. Al principio ganaba menos que en su anterior profesión de obrero especializado, pero pudo mejorar la posición al poco tiempo de ingresar en la compañía. Esto dependió exclusivamente de su habilidad como vendedor. Y lo cierto es que su destreza no era muy grande. Sencillamente, no podía convencer a los posibles clientes de que justamente su seguro era una cosa beneficiosa en sumo grado. Si le preguntaba dónde estaban las ventajas de su seguro, podía desde luego, repetir todas las instrucciones que se le habían dado, pero internamente no estaba convencido. Como contó más tarde, se veía a sí mismo como un orador del SED (Partido socialista Unido de Alemania) obligado a cantar la excelencias de su república socialista: de puertas afuera tiene que aparecer seguro de sí, pero en su interior tiene muchas dudas sobre la verdad de lo que propone. Si no hubiera sido por su mujer, a la que se sentía muy unido, hubiera abandonado ya entonces aquella «mentirosa» profesión. Su mujer no comprendió sus dificultades. No sospechaba hasta qué punto él, que sólo había hecho estudios primarios y era un simple obrero, se sentía inferior a ella. Y, para colmo, también ella era representante y, contrariamente a él, podía apuntarse grandes éxitos, al menos en el aspecto financiero. Más adelante comprendió que aquel éxito se debía a su presencia, a un modo de ser que se ganaba las voluntades y, sobre todo, a que ella creía en lo que ofrecía. Conocía a fondo los artículos de perfumería que tenía que vender. Su belleza era la mejor propaganda de sus productos. En cambio, él parecía un estafador cuando intentaba hacer firmar a un posible cliente una póliza de seguro. Y esta superioridad profesional de su mujer le hacía sufrir aún más.

Finalmente, un buen amigo le aconsejó que intentara colocarse como representante de una firma de automóviles. Aquí podría em-

plear mejor sus conocimientos de mecánico que en la rama actual. Por otra parte, era un apasionado de los motores de coches. Con la ayuda de algunas personas, consiguió colocarse como representante de automóviles rápidos. Pero aunque al principio había creído que se sentiría más feliz en este «alto nivel de representante», quedó muy pronto desengañado. Podía, desde luego, alabar su mercancía con más seguridad y con mayor honradez. Pero tuvo que constatar que a los clientes apenas les impresionaba sólo la «verdad» de la mercancía. Todo cuanto él podía decir sobre las ventajas y el rendimiento del automóvil, demostrándolo con sólidos datos, no bastaba para influir en los compradores. Pero a poco fue viendo con claridad por qué un número relativamente elevado de aristócratas trabajaban en aquella rama y no se avergonzaban de ello. No necesitaban entender mucho de autos, ya que la firma les concedía elevados sueldos sólo por disponer de su nombre. El título favorecía la disposición a comprar de los clientes, dando evidentemente por sentado que lo que un príncipe o un conde contaba era más creíble que lo que un mecánico, por bien impuestado que estuviera en su oficio, podía decir sobre un coche. Adalbert M. tuvo que aprender muchos trucos, para conseguir que los compradores se pusieran a tiro. Se vistió más a la moda, se esforzó por emplear un lenguaje más refinado y finalmente se compró — con el descuento de representante — uno de los coches rápidos que representaba. Pero a consecuencia de ello, él y su mujer tuvieron que trabajar más aún. Los cines, las excursiones y las otras diversiones que antes habían disfrutado juntos se hicieron más raras. En el aspecto sexual las cosas comenzaron a ir peor que al principio del matrimonio. Adalbert M. notaba la creciente frialdad de su mujer y ésta el descenso de la asiduidad y delicadeza de su marido. El sentimiento era más acusado en la mujer, cada vez más convencida de su frigidez. Las relaciones sexuales todavía le seguían produciendo placer, pero nunca, ni con su segundo marido, había experimentado el orgasmo, aunque lo deseaba ardientemente y era con él con quien mayores posibilidades tenía de lograrlo. Con todo, esto no la habría importado tanto, si al menos se hubieran cumplido sus deseos de tener un hijo. Pero también esta esperanza se desvanecía.

Finalmente, los dos se sometieron a una breve terapia matrimonial que no es preciso describir aquí en detalle. Nos interesa

más bien una rápida esquematización del problema en lo que respecta al juicio sobre las propias capacidades creadoras y profesionales. Adalbert M. había sido feliz en su antigua profesión de mecánico. Aquí sabía hasta dónde podía llegar, lo que podía y quería aprender. Entendía las críticas, las indicaciones y las alabanzas de sus superiores. De no haber llegado a conocer a la que después fue su esposa, hubiera desempeñado una labor muy eficaz y se hubiera sentido muy contento, a juzgar por un análisis retrospectivo. Como representante de una compañía de seguros de vida se sentía mortalmente desdichado. Para él lo peor de todo era la contradicción entre propaganda y conocimiento objetivo. Desde luego, la compañía le había dado instrucción suficiente, pero en realidad nunca había recibido una adecuada información respecto de los principios básicos de cálculo y esperanza de ganancia del seguro. Cuando, en el período de instrucción, preguntó una vez por qué todas las compañías de seguros tenían tan magníficos edificios y despachos, se le respondió que se hacía así en beneficio del cliente. Éste se sentía más seguro en una compañía que demostraba la solidez de sus finanzas con unos adecuados edificios de representación. A Adalbert esto le parecía extraño e incomprensible. No podía concebir por qué el cliente ha de estar interesado en que el director de la compañía disponga de un despacho con alfombras de varios centímetros de espesor y costosos muebles y rodeado de gran lujo.

En la firma automovilística se sintió al principio más a gusto. Aquí sabía cuáles eran las cualidades que podía alabar en el coche que quería vender. Pero el conflicto comenzó cuando advirtió que el saber y los conocimientos, la experiencia y el dominio objetivo y sólido del tema no bastaban para colocar la mercancía. En su esfuerzo por conseguir algo más que el mero conocimiento técnico, se impuso esfuerzos excesivos, tanto financieros como psicológicos. Con su rápido automóvil gastaba más gasolina, hacía recorridos aún más largos, tenía que presentarse con más lujo y, sobre todo, tenía que hacer la competencia a los demás representantes que, en razón de sus títulos o de otras circunstancias exteriores, vendían mucho mejor. La «subida al piso superior» le alejó de su mujer, por amor a la cual se había adentrado en este mundo extraño para él. Lo que quería conseguir, alcanzar, construir, lo había perdido en razón de las cosas que se le exigían. Con el correr del tiempo se

distanció de su profesión y de su matrimonio, esto último debido sobre todo a los éxitos que su mujer obtenía como representante y porque no acaba de comprender los escrúpulos de su marido. No tenía ella en cuenta el hecho de que la relación entre valoración propia y valoración ajena era muy distinta en su caso y en el de su marido. Ella hacía propaganda de cosas que no desbordaban su horizonte habitual ni requerían trucos que no conociera. Su sola presencia era la prueba fehaciente de la calidad de las mercancías que representaba. Pero fue lo bastante avisada como para prever de antemano el fin de esta excelente situación. En efecto, los triunfos que tenía en la mano sólo eran válidos mientras fuera relativamente joven. Cuantos más años tuviera, menos «dignos de crédito» se harían los artículos que presentaba. Con todo, el elemento decisivo fue que también ella sufría por representar algo que, en el fondo, nada tenía que ver con su ser íntimo, a saber, su presencia exterior. Quería impresionar por algo más que su piel, el dinero o su atrayente figura. En una palabra, quería hacer algo que brotara de su propio interior. Creía que esto lo conseguiría con un hijo. Y su anhelo fue cada vez más grande. Pero este deseo entró en un grave o inconsciente conflicto con el amor al marido. Para decirlo en una palabra: no podía sufrir tener que depender del hombre. Había sufrido mucho viendo cómo su autoritario padre había tratado a su madre. Ésta había imbuido a su hija la siguiente idea: «No dependas de un hombre, y si alguna vez te casas, gana siempre más que él.»

Después de haber reflexionado sobre este problema y otros similares, dejó de exigir demasiado a su marido. O dicho con más exactitud: dejó de importunar al marido para que representara una cosa que pertenecía más al mundo de los snobs que al de los compradores habituales de automóviles. Él se conformó con representar una marca de coches más baratos de la misma empresa. Y aquí pudo desplegar tanto sus conocimientos técnicos como su honradez. Ya no tuvo que desempeñar día tras día un papel que no le correspondía. Esta seguridad respecto de su auténtico valor profesional devolvió a la pareja su armonía emocional. El niño, que vino al poco tiempo, fue el resultado de una identidad profesional encontrada. O mejor dicho: de la armonía entre identidad de amor e identidad de profesión.

Este ejemplo enseña hasta qué punto es fácil que los premios exteriores desvíen de la auténtica vocación profesional. Son muchos los hombres que se dejan empujar en una dirección que no es la suya. Pero entonces salen mal parados la plenitud del amor, los hijos, la salud y el contento de los propios actos. Ésta es la regla. Algunas veces ocurre que los pasos hacia la auténtica zona de creatividad aparecen ya bien señalados desde el principio y son atentamente guiados y protegidos por el medio ambiente, como aconteció con Mozart y algunos talentos precoces. Pero estos casos constituyen la excepción. Fuera de estos casos singulares, cada individuo ha de indagar, a través de fases de búsqueda y de equivocaciones, su propia fuente creadora. Es, desde luego, presupuesto indispensable de esta tarea que el individuo se sienta interesado por la realización de su propio yo. En el capítulo siguiente se describirán los aspectos parciales de lo que podemos llamar proceso creador. Este proceso se lleva a cabo no sólo cuando uno se enfrenta con un dibujo, una composición o alguna tarea similar, sino también cuando no se piensa en nada determinado ni se proyecta nada específico. Incluso cuando un producto creador todavía no ha sido percibido por el mundo exterior, pueden haberse dado ya los pasos decisivos hacia la obra posterior. Ciertamente, el creador debe desarrollar para ello un órgano que le indique la evolución de su creatividad. Debe saber percibir hacia dónde apunta la dirección de sus más íntimas inclinaciones. Debe salir al encuentro del futuro antes de que se haga presente. Y para poder hacerlo, debe encontrarse a sí mismo. Porque el origen de lo creador es el yo.

EL YO COMO ORIGEN DE LO CREADOR

1. *La fortaleza del yo*

En las épocas en que prevalecía el concepto de genio se entendió muy raras veces al yo como origen de lo creador. El yo era más expresión y manifestación que autor en sentido propio. De ahí que no pocos consideraran los estados de gran debilidad del yo —tal como aparecen en los enfermos psíquicos— como favorecedores de la creatividad. Estos estados proporcionarían a las fantasías y las ocurrencias una vía de acceso al campo de la conciencia y facilitarían, por consiguiente, lo creador. Pero debe tenerse en cuenta que esta perspectiva fue defendida en unas épocas en que el concepto de enfermedad psíquica no se entendía en un sentido tan estricto como en la actualidad. Las modernas investigaciones no han permitido establecer conexiones significativas entre psicosis endógena y creatividad. Lo único que se ha comprobado es que en los artistas el porcentaje de psicosis esquizofrénicas es mayor que entre los científicos, en los que prevalecen las psicosis ciclotímicas⁵.

En todo caso, la investigación, hasta la segunda guerra mundial, no se interesaba primariamente por las clases y diferenciaciones de las perturbaciones psíquicas, sino que más bien partía del convencimiento de que los defectos o debilitamientos del yo favore-

5. En nuestros días reaparece bajo una forma nueva la antigua idea de una situación débil del yo como impulsora de la creatividad. Se llama ampliación de la conciencia mediante las drogas. Pero precisamente estos experimentos confirman la tesis de que en los estados de debilidad del yo no se provoca fuerza creadora, sino disminución de la misma. El «yo» fuerte, por el contrario, no necesita de sustancias impulsoras de regresión. Puede alcanzar aquellos estados sin necesidad de drogas.

cían las grandes creaciones. No es pues de extrañar que en la obra estándar de Wilhelm Lange-Eichbaum *Genie, Irrsinn und Ruhm* (Genio, locura y fama, 1967) —publicada repetidas veces a partir del año 1927— la lista de «altos talentos sanos» sea mucho más escasa que la de los que padecen perturbaciones psíquicas.

La sobrevaloración de las anormalidades psíquicas y la poca atención prestada a las características personales poco llamativas impedían el adecuado enjuiciamiento del yo como origen de una obra o actividad creadora. Se veía, desde luego, en el yo consciente al ejecutor y configurador de «inspiraciones epilépticas» (Lombroso 1864), pero no a su creador. Por supuesto, la inspiración e incluso la parte inconsciente de la personalidad tiene una gran importancia —como se indicará en el capítulo IX— pero al yo le compete algo más que una función de segundo rango. Es el yo el que decide que se oriente de tal modo la vida que se pueda reaccionar creadoramente frente a inspiraciones, incitaciones, e impresiones. Todo lo que, desde dentro o desde fuera, influye en el hombre, sea en razón de experiencias pasadas o de la actual situación de su vida, es ya obra de su decisión. Lo que percibe y configura, está filtrado por su laboriosidad, su saber y su constancia, y también por su impaciencia o su vanidad. Que de una observación surja un descubrimiento, o de una inspiración una obra artística, depende también y al mismo tiempo de lo que el psicoanálisis llama el yo. Aquí se entiende el yo como la parte de la personalidad influenciada por la conciencia y la voluntad, como la instancia intermediaria entre el propio ideal, el instinto y el mundo exterior.

A título de ejemplo aludiremos a la tolerancia de ambigüedad como uno de los rasgos básicos de la personalidad creadora. Como antes se dijo, se trata de la capacidad de hacer frente simultáneamente a contrapuestas posibilidades de solución de un problema. Pero esto no es más que el aspecto intelectual de una cualidad fundamental que abarca mucho más que las operaciones mentales. El hombre creador puede dominar fuerzas contrapuestas y aun contradictorias en mucha mayor medida que el no creador. Depresión regresiva y orientación al mundo, desaliño y amor al orden, diligencia y pereza, humildad y soberbia son sólo algunas de las tendencias ambivalentes que pueden descubrirse en las personalidades creadoras y que se deben coordinar y dominar.

Honoré de Balzac decía de sí mismo:

«Tengo el más extraño carácter de cuantos conozco. Me estudio a mí mismo como podría estudiar a un tercero. En mis cinco pies y dos pulgadas reúno todas las desarmonías, todas las posibles contradicciones. Quien pensara de mí que soy vanidoso, despilfarrador, obstinado, caprichoso, sin firmeza de ideas, presumido, abandonado, perezoso, desatento, irreflexivo, inconstante, charlatán, falta de tacto, ineducado, descortés, gruñón, caprichoso... tendría tanta razón como quien dijera que soy ahorrador, modesto, animoso, constante, enérgico... trabajador, resistente, silencioso, lleno de finura, cortés... siempre alegre... Nada me pasma tanto como yo mismo.»

Thomas Mann (1929) veía también reunidas en la persona de Richard Wagner estas fecundas contradicciones. Le consideraba como un excelente modelo para el estudio de los hombres creadores. Disponía de «la constitución vital peculiar del genio, de esta mezcla de sensibilidad, fuerza, delicadeza y resistencia».

El estafalario que no sabe liberarse de su enredada madeja será tan poco creador como el pedante que no es capaz de soportar en sus pensamientos un caos. Las personas que activan ideas, representaciones desacostumbradas y son capaces de transformarlas en realidades, necesitan un yo más fuerte que aquellas otras cuya vida está marcada por la falta de imaginación. Así Erik H. Erikson alude a la siguiente peculiaridad de la vida de Bernhard Shaw: Shaw trabajaba en los inicios de su carrera literaria de una manera absolutamente pedante. Escribía cinco páginas diarias —ni una más ni una menos. Las obras creadoras de este período no fueron notables. Lo escrito en estos años no tenía, desde el punto de vista literario, la menor importancia. Pero sí tenía importancia, en cambio, el entrenamiento, la disciplina y la constancia. Le posibilitaron la defensa psíquica frente a un peligro que vio en su padre y luego vivió en su propia experiencia: la tendencia a la bebida.

La obsesión como defensa frente a una tendencia o una pasión se da también en otras partes, como he descrito en una investigación sobre este tema de obsesión y pasión. Para nuestro tema interesa destacar lo siguiente: Shaw tuvo que alcanzar primero el equilibrio ante un «peligro del instinto» personal mediante la «obsesión» correspondiente, para conseguir fortificar su yo, de modo que le capacitara para grandes obras creadoras. Esta mayor fortaleza del ya

en las personalidades creadoras ha sido confirmada no sólo por numerosas experiencias individuales psicoterapéuticas, sino también por investigaciones testológicas sistemáticas. Así, por ejemplo, Cattell y Drevdahl llevaron a cabo dieciséis tests de factores de personalidad en unos cien físicos, biólogos y psicólogos y comprobaron que los creadores tenían un yo notablemente más fuerte que los rutinarios y no creadores dentro de la misma especialidad.

Estos y otros datos no quieren decir, naturalmente, que un yo muy acusado signifique ya, sin más, una vida «libre de síntoma». La vida creadora no está nunca libre de miedo, depresiones y otras perturbaciones psíquicas. Ofrecen un excelente ejemplo, a este propósito, los «síntomas» de Richard Wagner y Theodor Fontane, tal como los describió Thomas Mann (1935) con una poderosa concisión y exactitud: «Su (de Fontane) constitución nerviosa debió tener una cierta similitud con la de Wagner, que pudo llegar incluso hasta el desatino y en cuya larga y fecunda vida creadora el sentimiento de bienestar parece haber sido una excepción: constreñido, melancólico, insomne, siempre afligido; a los 30 años se encuentra en un estado tal que muchas veces se sienta y se está llorando todo un cuarto de hora; antes de terminar *Tannhäuser* teme morir; a los 35 años se considera demasiado viejo para acometer la realización del proyecto de los *Nibelungos*; siempre agotado, en cualquier instante «está acabado»; a los 40 años piensa todos los días en la muerte y tiene casi 70 cuando escribe el *Parsifal*. La diferencia temperamental es grande y en Fontane todo es más frío, más moderado. Pero sus cartas nos dan a conocer su rápida sensación de agotamiento, su íntima irascibilidad; y, evidentemente, nunca pensó vivir muchos años. Ya a los 37 años se sentía demasiado viejo y a los 57 pensaba haber llegado al fin. Dos años más tarde tuvo un disgusto en el teatro, "en el fondo una bagatela, pero durante un buen cuarto de hora perdí el ánimo, como si fuera a desmayarme allí mismo; el corazón me latía fuertemente y tuve un agudo dolor en las caderas... Nervioso he sido siempre, pero no como entonces. Y me repetía una y otra vez: ¿Qué más quieres? La vida ya queda atrás y la mayoría de los que tienen 58 años están completamente agotados". Se siente realmente agotado, pero lo que todavía tiene que dar son 18 tomos, de los cuales, hasta *Effi-Briest*, cada uno es mejor que el anterior.»

Esto debe bastar para comprender la opinión, hasta hace poco muy difundida, de la interconexión existente entre creatividad y neurosis, creatividad y labilidad psíquica. Hoy día esta creencia sigue desempeñando un papel en cuanto que los hombres creadores se oponen con frecuencia a toda psicoterapia analítica. Temen que con la disminución de sus síntomas irá pareja también una disminución de su fuerza creadora. Algo así le ocurrió a Rainer Maria Rilke. Se opuso a la intensa presión de Lou Andreas-Salomé, que quería convencerle de que se sometiera a una cura psicoanalítica. Rilke temía que desapareciera su creatividad al poner al descubierto las represiones.

Este temor está igualmente extendido en nuestros días. Los casos descritos a lo largo de las páginas de este libro demostrarán que tal temor carece de base objetiva. Adelantaremos aquí, de una manera muy genérica, el ejemplo de una escritora. Sentía un gran temor ante un psicoanálisis. En los primeros meses subsiguientes a los comienzos del tratamiento no pudo escribir ni una línea. Pero al cabo de un año, tuvo otra vez ideas nuevas y mucho mejores que antes, muchas veces cuando volvía a casa o después de una sesión, por la noche. De una manera general puede decirse aquí: las perturbaciones psíquicas que aparecen con frecuencia en los hombres creadores no son ni expresión de un sistema nervioso degenerado ni condición necesaria para la creatividad. Deben interpretarse como crisis de crecimiento del yo; la selección de síntoma depende de cada persona en concreto y del curso de su vida. No existe ningún tipo de conexiones de principio entre la gravedad y modalidad de estas perturbaciones y las obras creadoras.

Hay que plantearse la pregunta de cuáles son las fuerzas responsables de esta mayor fortaleza del yo en las personas creadoras. Hasta hace poco se pensaba básicamente en un influjo inmediato de factores hereditarios. En cierto modo, el hombre creador estaría ya determinado desde el seno de su madre a la creatividad, es decir, su yo creador estaría condicionado por la herencia. Sólo influencias excesivamente desfavorables podrían impedir su desarrollo. Hoy se tiende más bien a la opinión opuesta. La masa hereditaria se considera menos importante que la educación, el medio ambiente y la sociedad.

Esta postura es, en primer término, una reacción comprensible

frente a las teorías del último siglo, sólo que es demasiado unilateral. Olvida la intervención de las cualidades heredadas en los hombres creadores. Es imposible enumerarlas aquí con mayor detalle, ya por el simple hecho de que las realizaciones creadoras presuponen talentos de muy diverso género, según la esfera en que cada uno es creador. Un pintor necesita talentos distintos de un músico, como también son distintos los de natación y los de patinaje artístico. Incluso en un sector que se suele calificar sumariamente de atletismo ligero, se requieren condiciones de partida no sólo corporales sino también psíquicas muy distintas, según se trate de lanzamiento de jabalina, distancias cortas o saltos de altura. Una persona de piernas cortas jamás podrá, a despecho de una educación óptima y un entrenamiento intensivo, batir el record mundial de los cien metros libres.

El ejemplo destinado a poner en claro que para cada actividad creadora existen unos límites individuales marcados genéticamente, no debe llevar a engaño acerca de la auténtica dificultad. Ésta radica no tanto en el problema de si lo más decisivo es la herencia o el medio ambiente, sino en sopesar la importancia de ambos factores. ¿Cuáles son las cualidades innatas de cada individuo, que no se dejan influir por el medio ambiente? La importancia del problema aquí apuntado se hizo patente, hace muy pocos años, en una controversia — que rebasó ampliamente el campo de los especialistas— acerca de una tesis del psicólogo americano Arthur R. Jensen, según la cual los negros norteamericanos serían, por razones hereditarias, menos inteligentes que sus conciudadanos blancos. En apoyo de su tesis adujo el autor muchas cifras y comparaciones. La conclusión final, de que el 50-75 % de diferencia de inteligencia entre ambos grupos debe atribuirse a raíces genéticas, no es absolutamente convincente, por razones de técnica de medida, pero puede servir de base de discusión. En todo caso, deben evitarse los agrios enfrentamientos del tipo de los acontecidos en Londres en 1972.

En esta ciudad la defensa de la tesis de Jensen despertó tal tormenta entre el auditorio que se llegó incluso a agresiones físicas. Los «jensenistas» promovieron entonces una acción mundial de recogida de firmas para protestar contra el «terror a la opinión» de sus contrarios. Se sentían perseguidos por el delito de difundir

verdades científicas, mientras que sus adversarios creían estar en la obligación de ahogar en su raíz los inicios de una ideología racista de la desigualdad. Para los unos estaba amenazada la ciencia, para los otros la sociedad. Cuando se emplean palabras tales, se comprende bien las emociones que estas interpretaciones suscitan. En efecto, aunque lo que aquí se discute en primer término es la raíz biológica de la inteligencia, en el fondo se trata de una determinada imagen del hombre.

Se podría entregar confiadamente este problema a la ciencia y esperar otros cien años a su evolución, si no afectara tan profundamente a la vida de cada individuo. Cada nuevo recién nacido pide el fomento óptimo de sus cualidades y cada matrimonio percibe esta exigencia, aunque ningún lactante la formule.

Ahora bien, ¿cómo ha de determinar el profano cuáles son sus cualidades innatas, cómo debe cultivarlas y favorecerlas? ¿Tiene el niño disposiciones para la música o su talento se ordena a la pintura, o destaca en la comprensión de realidades abstractas? En tiempos pasados era la sociedad la que respondía en principio a estas cuestiones. Así, por ejemplo, la tribu de los mundugumor de Nueva Guinea creía que «un niño que a la hora de nacer tenía el cordón umbilical apretadamente arrollado en torno al cuello está destinado, por un derecho innato e indiscutible, a ser pintor...» Margaret Mead, que nos da este informe, añade: «...esta vinculación, establecida por capricho, es mantenida con tal obstinación que realmente sólo el que ha nacido de este modo puede pintar buenos cuadros, mientras que el nacido normal nunca podrá ser artista». Por muy extraño que pueda parecer este *diagnóstico*, también nosotros somos sus víctimas. No están muy lejanos de nosotros los tiempos en que el destino profesional dependía de signos tan extrínsecos como los que hoy rigen en los pueblos primitivos. Era, por ejemplo, costumbre en algunas regiones que el primer hijo «estudiara para párroco», el segundo se pusiera al frente de la herencia rústica y el tercero se fuera a la ciudad. La sociedad imponía la profesión y, por consiguiente, determinaba ya por anticipado la evolución de determinadas cualidades. Algunos se sienten inclinados a decir: también entonces estaba calculado, y acaso mejor que hoy día, dónde cada uno podía ser todo. Pero en estos juicios se olvidan fácilmente los fallos del sistema, tal como la

historia nos permite comprobar hoy con el ejemplo de los que nacían destinados al poder. A pesar de una educación esmerada, basada en una tradición bien comprobada, los casos de príncipes que estuvieron a la altura de su cometido de dueños del poder fueron siempre una excepción.

2. *La educación como alienación*

Debe intentarse configurar de forma provechosa el espacio libre que, en oposición a tiempos anteriores, la sociedad moderna ofrece a las familias. Los padres son los primeros y decisivos iniciadores de la vida creadora. En este estadio no se trata principalmente de cultivar estructuras de elevada complejidad sino, ante todo, de conocer las características — podría decirse incluso el «sentido propio»— del niño. Vamos a poner en claro esta idea con un ejemplo cotidiano y, por consiguiente, nada llamativo: el de la necesidad de dormir.

La mayoría de los padres siguen creyendo aún hoy día que en los recién nacidos el sueño es una magnitud estándar, con mínimas variaciones individuales. Si un niño se aparta de la norma establecida, se le somete al esquema normal con medios más o menos suaves o enérgicos. Pero ya este proceder cotidiano de los jóvenes matrimonios «choca» — aunque desde luego inconscientemente — con la naturaleza del niño. Los recientes conocimientos adquiridos por las investigaciones sobre el sueño han dado a la ciencia la certeza de que los recién nacidos se distinguen entre sí, por lo que hace a la cantidad y calidad de su sueño, mucho más de lo que antes se admitía. Los esquemas de sueño son tan individuales como el color de los ojos o del cabello. En unas investigaciones hechas por Arthur Parmelee, algunos lactantes dormían 10 horas y otros, por el contrario, 23. Hay buenas razones para admitir que en estas diferencias respecto de la necesidad de sueño desempeña un papel importante el factor hereditario. Pero se exigiría demasiado a las madres si se las pidiera que diagnosticaran el quantum de sueño natural que necesita su bebé de dos semanas. ¿Cómo poder establecer si un niño, en los inicios de su vida, necesita 15 horas de sueño, o si esta cantidad no ha sido

inducida por diversos influjos, algunos de ellos incluso prenatales? En términos generales, las necesidades oscilan entre dos extremos. Se inicia así un proceso de educación que sólo en muy contadas ocasiones responde a la naturaleza innata del niño.

Para el problema de la interconexión entre cualidades innatas, educación y creatividad, la cuestión de la estructura del sueño ofrece un ejemplo plástico, pero de importancia secundaria cuanto a su contenido. En efecto, hoy han pasado a primer término otros conceptos, muy modernos, en torno a los cuales giran las controversias entre investigadores de la conducta, sociólogos, genéticos y psicólogos, a saber, los conceptos de agresión e inteligencia. También la investigación sobre la creatividad ha atribuido escasa importancia al sueño. O, en todo caso, existe poca literatura sobre el tema. Se alude acá y acullá a perturbaciones en el sueño de algunos genios, pero se las considera menos dignas de investigación que otras características de la personalidad. De una parte, esto es comprensible. De otra, da que pensar el hecho de que según las estimaciones de los médicos, casi uno de cada dos americanos de más de 20 años de edad tienen problemas de sueño más o menos graves. Es improbable que una perturbación tan extendida, conocida ya en los siglos anteriores, deje de tener influjo en el proceso creador. En el capítulo IX analizaremos con mayor detalle su importancia.

En este lugar el ejemplo del sueño sirve únicamente a título de demostración. Intentaba sólo hacer ver que ya en un lactante resulta difícil conocer la estructura innata del sueño. Mucho más difícil ha de ser llegar a conocer otras propiedades, que no pueden modificarse sin causar daños y cuya medición presenta más dificultades que la duración del sueño. Mientras no se tenga suficientemente en cuenta la «naturaleza innata del niño», se inicia ya desde aquí el proceso, tantas veces descrito, de la alienación. Puede consistir acaso —para seguir dentro del sencillo ejemplo del sueño— en que los padres mandan a dormir a su hijo de dos años a una hora temprana, porque así por fin se quedan en paz. En general, los padres no suelen invocar en defensa de su conducta las necesidades propias, sino las del niño. Se apoyan para ello en una autoridad médica, que ha calculado que el niño necesita dormir un determinado número de horas. Pero tanto los pa-

dres como sus consejeros tienen muy poco en cuenta que entre los dos y los tres años de edad el niño no es un aparato que se puede desenchufar a voluntad. Llevará consigo a la cama sus personales problemas y dificultades. No podrá explicarse la singularidad de las impresiones que tiene durante el sueño. Y todavía será mayor la desorientación del niño si, cuando tiene miedo, suplica a sus padres que le dejen quedarse un poco más con ellos y éstos, una vez más, y con más energía que antes, le mandan al misterioso mundo del sueño.

Tenemos aquí un pequeño ejemplo cotidiano, pero precisamente por ello muy adecuado, para indicar qué significa la educación en la vida práctica: la acomodación de la vida del niño pequeño a las circunstancias, necesidades e ideales de sus padres. Y esto es válido respecto incluso de la mejor educación. Porque ni ésta puede evitar que algunas determinadas realidades sencillamente deban aceptarse. El niño coopera con la capacidad de adaptación inserta en la naturaleza humana. Y así, consigue acomodarse a un ritmo de sueño impuesto, lo mismo que se acomoda a otras consecuencias de una educación defectuosa. Sólo que hay que preguntarse cuál es el precio. Algunas de estas consecuencias marcan de tal modo las realidades y los hábitos de la infancia que el niño es ya incapaz de producir algo por sí mismo. Su yo creador estaba muerto antes de empezar a vivir. Una persona así es una máquina sin espíritu, que sólo hace lo que «se» hace y piensa. Y tales personas son la mayoría. Sólo porque ellos son in-creadores destacan tanto las personas creadoras. De lo contrario, éstas últimas no se elevarían tanto por encima de la masa. Pero ¿está justificado medir a la mayoría de los hombres con una regla que sólo corresponde a una pequeña élite?

Siempre se ha tenido la sospecha, aunque con diversos estados de reflexión, de que los hombres son más de lo que hacen. Se quedan muy por debajo de sus propias posibilidades. Para los hombres occidentales la doctrina cristiana del pecado original es la interpretación tradicional de esta situación. No se habla aquí, desde luego, del deterioro de las cualidades creadoras del hombre, pero se refiere a ellas cuando expresa la defectuosa realización de sus posibilidades. Según dicha concepción, el hombre no se halla en situación de comprender su auténtica situación vital ni de rea-

lizarla. Y esto no es culpa personal suya, pero sí es una culpa, heredada del «primer hombre». Sólo con una ayuda sobrehumana, divina, puede el hombre volver a su estado primitivo.

De una manera similar en el fondo, aunque más filosófica que religiosa, argumenta Heidegger. También para él, no es el hombre lo que podría ser. Se pierde constantemente, y sin razones sólidas, en el «se». Habladurías, curiosidad, ambigüedad son las estructuras del ser más queridas y ejercitadas por el hombre cotidiano. Existe ante todo y sobre todo en la inautenticidad del «se». ¿Quién no se reconoce a sí mismo en su cotidianidad, cuando habla Heidegger del «carácter autoritario» de las habladurías, del «dicen»? «La cosa es así, porque lo han dicho.» «La habladuría es la posibilidad de entenderlo todo sin previo acercamiento a la cosa.» «La habladuría precave del peligro de fracasar en este acercamiento. Las habladurías, que todo el mundo puede atrapar, liberan de la tarea de un auténtico conocimiento y configuran una indiferente comprensión a la que nada está oculto.» Donde hay habladurías no anda lejos la curiosidad. «Las habladurías rigen también los caminos de la curiosidad, dictan lo que se debe leer o ver. Aquel estar en todas partes y en ninguna, propio de la curiosidad, está a merced de las habladurías.» A todo esto se añade la ambigüedad, «que ofrece a la curiosidad lo que ésta busca y da a las habladurías la apariencia de que en ellas se decide todo». «Cada uno se acomoda, ante todo y sobre todo, al otro, a cómo se comporta y qué tiene que decir.» Con esta caída en el «se» se le priva al individuo concreto del juicio y la decisión y, por tanto, de la responsabilidad. El «se» vacía el ser del individuo. En efecto, para llegar a sí mismo, se requiere el esfuerzo del yo que despeja el ocultamiento y el oscurecimiento con que la existencia echa el cerrojo sobre sí misma. Este encerrarse en sí del ser está relacionado en cierto modo con la culpa, una culpa que es común a todos los hombres. Pero en oposición a esta doctrina cristiana, cree Heidegger que el individuo puede evadirse de esta culpa, en cuanto que a través de su conciencia puede despertar su más primigenio poder ser.

Doctrina cristiana y filosofía heideggeriana son dos aspectos de una interpretación según la cual el hombre está alienado de su propio ser. Ninguna de las dos nos dice cuál es este ser auténtico.

Las dos presuponen en sus partidarios un conocimiento no explícito sobre el estado «paradisíaco» o «auténtico» del ser del hombre. El lenguaje místico de la Biblia sólo hace afirmaciones vagas y metafóricas sobre aquel estado.

Bajo otra perspectiva se presentan las teorías sociológicas de la alienación, que, a partir de la ilustración, interpretan de una forma intramundana la teoría cristiana del paraíso y del pecado original. Tienen a la vista el mismo fenómeno que la fe religiosa, a saber, la amplia incapacidad de configurar creadoramente la propia vida. Sólo que no atribuyen esta ruptura a la culpa de un protoparente que se haya apartado conscientemente de su creador y, por tanto, también de toda fuente creadora. Atribuyen esta «culpa» a la sociedad. Ésta, con sus diferentes sistemas de dominio y regulación, ha puesto fin a la adecuada situación originaria del hombre. Tales sistemas limitaron las posibilidades del desarrollo del individuo y le apartaron de su verdadera naturaleza. Para Marx la alienación provocada por la sociedad no es un elemento esencial del hombre. Es más bien la señal del predominio de un falso orden social. El dismantelamiento del sistema feudal era tan necesario, para llegar a la eliminación de la alienación, como la destrucción del capitalismo.

Ahora bien, ¿puede atribuirse la alienación, la existencia no creadora de la mayoría, sólo al fracaso de los demás? Habría que responder afirmativamente a esta pregunta si se recuerda la importancia de la familia de origen en el propio comportamiento. Las posibilidades de interacción entre disposiciones heredadas e influjos familiares son tan numerosas que hasta ahora no ha podido descubrirse ninguna «característica de origen» para lo creador. Debe tenerse en cuenta este punto, frente a todas aquellas teorías que recomiendan determinadas prácticas educativas como caminos hasta cierto punto garantizados hacia lo creador. La creatividad es posible lo mismo como protesta que como imitación, como defensa frente a los impulsos instintivos y como expresión de una actividad libre de conflictos. Es el yo quien elige el camino, y puede crecer lo mismo como oferta que como carencia. Es preciso interiorizar la oferta y superar la carencia. Y esto no depende sólo de los demás, ni siquiera del orden social.

En toda sociedad hay personas que se realizan y personas que

fracasan. Ciertamente que en muchos casos las preocupaciones exteriores se identifican con las dudas íntimas sobre la propia marcha de la vida. Pero en otros casos resulta muchas veces fácil interpretar la alienación en sentido individual psicológico. Mientras uno se cree en armonía con sus propias posibilidades, un observador exterior puede ver perfectamente el foso entre su «verdadera esencia» y lo que él es. Se tiene la impresión de que puede hacer más cosas y mejores. Y no se trata aquí de la acostumbrada retórica de los maestros sobre discípulos poco aplicados. Este hecho se registra también entre los adultos. El otro parece no saber lo que quiere. Va mariposeando en torno a las cosas, sin dar a su vida una dirección bien definida. Le guían los deseos y las inclinaciones que causan impresiones extrañas. Incluso sus sentimientos causan una notable impresión de cosa vacía y rutinaria. ¿Podrá, con este amaneramiento llegar a su meta? ¿Cree verdaderamente en aquello que proclama como auténtica convicción? ¿Cómo es en realidad, como cuando está en casa o como cuando se presenta en público? ¿Por qué habla como lo hacen todos los demás, y no como él piensa?

Se trata aquí de observaciones y experiencias que puede hacer cada uno y cada día. Sería erróneo ver este proceso sólo bajo el aspecto de la responsabilidad personal. Los antes mencionados factores psicológicos de la evolución y la educación desempeñan un papel que no se puede minusvalorar. Pero no es posible interpretarlos como factores de validez general. Se les debe entender más bien como combinaciones individuales, de las que en las páginas siguientes expondremos algunas, a propósito de la descripción de casos concretos.

Al insistir en el yo y en su desarrollo individual como origen de lo creador no queremos en modo alguno negar la importancia de las circunstancias sociales. Al contrario: aun cuando desde los tiempos de Rousseau se viene afirmando con las más diversas fórmulas que la sociedad es tan poco responsable del comportamiento creador, como lo es una determinada familia o un factor hereditario, con todo, debe tenerse en cuenta su influjo parcial. Toda forma social contiene sus factores específicos, que actúan bien favoreciendo o bien paralizando la creatividad. Sirva de ejemplo la pérdida de relación — tantas veces descrita a partir de Marx —

entre el mundo del trabajo y la sociedad industrial. Los artesanos de épocas pasadas todavía podían «crear» su obra. Planificaban, proyectaban, reflexionaban, corregían, eran en una pieza autores y ejecutores. Tenían la responsabilidad total y exclusiva de todos y cada uno de los procesos de realización. Su obra le daba gozo o le producía tristeza. No conocía el trabajo sin sentido. ¿Pero cuántos artesanos había? ¿Qué sentía el campesino, el esclavo, el siervo, tal como los conoció y los describió Tolstoy con poderosas pinceladas? ¿Vivían su trabajo de la gleba como trabajo creador, como expresión de su propio ser singular? Apenas. Todo el sentido de su trabajo era sobrevivir, por muy modesta y llena de preocupaciones que fuera su existencia. Ahora bien, ¿están en mejor situación la mayoría de los miembros de la actual sociedad de consumo? ¿Se realizan mejor, sólo porque con su trabajo más fácil ganan más que los trabajadores de tiempos pasados? ¿Desarrolla su propio yo el empleado de un banco, de una oficina o de una compañía de seguros cuando revisa cuentas, escribe cartas o prepara el discurso de un ministro? ¿Puede crear algo que sea de alguna forma nuevo, original o que lleve al menos su sello personal?

Muchos lo niegan. Aluden a la necesidad de racionalización de la moderna burocracia. Debe eliminarse todo lo personal en la medida de lo posible. Nada extraño, pues, que este hombre así planificado se rebele de vez en cuando. Actos de sabotaje de los obreros que trabajan en cadenas de producción en serie o intransigencia de los burócratas son la venganza por la chata nivelación y despersonalización de su trabajo. Pero la cólera en y frente al puesto de trabajo no es la única manifestación que permite deducir la existencia de un mundo laboral alienado. La tendencia a extravagantes modos de presentarse y de vestir — tal como se refleja en la moda y la propaganda— alude también al hecho de que son demasiadas las personas que sienten desperdiciadas sus propias posibilidades. Donde no se plantea el problema de lo íntimo y personal, es preciso desviar la atención hacia lo exterior.

Y esto es válido no sólo para la juventud, en la que las exteriorizaciones son una especie de compensación natural del yo inmaduro. También en las llamadas profesiones creadoras, como las artísticas y científicas, prevalecen estos aspectos extrínsecos. El sabio de los tiempos pasados, que extraía de su trabajo su recom-

pensa decisiva, se ha transformado en el acaparador de premios del presente. El investigador en cadena de numerosas fábricas de productos científicos, frustrado en su interior, debe buscar consuelos exteriores.

Estos y otros muchos aspectos de la actual sociedad de consumo son ampliamente conocidos. En ellos hay muy ¡poco espacio para el desarrollo del propio yo. La sociedad moderna se enfrenta así con un difícil dilema. Por una parte, necesita más que nunca la potencia creadora del individuo, pero por otra ahoga, en virtud de su estructura, aquello que necesita. No es exagerado afirmar que el aumento, muchas veces confirmado, de perturbaciones psíquicas refleja también *esta* situación de nuestra sociedad. Toda persona anhela el desarrollo de sus propias posibilidades, pero debe constatar que no hay demanda de lo singular. Las depresiones, el miedo, las tensiones, las molestias psicósomáticas pueden atribuirse con mucha frecuencia al dilema de una persona que no encuentra en la sociedad su puesto adecuado.

En tal situación, no sirven de gran ayuda los numerosos remedios mecánicos que los médicos y psiquiatras se ven obligados a recomendar, ya por la simple razón del gran número de los que buscan consejo. Pastillas y tabletas disminuyen, desde luego, los estados de angustia y tensión, del mismo modo que los ejercicios de comportamiento pueden dar valor a los tímidos. Pero, sin quererlo, agravan el mal radical, a saber, la impotencia del yo. Quien debe su capacidad de sociabilidad tan sólo al alcohol o algún otro medio distensivo, puede confiar en esta virtud tan escasamente como el que debe su valor a un uniforme. ¿De qué sirve la capacidad de poder impulsar hacia adelante, cuando se siente que tras este impulso no se encuentra el propio yo? A la larga, las fuerzas creadoras ocultas en el hombre sólo se pueden desarrollar si se despojan de toda alienación y de toda falsa identificación.

La imprescindible demolición de influjos extraños puede conseguirse espontáneamente en la vida sobre la base de unas determinadas experiencias. Puede ocurrir, por ejemplo, que uno vea claro que ha elegido su profesión sólo por complacer al padre, la madre o la esposa. Puede también llegar a descubrirse que ciertos intereses y hasta ciertos gustos vienen impuestos desde fuera. Se com-

prende de pronto por qué uno nunca *se sintió* a gusto en el concierto, o por qué se asistía al teatro sólo en los estrenos, porque así se liberaba de algunas cosas, pues de otra forma se hubiera perdido algo. Incluso la orientación política deja de presentársele a uno como elección propia. La elección la hizo un amigo.

Pero no todo el que es consciente de las determinaciones ajenas que pesan sobre él y le paralizan puede ya sin más luchar por la configuración de su propio yo. Permanece anclado en una insatisfacción y en un pesar de oportunidades vitales desperdiciadas, en un oscuro y punzante sentimiento de culpabilidad. Mucho más frecuente aún es el caso de los que ni quisieran llegar a advertir que están dirigidos desde fuera. Del mismo modo que admiten como dogma de fe las afirmaciones de la propaganda, han aprendido también a admitir y vivir como una parte del propio yo lo que les dicen los padres, los educadores y los ideólogos. No advierten que su auténtico yo actuaría de forma distinta a la que éstos practican. Sólo una dilatada experiencia psicoterapéutica enseña a comprender en todo su alcance estos destinos. El proceso de identificación y de aceptación del propio fondo radical creador tiene que recorrer largas etapas. En este lugar tenemos que conformarnos con un esbozo esquemático de algunos puntos básicos. Intentaremos aclararlo con el ejemplo de un funcionario de un negocio oficial.

3. *Un funcionario creador*

Franz P., de 43 años, se sometió a tratamiento psicoterapéutico debido a sus dolores crónicos de cabeza y sus estados de agotamiento. Aproximadamente al año del inicio de la terapéutica vivió — como él mismo dice — su «renacimiento», con la siguiente ocasión: como este año no puede tener las vacaciones en la época acostumbrada, se fueron solos su mujer y sus tres niños. Los primeros días se sentía a disgusto. Luego, por un motivo inexplicable, se alegra de estar solo. Se dedica a transformar a su gusto el piso, de cuatro habitaciones. Comienza por su mesa escritorio, la biblioteca y su colección de discos. Su mujer dejaba los libros, papeles y discos, cuando hacía la limpieza cotidiana o después de haberlos

usado, donde bien le parecía. Se suponía que no tenía tiempo para ordenarlo mejor. Lo mismo hacía con los trajes de su marido. Los ponía donde la venía bien a ella, no donde él deseaba. De nada habían servido los amables razonamientos, las explosiones de cólera, las constantes súplicas. La mujer arreglaba la casa a su gusto. A los argumentos de su marido se contentaba con replicar: «Tú te encuentras muy a gusto en tu oficina. Cuando vienes a casa ya tienes todo el trabajo hecho. Pero yo estoy sin parar desde la mañana a la noche.» Con estas palabras daba bien a entender la poca ayuda que recibía de él en el trabajo doméstico, la educación de los hijos y hasta en sus gustos y preocupaciones.

Franz P. se fue resignando de año en año. Descubrió que en definitiva era siempre su mujer la que decía la última palabra, por lo menos en los asuntos domésticos y la educación de los niños. Y cuanto más cuenta se daba, menos ganas tenía de emprender iniciativas hogareñas. Con lo cual no hacía sino echar leña al fuego de los ataques de su mujer. «No te preocupas de nada. Te sientas detrás de tus papeles y te dedicas a escuchar discos.» Además, no se recataba de llamarle fracasado, incluso en presencia de los niños. Y esto le afectaba tanto más cuanto que percibía que sus hijos estaban básicamente de parte de una madre tan autosacrificada y sobrecargada de trabajo.

Ahora durante las vacaciones que pasaba por primera vez separado de su familia, pudo recuperar terreno. Quería decir que podía organizar el piso a su gusto. Pero esto era sólo el aspecto externo de un proceso interior, que desembocó en la reconquista de su propia identidad y su independencia perdidas. A lo largo del tratamiento psicoterapéutico y durante las silenciosas horas que pasaba en el hogar remodelado, fue viendo cada vez más claro hasta qué punto se había dejado coartar por su mujer. Lo que menos le preocupaba era que en los últimos años las relaciones matrimoniales íntimas hubieran sido cada vez más escasas. Lo consideraba «sin importancia». Mucho más le perturbaba el distanciamiento psíquico. Tenía que funcionar en casa tal como su mujer mandaba.

El orden de los discos y los libros era sólo un pequeño detalle, aunque en él se revelaba con claridad hasta qué punto este funcionario, en el decurso de sus años de matrimonio, había ido perdiendo su independencia como marido y como padre. Pero atri-

buirlo todo al carácter y al comportamiento de su mujer sería demasiado unilateral. Hay que preguntarse más bien cómo llegó a producirse esta situación.

Franz P. tenía, cuando se casó, 27 años. Era uno de los empleados activos y laboriosos del departamento. Amplió su formación cultural, hizo con regularidad cursos nocturnos para llegar cuanto antes a ser funcionario de plantilla y ascender lo más rápidamente posible. Conoció a su mujer, tres años más joven que él, un año antes de casarse, en un baile organizado por su centro. Se enamoró inmediatamente de ella. Él mismo se quedó extrañado porque, debido a algunas experiencias anteriores, necesitaba un tiempo relativamente largo para interesarse en el amor. Según su entonces amiga, y hoy su mujer, se «chifló» muy pronto, sobre todo después de su primera experiencia íntima. Se sentía más feliz y satisfecho que en ninguna de sus amistades anteriores. Podía tener relaciones íntimas con ella al menos dos veces seguidas sin que, como le había ocurrido con otras mujeres, le costara un esfuerzo especial. Tampoco necesitaba emplear prácticas extraordinarias. Y esto era nuevo para él, ya que con otras mujeres había recurrido a ellas con placer.

Con mirada retrospectiva, tuvo que constatar que esta mujer le había hecho «hombre». Con ninguna otra se sentía tan seguro, tan confirmado, tal él mismo como con ésta. Las demás chicas le dejaban siempre un oscuro sentimiento de vergüenza, de fracaso y de culpa, sin que pudiera explicar el porqué. No consideraba inmorales sus relaciones con el otro sexo ni tenía que reprocharse fracasos en este punto. El inicio de este matrimonio partía, pues, completamente, bajo el signo de una eclosión de su experiencia masculina de identidad, que nunca había conseguido con otras compañeras. Con ellas nunca había vivido totalmente como varón. Pero no advirtió entonces que la adquirida identidad sexual estaba predominantemente determinada por su mujer y que se trataba, por consiguiente, de una identidad aparente. Sabía desde luego que con ninguna otra mujer habían sido las cosas tan bellas. Era consciente de la parte extrínseca de su identidad, pero no podía calibrar el gran porcentaje de su determinación exterior. Exagerando un poco: su identidad masculina era más una función de su compañera que de su propio yo. Tuvo ocasión de comprobarlo

en el decurso de su matrimonio. A medida que pasaban los años, más firmemente iba tomando la mujer, incluso en los detalles exteriores, las riendas de la casa. No lo hacía así, desde luego, porque lo deseara primaria y conscientemente. Al contrario, era más bien su marido quien la empujaba a este papel, aunque también más de modo inconsciente que por deliberado propósito. Pasaba ratos felices con sus niños, les acompañaba en las vacaciones, pero en definitiva su corazón no estaba ni con su mujer ni con los hijos. Vivía en su mundo profesional.

Y esto era tanto más incomprensible cuanto que su actividad en el despacho era más bien monótona. Durante los primeros años se ocupaba preferentemente de actas y papeles relativos a controles de cuentas, ordenanzas y decretos. Tenía que llevar con frecuencia las carpetas de un despacho a otro. Le gustaba este trabajo, porque así podía conocer a otros muchos colaboradores de aquel gran negociado y pasarse agradables ratos con ellos. Precisamente con esta finalidad cultivaba unas maneras modestas y amistosas. Algunas veces se quedaba más tiempo en su despacho, si de esta manera podía atraer sobre sí la atención de sus superiores.

De todas formas, cumplía puntualmente con su deber. Era un funcionario ordenado. Además, la única posibilidad de aumento de sueldo era a base de presentar las correspondientes pruebas de laboriosidad. Tuvo que conseguirse algunos «subalternos» para llegar a ser al menos jefe de una pequeña sección. El problema consistía entonces en distribuir entre dos o tres colaboradores el trabajo que hasta ahora había podido desempeñar por sí solo. Pero como llevaba mucho tiempo en aquel negociado, sabía cómo cumplir este requisito de manera elegante y a satisfacción de todos.

Cuando apareció este punto en la terapia, la noche siguiente tuvo un sueño: «Estoy sentado en una silla en un cuarto pequeño, cuyos muros están cubiertos con altos archivadores de documentos. De pronto, mi silla comienza a moverse y un hombre me eleva a lo alto, junto con la silla. Luego son dos y finalmente cuatro los hombres que me hacen girar por el cuarto. El cuarto se hace mayor. Ahora sólo necesita examinar un documento, que me alarga otra mano.»

El hilo conductor de esta idea se mueve en el marco del fenómeno que se ha hecho famoso bajo el nombre de «ley de Parkin-

son». Franz P. la ha vivido en su propia carne. Mientras que antes había creído que tenía realmente mucho que hacer, ahora, en el tratamiento vio claro que las cosas no eran así. Las horas extraordinarias, las conversaciones y conferencias servían, en definitiva, a su necesidad personal de contacto y a su deseo de mejorar su posición laboral. Y esto sólo era posible si mantenía cordiales relaciones con sus compañeros y lograba así a la larga, que los demás le hicieran el trabajo. Había convertido su despacho en su hogar. Aquí todo estaba organizado según sus deseos. Abogaba por sus compañeros de trabajo ante sus superiores, cuando querían obtener algún favor especial. Nadie se cuidaba de disminuir el montón de documentos por despachar, cada vez más voluminoso. Le resultaba asombroso comprobar que el trabajo ahora rendía mucho menos que cuando trabajaba solo. Del mismo modo que en el hogar había sido cada vez más incapaz de amor, ahora, en el despacho, era cada vez más incapaz de trabajo. Y todo esto afloró a la superficie de manera patente en el quinto decenio de su vida, a través de los síntomas ya descritos.

De la anterior historia de Franz P. entresacamos aquí los siguientes detalles referentes a nuestro tema *de* la autodeterminación:

Como el menor de dos hermanos, Franz P. había sido el predilecto de su madre. Le mimaba cuanto podía. El padre era débil de carácter y tenía poco que decir. Lo que en orden a la vida aprendió Franz del trato con su madre se puede resumir en la siguiente frase: «No te apoyes nunca en ti mismo, sino siempre en los demás. Ellos lo pueden hacer mejor que tú.» La descripción antes dada de su vida profesional y matrimonial indica bien cómo cumplió esta consigna. Pero la cumplió también en otros sectores de la vida (escuela, centro, amigos). La determinación final partía siempre de los otros. Ya al principio del tratamiento psicoterapéutico pudo ir advirtiendo lentamente Franz P. hasta qué punto había estado determinado desde fuera y cuán pocas veces pudo configurar una situación a partir de su propia opinión, su iniciativa y su fuerza. La transformación de la vivienda fue sólo el signo externo de la irrupción de una nueva identidad que desembocó finalmente en la liberación progresiva de la impronta materna. Cuando la mujer regresó de vacaciones no estuvo al principio nada

conforme con el «nuevo» marido. Se produjeron fuertes altercados, que se prolongaron durante semanas. Sólo con la ayuda de una terapia familiar se consiguió que la nueva identidad del marido en el matrimonio se afianzara de tal modo que también la mujer participara provechosamente en la tarea.

También resultó difícil el cambio de identidad profesional, aunque al principio fue más lento y desapercibido. Estudió con mayor cuidado los papeles que hasta entonces se había limitado a ojear por encima. Comprobó sorprendido que el trabajo concentrado no le proporcionaba dolores de cabeza, como había temido. Al contrario: cuanto más se concentraba, antes desaparecían los dolores. Pero más importante aún que esta experiencia fue el giro de sus intereses. Antes iba muchas veces al despacho con el oscuro deseo de recibir agradables sorpresas, tal como su madre solía hacerlo una y otra vez en tiempos pasados. Ahora se preguntaba cómo podría ayudar a los otros. Con el desplazamiento del interés, descubrió cosas que antes no había advertido, porque no podían llevarse a cabo con la mera rutina. Las visitas que antes había rechazado aduciendo la razón de que así lo prescribían las prescripciones y reglamentos, despertaban su interés. Ahora iba al fondo de las cosas.

Dejó de disculparse ante la familia con el despacho y ante el despacho con la familia. Dejó de excusar sus propias deficiencias aludiendo a las competencias y responsabilidades de los demás. Esto le causó muy pronto dificultades con sus subalternos. Le acusaron de ambición y de celo contrario al grupo. Desapareció el excelente clima de trabajo, al menos al principio. Peores aún fueron las discusiones con los superiores. Se sentían criticados por sus ideas, propuestas e iniciativas, aunque en su ánimo no había la menor intención de crítica. Si este funcionario hubiera abandonado en este punto, no habría ningún reproche que hacerle. En definitiva, no era el primero que se instalaba cómodamente en las sólidas mallas de un negociado. Si pudo concluir victoriosamente aquellos enfrentamientos se debió en exclusiva a que en él había surgido una nueva identidad. En el tratamiento se vivió a sí mismo como alguien a quien no conocía antes. El sentimiento de autenticidad y de fuerza interna era nuevo para él. Comprendió que su anterior cortesía y corrección era una máscara, su amistad un cálculo y su

sociabilidad profunda pereza. Ahora, por vez primera, creía ser lo que auténticamente era. Y esto fue el presupuesto de una actividad creadora, en la medida en que esto era posible dentro de su estera de trabajo.

No siempre la irrupción del propio ser se produce con caracteres tan destacados como en este caso. Con mucha frecuencia lo que se cambia es el ámbito vital. Se contrae un nuevo matrimonio o se abraza una nueva profesión. El hecho de que este transformado funcionario pudiera llegar a la eclosión de sus potencias creadoras dentro de su propia profesión es digno de nota, por cuanto se trata aquí de una actividad que, en términos generales, se considera como no creadora. El mismo paciente estaba sorprendido. Manifestó: «No tenía ni idea de que también en un negociado se pueda ser creador.»

Éste es el primer punto que nuestro ejemplo quiere demostrar: *que* incluso en profesiones que son consideradas universalmente • como no creadoras, puede el individuo ser creador. Desde luego, no es fácil. En toda burocracia las fuerzas de la inercia y la rutina son numerosas y sólidas. Algunas de ellas han sido descritas recientemente (1973) de manera ejemplar por Eberhard Moths y Monica Wulf-Mathies en un estudio empírico sobre la realidad de un ministerio de Bonn, concretamente el ministerio de economía y finanzas. Interrogaron a varios cientos de colaboradores de la burocracia ministerial sobre problemas estructurales y sus modos de pensar y trabajar. El resultado, muy instructivo para nuestro tema, evidenció una enorme dispersión de responsabilidad para un proceso determinado. Aquí el individuo concreto corre riesgos menores, porque siempre puede disculparse con otro. Este temor a la responsabilidad personal contrasta con el elevado juicio moral que los funcionarios tienen de su actividad. La contradicción se explica por el contenido abstracto de la responsabilidad que se practica, designada por los autores como «responsabilidad en estado de espera». No se refleja en la vida cotidiana. «Someterse a sí mismos a prueba a través del rendimiento efectuado, se considera como desconfianza injustificada. Responsabilidad, es decir, convicción de trabajar conscientemente, con cuidado y con fidelidad en funciones que atañen a los seguros sociales del Estado, se halla incluso en excluyeme oposición con la disposición al riesgo que

lleva consigo necesariamente toda iniciativa o todo intento de renovación y hasta, en determinadas circunstancias, toda elevación del nivel de eficiencia.»

En aparente contradicción con la falta de disposición para la responsabilidad individual se encuentra el impulso hacia la ampliación de la esfera de responsabilidad. Pero en el fondo estos dos aspectos se complementan íntimamente. En efecto, cuanto menor es el gusto por la responsabilidad individual, mayores deben ser las competencias de las que uno se hace «objetivamente» responsable. El jefe de información, que lucha sin descanso por nuevas atribuciones, no busca ni más trabajo ni más responsabilidad, sino más poder. Sólo éste le garantiza el enmascaramiento de su estilo de trabajo y de pensamiento increador y temeroso del riesgo. Como de lo único de que tiene responsabilidad es de este estilo, procura escudarse de toda responsabilidad recurriendo a las disposiciones, las competencias y otros poderes exteriores. Y esto lo puede hacer con tanta mayor facilidad cuanto mayor «responsabilidad» se le confiere.

Estos hombres no han descubierto aún su «auténtica naturaleza». Por eso necesitan motivos exteriores para no tener que afrontar el fallo de su propio interior. Se refugian en la intrusión y se aferran, por tanto, a rasgos caracteriales de cuño infantil. Y no salen de ahí.

Estas fijaciones encuentran en los funcionarios de los grandes negociados y ministerios su clima más favorable. En efecto, de ellos se espera frecuentemente íntima dependencia y gran capacidad de resistencia. Ésta podría ser una de las razones de por qué los burócratas son, en general, no creadores. Pero no debería ser así. Pueden ser creadores, a condición de que sepan liberarse, en el decurso de su carrera profesional, del temor a la responsabilidad personal y sean capaces de nadar contra corriente. Deben crearse en esta atmósfera, paralizadora de la creatividad, una nueva identidad. Aquí podría encontrarse una característica muy genérica pero también muy importante de la creatividad burocrática. Si en el capítulo introductorio hemos definido la creatividad como el acoplamiento o interconexión de experiencias hasta ahora no relacionadas, entonces debe calificarse de creador al funcionario que no deja que las reglas de la burocracia ahoguen su iniciativa personal.

Éste es el segundo punto que pone en claro nuestro ejemplo: cuanto más carente de espíritu creador es el ambiente, mayores esfuerzos necesita el individuo concreto para hallar su propia forma creadora. Para esto se precisan en términos generales largas preparaciones, muchos rodeos y hasta caminos equivocados. Para comprenderlo, debe tenerse en cuenta lo siguiente: toda persona desarrolla a lo largo de su vida una serie de identidades. Dependen de la edad, de los peldaños de la evolución y de influjos exteriores. Así por ejemplo, un niño, hasta que va a la escuela, tiene una determinada identidad. En la escuela, esta identidad se completa y transforma con nuevas experiencias. Un niño puede ser en casa revoltoso y poco inclinado a aprender, y en la escuela, por el contrario, puede ser atento y aplicado. La causa puede ser la identificación con un maestro o la reacción frente al matrimonio poco armonioso de sus padres.

En estos casos se suele plantear muchas veces la pregunta: ¿Cómo es el niño en realidad? ¿Como en la escuela o como en casa? La respuesta es: las dos cosas, según la situación en que se encuentre. De acuerdo con este esquema, cabe imaginar diversas identidades, que se van desarrollando con el curso de la vida. Cuanto mayor es uno, más identidades posee, como consecuencia de las diversas identificaciones con personas y situaciones. Pero no sólo a lo largo del decurso del tiempo, sino también dentro de un mismo espacio vital pueden darse a un mismo tiempo varias identidades. Así, se puede ser simultáneamente buen alumno e hijo revoltoso, marido, padre, funcionario y miembro de un círculo. La respuesta es sólo hasta qué punto se identifica uno con sus diferentes «roles».

Hay personas que desempeñan sus deberes y tareas en la profesión, la familia y la sociedad consciente, pero sin calor, con pálida eficacia. Son meros continuadores de reglas y costumbres y nada más. Otros, por el contrario, cumplen a la perfección sus diversos cometidos. Ponen el corazón en cada uno de ellos. Sus compañeros de trabajo piensan que sólo viven para su profesión; pero sus mujeres y sus hijos se sienten profundamente unidos y amados por él, en cuanto marido y padre. Así pues, mientras unas personas se identifican del todo en todo con sus diversos «roles», otras mantienen siempre una cierta distancia entre lo que repre-

sentan y lo que son. Son personas impenetrables y difíciles de comprender.

¿De qué depende la sólida identificación con una función? Cuáles son sus consecuencias para la creatividad? Para cada uno de los diferentes niveles de identificación existen también diferentes razones, internas y externas. Dicho de una forma simplificada: cuánto más atrayente es una situación exterior para una persona, tanto más rápidamente se identificará con ella. Pero esto también significa que se abandona en la tarea una parte del propio yo. Por otra parte, lo que para uno puede resultar atrayente, para otra puede ser repulsivo. En consecuencia, las motivaciones externas de una identificación varían de unas personas a otras y también a lo largo de las diferentes etapas de la vida.

El ejemplo expuesto permite ofrecer un esquema simplificado de la situación. Habría que preguntarse por qué el funcionario halló su identidad como hombre precisamente en *esta* mujer que más tarde le decepcionó. En anteriores contactos íntimos con otras mujeres se había sentido también aceptado, satisfecho y, en ciertos aspectos, incluso mejor comprendido. También por motivos profesionales podría haberse casado con alguna de aquellas muchachas, varias de las cuales eran incluso «mejor partido». Lo único que durante el tratamiento pudo afirmar con certeza es que sólo con la que más tarde sería su mujer se experimentó como hombre. Y no se refería al aspecto funcional. No podía describir bien este sentimiento, pero a medida que avanzaban las semanas, se iba identificando más y más con ella como su futura mujer. Con mirada retrospectiva, creyó él más tarde que con ella había vivido aquellas cualidades que durante su infancia y juventud había considerado como características ideales de una esposa. No las podía expresar con unos pocos conceptos, sino que se presentaban más bien como un proceso, del que sólo se podía conocer una perspectiva cada vez. A medida que avanzaba el tratamiento, cada una de estas perspectivas era desplazada por otra, genéticamente anterior. La última fue la decisiva, la más eficaz, la que determinó la identidad varonil con la consorte elegida.

Parecidos procesos se pudieron detectar también en su identificación profesional. En el último curso de la escuela primaria, un maestro le indicó a Franz P. las atrayentes posibilidades de la pro-

festón de comerciante. Pero, al final de su época de formación, no pudo ya identificarse con el camino que le habían propuesto. Le pareció demasiado expuesto. Por tanto, intentó colocarse, con éxito, en un ministerio. Le agradó inmediatamente el clima de trabajo. La indicación de un colega, de que no era conveniente mostrar gran celo por el trabajo, fue un elemento decisivo. Esto se avenía a las mil maravillas con su comodidad de la que, por otra parte, no conocía por entonces el alcance exacto. Todo esto significa que la exigencia de comodidad, tan cultivada durante su infancia, no se reflejó al exterior ni durante la escuela ni durante su aprendizaje mercantil. Pero fue un elemento determinante de la motivación en el instante mismo en que tuvo que adoptar una decisión frente a una profesión que implicaba riesgos. Entonces retrocedió. Eligió una carrera profesional en la que, de forma inconsciente, pudiera apurar al máximo sus deseos de comodidad. Y para poder realizar mejor estas inclinaciones, tuvo antes que conseguir un puesto en que se dan en grado máximo la renuncia a la responsabilidad y la exigencia de comodidad. Esto sólo podía alcanzarse en un puesto algo elevado, lo cual llevaba aparejado al mismo tiempo un más alto nivel en su autoestimación. Si hubiera tenido que permanecer toda su vida como simple funcionario, se hubiera sentido tan humillado como su padre, que fue portero de una fábrica y a quien la esposa despreciaba, porque no había sabido llegar más lejos.

Para alcanzar este nivel de «más elevada comodidad» y de mayor prestigio, tuvo que proceder de una manera cauta: Cortesía, disposición para ayudar a los demás y modestia fueron la máscara de su ambición de hacerse servir por los otros. Sólo en este nivel de su descubrimiento de identidad creyó haber logrado su meta. Pero en esta posición finalmente conquistada Franz P. se sintió feliz sólo al principio. Entonces podía ya utilizar en su propio provecho el trabajo de los demás. Pero en casa las cosas iban de mal en peor. La mujer le echaba en cara rasgos tiránicos a los que no estaba acostumbrada. Sólo sabía mandar o permanecer ocioso. Y así se produjo un distanciamiento dentro de su propia familia, en la que ya apenas tenía nada que decir. En su despacho, en el que siempre había sido muy apreciado, lamentaban que sus continuadas bajas por enfermedad le obligaran a ausentarse tantas veces del trabajo.

A Franz P. le salieron fallidas sus esperanzas, tanto en la profesión como en la familia. Cuando se puso bajo tratamiento psiquiátrico estaba desesperado. Se sentía como un completo fracasado, aunque de puertas afuera había conseguido cuanto se había propuesto. Esta impresión se mantuvo obstinadamente durante mucho tiempo en la psicoterapia. Sólo cuando llegó a sospechar hasta qué punto sus anteriores identificaciones habían estado determinadas desde fuera, comenzó a insinuarse una lenta transformación. Vio claro que ni en la familia ni en la profesión existía como «él mismo». La falta de una eficaz decisión propia le había convertido prácticamente en «representante exterior» de la familia y del negociado. Y éste es el tercer punto que debemos destacar en nuestro ejemplo.

Cuanto más se identifica el individuo con la colectividad, más se reduce su auténtico potencial creador. Y así, era típico en Franz P. el hecho de que en cierto modo se sintiera orgulloso tanto de su negociado como de su familia. En cuanto miembro de ambas instituciones le parecía ser algo especial. Se sentía íntimamente conmovido cuando, en ceremonias solemnes, los representantes oficiales del aparato estatal destacaban la importancia de su ministerio. Y lo mismo le sucedía cuando alguien alababa su familia.

No son raras las identificaciones narcisistas en el matrimonio y la profesión. Hasta ahora se habían analizado poco sus consecuencias para la creatividad. En efecto, el que se identifica demasiado con los méritos reales o imaginados de una colectividad, no ha menester ser personalmente creador. Se comporta como un niño en este aspecto. Tampoco los niños sufren bajo su propia impotencia, debido a la divinización de los padres. Cuanto más se idealiza a los padres, mejor puede el niño soportar sus propias debilidades. Estos procesos de idealización se extienden mucho más allá de la infancia. Mientras se mantienen, no necesita el individuo concreto movilizar su potencial creador, o sólo de una manera imperfecta. Puede servirnos de ejemplo lo que le ocurre al hincha de fútbol. Su estado de ánimo depende de la victoria o la derrota de su equipo. Va semana tras semana al estadio, lee en varios periódicos las reseñas del partido, oye y ve retransmisiones, habla de su equipo con sus compañeros en el círculo y en la oficina. Todo esto no desarrolla gran cosa, desde luego, su capacidad «deportiva». Vive pasivamente, depende de su ídolo. Este ídolo es su yo agran-

dado, superelevado, que hace más soportables los numerosos descalabros y desengaños de la vida cotidiana. Esta misma postura puede adoptarse respecto de un partido político, de un pueblo, de una profesión o de una institución. La colectividad idealizada asume la protección del individuo frente a debilidades narcisistas. Cuanto mayor, más prestigioso y poderoso es el grupo, tanto mejor se siente el individuo en él. Y esto sin excesivos esfuerzos.

Aquí radica el factor decisivo para el tema de la creatividad. El caso del funcionario Franz P. permite verlo con claridad. Antes del tratamiento, Franz no había advertido hasta qué punto el curso de su trabajo estaba interiormente vacío. No trabajaba menos que los demás, incluso a veces se llevaba tarea a casa y su voluntad para servicios extra era bien conocida de sus superiores. Pero todo esto era «trabajo alienado». Con esta expresión quería Franz significar que hacía sólo lo que se esperaba que hiciera. Nunca, a lo largo de todos aquellos años, había llevado a cabo algo propio e independiente. Desde luego, también las circunstancias tenían su parte de culpa, ya que no permitían «marchas en solitario»; pero una culpa parcial. En la terapia descubrió hasta qué punto había utilizado las circunstancias de su puesto de trabajo como excusa para no tener que comprometerse personalmente. Ahora, cuando en su trabajo burocrático comenzó a desempeñar sus funciones no como «determinación desde fuera» sino a vivirlas como su propia obra, como su propia tarea, advirtió cuánto podía haber hecho en realidad. Ya no necesitaba identificarse con sus superiores o con la institución. Para ilustrar su nueva actitud citó a un campeón olímpico. En una entrevista, declaró que no competía en primer término por su país o por el sistema, sino por sí mismo. Al principio a Franz esto le había parecido una traición. Ahora le parecía que esta postura era la única auténtica.

Volviendo sobre este caso, debemos explicar aún cómo pudo ser posible la transformación de nuestro funcionario. La pregunta surge espontáneamente, ya que estos cambios estructurales en la actitud vital no son frecuentes. Son más bien la excepción, sobre todo en una profesión que contribuye más a la alienación que a la autodeterminación del propio trabajo. Por otra parte, la edad contribuía a dificultar la autodeterminación. En un hombre que ha llegado a la mitad de su vida, estas transformaciones son más atí-

picas que en la juventud. En efecto, ante la modificación se extiende una larga lista de costumbres adquiridas. Podría parecer que lo que se intenta es tarea imposible. En nuestro funcionario debe añadirse además la renuncia a su talante burocrático en el contacto con personas ajenas a su rama de actividad. Creía que no podría prescindir de costumbres ejercitadas durante más de veinte años. Hasta ahora consideradas injustificadas las quejas que recibía sobre la dificultad de comprender su estilo y sus expresiones. En definitiva, se decía, cada profesión tiene su propio lenguaje y los demás tienen que acomodarse a él. En el curso de la terapia vio claramente que tras su embrollado lenguaje oficial se escondía algo más que el uso inevitable de una jerga especializada. Lo utilizaba para revalorizarse. En el fondo, no obtenía mucho de lo que hacía. Y por eso se sentía impulsado a exageraciones demostrativas de su quehacer. Los demás no tenían que entender, sino admirar. Cuando lo vio claro, comprendió no sólo el sentido de su lenguaje burocrático, sino también otras muchas de sus antiguas costumbres en las relaciones con los demás. Sólo ahora resultaba posible una profunda modificación de su anterior comportamiento.

Hay que decir que el punto decisivo de este volver-a-sí y, por consiguiente, de una configuración creadora de su profesión, fue, en este funcionario, una enfermedad. Pero no siempre ha de ser este el caso. Aquí los continuos dolores de cabeza prolongados durante años y los estados de agotamiento llevaron a este hombre a hacer algo que, de otra suerte, difícilmente hubiera hecho: se determinó por sí mismo a un tratamiento psicoterapéutico que antes había rechazado. No acudió a esta posibilidad de antemano, sino sólo después de que los medicamentos resultaron ineficaces. En definitiva, estos recursos no dejaban de ser ayudas exteriores, es decir, del mismo género que los que había esperado y recibido de su madre cuando era niño. Y por este camino no se hubiera llegado a una autoconversión al propio ser.

Ahora bien, ¿no es también la psicoterapia una ayuda venida del exterior y, por tanto, también un reforzamiento de la alienación? Aquí hay que distinguir entre diversas clases de psicoterapia. En principio todas las medidas psicoterapéuticas son determinaciones desde el exterior. No se pregunta por el sentido y el origen de los síntomas. Interesa sólo su eliminación, con ayuda del consejo,

el ejercicio, el hábito. En muchos casos esto es suficiente. Sólo que estas técnicas no conducen a la autodeterminación creadora.

Desde luego, también la terapia analítica es, en primer término, una ayuda del exterior. Pero su sentido estriba en destruir las identificaciones paralizadoras de la infancia para permitir así que el paciente llegue a su ser auténtico. El interesado debe descubrir su propia naturaleza y percibir lentamente qué es en él lo auténtico y qué lo impuesto desde fuera. Esto exige tiempo, naturalmente. -Si quisiéramos describirlo de una manera abreviada, podría sintetizarse el caso descrito más o menos de la siguiente forma:

Cuando al cabo de algunas semanas de tratamiento, nuestro funcionario comenzó a advertir que sus molestias corporales no tenían, como hasta entonces había afirmado obstinadamente, origen meramente orgánico, buscó las causas psíquicas primero en otros. En el despacho eran los colaboradores perezosos, las peticiones desmedidas; en casa una mujer superordenada y dominadora y unos niños chillones. Se consideraba a sí mismo víctima de estas circunstancias. Sólo después de mucho tiempo fue capaz de entenderse a sí mismo como el auténtico promotor de estas circunstancias. Su mujer no sería tan nerviosa si él fuera más atento; los niños no serían tan desobedientes si su autoridad paterna fuera más auténtica y las peticiones no serían tan desmedidas si él tuviera presente la auténtica situación de los peticionarios. Forma parte de la creatividad una valoración de la responsabilidad del yo más alta que antes.

Pero para vivir estos conocimientos se requería otra identidad. El problema era: ¿Podría llegar a ser atento, afectuoso, interiormente fuerte, capaz de responsabilidad y rico en iniciativas, cuando la terapia le puso al descubierto que su ambiente infantil, sobre todo la técnica educativa de su madre, habían hecho de él un joven inseguro de sí, exigente, temeroso del riesgo y amante de la comodidad? ¿No sería ésta su identidad última y definitiva, que ya no podía modificar? Durante mucho tiempo eso parecía. Tampoco hubiera sido extraño que se hubiera detenido en este peldaño de su conocimiento, sobre todo cuando los síntimas habían desaparecido ya casi por completo. Se había logrado, pues, la meta del tratamiento: Sólo que con la identidad que habría bastado subjetivamente en muchos casos, nunca llegaría a ser más creador de lo

que antes había sido. Sólo cuando aprendió a mirar y esperar con mayor profundidad en su interior, para ver si su ser íntimo le permitía ulteriores modificaciones, empezó a experimentar que aquellas sus irreductibles cualidades, conocidas desde la infancia, no eran la identidad última y auténtica que en él dormitaba. No eran cualidades que la naturaleza le hubiera dado, sino un esquema impuesto por las circunstancias familiares. Habría que mencionar cientos de casos concretos, para explicar cómo fue viviendo poco a poco aquel proceso de configuración de su infancia como un proceso alienador. Se le había remodelado, configurado, torneado, amasado y convertido así en lo que sus padres querían y no en lo que él mismo era. Este sí mismo comenzaba a aflorar ahora, poco a poco, al fondo de las numerosas capas de alienación.

El proceso de una reestructuración, sea con terapia o sin ella, especialmente característico cuando se produce en los años medios de la vida, nos ocupará todavía en los siguientes capítulos.

En este lugar bastará con aludir al hecho de que la decadencia de creatividad que se observa entre los científicos al llegar al quinto decenio de su vida y de la que ya hemos hablado en el capítulo I, no debe atribuirse sin más a una pérdida del potencial creador. En algunos casos particulares puede interpretarse como expresión de una crisis de identidad. Esto ocurre sobre todo en aquellos científicos que vivieron su actividad anterior como una especie de servicio de la gleba, con un encargo exterior, y nunca estuvieron del todo contentos con lo que hacían. Su giro hacia actividades extracientíficas — aunque tenga lugar en el marco de instituciones científicas — debe interpretarse como un volver-a-sí, una eclosión de fuerzas que hasta ahora habían sido preteridas en favor de una actividad científica.

i El cambio de actividad puede ser también expresión de una huida ante la evolución del yo. Sólo a más no poder se aparta uno de las posibilidades de solución y de las respuestas que acepta la mayoría. Pero entonces se falla en lo propio y personal. La importancia del yo como origen de lo creador de que hemos hablado en este capítulo puede también concebirse de tal modo que se haga de la distancia entre la solución propia y la de los demás la medida de lo creador. Cuanto más acusadamente se distingue el producto propio del de los demás — anterior o actual — tanto mejor

se expresa la propia fuerza creadora. Y a la inversa: cuanto más se parezca la obra propia a la de los demás, o incluso la copia, menos creador es el yo.

La distancia de la obra de que aquí hablamos no es una distancia humana, no es oposición ni hostilidad. Al contrario: si todos los hombres realizaran plenamente su individualidad, no habría rivalidades, enemistades ni odios. Cada uno se sentiría protegido en la explanación de su propio ser y contemplaría admirado el ser de los demás. No habría nada de aquella triste y desangelada igualdad que la mayoría persigue. Pero la realización de esta idea es una utopía. En todo ser humano actúan fuerzas niveladoras que se exponen al desarrollo de lo singular. Entre ellas se encuentran la sexualidad, la agresión, el afán de poder. Estudiaremos estos temas en los capítulos siguientes.

SEXUALIDAD Y CREATIVIDAD

Desde Freud, las relaciones entre sexualidad y creatividad han ido adquiriendo creciente importancia en el campo científico. Se creía que a partir del conocimiento de la personalidad y de su estructura instintiva podrían hacerse afirmaciones seguras no ciertamente sobre la esencia misma de la «genialidad», pero sí sobre su configuración y desarrollo (elección de profesión, objeto del acto creador, modo de trabajar, etc.). Este punto de vista se expresa de forma inequívoca en una carta de Freud en respuesta a otra de Arnold Zweig, que le pedía su opinión sobre una biografía de Nietzsche. Freud le decía muy agudamente que nunca se llega a conocer bien a un hombre si no se conoce su situación sexual.

Es indudable que la primera generación de psicoanalistas supervaloró la significación de la sexualidad para el diagnóstico de la personalidad y, con ello, también para la producción de obras creadoras. Lo que no era más que pura hipótesis, se afirmó como conocimiento seguro. Lo caprichoso de las construcciones debía despertar la apariencia de seriedad científica. Esto se aplica sobre todo a aquellas biografías para cuyo esclarecimiento analítico se disponía de poco material objetivo. Esto, en aquel tiempo, importaba poco.

La tentativa de hallar y aplicar por doquier las «leyes» descubiertas por Freud fue tan intensa que se olvidaba por completo el principio básico de esperar hasta disponer de más amplio material. Para los psicoanalíticos contemporáneos de Freud no era cosa desacostumbrada interpretar la conducta de hombres que vivieron en culturas completamente extrañas y en tiempos muy re-

motos. Piénsese por ejemplo en los estudios de Karl Abraham sobre Amenhotep IV o de Max Eitingon sobre Alejandro y Diógenes.

Estas exageraciones, inadecuadas a la realidad histórica, deben enjuiciarse como supervaloraciones de aquel nuevo descubrimiento. Ocurría en el psicoanálisis lo mismo que en la teoría del aprendizaje, por ejemplo, en la etiología o en otras disciplinas. Pero aun teniendo esto en cuenta, no es posible disculpar al antiguo psicoanálisis del reproche de haber extendido de forma incorrecta sus nuevos descubrimientos. Ahora bien, prescindiendo de las distorsiones derivadas de aquella extrapolación, queda todavía un núcleo de verdad, válido también hoy día, sobre la importancia de la sexualidad para la personalidad y en concreto para las actividades creadoras, si bien no es posible reducir a una fórmula general y simple estas relaciones.

Por eso resulta tanto más notable el hecho de que el número de biografías psicoanalíticas sobre científicos sea relativamente pequeño comparado con el de los políticos, poetas, escritores o pintores. E incluso estas interpretaciones de vidas de científicos se agrupan básicamente en torno a los filósofos, como Comte, Kant, Kierkegaard. Este hecho podría explicarse en primer término por la circunstancia de que el mismo Freud reservaba la actividad creadora primariamente para los artistas. Por otra parte, en éstos pueden establecerse las relaciones entre las situaciones inconscientes y el objeto de la actividad creadora mejor que entre los matemáticos o los químicos por ejemplo. Otra razón puede ser que la separación entre vida privada y vida profesional es mucho más frecuente entre los científicos que entre los artistas. En éstos, ambos aspectos siguen muchas veces cursos paralelos, tal como se refleja en sus (auto) biografías. Los investigadores científicos nos hablan sobre todo de su evolución profesional, de la historia del problema vinculada a esta evolución y de sus eventuales encuentros con las grandes figuras de su tiempo, mientras que apenas si dedican atención a su vida íntima. Incluso psiquiatras como Oswald Bumke y Ernst Kretschmer, que conocían la importancia de la sexualidad, excluían completamente esta sección en sus biografías.

En el siguiente capítulo me apoyaré, por tanto, en datos que he podido adquirir en el tratamiento psicoanalítico de algunos científicos. Sobre esta base, analizaremos los problemas del fomento

o de la paralización de la creatividad, cuya importancia respecto del potencial creador no se limita tan sólo al campo científico. Se tratarán en concreto los problemas de la represión, de la barrera o cierre de intimidad y de la homosexualidad.

1. *Sublimación y represión*

Alfred F., de 44 años de edad, físico, director de un instituto, venía padeciendo desde hacía algunos años dificultades cardíacas funcionales. Entre los síntomas que, por consejo de uno de sus internos, le movieron a visitar al psicoanalista, se contaban las dificultades para el trabajo. En los últimos tiempos no sentía alegría alguna en sus tareas científicas. Le faltaba el entusiasmo de otros tiempos para acometer problemas difíciles. Como director del instituto disponía de tiempo y de medios para el trabajo creador. Pero sencillamente se sentía incapaz. Sólo podía realizar trabajos rutinarios, tales como conversaciones con sus colaboradores y con los estudiantes, explicación de lecciones, actividades en organizaciones profesionales y grupos de especialistas. Y aun esto lo hacía «con la mano zurda», sin hallar auténtica satisfacción.

Ya desde la primera sesión comenzó a hablar de su familia y de su vida sexual. Se había casado a los 34 años, y ahora tenía tres niños. Antes de su matrimonio había tenido escasas experiencias con mujeres. Generalmente conocía a las falsas, es decir, a las que pronto querían tener contactos íntimos. Pero ¿lo rechazaba, o al menos sólo lo quería para más tarde, o lo posponía incluso hasta el matrimonio. Sólo con su actual mujer pudo realizar este propósito. La conoció por primera vez en una fiesta del instituto, cuando ya tenía 30 años. No fue un flechazo. Poco a poco se fueron conociendo más a fondo, en razón sobre todo de sus comunes intereses científicos. Dos años más tarde se casaron. En él tuvo más peso la reflexión que el amor. Su mujer era buena ama de casa, aunque no perfecta. No era hermosa, pero tampoco fea. Se sentía atraído hacia ella en primer término por su capacidad de saber escuchar. Podía por ejemplo — sobre todo en los fines de semana — pasear con ella y hablarle durante horas enteras de sus ideas y proyectos. Sólo en la esfera íntima dejaba ella algo que desear. Él cumplía

sus deberes maritales con cierta rutina. Estaba muy contento con sus hijos, un niño y dos niñas, a quienes tenía mucho afecto.

En esta vida surgió de pronto, inesperadamente, una mujer diez años más joven. Tenía 30 años y él 40 cuando se conocieron. Ya en el primer encuentro sintió Alfred F., que de ella irradiaba un cierto «poder demoníaco». Y ella sintió lo mismo. Volvieron a verse pronto. Al cabo de muy poco tiempo entablaron relaciones íntimas. «Entonces me di cuenta de lo que puede significar la sexualidad. ¡Surgía de lo profundo!» La rutina y la costumbre de la vida marital se convirtió ahora en un «acontecimiento». Se vio cada vez más a menudo con su amante, sin que su esposa se diera cuenta. Sus actividades profesionales le proporcionaban suficientes pretextos. Su mujer no receló nada cuando aumentó rápidamente el número de congresos, conferencias y reuniones a las que tenía que asistir. Se limitó a aconsejarle que renunciara al menos a algunas de sus obligaciones, porque evidentemente las crecientes actividades de presidir y representar congresos le estaban agotando. Después de uno de estos «congresos-fin de semana» tuvo su primer ataque cardíaco. Pero, a pesar de este signo alarmante, no quiso renunciar a sus actividades «congresistas», hasta tal punto estaba sexualmente ligado a aquella mujer. Había proyectado varias veces separarse de ella, pero nunca lo cumplió. En cuanto ella le llamaba — cuando habían pasado varios días de silencio por parte de él — echaba todos sus propósitos por la borda y concertaba el próximo encuentro en cualquier ciudad.

Una de las razones importantes de aquella creciente dependencia se cifraba, además, en el hecho de que, con esta mujer, vivía toda su potencia viril. Más, se sentía incluso cada vez más potente. Mientras que con su mujer había tenido siempre la impresión de ser un fracasado sexual, aunque siempre pudo cumplir sus deberes matrimoniales íntimos. Pero lo hacía cada vez menos veces y lo encontraba cada vez menos interesante. Su papel de amante potente y plenamente satisfecho se convirtió en un difícil problema al multiplicarse los ataques cardíacos, que ocurrían por lo general después de haber estado junto con su amante. Se sentía dichoso, aunque físicamente extenuado. No obstante, eran mucho más decisivos los conflictos psíquicos. Uno de ellos se refería a su familia y el otro a su profesión.

En lo que respecta al matrimonio, lo que menos le preocupaba era el creciente distanciamiento de su mujer: Al contrario, respecto de ella creía que su adulterio estaba justificado, incluso en sentido moral, porque se sentía defraudado por ella en cuanto a su confirmación como hombre. Sólo ahora advertía cuán poco le había aceptado ella interiormente, aunque recordaba con agrado sus fuertes vínculos comunes en el campo de los intereses científicos. Pero, en cuanto varón, le destruía con su frialdad, su desinterés por lo sexual y por la sensación que a veces hacía surgir en él de que ella consideraba esta intimidad como una porquería inútil. Con todo, nunca lo decía, porque «era muy consciente de sus deberes».

Lo que más le dolía era el distanciamiento respecto de sus hijos. Sus entrevistas con su amante y las frecuentes ausencias que esto exigía le hicieron perder cada vez más su influjo sobre ellos. Presentía que todavía le seguían queriendo y necesitando, pero no podía satisfacer esta necesidad porque él, por su parte, necesitaba a su amiga.

Pero acaso lo que más hacía sufrir a Alfred F., fueran sus asuntos profesionales. Antes rebosaba de nuevas ideas y tenía energía para concentrarse en difíciles problemas hasta solucionarlos y dejarlos listos para la publicación. Pero ahora esta capacidad desaparecía a ojos vistas. Aunque seguía siendo brillante en las conversaciones con sus colegas, en el instituto, en la facultad y en los congresos, no se trataba, como él mismo dijo en cierta ocasión, «más que de brillantina». Resplandeciente fachada, pero sin sustancia, refinada rutina, pero ninguna exploración de nuevos problemas. Durante algún tiempo disfrutó incluso con estas maneras efectistas, aceptaba, siempre que tenía ocasión, invitaciones para dar conferencias. Esto consolidó su fama y era, al mismo tiempo, una magnífica oportunidad para confirmar por la noche su potencia sexual.

Pero poco a poco perdieron todo su sabor estos dulces frutos, y no sólo por sus ataques cardíacos y por su agotamiento, cada vez más visibles. Su conflicto consistía sobre todo en que advertía con dolorosa conciencia que se estaba engañando a sí mismo y a los demás. Alfred F. sabía que podía decir más y mejores cosas que aquellas charlas rutinarias. Pero para realizar esto «mejor» y «más creador» era preciso que pudiera concentrarse con la misma intensidad y tranquilidad que antes en su trabajo. Y no podía hacerlo,

mientras fuera tan fuerte su anhelo por su amante. Había vinculado a este anhelo demasiadas energías.

Si llegados a este punto biográfico quisiéramos describir el problema de creatividad que en él se evidencia, tendríamos que decir ante todo que el problema no consiste en que un científico se sienta sexualmente insatisfecho en su matrimonio y busque su «felicidad» en otra parte. Esto ocurre con frecuencia, y, desde luego, más a menudo de lo que se está inclinado a admitir, dado el tabú que se ha creado en torno a la vida privada de los científicos. Los asuntos amorosos extramatrimoniales no tienen por qué ser nocivos para la capacidad creadora. Al contrario, a veces le prestan alas, como puede observarse no pocas veces en aquellas personas que siguen desarrollando actividades creadoras incluso después de haber dejado ya atrás los años medios de la vida, en contraposición a sus camaradas de especialidad, cuya curva de creatividad corre paralela con la edad, es decir, descendiendo a partir de las décadas centrales. Sólo a través de un análisis de los casos individuales puede responderse a la pregunta de en qué medida forma parte de este fenómeno la activación o reactivación de la vida sexual. Deben tenerse en cuenta los casos de aquellos que se lanzan a aventuras más o menos rápidamente cambiantes, porque la ciencia ya no les proporciona nuevas alegrías o porque —como dijo en cierta ocasión un investigador frustrado— se sienten engañados por la ciencia. Puede haber también otras razones, por lo que se impone en cada caso preguntar por qué la confirmación sexual matrimonial o extramatrimonial actúan favoreciendo o paralizando las actividades creadoras. Todo juicio global en una u otra dirección conduce a errores.

Nuestro ejemplo demuestra hasta qué punto este problema es polifacético. El abandono de su actividad creadora no puede atribuirse en este científico sólo al ámbito sexual. Se puede comprobar la presencia de numerosos conflictos, de los que aquí hemos destacado, a título de ejemplo, el relativo a las relaciones con los hijos. Aparecía, además, un conflicto, que al principio no le parecía de tipo moral, derivado de su oculta doble vida.

Si bien este y otros varios aspectos desempeñaron un papel en el caso de Alfred F. —y así lo indican sus perturbaciones esteno-cárdicas— el curso de su vida indica como razón básica un sentirse desbordado por exigencias instintivas infantiles. Y esto es lo

que hizo imposible su extraordinaria creatividad, de la que había dado con anterioridad excelentes pruebas. El problema, pues, es: ¿qué es lo que impidió a este físico configurar la relación con su amiga de tal forma que no tuviera que sufrir ni su vida familiar ni su potencial creador? Dicho de otra forma: ¿por qué en este caso una relación extramatrimonial, que daba un sentimiento de felicidad, condujo a la extinción de aquella cualidad que antes le había distinguido en el campo científico, a saber, al agotamiento de sus ideas creadoras?

Sólo podemos dar la respuesta en sus rasgos generales: el paciente era el menor de dos hermanos. El padre, un comerciante de extraordinario éxito en el mundo de los negocios, se sentía muy contento con sus dos muchachos. Con su mujer no se entendía tan bien, aunque esto no parecía importarle mucho. Ella acentuaba siempre su superioridad de espíritu respecto de su consorte, porque antes de casarse había hecho algunos cursos de matemáticas. Algunas veces daba incluso a entender a los niños que despreciaba a su padre por aquel continuado amasar dinero, aunque era una exigencia de su profesión. Disfrutaba, desde luego, de las ventajas del bienestar, del confort, de los numerosos viajes. Pero lo consideraba como la cosa más natural del mundo. Para conseguir todo esto, no se requería, en su opinión, ningún esfuerzo espiritual, que para ella era lo único que contaba. Explicó a tiempo a sus hijos el tema de lo sexual. O dicho más exactamente: no les dio una explicación, sino una clara y decidida desvalorización de todo lo sexual. Previno a sus hijos de aventuras, porque éstas sólo traen enfermedades, conflictos y riñas. Y no merecía la pena arrostrar todo esto por un corto placer que — tal como daba a entender — tampoco ella apreciaba de un modo especial.

Por eso se dedicó con especial intensidad a la educación espiritual de sus hijos, a los que amaba «idolotradamente», sobre todo al menor, el que más tarde sería físico. Cuando eran niños les leía todas las noches historias o las inventaba ella misma. Pronto pasó a trazar cuadros de interconexiones históricas, que sabía describir con gran plasticidad. Durante la época del bachillerato discutía muchas veces con sus hijos las materias escolares y registraba regularmente sus trabajos, tarea en la que desarrolló una gran habilidad pedagógica. Alfred F. fue el mejor alumno de su clase, con notas

excepcionalmente buenas en matemáticas y en física. El padre tomaba parte en este proceso como amistoso observador marginal. Alababa de vez en cuando a sus hijos, aunque la madre daba bien a entender a quién se deberían tributar, propiamente hablando, aquellas alabanzas. Sin su intervención, ninguno de los niños hubiera llegado a ser alumno ejemplar. Al padre esto no le preocupaba. Más aún, en este punto se sentía orgulloso de su mujer, sobre todo cuando ella le encomendó la tarea de que hiciera entrar en el juego sus buenas relaciones. Políticos, científicos y miembros de la alta nobleza comenzaron a visitar la casa, porque la madre quería acostumar desde el principio a sus hijos a la futura atmósfera de su profesión. Porque para ella una cosa era completamente clara: sus hijos, y sobre todo el pequeño, tendrían que llegar muy lejos en la vida.

Y así es como nuestro paciente recibió, ya desde muy pronto, una seguridad exterior, que le distinguía de sus compañeros de clase. No tuvo ningún miedo a los exámenes para el título de bachiller, aunque sufría estados íntimos de inquietud y angustia. No habló con nadie de ellos. No se entendía a sí mismo. Con mirada retrospectiva, establecía una relación entre esta situación y sus experiencias en la clase de baile. Los demás muchachos tenían muchos más contactos con chicas. Se comunicaban sus «primeras experiencias». Se le excluía conscientemente de estas conversaciones. Se le respetaba por su enorme aplicación y su inteligencia, pero, por lo demás, se le consideraba un gran fracasado, sobre todo en el aspecto deportivo, pues ni siquiera consiguió realizar debidamente un simple ejercicio de tracción. Su madre intentó compensar esta falla con la equitación, más acomodada a su estado social. Pero cuando su profesor le confesó que se sentaba en la silla «como un saco» abandonó también este deporte sustitutivo.

Superó aquella exclusión de que se le hacía objeto, durante su juventud y más adelante, con su aplicación y un insaciable afán de saber, sobre todo en materias físicas. Construía aparatos de radio y otros instrumentos eléctricos, pero le apasionaban sobre todo los aspectos teóricos de esta especialidad. Se dedicaba con asiduidad a problemas que sus maestros excluían de la asignatura o que no consideraban aún solucionados. Incluso cuando no conseguían resolver por sí mismo el problema, aumentaba su afán por los descu-

brimientos. No es preciso describir que de este modo su carrera profesional se deslizó como un seda, de manera uniforme y continuada, hasta que alcanzó el puesto de director de instituto.

Una vez entendido este cuadro, y situado en el conjunto de la situación matrimonial y vital antes descrita, al lector no versado en temas psicoanalíticos le servirá de ayuda la siguiente aclaración:

En virtud del influjo excesivo de su madre y la inhibición de su padre, Alfred F., no aprendió a desarrollar uno por uno los procesos de maduración de la sexualidad, de tal modo que no tuviera que reprimirlos ni tampoco caer bajo su dependencia. Se eliminaron del desarrollo las necesidades libidinosas, porque no respondían a las normas de una madre ardientemente amada. Su madre era el suave y callado ideal, al que quería impresionar por su deseo de aprender y sus altas conquistas espirituales. Pero por este camino no podía dar satisfacción a sus necesidades impulsivas. Quedó insatisfecho en sus relaciones sexuales tanto prematrimoniales como matrimoniales, hasta que apareció la mujer que movilizó las energías instintivas represadas, pero no sublimadas. Su yo no estaba capacitado para afrontar aquel desbordamiento. Estaba tan fascinado por aquel mundo prohibido y menospreciado desde su infancia que no pudo hacerle frente y se sometió a él, abandonando todo cuanto hasta entonces había creado y conseguido. Hasta cierto punto se da aquí una consecuencia lógica. Efectivamente, si — al menos en gran parte — sus impulsos creadores habían sido motivados por su «castradora» madre, estos impulsos deberían desaparecer en cuanto se alejara el motivo, es decir, en cuanto se abandonara al mundo de los instintos condenado por la madre.

Pero este proceso sólo es posible si la madre se ha convertido en una parte de la personalidad. Este hecho se expresó con absoluta claridad en el siguiente sueño del paciente: «Mi hijo tiene unos 10 años. Estoy haciendo con él sus trabajos escolares. Entonces me pregunta: "Papá, ¿por qué te pareces a la abuelita?" Entonces yo le digo: "No me parezco a la abuelita, soy la abuelita".» Una imagen expresiva, que pone en claro la mezcla de la propia identidad con la de su madre. Pero este sueño sólo se produjo al cabo de 18 meses de tratamientos. Hasta entonces le había sido buena para él «y esto era todo».

Prescindiendo de la génesis individual de la motivación del ren-

dimiento, el esbozo de la biografía de este científico acerca de la conexión entre creatividad y sexualidad muestra los siguientes elementos: la motivación y capacidad de desarrollo de la creatividad necesarias para alcanzar la meta anhelada, sólo fueron posibles a base de sacrificar la actividad sexual, con una característica, por otra parte, muy significativa: la renuncia apenas fue vivida como tal. Ni en su juventud ni tampoco más tarde experimentó Alfred F. ningún tipo de placer en sus actos sexuales, de modo que no sintió que su abstinencia sexual significara un singular mérito moral ni le exigió esfuerzos especiales. De ahí que sus deseos irrumpieran con mayor fuerza cuando otra mujer consiguió — como él decía— «despertar la fiera dormida». La asaltaron de tal forma que él, empujado por su madre a una actitud pasiva femenina, no pudo ya sujetarlos. Esta combinación de factores, a saber, haber sido superado por fuerzas instintivas hasta entonces dormidas y una actitud interior pasiva, se observa con mucha frecuencia en las relaciones en que se habla de «esclavitud». Se siente uno abandonado sin defensa a una persona que tiene las llaves para entrar en la jaula. Pero uno mismo no puede sujetar la puerta, es decir, no puede dirigir a las «fieras» según los dictados de su corazón y de su voluntad.

La tesis muchas veces defendida, y en parte también introducida en el psicoanálisis, de que la abstinencia sexual o un comportamiento muy parecido a esta abstinencia, fomenta la actividad espiritual y es un presupuesto para actividades creadoras, no es acertada, al menos en esta forma. Ciertamente que en nuestro caso se advierte una clara relación entre una fase sexualmente inactiva y la creatividad. Pero también pone en claro que esta inactividad vino impuesta por una combinación de factores determinados, de modo que la sexualidad no fue sublimada, sino reprimida. Ahora bien, la sexualidad reprimida puede irrumpir siempre con violencia en la superficie, cuando se combina una serie de factores.

Antes de entrar en el análisis del problema de la sublimación, llamaremos la atención sobre otros dos puntos que también aparecen en nuestro caso. Se trata, en primer término, de una complementación a la relación mencionada en el capítulo I entre edad y creatividad. Nuestro caso indica bajo qué circunstancias o sucesos puede producirse en la edad media de la vida e incluso ante la dis-

minución o pérdida de la creatividad. Es indudable que no puede aplicarse este caso a todos los científicos, y ni siquiera a la mayoría. Pero también indica cómo puede haber otras fuerzas completamente distintas, incluidas aquellas que al llegar a esta edad normalmente disminuyen, que pueden tener su importancia para el rendimiento creador en el decurso de su vida.

Además, nuestro ejemplo arroja luz sobre el problema del rendimiento creador y continuado a lo largo de toda la vida. Recientes estudios aluden a la posibilidad de aprendizaje y condicionamiento de la creatividad. Tales estudios parten del supuesto de que lo que se ha aprendido una vez, puede mantenerse vivo durante toda la vida. Este aserto ha sido comprobado con toda seguridad respecto de muchos modos de comportamiento peculiares aprendidos en la infancia. Pero todavía no se ha podido aportar una prueba definitiva en favor de esta hipótesis por lo que respecta a un cúmulo tan oscuro y complejo de características como es el relativo a la creatividad. No todo aquel que en su infancia obtuvo el reconocimiento adecuado para el ejercicio de su fantasía, su flexibilidad, inventiva, curiosidad y, en definitiva, para afán de descubridor, conserva estas características en su edad adulta en la medida necesaria para que se le considere predestinado a una actividad investigadora creativa. Y aun cuando así fuera, tampoco de ahí se deriva que la actividad creadora, una vez aprendida y practicada, se prolongue por toda la vida. Puede retroceder hasta extinguirse por procesos biológicos inherentes a la edad o también por conflictos interiores y exteriores que se producen en el decurso de la vida, como lo muestra patentemente el caso de Alfred F.

De él ninguno de sus colegas hubiera esperado que pudiera perder su afán por las ideas y los trabajos creadores. El hombre que asombraba una y otra vez al mundo de los especialistas por la abundancia de sus ideas, para quien sólo el trabajo contaba y que apenas si se fijaba en las mujeres, se convirtió en un rutinario de la ciencia. Nadie de los que le conocían podía dar una explicación convincente. En efecto, ningún espectador exterior podía conocer la razón esencial, aunque no la única decisiva, para aquel «cambio de personalidad» que se escondía tras aquella irrupción de instintos hasta entonces reprimidos. Este caso es, con todo, un ejemplo extremo. La mayoría ha estabilizado ya, al llegar a esta

edad, las tendencias represivas de tal modo que resulta más fácil mantener a raya los impulsos instintivos. Pero el conflicto neurótico no puede evitarse del todo en otros casos, igualmente represados, es decir, cuando se da un conjunto de circunstancias que, según Freud, constituyen una fuente decisiva para la actividad creadora, especialmente la artística. En este campo entran no pocas veces determinadas perturbaciones funcionales somáticas, para las que no es posible encontrar una causa orgánica.

La moderna investigación sobre la creatividad no se molesta tanto como el primitivo psicoanálisis por las represiones de la sexualidad y por su expresión en los síntomas creadores, mientras no se supere un determinado grado de represión, que varía en cada individuo. Sin embargo, cuando estos grados de represión son muy elevados, se les interpreta frecuentemente como un impedimento de la creatividad. Producen obstinados síntomas de enfermedad. Sus secuencias no sólo consumen tiempo, sino que también consumen energías que quedan perdidas para la configuración de impulsos creadores. Con todo, el influjo de las enfermedades, también las de naturaleza psicosomática, sobre la creatividad, no debe interpretarse tan sólo desde el punto de vista del consumo de tiempo y de energías. Pueden significar también una protección por ejemplo frente a una vida social expansiva. Crean espacios libres para las ideas y la incubación. En efecto, a veces la diversión dispersa más energías que las que exige el trabajo, al menos en los hombres creadores, de los que puede servir de ejemplo Theodor Fontane. No podía pasar por alto la regla máxima del placer por él mismo experimentada: «Ante todo, nada de excesos». Su irritabilidad nerviosa y su proclividad a fatigarse rápidamente no eran enfermedades en sentido estricto, aunque le impedían dormir. De ahí que tuviera una opinión desfavorable de las diversiones y los placeres. Thomas Mann interpreta acertadamente esta actitud: «...es la manifestación de una existencia cargada de espíritu, absorbida por la obligación de producir, que se muestra necesariamente hostil y adversa al placer.»

Las enfermedades y sus equivalencias psíquicas no sólo protegen de placeres perturbadores y de obligaciones sociales. Pueden ser también incitación a la utilización de posibilidades creadoras desperdiciadas. Casi todos los ejemplos de este libro aclaran esta idea.

Incluso las depresiones pueden ser nidos de incubación, como se dirá con mayor detalle en el capítulo VIII.

Por lo que se refiere a la reelaboración de la sexualidad que estudiamos aquí, el caso ideal es el de la sublimación, muchas veces mencionado a partir de Freud. Es la capacidad de renunciar a lo largo de la vida a la satisfacción de determinados instintos — en nuestro contexto de los sexuales— utilizando las energías así economizadas para «metas más elevadas». Según Freud, todo el patrimonio cultural era, en definitiva, la consecuencia de una renuncia al instinto en la humanidad. Se preguntaba, con todo, si esta renuncia no habrá ido demasiado lejos. A ella se debe no sólo la sublimación individual voluntaria, sino también la represión impuesta por la sociedad. Para Freud, la moral del siglo XIX, es decir, la moral burguesa de la época victoriana, era más expresión de una represión desdichada que de una feliz sublimación. En su tiempo podía constatar hasta la saciedad los síntomas surgidos de una tal represión. Fue precisamente un síndrome socialmente aceptado por su gran difusión, a saber, el histérico, el que le llevó al descubrimiento de su método y de su teoría. Para el polo opuesto, el de la sublimación, pudo aducir escasos ejemplos. Mencionó con frecuencia el del celibato medieval. Consideraba la renuncia a los instintos de los monjes de aquel tiempo como un pilar básico de las grandes aportaciones culturales de las órdenes monacales. Pero bajo estas afirmaciones hay más una opinión que una investigación real del fenómeno. En último término, el mismo Freud estaba convencido de que la capacidad de sublimación era, en su estructura, una magnitud desconocida. Se trataría probablemente de una variante innata y constitucional de la personalidad humana. Los unos la tienen, los otros no.

Independientemente del problema de si la capacidad de sublimación es o no innata, se pueden advertir dos factores que forman parte esencial de la misma y que dependen más del desarrollo que de la herencia. Tienen importancia también la creatividad. En primer término, sublimación significa renuncia a la satisfacción de los instintos en beneficio de un bien cultural. Con esto quería significar Freud que la renuncia al instinto sólo es un valor cuando se hace en beneficio de un bien superior. Cuando la actividad sexual deja de practicarse por razones de comodidad, de falta de interés

o por otros motivos, no hay aquí sublimación en el sentido psicoanalítico.

Así, por ejemplo, un paciente de 38 años declara, después de seis años de casado, que tiene, desde luego, placer en las relaciones íntimas con su mujer, pero que puede renunciar a ellas, sobre todo cuando ésta evidentemente no las desea. Tras algunas semanas de tratamiento se descubre que este no querer de su mujer, por ejemplo durante la menstruación, no era en modo alguno tan claro, sino que era él quien, en general, no lo deseaba. Al principio aducía «bienes más altos» para excusar su actitud, por ejemplo que tenía que trabajar de noche en su puesto. Sólo después de mucho tiempo concedió que aquella actividad fuera de programa ocurría muy pocas veces. Y entonces se sentaba regularmente ante la pantalla del televisor, que le gustaba más que dormir con su mujer. Ella no se sentía nada satisfecha con esta conducta. Le reprochaba muchas veces que realizaba el acto conyugal demasiado rápida y rutinariamente. Y para esquivar este reproche, prefería refugiarse en el televisor. Un dato significativo es que a este hombre le hubiera gustado mucho tener relaciones sexuales con otra mujer conocida suya. Pero también «renunció» a esto, porque esta relación le hubiera causado muchas incomodidades: discusiones con su mujer, miedo a ser observado por un tercero, dormir en un cuarto al que no estaba acostumbrado y en una cama extraña, etc.

En un caso así no puede hablarse de renuncia a la actividad sexual en favor de la sublimación. Y esto reza también, en principio, para los científicos. Hay que preguntarse siempre si se renuncia a un elemento esencial del amor conyugal en beneficio de un bien realmente superior o sólo para satisfacer otros motivos, igualmente «bajos». Quien no realiza, por ejemplo, actos sexuales por soberbia, comodidad, miedo al agotamiento, deseo de afirmarse u otras razones semejantes, no sublima nada, en el sentido de la tesis freudiana.

Y con esto tocamos ya el segundo punto, importante para el problema de la sublimación. Debe tratarse de una renuncia al ejercicio de un instinto sexual totalmente desarrollado. Nos llevaría demasiado lejos querer exponer aquí con todo detalle la teoría psicoanalítica de este desarrollo del instinto sexual. Para nuestro objeto nos basta saber que según Freud el instinto sexual no es

sencillamente el resultado de una producción hormonal que se inicia en la pubertad, sino que, además de las condiciones somáticas, se requiere toda una serie de pasos en la evolución. Ésta se inicia ya en la lactancia, es decir, en un período en el que no puede hablarse de sexualidad en el sentido usual de la palabra. Pero dentro de la evolución sexual esta etapa tiene singular importancia en cuanto que aquí se adquiere una actitud interior que el psicoanalítico americano Erik H. Erikson llama «confianza originaria». De una manera abreviada se la puede definir como la capacidad espontánea y no perturbada de creer y confiar en los otros y en un mundo dotado de sentido. Si esta confianza originaria es perturbada por una determinada situación exterior, puede producirse una desconfianza primigenia en las profundidades de una evolución vital. Estas personas no confiarán en los años futuros del todo y adecuadamente — y muy pocas veces espontáneamente — en los otros y en el mundo. Deben reasegurarse una y otra vez, a través de la dedicación, el afecto, el amor, el reconocimiento y la confirmación a través de los demás, porque no pueden creer «incontroladamente». Necesitan pruebas, donde los otros tienen vivencias evidentes. Resulta claro que estas opuestas actitudes tienen que repercutir también en la evolución del instinto sexual. El uno vive de forma espontánea y arrefleja el hecho de que el contacto íntimo puede hacer feliz a su pareja y que él mismo puede ser feliz, mientras que el otro no cree que con su sexualidad satisfaga a su pareja, a pesar de los mayores esfuerzos y de una inequívoca «respuesta».

Cada fase evolutiva tiene su significación específica para la preparación de una tarea, que se puede cumplir mejor o peor, según el dominio que se haya alcanzado en los anteriores pasos del desarrollo y según los múltiples influjos del medio ambiente. Un cierto punto final de este proceso es el momento que en el psicoanálisis se conoce como «fase del desarrollo genital». Coincide con la madurez hormonal sexual de la pubertad. Genital quiere significar que la sexualidad se manifiesta ahora en el impulso a la unión sexual, pero no que los actos sexuales realizados en este tiempo o en una época posterior sean ya señal de la correspondiente madurez psíquica. Se pueden tener contactos genitales sin madurez psíquica y a la inversa, se puede tener madurez psíquica

sin actos genitales, por ejemplo cuando se dan los motivos antes descritos para una auténtica renuncia. Y aquí se insinúa ya un principio básico de la psicología psicoanalítica del desarrollo: «Idealmente» se desarrollan a una y de forma paralela el instinto y la personalidad, la sexualidad y el yo. La madurez instintiva debería correr paralela y sincrónicamente con las etapas de la maduración del yo. Pero no pocas veces este proceso queda perturbado por influencias internas y externas.

2. *Cierre de intimidad e incapacidad de comunidad*

«Intimidad» no significa tan sólo intercambio de actividades sexuales. Estas actividades pueden realizarse también sin intimidad psíquica. Hoy día pueden darse con mucha frecuencia «intimidades sin intimidad». Las revistas y las películas han puesto tan al desnudo las relaciones con el otro sexo que los contactos íntimos se inician mucho antes que en otras épocas, pero —y esto es decisivo— sin la intimidad que la palabra parece incluir. Se pueden tener relaciones sexuales fácilmente y con muchas personas. Se conoce al otro desde el punto de vista anatómico y funcional tan perfectamente como el mecánico conoce un motor, pero no se posee aquella intimidad que da al hecho sexual su acento emocional y personalizado.

Sólo cuando se entiende bien el sentido de intimidad aquí esbozado se comprende por qué un fracaso en esta fase del desarrollo conduce al aislamiento, a la incapacidad de comunión íntima. Algunos profanos creen que la familiaridad intersexual produce una aversión a la comunidad. Esto es cierto sólo respecto del consumo promiscuo de intimidad, que va unido a una creciente hostilidad hacia la comunidad. Pero es un trabajo de Sísifo, que jamás alcanza su meta, creer que la supresión de los límites de la intimidad hace al hombre más comunitario y, por consiguiente, más humano.

La intimidad entre un hombre y una mujer exige confianza, interioridad y el sentimiento de la propia identidad. Cuando esto no se consigue —por las razones que fueren y que no analizaremos aquí— se rehusa la comunidad. No es preciso que esto se perciba desde el exterior. Este caso puede darse incluso cuando a uno

le parece que está «perdido por ella». En mi opinión, las repercusiones de una relación íntima fracasada sobre la creatividad se desarrollan según el siguiente proceso.

En primer término, el aislamiento que surge como consecuencia de un acto íntimo fracasado puede estar relacionado con la ciencia creadora. En algunos de los casos por mí observados, la huida de la intimidad y, por tanto, del otro sexo, desembocó en una separación de los demás. Se creaba así el terreno apto para una característica que numerosas investigaciones sobre la creatividad han señalado como distintiva de los hombres creadores: el inconformismo, el distanciamiento de las soluciones hasta entonces acostumbradas. Desde luego, no siempre estas características dependen de conflictos en esta etapa de la evolución. Puede deberse a otros procesos de maduración anteriores.

Si se falla en esta fase de la intimidad, esto quiere decir que no se han solucionado bien las tareas precedentes de la evolución. El temor a la intimidad con el otro sexo es la primera nota llamativa del estilo de la vida personal, que en las personas creadoras se compensa con una notable tendencia a soluciones inconformistas, no convencionales. Entran en esta categoría aquellos «genios» que, tras una infancia y una edad escolar que transcurrieron sin especial brillantez y se caracterizaron por la pereza y la comodidad, de pronto, de la noche a la mañana, llaman la atención por sus ideas creadoras. Existe, desde luego, el peligro de que más pronto o más tarde aparezca el reverso de la moneda de esta clase de motivación creadora. Entran en esta categoría no sólo los fenómenos frecuentemente observados de soltería o de repetidos fracasos en varios matrimonios, y la tendencia hacia las singularizaciones que hace su aparición en los círculos de colegas, sino también y primariamente el cambio más o menos repentino de la creatividad en extravagancia del pensamiento, que excluye toda comunicación científica. Aunque el mundo científico se siente desorientado ante este fenómeno, porque no puede comprender que un hombre que ha sido capaz de avanzar en la búsqueda de nuevas soluciones, no esté dispuesto a mantener las más elementales reglas de la convivencia entre científicos, este cambio es muy instructivo, considerado desde el interior. En efecto, cuando el inconformismo se edifica sobre una huida ante la intimidad, no nos hallamos

ante la tantas veces citada torre de marfil, sino ante una hostilidad a la comunidad que, a pesar de sus ocasionales productos singulares, a la larga desemboca en un estéril aislamiento. La obstinada defensa de soluciones falsas en estos «grandes espíritus» es el aspecto más conocido de este fenómeno.

Hay una variedad en esta evolución de la intimidad en la que el aislamiento que lleva consigo no se manifiesta después de una fase de especial fuerza creadora, sino a una con ella. Se quiere expresar así de forma confusa y oscura que se garantiza la distancia frente a los demás que desea imponer el inconsciente. Esta circunstancia es particularmente llamativa en aquellos científicos cuyos conocimientos se aplican a amplias perspectivas. La ruptura entre pretensión y realidad es sólo clara para el «receptor». El «emisor» no suele advertir la discrepancia, porque necesita un cierto distanciamiento para la demostración de su producto.

Estos fenómenos son admitidos en ciertos grupos de estudiantes casi como una manifestación normal. Se dan también entre arrivistas, sólo que no se notan tanto de cara al público. Podemos citar el ejemplo de un físico, que hizo un importante descubrimiento un poco antes que un colega americano. El hecho era tanto más notable cuanto que pudo llevar a cabo su tarea con un esfuerzo personal mucho menor y bajo condiciones esencialmente más desfavorables. Pero en lugar de dar a conocer su descubrimiento en revistas especializadas y en una lengua de gran difusión (inglés), lo insertó en una revista regional poco leída. La consecuencia fue que su descubrimiento llegó al dominio público más tarde que el de su colega. Esto le amargó y provocó un acusado aislamiento respecto de los demás, acompañado de una fuerte disminución de su potencial creador. Aislado, con el peso de una vida familiar destruida, se atormentó durante muchos años.

Pero el aislamiento no tiene consecuencias sólo para la vida personal. Puede afectar de forma decisiva a la vida de la sociedad. Hoy se tiene una conciencia más clara de este hecho. Escandaliza más que antes el abismo abierto entre conocimientos científicos y estado de la sociedad. Se carga la responsabilidad de esta disociación sobre los políticos y los científicos. Se afirma que el capitalismo es el culpable de la fatal evolución de las ciencias, porque sólo apoya los proyectos que sirven a su provecho.

Hasta qué punto estas acusaciones sean justas es cosa que no puede determinar sólo el psicopatólogo. Pero desde la perspectiva psicológica es preciso preguntarse si las características que distinguen al científico creador no son las mismas que le hacen indiferente frente a las consecuencias de sus investigaciones. La caricatura del profesor idiota, que no tiene ningún órgano para percibir lo que está delante de sus narices, marcha en esta dirección. También los científicos de los años de postguerra, menos distanciados del mundo, eran calificados por sus discípulos de «idiotas especializados». Prescindiendo de la carga de caricatura y crítica de esta ideología polémica, sigue en pie para los psicopatólogos el problema del núcleo de verdad que aquí se encierra. ¿Consiste este núcleo en el hecho de que el científico creador está interiormente aislado y por eso carece de órganos para ver las consecuencias de sus descubrimientos? En tal caso, la ciencia desinteresada sería una especie de falta de escrúpulos que pasa inadvertida.

La falta de responsabilidad frente a la comunidad no es un privilegio de los científicos. Se encuentra en todos los ámbitos de la vida privada y pública. También aquí podemos aludir al ejemplo de Hitler. Aunque no se conocen todos los detalles de su vida sexual, un amplio material biográfico permite constatar que nunca dio el paso pleno y total hacia la intimidad. Las relaciones con su sobrina, Geli Raúbal, que más tarde se suicidó, pudieron ser sexualmente activas. Pero no contribuyeron a que la personalidad de Hitler se sintiera segura de su identidad sexual y pudiera alcanzar una auténtica intimidad con el otro sexo. Permaneció siempre distanciado, detenido en lo meramente corpóreo, aunque él narró — o inventó — cosas al parecer mucho más personales de su infancia y de sus tiempos de soldado en la guerra. Nadie le conoció verdaderamente de cerca, lo mismo que él no conoció de verdad a nadie. No tenía amigos ni gente en quien confiar, porque no confiaba en sí mismo.

Desde luego, no hay aquí un destino singular. Personas como Hitler hubo y hay muchas, tantas como personas irresponsables. Posiblemente el número haya crecido en nuestros días, debido y no en última instancia a la creciente incapacidad de intimidad. Una sociedad móvil y por tanto sin lazos, en la que se cambia de lugar, de piso, de profesión, de amigos, de consorte o de religión como

quien se cambia de ropa, no ofrece espacio en el que la intimidad pueda crecer y desarrollarse.

Entre las razones que pueden impedir una intimidad basada en auténticos sentimientos respecto del otro sexo, se encuentra también la falta de seguridad respecto de la propia función sexual. No se sabe quién es sexual. ¿Qué indican las fantasías? ¿Hasta qué punto hay que seguir los instintos? ¿Cuáles son las actividades propias, respecto de los de la misma edad? ¿Hay que saberlo todo del otro? ¿Es el otro la medida del propio deseo? Son numerosos los problemas que en este punto de la vida deben resolver los jóvenes. Una de las posibilidades de solución es la homosexualidad. En el siguiente caso aludiremos a una *de* sus implicaciones, vinculada a un aspecto muchas veces desconocido de la creatividad.

3. *Idealización y homosexualidad*

El juez Gernold H., de 42 años, se somete a tratamiento por trastornos funcionales de cabeza y riñones. Si no temiera perder su capacidad de trabajo, no hubiera visitado nunca a un psiquiatra. Porque él no es un enfermo mental, afirma repetidas veces.

¿De dónde brota, pues, su temor a la psicoterapia? ¿Sólo de la difundida idea que denigra como perturbados psíquicos a los que se someten a tratamiento psicoterapéutico? Al cabo de algunas sesiones vino la respuesta a esta pregunta. Al principio con mucha precaución, y luego con bastante libertad, Gernold H. habla de ciertas observaciones hechas por él en el cargo que ocupaba. Acabado el horario de trabajo de la tarde, nunca podía quedarse sólo en su despacho. Si quería seguir algún tiempo más, había siempre un colaborador en la misma habitación. Tenía la impresión de que el otro le observaba, o que parecía al menos que deseaba pedirle algo. Al principio Gernold H. juzgó su impresión de insensata. Pero en el decurso de los últimos años recibió muchas pruebas de que el otro deseaba entablar especiales relaciones con él, de modo que ya no podía ignorarlas. Dicho más exactamente: *ahora* era cuando podía pasarlas por alto. No le molestaba nada que las cosas sucedieran así. En todo caso, no tiene por qué hacerse reproches. De ahí su despreocupación.

En el ministerio era conocido como un juez justo y competente. A esto se debería el que nunca ha sido trasladado. Los otros, que trabajan con mucho menor esmero, pasaban a ocupar los grandes puestos. Gernold H. podía pasarse horas enteras hablando de la moral laxa de trabajo en su ministerio. Se refería, por ejemplo, a una competencia entre colegas. Esta competencia consistía en comparar, llegado el fin de semana, el número de compromisos conseguidos con el número de juicios pronunciados. Ganaba el que había conseguido mayor número de compromisos. En un compromiso el juez no necesita poner por escrito los motivos de su sentencia. Y es precisamente este escrito el que absorbe mayor cantidad de tiempo y el que hace tan difícil la misión de los jueces. En esta competencia él nunca obtuvo una victoria, sino que siempre perdía, con mucha diferencia. No es que le importara gran cosa. Al contrario, se sentía orgulloso de los largos y exactos razonamientos de sus sentencias. Pero en estos últimos años sus juicios habían sido modificados por los tribunales superiores. Antes sus sentencias habían sido casi siempre confirmadas. Que ahora las cosas no marcharan por tan buen camino lo atribuía a intrigas dentro del ministerio. Se le envidiaba su alto coeficiente de juicios. Además, se le tenía envidia porque, como celibatario, podía trabajar los fines de semana, mientras que sus colegas casados tenían que dedicarse a sus familias. El lunes por la mañana llegaban al trabajo amargados y agotados. Era una torpeza que se hubieran casado. Acaso sea también un castigo por la superioridad que día tras día gustaban de mostrar frente a él, el soltero y fracasado.

Esta páginas de la historia de la vida de Gernold H. muestra los siguientes detalles, importantes para nuestro tema: el rendimiento laboral de este juez era, cuanto a su capacidad, superior a la media. La calidad, por el contrario, era normal y, en el último año, incluso inferior. El alto porcentaje de juicios corregidos por los tribunales superiores era sólo un indicio genérico. Más importancia tenían las causas de este fenómeno, que radicaban en la creciente incapacidad de Gernold H. por situar lo singular de cada caso dentro del principio general de las leyes. Se extendía más y más en los razonamientos de sus sentencias, se perdía en detalles sin importancia y no sacaba conclusiones enteramente correctas. Su celo por el trabajo sólo podía compensar en parte esta defi-

ciencia. Desde el punto de vista de la calidad del trabajo estaba, pues, muy justificado que no fuera promovido a puestos más altos. Pero ¿cuál era la situación de su capacidad creadora en la esfera de la convivencia humana? En el decurso del tratamiento se descubrió que aquella sensación de ser observado era ilusoria. Pero lo que aquí nos interesa no es la descripción de esta idea, sino su repercusión y su fundamento.

La repercusión se dejaba sentir sobre todo en su creciente aislamiento. Lo que al principio de su cargo había parecido «algo excepcional» se fue convirtiendo en estafalario. Lenguaje rebuscado, trajes llamativos, tendencia al comportamiento amanerado, subrayaron el distanciamiento respecto de los demás. No es cierto que a sus colegas les pareciera mal que no se hubiera casado. Por el contrario, solían decir, como el mismo juez declaró más tarde: «¡Qué suerte, que no haya encontrado ninguna mujer!»

Por lo demás, sus compañeros no sabían que no había buscado mujeres. No quería a ninguna, las rechazaba. Sus inclinaciones iban a los del mismo sexo, aunque no se había entregado a ellas desde hacía mucho tiempo, concretamente desde el final de sus estudios. En el fondo, sólo había mantenido una relación viva y profunda con un compañero de su misma edad. Pero se vino abajo, porque este compañero encontró una amiga. Gernold H. sufrió mucho por esta infidelidad. No pudo superarlo y rompió la relación con el amigo. Más tarde, tuvo algunos contactos ocasionales con mujeres, pero al cabo de algunos pocos fugaces encuentros, las tentativas dejaban de prosperar. Las mujeres le parecían, a pesar de su exterior delicadeza, duras y groseras. Siempre estaban pidiendo algo y tenían demasiado mal carácter para sus gustos. Por lo demás, no conocía ningún vicio que no se hallara especialmente representado en las mujeres. Por el contrario, los hombres siempre le habían fascinado. Le parecían seguros, fiables, estables. Entabló aquella amistad íntima a una edad relativamente tardía, a los 22 años. Por aquel entonces estaba estudiando filosofía e historia del arte. En aquel tiempo — y éste es el punto que debemos destacar para nuestro tema — se produjo la fase creadora de su vida. No se manifestaba en el campo intelectual, ni en el ámbito de los estudios. Se reflejó más bien en un compromiso que adquirió durante sus estudios filosóficos, aunque no por causa de ellos.

Trabajaba en un grupo de estudiantes comunistas, partido ilegal por aquel entonces. En una época en la que la mayoría de los estudiantes se dedican a sus estudios según las normas tradicionales, él se ocupaba de planes de reforma para la sociedad. Su contenido no reviste particular importancia para nuestra temática. No se distingue sustancialmente de las numerosas variantes de las conocidas utopías socialistas. Se leía y discutía, se discutía y leía. Casi todas las tardes se encontraba con uno de los pocos miembros de su organización. Sólo aquí se sentía protegido. «Cuando el cuarto de un camarada estaba lleno del humo de los cigarrillos — describe con mirada retrospectiva— con las botellas de cerveza sobre la mesa, y discutíamos hasta entrada la noche, entonces sentía yo algo del cobijo y protección que no he encontrado en ninguna otra parte. Aquí cada uno podía confiar en los demás. Cada uno sabía cómo reaccionarían los demás. Y, sobre todo, todos nosotros, sin excepción, estábamos invadidos de la incommovible convicción de que teníamos el futuro en nuestras manos. Todos nosotros sentíamos el mismo desprecio por los burgueses, el mismo odio contra los explotadores capitalistas y amábamos con idéntico ardor a la Unión Soviética como "paraíso de la clase trabajadora". Tenía entonces en mí una fuerza que nunca más he vuelto a sentir.»

Aparte del estudio intensivo, Gernold H. se esforzaba por entablar contacto con los trabajadores. Como no podía entrar en las fábricas, visitaba las familias de empleados por él conocidos. Desarrollaba entre ellas no sólo una labor de ilustración política. Ayudaba a los niños en sus trabajos escolares, a las madres en la cocina y los trabajos de la casa, a los padres en actividades manuales. Era casi más querido entre los camaradas por su disposición a ayudar y su constante modo de ser amistoso que por su compromiso ideológico.

Pero para él, el ideario era a la vez el uno y el todo: desenmascaramiento del capitalismo como explotador y chupador de sangre, desenmascaramiento de los profesores como peones de la industria; he aquí los objetivos por los que merecía la pena vivir. No advertía entonces algo que ahora, en el tratamiento, comenzaba a comprender lentamente. El impulso al desenmascaramiento brotaba de la misma fuente que nutría la sospecha respecto a sus colaboradores actuales. Allí vituperaba las maquinaciones y manipu-

laciones. Ahora éstas echaban a perder no sólo su carrera personal, sino, lo que es más, la felicidad de la sociedad. Y cuanto más alto valoraba este «descubrimiento» como progreso de su autoconocimiento, tanto más se extrañaba de su pérdida de nivel. Entonces se trataba del bien de la totalidad, del bienestar de muchos, hoy sólo de su carrera privada. Se ponía «rojo de vergüenza» cuando pensaba en lo que había sido capaz de hacer entonces y en lo que estaba haciendo ahora. Ciertamente que trabajaba en el tribunal más que los demás. Apenas tenía un fin de semana libre. Pero ¿qué había conseguido con ello? En el mejor de los casos, valor para emitir sentencias y razonarlas a fondo. Pero, bien visto, esto apenas pasaba de ser rutina jurídica.

Éste fue el poco satisfactorio balance que sacó durante la terapia. También veía con otra luz su vida pasada. Percibía, ante todo, la afectación de su anterior idealismo. Indudablemente, había prestado durante su época de estudios filosóficos alguna ayuda práctica a algunas familias de trabajadores. Pero su utilidad le parecía ahora relativamente modesta comparada con los altos ideales que le guiaban. Todas las fuerzas que entonces creía poseer se diluían en una mezcla de lecturas, discusiones y fantasías. De este mundo irreal le liberó su gran amor a un estudiante de la misma edad. Cuanto más íntimas se fueron haciendo estas relaciones, más se esfumaba su idealismo. El otro, que era mucho más objetivo y que no tomaba tan a pecho su mutuo amor, le convenció para que abandonara sus estudios filosóficos, de tan escaso porvenir económico. Bajo este impulso inició sus estudios jurídicos. Lo hizo así porque pensaba que no podría vivir sin su amigo. La atmósfera objetiva de los estudios jurídicos le desagradó al principio, pero esta sensación quedaba endulzada por el amor a su amigo. Por eso fue tanto más amarga su desilusión, cuando supo que le engañaba con una muchacha. Intentó al principio aceptar esta situación, pero no lo consiguió. Y así se produjo la ruptura de relaciones antes mencionada.

Esta breve síntesis de una terapia que se prolongó durante varios años intenta establecer, ante todo, la conexión entre homosexualidad e idealismo. Desde luego, la expresión idealismo no es del todo acertada. Habría que decir: tendencia a la idealización. El «auténtico idealismo» no se contradice con un análisis de las

cosas tal como en realidad son. Al contrario, sólo se puede ser idealista cuando se tiene conocimiento exacto de la realidad. El que sabe que no se puede cambiar el mundo en uno o dos años, el que reconoce que los señores del capital no son sólo explotadores y que los trabajadores no son sólo explotados, éste es el que puede cambiar la realidad. Y, en cualquier caso, lo puede hacer mejor que el que «idealiza», como por ejemplo Gernold H., que veía en la Unión Soviética el paraíso de la clase trabajadora. La mirada estrábica, que desfigura los contornos de la realidad en el sentido de sus deseos, no ofrece ayuda ninguna para la comprobación del instrumento que ha de mejorar el mundo. No da la medida exacta.

También aquí puede servir que ejemplo Hitler. Sus «ideales» no conocían medidas ni fronteras. Donde no había enemigos, los creaba. El hombre idealizante necesita resistencia. No la resistencia que le lleva a cosas mejores, sino aquella con la que tropieza y finalmente le destruye. Todo esto tiene algo que ver con la homosexualidad, al menos latente. Dado que uno, inconscientemente subyugado, quiere ser violado, busca constantemente violadores. Irrita, molesta y provoca a los otros, con la constante esperanza de ser vencido por ellos. Esta esperanza se cumplió en Hitler tardíamente. Tuvo que provocar a los otros con siempre nuevos y cada vez menos escrupulosos incidentes hasta que éstos finalmente, después de mucho tiempo, de demasiado tiempo, devolvieron los golpes. Hasta entonces no encuentran estos hombres la paz. No pueden disfrutar de sus victorias. Sólo la derrota, la situación desesperada por ellos mismos creada, que empuja a la muerte, proporciona el límite inconscientemente anhelado.

Pero resulta más difícil descubrir la homosexualidad latente. No hay acciones substitutivas ni mecanismos de defensa tan claros que permitan reconocer con seguridad su origen. Y esto tanto más cuanto que en ningún hombre, y menos aún en los creadores, desaparecen los rasgos de una latente homosexualidad. Esto concuerda con la ley del desarrollo sexual. En este desarrollo hay una fase normal de atracción por el mismo sexo. Sólo cuando se prolonga demasiado y no desemboca en el camino hacia el otro sexo, puede convertirse en peligrosa esta latente homosexualidad, por ejemplo en el «fanático» idealista Hitler. Idealizó la raza, la nación, su origen y finalmente se idealizó a sí mismo en una medida tal que

incluso los más crédulos tuvieron que admitir al final que era un caso patológico. La realidad era para él indiferente. Y no se avergonzaba para nada de este distanciamiento de lo real. En una ocasión, durante la guerra ordenó que corrieran las cortinas de las ventanillas de su tren especial, para no tener que ver las ciudades destruidas. Ni esto siquiera podía soportar, y mucho menos aún la visión de los hombres cuya vida había sacrificado. No podía permitir que hechos evidentes, inamovibles, destruyeran la imagen del mundo, de su mundo. Incluso lo que tenía delante de los ojos, era retocado por estas mismas fuerzas. Bajo esta luz, sólo él y muy pocos otros eran buenos. Todos los demás eran malos y ruines.

Desde luego, no todas estas cosas dependen de la latente homosexualidad de Hitler. Pero también este aspecto es una piedrecilla en el mosaico de la estructura de un hombre cuya personalidad ha ido adquiriendo rasgos cada vez más precisos como resultado de las recientes investigaciones. Los últimos años de su pubertad estuvieron marcados por la atmósfera de círculos varoniles. En sus posteriores años vieneses y durante la primera guerra mundial, Hitler vivió prácticamente solo entre «camaradas». Mientras que éstos se dedicaban a sus pequeñas preocupaciones cotidianas y estaban hartos de la guerra, Hitler se sentaba junto a los demás y se dedicaba a meditar profundamente, pintando para sí el «futuro ideal». En su círculo de soldados de baja graduación era el único que se preocupaba de los problemas de la política mundial y del futuro del pueblo. Aquí se sentía en casa. Los ideales fueron su salvación, es decir, su salvación de un contacto demasiado íntimo con los otros, con los hombres. Lo que en un grupo de hombres no se exterioriza sexualmente, lo que no puede ni debe exteriorizarse, se configura en forma de una imagen ideal, que en el caso de Hitler era él mismo y su pueblo.

Es éste un aspecto de las conexiones ampliamente ramificadas entre idealización y homosexualidad, que no podemos analizar aquí con detalle. El propio yo, el propio cuerpo es aquello con lo que se está más familiarizado y que, por tanto, se ama más que un cuerpo del otro sexo. Este otro sexo es demasiado extraño, está demasiado alejado y, por tanto, es sentido como algo hostil. Cuanto más debe reprimirse la proximidad con el propio sexo, más debe

idealizarse todo cuanto más relacionado con la propia persona: presencia, origen, raza, clase y nación.

Pero la idealización no es la única consecuencia de una evolución sexual que se ha estacionado en la pubertad. Hay también otra defensa muy parecida. Es la ideología.

CREATIVIDAD E IDEOLOGÍA

1. *Actitud ideológica*

La expresión «ideología» se utiliza en general para definir un marchamo específico de sistemas de fe morales, religiosos o políticos. Se habla, por ejemplo, de la ideología del comunismo, del liberalismo o del cristianismo. Pero al psicoanalítico no le interesa tanto este concepto objetivo de ideología, sino más bien la actitud con que se vive un determinado sistema de fe o de moral. Es una en concreto de estas posibles actitudes la que se caracteriza como ideológica. Se da cuando el contenido de la ideología es sólo un «pretexto» para mantener alejados del campo de la conciencia ciertos impulsos inconscientes inaceptables para el yo. Esta «falsa conciencia», esta disociación entre convicción creída y convicción vivida, constituye el vínculo de unión entre el concepto sociológico y el psicoanalítico de ideología. La crítica sociológica de la ideología intenta descubrir los auténticos intereses ocultos bajo la capa ideológica, mientras que el psicoanalítico pretende investigar las convicciones políticas, religiosas, morales y también científicas desde la perspectiva del «asentimiento personal», es decir, el grado de ideologización.

Puede servirnos de ejemplo el caso de los vegetarianos. Rechazar la carne como alimento no tiene por qué basarse en razones ideológicas. Uno puede ser vegetariano sencillamente porque no le gusta la carne. Estos «vegetarianos del paladar» harán en determinadas ocasiones — por ejemplo en banquetes oficiales — determinadas excepciones a sus convicciones. Pero, sobre todo, no aducirán

falsos argumentos en pro de sus hábitos vegetarianos ni mucho menos intentarán hacer proselitismo. Un «falso argumento» sería, por ejemplo, afirmar que la albúmina animal hace agresivos a los hombres. Pero al ideólogo no le importa nada que sus argumentos carezcan de valor demostrativo. Al contrario: considera su punto de vista como científicamente demostrado, como un hecho definitivo. Acumula «pruebas» y se esfuerza por conseguir el mayor grado posible de racionalidad. Pero no advierte que selecciona sus pruebas y que percibe fragmentariamente, rechaza o sencillamente suprime todo cuanto se opone a su teoría.

El ideólogo compensa su pérdida de contacto con la realidad a base del sentimiento. Moviliza considerables emociones en defensa de sus puntos de vista. Se muestra muy susceptible respecto de las opiniones contrarias. Se siente amenazado en cuanto se somete a discusión su punto de vista. Sin su ideología, se encontraría sin apoyo y sin objetivo en el mundo.

La actitud ideológica no es una perturbación psíquica. Y tampoco es un fenómeno raro. En la época juvenil es incluso «normal», en el sentido en que la ha descrito Erikson. Este autor distingue tres etapas en la evolución de la conciencia ética: en la infancia prevalece la moral, en la juventud la ideología y en la edad adulta el *ethos*. Si bien las características de una actitud ideológica pueden parecerle sumamente antipáticas a un observador externo, constituyen una ayuda muy importante para la juventud. El yo no está en esta edad suficientemente consolidado para poder proporcionar una visión global del mundo. Y precisamente por eso debe defender con mayor denuedo sus propios puntos de vista. Cuanto mayor es su inseguridad interior, tanto más acusada es la postura de «única solución verdadera» que se manifiesta hacia el exterior. «Si todos fueran como yo, el mundo sería feliz», dijo una vez un joven paciente, resumiendo este sentimiento de superioridad.

No necesitaríamos dedicar mucho tiempo, en nuestro tema de la creatividad, a la descripción de la personalidad ideológicas si esta actitud fuera sólo característica de la juventud y sólo se extendiera a valores éticos y religiosos. Pero el hecho es que semejante postura se prolonga mucho más allá de los años del desarrollo y que se refiere no sólo a valores ideológicos, sino también a la posición frente a la ciencia. Esta posición es cabalmente la más

indicada para mostrar lo que significa una actitud ideológica, ya que durante mucho tiempo, e incluso hoy día, son muchos los que creen que la ciencia es un espacio libre de ideologías. Pero esto es un error. Los sistemas científicos son mucho más proclives a las ideologías que los éticos y los religiosos, debido precisamente a que aquí resulta más difícil desenmascarar su «falsa conciencia» que cuando se trata de la moral o de la religión. De ahí que, para poner en claro lo que significa una actitud o toma de posición ideológica,elijamos ejemplos tomados del campo científico. Ninguna religión, ningún sistema ético puede afirmar irrefutablemente que la ciencia haya demostrado, consolidado o investigado su contenido de fe. Debe hablarse de ciencia ideológica doquiera se cree en unas determinadas teorías como si fueran verdades religiosas. Se recurre para ello a autoridades «irrefutables». Tiene aquí validez lo que Galileo dijo de Aristóteles: «No quieren alzar los ojos de las páginas de sus libros, como si el gran libro del universo hubiera sido escrito para que ningún otro le leyera sino los aristotélicos y como si sus ojos (de Aristóteles) hubieran sido destinados a verlo todo para el mundo de la posteridad.»

El ideólogo necesita autoridades, para poner orden en el mundo inconnexo de sus impresiones y sus informaciones. No puede hacerlo con sus solas fuerzas. Más o menos inconscientemente espera que alguien le prescriba su modo de vivir y de pensar. Algunas veces estas peculiaridades se deben a determinados estilos educativos de la infancia. Estos niños¹ son aceptados por sus padres sólo en la medida en que responden a sus ideas. Cuanto más se apartan de ellas, menos se les ama. En este contexto no puede desarrollarse lo singular e individual. Al contrario, el miedo y la tensión serán los compañeros de viaje permanentes de estas evoluciones. Sólo cumpliendo las expectativas de los padres se puede amortiguar el sufrimiento. Estar de acuerdo con las autoridades se convierte en necesidad vital. Ver, pensar y descubrir por su propia cuenta es peligroso. Pero el precio a pagar por este orden recibido en préstamos es cada vez más alto a medida que avanza el desarrollo. El precio es la paralización del crecimiento propio. Se depende de las autoridades. Sin ellas, quedaría sujeta a duda la propia seguridad. El miedo irrumpe sin trabas y para hacerle frente se requiere un fuerte apoyo en autoridades extrínsecas. Ni siquiera

la protesta contra estas autoridades produce la autoliberación, lo más que se consigue en un cambio de fuentes de autoridad, por ejemplo, pasar de una religión o de un partido a otro. Al ideólogo no le interesa en primer término el contenido de sus convicciones. Le importa mucho más que se las reconozca como una verdad de validez universal. Por consiguiente, ha de esforzarse por difundir sus opiniones. Cuanto mayor sea el número de los que las aceptan, más seguro y a cubierto se sentirá en ellas. Debe predicar, misionar, convertir. En esta actividad parte del presupuesto tácito de que se puede ganar a otros para su visión del mundo, para su posición religiosa y política, no sobre la base de las propias comprobaciones y experiencias, sino en virtud de la propaganda. Cuanto más convence a los demás, tanto más abandonarán éstos unos puntos de vista no basados en la propia persona y más consolidarán la seguridad de la doctrina.

También aquí el ejemplo de Hitler es instructivo. Oradores y propagandistas del partido hubo entonces muchos, pero ninguno estaba tan altamente ideologizado como él. En sus discursos gustaba de dirigirse a la tendencia a la ideologización que existe en todo hombre. La medida de su actitud ideológica puede deducirse del grado de aislamiento en que se encontró durante su pubertad y en los primeros años de la edad viril. No tuvo ningún verdadero amigo, no perteneció a ningún grupo o círculo. Mientras que son muchos los tipos «raros» que encuentran en el cuartel el camino hacia la comunidad, sobre todo en tiempos de guerra, y mucho más en el frente, Hitler se mantuvo siempre aparte, como un «chiflado». El primer y el único puente que existía desde su orilla a los demás era su talento como orador, del que adquirió plena conciencia en las primeras asambleas del partido de la postguerra. Sin este talento, su afán de convertir y misionar no habría tenido tan amplias repercusiones. Sólo porque pudo dar a sus discursos tal forma que cumplían sus objetivos, se produjo el efecto que puso en marcha el alud. Sintió por primera vez en su vida que, por las razones que fueren, los hombres ya no pasaban de largo ante él, ni hacían un rodeo para evitarle. Se le acercaban, le escuchaban y quedaban fascinados. Recurriendo a una fórmula acertada del psicoanalista norteamericano Heinz Kohut (1973), cuyos trabajos sobre el narcisismo son muy orientadores, podemos decir:

«El brillo en los ojos de los demás» fue la experiencia que hasta ahora Hitler había buscado ansiosa e inútilmente. Pero ahora se produjo, se desplomó sobre él. Y no podía renunciar a ella. Buscó su repetición, su aumento, como un drogadicto. Así puede deducirse del número creciente de concentraciones y de participantes en ellas. Nada ni nadie podía librarle de esta droga. Sólo este binomio, esta embriagadora unión entre él y los demás posibilitaba la transmisión de sus ideas. Por estúpidas, banales y brutales que fueran, bastaban para compensar el infinito sentimiento de vergüenza por la pérdida de la guerra y la abdicación del Kaiser y para movilizar las esperanzas tras la crisis económica de 1930.

Este ejemplo muestra la gran eficacia que puede adquirir una personalidad ideológica, sobre todo cuando la necesidad de adoctrinar y convertir, característica de todos los ideólogos, es desempeñada por un orador de gran talento. El eco que despierta en las masas actúa como estimulante. El estimulado alcanza niveles cada vez más altos en su celo misional. Desde esta perspectiva, el afán que domina a los ideólogos de adoctrinar y convertir puede alcanzar grandes éxitos. Pero estos éxitos se deben valorar, en último término, como no creadores. No respetan para nada el potencial creador de los demás. Se les domina, pero no se le lleva a su propio desarrollo. De ahí que la actitud ideológica sea el polo opuesto del método socrático. Éste quiere servir, quiere ayudar a dar luz. Es el otro yo el que debe poder crecer.

A pesar de lo dicho, una personalidad ideológica puede actuar creadoramente, tanto en la política como en las ciencias, dentro de unos ciertos límites. El ideólogo, convencido de la exactitud del camino una vez trazado, a salvo de dudas e irresoluciones, ciego frente a toda realidad que pudiera dar nueva dirección a su trabajo, puede rendir grandes servicios en el cuadro concreto en que se halla inserto. Desarrolla en alto grado la paciencia, la aplicación y la constancia. No sucumbe a aventuras espirituales. Pero se alcanzan los límites antes indicados cuando se le confronta con hechos inconciliables con sus opiniones doctrinales. Sin darse plena cuenta de ello, negará estos hechos y cortará el camino para la ampliación de su creatividad. En determinadas circunstancias, empleará todo su tiempo, a partir de este punto, en luchar en el campo de la opinión pública por consolidar y difundir su ideología; pero

en realidad, lo que busca es eliminar las dudas internas sobre la exactitud de sus ideas.

A la larga no podrá ser creador, precisamente porque teme lo nuevo, lo desconocido. Cuando, a pesar de todas las medidas de defensa, los hechos inquietantes penetran en su campo de visión, experimenta masivos sentimientos de amenaza, que le impiden integrarse en la nueva percepción. Aumentan su rigidez, lo que le impide trazar combinaciones mentales entre las nuevas informaciones y los conocimientos ya existentes. El ideólogo puede, pues, construir sistemas, pero raras veces conseguirá hacer descubrimientos renovadores.

Si a la hora de definir al ideólogo, en lugar de aplicación se le atribuye insaciabilidad, en lugar de impulso hacia una meta rigidez a ultranza, en lugar de independencia ceguera para la realidad, estamos empleando los objetivos que también los no analíticos utilizan para describir la actividad instintiva inconsciente. Para aclarar esta idea, describiremos algunos de los factores principales que contribuyen a la ideologización después de la pubertad. Puede distinguirse entre factores de ideologización «específicos» y «condicionados por la persona». Ambas formas corren paralelas y sólo se las puede distinguir en sus variantes extremas.

2. *La ideología como moda*

Se puede hablar de una ideología específica o de grupo cuando en el seno de un grupo o de una especialidad se da un consenso sobre determinadas verdades que cada miembro del grupo acepta sin discusión y comprobación, como científicas y demostradas.

Estas ideologías tienen un cierto carácter de dictado de la moda. Esto puede sonarles extraño a los que creen que la ciencia se esfuerza por conseguir conocimientos de validez general y, sobre todo, por fundamentarlos. Pero esto sólo es cierto cuando se consideran grandes períodos de tiempo. En estos grandes espacios temporales sí se comprueba un proceso de iluminación crítica y un arrojar por la borda los prejuicios y las ideologías. Pero en espacios de tiempo menores se desarrollan constantemente algunas ideologías condicionadas por la moda de la época. Así por ejemplo,

en el campo de la medicina, se prescriben no raras veces los medicamentos que acaban de salir al mercado, por ejemplo determinadas combinaciones de vitaminas o de hormonas, o determinados tratamientos. Mientras que inmediatamente después de la introducción del preparado se habla de porcentajes de éxito del 60 al 70 por ciento, con la creciente aplicación los resultados disminuyen. Sólo es eficaz lo que está de moda.

Tras estas actitudes ideológicas no se esconden sólo intereses materiales o consideración hacia el paciente, que quiere que le prescriban este medicamento que hoy «se» toma. Si lo decisivo fueran estas «razones prácticas», los especialistas de la investigación básica estarían libres de ideología. Y no es éste el caso. Los físicos, los químicos y los biólogos conocen teorías condicionadas por el tiempo que pueden degenerar en moda y, por tanto, en ideología. Se está tan plenamente convencido de la exactitud de una determinada teoría que ni siquiera puede asomar una duda fecunda. Así por ejemplo, a principios de este siglo la física era una «moda». Corría, pues, el peligro de querer iluminar desde «un estricto punto de vista científico-físico» hechos indemostrados y aun indemostrables. Incluso cuando se daba el caso de que algún físico aislado declarara expresamente que con los medios de su especialidad no podía tomar posición respecto de ciertos problemas —por ejemplo la existencia de Dios o la libertad de la voluntad— se le respondía desde posiciones «puramente físicas». Sobre estos problemas se daba en la física, y en otras especialidades, una unanimidad ideológica que hoy, con mirada retrospectiva, nos parece dictada por la moda. Pero los contemporáneos creían que era algo más. Lo cual no quiere decir que hoy hayan sido ya superadas estas ideologías en moda. Existieron ayer, existen hoy y existirán mañana, porque cada época desarrolla su propia moda. Como forma especial de esta ideología de moda deben considerar la unanimidad sobre presupuestos científicos fundamentales que rige en los estados totalitarios. El partido prescribe qué autoridades deben respetarse en tal o cual especialidad. O, por lo mismo, vigila para que no se produzcan ataques a la posición doctrinal oficial. En las democracias occidentales se suele hacer con frecuencia mofa de estas ideologías, impuestas a los científicos. Pero se olvida que también en occidente se puede ser «víctima» de «ideologías colegiadas».

Podemos aclararlo con el ejemplo de la psiquiatría. El objeto básico de su investigación han sido, desde siempre, los llamados enfermos psíquicos. Bajo esta palabra se comprenden dos cuadros clínicos. Por un lado se halla el maníaco-depresivo, por otro el esquizofrénico.

En el primer caso no se trata de una manifestación o cuadro unitario, ni por lo que respecta al cuadro de síntomas ni al curso de la «enfermedad». Así por ejemplo, entre los maníaco-depresivos, hoy llamamos generalmente ciclotímicos, en unos se dan fases depresivas y fases maníacas, mientras que en otros sólo aparecen las depresivas. Pero también estas formas «unipolares», es decir, que giran sólo en torno al polo depresivo, son muy diferentes, según los diversos casos, cuanto a frecuencia, gravedad y duración de las disonancias. Así, puede ocurrir que durante toda una vida se haya dado una sola fase — acaso, en 44 años de vida, una fase de cuatro meses —, mientras que en otros casos entre los 20 y los 65 años se han podido producir hasta 30 depresiones. También el cuadro de síntomas ofrece diversos aspectos.

Más variado aún es el cuadro de las esquizofrenias. De ahí que se hable de grupos de esquizofrenias. También aquí puede darse, por ejemplo, el caso de un hombre de 30 años que, sin «motivo visible», oye y explica voces que declaran que él es el juez *de paz* de todo el mundo. Abandona su casa, de vueltas por la ciudad, habla a los transeúntes a quienes explica su misión de paz, hasta que finalmente la policía le echa mano y le lleva a una institución. Puede ser que una estancia de medio año en circunstancias favorables (padres, situación matrimonial, profesión, etc.) sea la única vez en toda su vida que tiene contacto con una clínica. Pero, por otra parte, puede darse el caso de un joven de 16 años que causa la extrañeza de sus padres porque por las mañanas no se levanta de la cama, falta cada vez más a las clases, no hace ningún trabajo en casa y, finalmente, se niega en redondo a seguir yendo al colegio. A veces se ríe para sí, responde a las preguntas de una manera muy amanerada y estrafalaria hasta que tras varias situaciones oscilantes, se convierte en caso crónico de un centro para enfermedades nerviosas.

Este esbozo de cuadros clínicos es muy incompleto. Pretende tan sólo señalar la gran amplitud que abarca los conceptos de «de-

presión endógena» y «esquizofrenia». Por esta razón no puede sorprender que hoy día sean varias las disciplinas concretas que se ocupan de la investigación de cuadros de enfermedades. Psicopatología, investigación de la conducta, neuropatología, neuroquímica, fisiología y psicoanálisis son sólo algunas de las principales zonas especializadas que se esfuerzan por solucionar el problema. Por un lado, métodos estrictamente científico-naturales, con experimentos repetibles, por el otro proceso hermenéutico-interpretativo.

A finales del pasado siglo el problema parecía cualquier cosa menos complejo. Estaba, desde luego, sin resolver, pero se tenía la firme creencia de que la solución llegaría rápidamente, de acuerdo con los esquemas de una enfermedad sifilítica retardada (parálisis). Por otra parte, hacía ya tiempo que se venía especulando sobre las causas de los síntomas paralíticos, hasta que se las descubrió en el deterioro de determinadas zonas cerebrales. Entonces se dictaminó: sólo así, es decir, mediante la aplicación de métodos neuroanatómicos, puede rastrearse el misterio de las enfermedades psíquicas y anímicas: el cuadro de síntomas y el curso de la enfermedad corren paralelos. Por consiguiente, sólo se trataba de buscar una causa igual. Se esperaba descubrirla en breve. Así por lo menos lo afirmaban confiadamente los manuales, artículos y conferencias de aquel tiempo. Se seccionaron innumerables cerebros, se utilizaron métodos cada vez más refinados de aumento y exposición, sin que se pudiera confirmar ni uno solo de los descubrimientos que se aclamaban como «la causa». Se amplió la base morfológica extendiéndola a lo neuroquímico y lo neurofisiológico, pero siempre con el mismo resultado negativo. Los infinitos esfuerzos en todo el mundo con los métodos referidos y el mencionado resultado deben entenderse en primera línea como expresión de un endurecimiento o estrechamiento de miras ideológico. Se creía en la autoridad de Kraepelin y de sus numerosos seguidores, sin permitirse la menor duda sobre el postulado, formulado por primera vez el año 1861 por Griesinger, según el cual las investigaciones sobre mellizos de los años veinte deberían haber ofrecido ocasión bastante para albergar un sólido escepticismo frente a teorías sobre el origen «endógeno», hereditario y vinculado a lo corpóreo, de las psicosis. Un análisis libre de prejuicios evidenció que los determinantes hereditarios desempeñan desde luego un cierto papel en la psicosis, pero que en modo alguno son los úni-

cos decisivos. Los influjos del medio ambiente, y sobre todo los más sutiles, los que no saltan a la vista, deberían haber sido —en un estadio de mayor libertad de ideologías— objeto de más intensa investigación ya por aquellos años. Pero para esto se hubiera requerido un mayor distanciamiento de los puntos de vista que se declaraban como los únicos «absolutamente científicos». Con un perfecto desconocimiento de los hechos, pero con estricta sujeción a la fórmula, según la cual sólo lo repetible, no lo hermenéutico-interpretable, es ciencia, la investigación se mantuvo ligada a los planteamientos anatómicos o fisiológicos. La primitiva psiquiatría sólo fue recibida en serio como parte constitutiva de las ciencias naturales.

Esta situación debe entenderse desde las perspectivas de aquel tiempo. La psiquiatría tuvo que esperar mucho tiempo antes de ser admitida entre las especialidades de la medicina. El porvenir de la medicina se cifraba en la siguiente divisa: «La medicina ha de ser ciencia natural o no será nada.» Con lo anímico, en el «alma», había muy poco que hacer en aquel tiempo. Sólo a más no poder — ya remolque de la neurología — aceptó la medicina una especialidad que hasta hacía poco creía en el poder del mal como causa de las enfermedades. Si la psiquiatría quería ser aceptada por los médicos, tenía que mantenerse fiel a las reglas. Innumerables cortes cerebrales, análisis de sangre, suero y orina, experimentos con animales y con hombres deberían suministrar la prueba de su pureza ideológica. Y esto ha seguido así hasta nuestros días. Cuanto más vinculada a lo corpóreo se halla una teoría sobre las psicosis, mayor es la disposición a creer en ella y a estimular las investigaciones en favor de tal teoría. Desde principios de este siglo, el 80 por ciento de todos los medios puestos a disposición de la investigación psiquiátrica han sido empleados en la defensa de esta ideología. Incluso hoy día la relación es algo más favorable sólo en cuanto a los matices. Antes se dedican 10 000 marcos a la experimentación con animales que 1000 a la observación directa y lo más «fiel a la naturaleza» que sea posible de la conducta humana.

Este hecho no debería causar demasiada preocupación. Podría caber la posibilidad de que en el campo de la psiquiatría biológica se den investigaciones esencialmente más creadoras que en el sector de la psicodinámica. En la investigación creadora hay que contar

con caminos falsos y con rodeos zigzagueantes. Sólo de momento pueden parecer despilfarro, pero a la larga son baratos, es decir, de un coste adecuado. En el campo de la psiquiatría se ignora esta experiencia. Aquí una gran parte de los medios financieros no se pone a disposición de investigadores dotados de creatividad, sino de ideólogos, que siguen trabajando a base de la hipótesis tradicional y no suficientemente comprobada de que las enfermedades del espíritu son perturbaciones de condicionamiento somático. La significación concreta de esta situación ha sido expuesta a la opinión pública en el libro del psiquiatra holandés Jan Foudraine (1971). Partiendo de experiencias personales en diversas clínicas, el autor describe la limitación y hasta el contrasentido de ciertas normas psiquiátricas, que tratan la psicosis endógena como si fuera una enfermedad somática. El hecho de que este relato nacido de la experiencia personal no haya sido más que un grito de atención de un psiquiatra ya establecido y apenas haya encontrado resonancia en el mundo de los especialistas, depende indirectamente del antes mencionado problema de la financiación. En efecto, el tratamiento psicoterapéutico de los esquizofrénicos pedido por Foudraine habría encontrado mayor resonancia en el mundo especializado si se hubiera podido comprobar en un número mayor de pacientes la ventaja de sus propuestas. Que hasta ahora no haya ocurrido así es una consecuencia del escaso fomento que se da a esta disciplina. Existen muy pocas estadísticas sobre el resultado de la psicoterapia en esquizofrénicos y aun entre estas pocas el instituto de investigación de psicopatología y psicoterapia de la Sociedad Max Planck ha sido el primero y durante mucho tiempo el único que ha cumplido dos condiciones fundamentales de estas estadísticas: 1. Suficiente distancia desde el final de tratamiento (que en nuestro caso era al menos de dos años y, por término medio, de tres). 2. Cálculo de los factores que se hallan en conexión comprobable con los diversos grados de eficacia.

Constituye una falta personal que sólo ahora se hayan podido publicar estos resultados y no en los años cincuenta, cuando — con algunos psiquiatras y psicoanalíticos principalmente no alemanes — comprobé algunas técnicas propias en la psicoterapia de enfermos psíquicos.

También ha sido un fallo personal que en las mencionadas in-

vestigaciones entre los años 1965 y 1970 en vez de 150 o acaso 200, casos de esquizofrenia sólo hayamos tratado psicoterapéuticamente 86 casos. Es cierto que eran pocos los centros que cultivaban una psicoterapia sistemática y no sólo ocasional capaces de conseguir esta cifra. Y aun ésta se halla muy lejos, por supuesto, de constituir el número que tanto los pacientes como los investigadores consideran necesario. Este número sería mayor si al menos una parte de los especialistas del sistema nervioso que se pronuncian en contra de la psicoterapia de las psicosis endógenas pudiera apoyar su opinión en la propia experiencia. Pero no prestan atención al tratamiento psicoterapéutico con esquizofrénicos, que sería lo único que podría dar base sólida a sus opiniones. Y con esto estamos aludiendo a la segunda causa que explica el exiguo número de estadísticas de resultados.

La mayoría de los especialistas del sistema nervioso se contentan, en el tratamiento de psicosis endógenas, con medicaciones a base de pildoras y tabletas. Es, desde luego, el género de tratamiento más sencillo y más económico de tiempo. En una hora puede el médico proporcionar psicofármacos a varios enfermos psíquicos, con la esperanza de que alguna combinación sea la adecuada para la psicosis. Como no todos los médicos especializados en enfermedades nerviosas tienen una sólida formación en psicología profunda y en psicoterapia, algunos de ellos procuran hacerse con una instrucción adicional. Pero una vez que han concluido su formación especializada, con el suplemento de una instrucción psicoterapéutica, se sienten frustrados, porque tienen que dedicarse al trabajo más sencillo, es decir, el de las neurosis. La psicoterapia de neuróticos se desarrolla básicamente en un mismo horizonte de comprensión entre el médico y el paciente. Todo lo que el neurótico siente, piensa, quiere y expresa, tiene una resonancia de la misma clase en el médico. Es distinto con los esquizofrénicos. Aquí el psicoterapeuta no puede saber por qué el enfermo cree que es «Napoleón resucitado» o la «Santísima Trinidad». Se encuentra como frente a un muro, cuando pregunta por las razones de una tal afirmación. Pero en el instante siguiente puede derrumbarse esta pared. El enfermo presenta una serie interminable de pruebas; y, de pronto, puede brotar de sus labios una petición de ayuda. Pero ¿cómo un simple mortal podría ayudar al «gran Napoleón» o a la «Santísima Trinidad»?

Puede aprenderse a descifrar los embrollos. Poco a poco se entiende el lenguaje de este hombre separado y aislado, y cuanto más se le entiende, mayor es la posibilidad de hablarle y trabajar a una con él. Pero este tipo de psicoterapia tiene, además de estas dificultades de entendimiento que sólo lentamente se superan, otras varias pegas. Dura muchísimo tiempo, a veces de seis a siete años, y aun más, según las dificultades del caso. Nuestras investigaciones demostraron claramente que los resultados positivos que se prolongaban durante años dependían sin duda alguna de la duración del tratamiento. Pero ¿quién paga esto? Desde que lo pagan los seguros de enfermedad, la respuesta ha perdido algo de su carácter paralizador. Ahora bien, incluso en el caso de que los seguros no cubrieran los gastos de estas enfermedades, sería misión de la ciencia comprobar y perfeccionar un método, independientemente de su costo. Se estaría así de acuerdo con una de las máximas vigentes en medicina, según la cual primero se investiga la eficacia de un preparado y después se analiza la cuestión de los costos.

El problema de los costos se ha solucionado, pues, poco a poco, cuando el tratamiento se prolonga durante años, gracias a los seguros. Más difícil resulta la cuestión del sacrificio por parte del médico. ¿Qué psiquiatra se dedicará a una actividad en la que durante años, y a través de un contacto casi cotidiano, deberá activar con un fatigoso y sordo trabajo, los pasos de aprendizaje del paciente? Frente a esta situación se comprende que, ahora y antes, siga en vigor el actual artículo de fe de amplios círculos de psiquiatras; para los cuales las psicosis son enfermedades somáticas. Porque mientras este credo esté en vigor, el psiquiatra podrá esperar durante toda su vida y con tranquila conciencia a que se haga el descubrimiento que no debe realizar él, sino los otros, los neuropatólogos, neuroquímicos y neurofisiólogos. No sólo se comprenderá su distanciamiento respecto del paciente, sino que se le considerará como la única actitud científicamente correcta.

La opinión de que el psiquiatra debe ser un científico de las ciencias naturales, ha prevalecido siempre en la psicología y por ende, también en la psicopatología. El último ejemplo en este sentido nos lo ofrece la terapia de la conducta. Su pretensión de ser la única psicoterapia legítima es corroborada por los numerosos representantes de esta orientación no con estadísticas seguras sobre

resultados obtenidos, sino con la afirmación de que es la primera y la única psicoterapia de base científica. Se advierte claramente la motivación ideológica de semejante pretensión si se tiene en cuenta el núcleo empíricamente demostrable de la terapia de la conducta. Este núcleo consiste sobre todo en la hipótesis de que todo síntoma, por ejemplo la tartamudez, la angustia, la depresión o los celos, se aprenden en el curso del desarrollo y que, por consiguiente, también se pueden olvidar. El proceso de aprendizaje se puede acelerar con los adecuados recursos didácticos. De una forma genérica los maestros y educadores han utilizado desde siempre tales recursos con los niños. Recompensan lo que es socialmente deseado y castigan lo indeseado. Sólo que los educadores, en general, no saben emplear estos medios con una sistemática tan consecuente y fundamental como lo hace la terapia de la conducta.

Quien, por ejemplo, quiere dejar de fumar, puede buscarse su propio camino, el que mejor le libere de esta costumbre y le «desaprenda», le haga olvidar el hábito. Pero también puede dirigirse a un terapeuta de la conducta y a solas con él o dentro de un grupo trazar un programa que promete rápido éxito. En este programa se dice, por ejemplo: «No acepte nunca un cigarrillo que otro le ofrece» — «No fume en la cama» — «Antes de encender el cigarrillo, espere tres minutos» — «No tenga más que un paquete de cigarrillos a su alcance» — «Cambie diariamente la marca de tabaco». Estas ayudas didácticas profesionales pueden extenderse a otras perturbaciones, como por ejemplo el miedo a subir en el ascensor, o el afán de tener que lavarse las manos veinte veces al día.

Como ocurre con frecuencia en los métodos de tratamiento psiquiátrico, los resultados iniciales fueron tan impresionantes que se creyó estar ante una nueva era en el tratamiento de la psiquiatría. Ocurrió algo similar a lo acontecido con la introducción de la leucotomía, es decir, el método de tratamiento consistente en la escisión de determinadas conexiones nerviosas en el cerebro de los enfermos psíquicos crónicos. Millares de esquizofrénicos fueron sometidos a esta «terapia». En las salas de los institutos psiquiátricos, antes llenas de intranquilidad y espanto, se hizo una súbita paz. Los médicos y enfermeros, después de decenios de esfuerzos desesperados e inútiles por sosegar a sus enfermos gritadores y alborota-

dores, pudieron respirar. Se pudo percibir el agradecimiento por la eficacia «sencilla y a mano» de la intervención en la propuesta de muchos psiquiatras de que se concediera el premio Nobel de Medicina (1949) al descubridor del método, el portugués Moniz. Pero muy pronto pudo advertirse que el precio a pagar por la modificación de los síntomas, a saber, la deformación emocional del enfermo, era muy elevado. El método, tan celebrado al principio, ha desaparecido hoy casi por completo y, desde luego, mucho más rápida y radicalmente de lo que por aquel entonces se había podido admitir.

Estas y parecidas experiencias, por ejemplo la del electroshock, deben tenerse en cuenta, cuando se trata de valorar la actual terapia de la conducta. Bien aplicada, es un valioso enriquecimiento del inventario terapéutico del psiquiatra. Pero se incurre en ideología y en bloqueo del pensamiento creador dondequiera se la quiere elevar a la categoría de único método de tratamiento con base científica. Los representantes de la terapia de la conducta, cuyo fundamento es la teoría del aprendizaje, derivan su pretensión de que su método tiene mayor contenido científico que el de otros métodos psicoterapéuticos de la afirmación de que el suyo se atiene más estrictamente que los otros a un código de explicaciones científico-naturales. Ser admitidos y reconocidos por los científicos «puros» tiene para ellos más importancia que la utilización de un método adecuado. Y así, no comprueban si su método es el que mejor se adapta al «hombre objeto de la investigación». Se olvidan con demasiada alegría que este objeto — al contrario de lo que ocurre con un objeto físico — no debe investigarse sólo con medidas externas, sino también con la autocomunicación y el diálogo. La concepción científica de los teóricos ortodoxos del aprendizaje prescribe, sin embargo, que en las explicaciones psicológicas sólo deben tenerse en cuenta realidades o contenidos de un tipo completamente determinado. Estos contenidos deben: a) ser bien observados y b) preceder cronológicamente a los fenómenos que se intenta explicar. Con lo cual se excluyen de la reflexión científica los motivos y los objetivos de la acción humana. Pues, en efecto, éstos ni son observables ni se pueden fijar cronológicamente. Acompañan y aun sobreviven a las acciones humanas y, por otra parte, son su causa. Pero si se excluyen los motivos y los objetivos, la acción humana queda

reducida a una reacción automática frente a impulsos externos, en los que no se da ninguna transmisión del pensamiento.

Para una terapia que se apoya en semejante teoría, está de sobra el problema del sentido de los diversos modos de conducta. El terapeuta no tiene por qué enfrentarse individualmente con sus pacientes. En efecto, es superfluo intentar ponerse de acuerdo sobre el significado, los motivos y las intenciones de las acciones, sino se considera a éstas como desencadenantes y determinantes de la acción. De ahí que un terapeuta ortodoxo de la conducta no se esfuerce tampoco por descubrir en cada paciente cuál es la razón que le ha llevado a sus vivencias y su comportamiento. Tampoco intenta inducirle a una mayor libertad de acción. Sencillamente sustituye, por medios terapéuticos, los antiguos impulsos del comportamiento, conocidos a través del análisis biográfico del paciente, por otros impulsos más fuertes. Con esto consigue desde luego que dejen de manifestarse los modos de comportamiento indeseados, pero no consigue que sus pacientes sean autónomos en sus acciones. El paciente no acaba de entender por qué ahora se comporta de otra forma que antes. Así como antes no podía comprender los antiguos síntomas de su enfermedad, tampoco ahora comprende las motivaciones del nuevo comportamiento que ha aprendido. Los mecanismos básicos siguen siendo los mismos. Por mucho que el paciente pueda cambiar externamente y para provecho propio, no se ha producido una transformación psicológica en sentido estricto.

¿Y Freud? ¿Y el psicoanálisis? ¿No había aplicado ya, a principios de siglo, el método de la comprensión y compenetración a la confusa mezcla de vivencias psíquicas enfermizas? A propósito del caso de Schreber el mismo Freud expuso los fundamentos psicológicos de la manía persecutoria. El gran psiquiatra suizo Eugen Bleuler (1856-1939) introdujo en la psiquiatría determinadas hipótesis psicoanalíticas. Pero más importante aún que la apertura de esta región especializada a la investigación psicológica de las enfermedades psíquicas fue la idea de Freud según la cual los fundamentos decisivos de la evolución de una persona se ponen ya en los primeros años de la infancia. Sin embargo, estos descubrimientos no bastaron para sacudir los cimientos de la ideología fundamental de la psiquiatría. Bleuler no pasó de ser una excepción, lo mismo que algunos otros después de él. Mucha mayor trascendencia

tuvo el hecho de que también el psicoanálisis se convirtió en ideología. Se contentó con lo que Freud y algunos de sus seguidores habían descubierto, y defendió como hechos científicamente demostrados lo que en Freud era sólo hipótesis.

En esta postura, vinculada a una autoridad, podría hallarse también la explicación de que haya sido tan exiguo el número de psicoanalistas que han intentado ampliar mediante sus propias observaciones los conocimientos psicodinámicos sobre los enfermos psíquicos. No sólo se aceptaban los puntos de vista de Freud sobre el psicodinamismo de los psicópatas; se consideró además durante mucho tiempo como hecho demostrado su afirmación de que no se podía someter a tratamiento psicoanalítico a los enfermos mentales debido a su narcisismo y a la incapacidad de transferencia inherente al mismo. Incluso admitiendo que así fuera, se hubieran podido introducir modificaciones en el método psicoanalítico —que no debió convertirse en dogma después de Freud— para intentar un contacto terapéutico fructífero con estos enfermos del espíritu.

Pero fueron muy pocos los que lo intentaron, y aun estos pocos no fueron tomados en serio por sus propios colegas. Así como para el psiquiatra clásico es válido el principio: las enfermedades de la mente son enfermedades del cerebro o, cuando menos, enfermedades de condicionamiento somático, también para el psicoanalítico clásico estuvo en vigor durante mucho tiempo la afirmación de la imposibilidad de tratamiento psicoanalítico respecto de los psicópatas. La regla tuvo muy escasas excepciones, si bien acompañadas de gran alarde de publicidad. Las dos direcciones clásicas, la de la psiquiatría y la del psicoanálisis, son ideologías que tienen su fundamento —y esto es lo que intenta poner en claro nuestro ejemplo— en el engranaje de numerosos influjos y «complejas causas» de los psicópatas. Toda generalización de un punto de partida no comprobado empíricamente lleva aquí, más fácilmente que en otras especialidades, a la fosilización ideológica. Pero cuando se supera el riesgo de ideologización, se produce una diversificación diferenciada e incomparablemente rica de planteamientos en orden a la investigación de lo psicopatológico, tales como los de la psicodinámica, la psicología, la genética, la bioquímica o la investigación de la conducta. El hecho de que estos nuevos planteamientos de la investigación de lo psicopatológico —mutuamente complementa-

rios— no se hayan mantenido en todas partes o no se hayan mantenido en su totalidad, dependen de un segundo factor, que lleva en sí un peligro de ideologización inherente a toda especialidad.

Se trata de una fosilización natural que intenta mantenerse fiel al conocimiento que parece ser suficiente para explicar los problemas que se presentan. La imagen de una ciencia que pugna siempre y sin descanso por conocimientos cada vez mejores y más exactos es adecuada cuando se aplica a la ciencia como totalidad, pero no a cada uno de los científicos en particular. No pocas veces la mayoría procura que los problemas especialmente difíciles e incómodos del campo de la especialidad sean preteridos, sobre todo cuando su solución no parece ser necesaria. Esta actitud es fácil de comprender si se tiene en cuenta que el investigador —como cualquier otro mortal— sólo tiene una vida por vivir y por tanto no acepta con agrado el riesgo de abrir un nuevo capítulo de un problema o de un método, sin saber si el trabajo dará un resultado que merezca la pena.

Ante tal situación, que varía de una especialidad a otra, el científico prefiere dedicarse básicamente a problemas que no le aparten demasiado de la orientación general de su especialidad. Necesita que los demás le cubran. De ahí que, a pesar de la dinámica de su especialidad, tienda a una cierta actitud estática y fosilizada. Claro está que necesita fundamentar científicamente este «efecto de freno», ya que a nadie le agrada confesar que se atiene a los planteamientos antiguos sólo por comodidad. Se puede hablar aquí del miedo a la separación. Nadie se separa por gusto de una posibilidad de solución generalmente aceptada. Avanzar por regiones nuevas parece demasiado peligroso y se evita en la medida de lo posible.

La historia nos depara suficientes ejemplos en este sentido. El más significativo es probablemente el caso de Galileo. Significativo porque los sabios de los tiempos posteriores vieron en él un conflicto entre las ciencias naturales y las ciencias religiosas. Pero aquí se pasa por alto el hecho de que los más duros ataques contra Galileo procedían de los «científicos». Arthur Koestler lo ha expuesto de manera muy bella en su libro *Die Nachtwanler* (Los noctámbulos) y ha descrito de la siguiente manera el principio del «efecto de freno» del impulso científico, que desborda ampliamente el caso

concreto: «La inercia del espíritu humano y su resistencia frente a las innovaciones no encuentra su expresión más clara en las masas incultas — como cabría esperar —, ya que éstas se dejan influir fácilmente cuando se las aborda en forma adecuada, sino en los especialistas, con su pretensión de ser custodios de la tradición y poseedores exclusivos de todo el saber. Toda innovación significa una doble amenaza contra las medianías académicas. Amenaza su autoridad de oráculos y despierta un miedo profundamente enraizado a ver destruido todo el edificio intelectual con tanta fatiga construido. Los trogloditas académicos fueron la maldición del genio desde Aristarco hasta Darwin y Freud y han formado a lo largo de los siglos una falange cerrada y hostil de pedantesca cerrazón mental. Esta amenaza — y no la del obispo Dantico o la del papa Pablo III — fue la que estremeció hasta tal punto al canónigo Copérnico que le hizo callar durante toda su vida. En el caso de Galileo esta falange se parece más a una retaguardia que, sólidamente atrincherada, mantiene en sus manos las cátedras de los sabios y los pulpitos de los predicadores.»

Lo mismo ocurre hoy. Watson lo dice sin rodeos cuando escribe: «Muchos de ellos (de los otros científicos) eran estúpidos poseídos de sus derechos, que con infalible seguridad montaban siempre el caballo falso. No se podrá cultivar la ciencia con provecho si no se tiene bien en cuenta que los científicos — contra una opinión muy generalizada, difundida por los periódicos y por las madres de algunos investigadores — son en gran parte no sólo estrechos de mente e insípidos, sino lisa y llanamente tontos.» Desde aquí puede entenderse también por qué durante largas épocas el progreso, científico sólo ha sido garantizado por unos pocos. Kretschmer, usando una sentencia de Schiller, les enumera entre los «arquitectos regios» que se han impuesto en contra de una inercia ornada de ideología.

3. *La ideología vinculada a la estructura personal*

Tocamos ya aquí unos problemas que requieren explicación individual. En efecto, los fenómenos de grupo no son absolutos. Por eso queremos ahora adentrarnos en el análisis de los factores de

la formación ideológica que yacen en el fondo del desarrollo de la personalidad. Éstos son, en definitiva, los responsables de la medida en que cada individuo acepta las ideologías específicas de grupo. Cuanto más acusadamente se marca en un individuo una actitud ideológica, más rápida y fácilmente aceptará ideologías específicas de grupo. El siguiente caso arrojará luz sobre algunas perspectivas esenciales de la génesis individual de estas estructuras personales.

Fritz L., profesor de una escuela superior, de 48 años de edad, viene a consulta debido a una grave depresión. Ya no puede más, no ve ningún porvenir, se siente fracasado en su profesión y el matrimonio, es decir, en toda la línea. Este estado de grave depresión ha durado ya dos meses. Antes se hallaba sencillamente desbordado por el trabajo y agotado. Esto venía ocurriendo durante años. En este tiempo se veía obligado, con mucha frecuencia, a permanecer en cama los fines de semana, porque se sentía demasiado débil para cualquier tipo de actividades, fueran profesionales o domésticas. Tras una inicial resistencia, comenzó a disfrutar con estos «perezosos fines de semana». Podía leer, acostado, libros que antes había dejado a un lado por su «escaso valor». Se aficionó especialmente a Marcel Proust. Su técnica asociativa le ayudó a recordar el mundo de su propia infancia. Le complacía hacer desfilar ante su mirada interior las calles, las casas, el aire y el sonido de su mundo infantil. Durante el tratamiento exteriorizó la sospecha de que posiblemente no se hubieran producido sus graves depresiones si durante los «perezosos fines de semana» de estos últimos años hubiera sido capaz de hacer algo. Se avergonzaba de sí mismo. La mujer consideraba estos estadios de pereza como una enfermedad personal. Las relaciones matrimoniales íntimas, que nunca habían sido demasiado frecuentes, se hicieron ahora cada vez más raras. Él había llegado a conformarse con la situación, pero ella no. Por otra parte, se sentía descontenta por el hecho que tuviera que ser siempre ella quien iniciara y configurara las relaciones sexuales, sobre todo porque cada vez sentía menos respeto hacia este hombre perezoso. Se refugió en su única hija, de 12 años de edad, hacía con ella los deberes escolares, organizaba encuentros con los de su edad, visitaba museos y viajaban las dos juntas durante las vacaciones.

Perezoso, en el sentido en que su mujer lo entendía, no lo era Friz L., o al menos no en su profesión. Director de un instituto

de investigación básica, pasaba entre sus colegas y colaboradores por hombre excepcionalmente trabajador. Si no estaba de viaje con motivo de conferencias y congresos, el horario normal en los años precedentes a su enfermedad era el siguiente: A las 6 de la mañana — dos horas antes que el término medio de sus colaboradores — se hallaba ya en el laboratorio. Hasta las 9 se concentraba en el problema científico que entonces investigaba. Durante estas tres horas no estaba para nadie. A continuación tenía conferencias, clases y ejercicios, hablaba con los jefes de sección y con los doctorados. Tras una corta pausa a mediodía, despachaba la voluminosa correspondencia y las tareas administrativas. Dedicaba las últimas horas del día a la preparación y puesta a punto de las publicaciones para un amplio círculo de lectores y auditores. De una forma totalmente inesperada y «natural» ocurrió que empleaba más tiempo y energías en esta actividad que en su trabajo científico, al que tuvo que ir renunciando poco a poco, incluso en las horas de la mañana.

Pero el problema genuino no estaba, tal como él manifestó en el tratamiento, en esta desviación hacia actividades de divulgación científica. El problema radicaba más bien en el hecho —que antes no había advertido— de que en sus conferencias y publicaciones proponía como verdades científicamente demostradas puntos de vista que, en el mejor de los casos, no pasaban de ser meras hipótesis. Por lo demás, en aquellos años estos puntos de vista eran muy modernos y se discutía mucho sobre ellos. En la terapia fue descubriendo poco a poco el fundamento de aquella su actitud ideológica de los últimos años. Lo veía en su matrimonio. El creciente distanciamiento de su mujer, como consecuencia de una serie de desilusiones, le habría producido ya entonces una grave depresión, de no haber tenido tanta labor que realizar. De momento pudo superar el fracaso matrimonial mediante el reforzamiento de su celo por el trabajo. El trabajo se convirtió en una droga. No advertía entonces la pérdida de calidad. Antes había sido conocido, alabado, honrado como pensador agudo, fundador lleno de fantasía de una orientación peculiar de su especialidad, crítico, pero siempre agradable y amistoso exhortador de sus indolentes colegas; ahora en cambio se iba convirtiendo poco a poco en aquello justamente que hasta había criticado, es decir, en predicador «de verdades priva-

das bajo capa científica». Acaso, en su opinión, las cosas hubieran sido distintas de no haber utilizado en aquellos años la constante resonancia de la opinión pública, debido a que en su casa no encontraba ninguna. No se atrevía a decir «basta», porque, con mirada retrospectiva, no sabía si alguna vez tuvo tal resonancia.

En su opinión, cuando contrajo matrimonio estaba enamorado de su mujer. Ahora creía que aquel «amor» era en el fondo un anhelo de orden y seguridad. A los 35 años se casó con una mujer diez años más joven, más por impulso de ella que de él. Hacía varios años que se conocían. Las otras mujeres a las que había conocido íntimamente no le podían dar el orden que él necesitaba. Pero a lo largo de la vida matrimonial, aquella mujer cuidadosa, ordenada y afectuosa se convirtió en una Jantipa tuteladora, refunfuñante y poco atractiva. La ira frente a esta «hembra dominante» apareció con caracteres cada vez más claros en el tratamiento, hasta que un día, de la mano de un sueño, pudo arrojar luz sobre su primera experiencia íntima.

Fritz L. tenía ya 22 años y estaba a mitad de sus estudios. Ella era una compañera, a la que ayudaba con frecuencia. Fuera de ella, no conocía de cerca a ninguna mujer. Cierta tarde, la chica fue a visitarle a casa. Luego le pidió que la acompañara a su propio domicilio para agradecerle una vez más, con una botella de vino, la ayuda que le prestaba. Aceptó la invitación. Y entonces se produjo el primer contacto sexual íntimo de su vida. Estaba hasta cierto punto orgulloso de su «capacidad», que antes le había preocupado mucho. Hasta entonces nunca se había imaginado, como decían sus compañeros de edad, que el acto sexual fuera arrebatador o «el cielo en la tierra». Temía quedar en ridículo ante la mujer. Y cuanto mayor se hacía, más fuerte era este sentimiento. Acaso esto contribuyera —como pensó más tarde— a que, aparte aquella estudiante, no tuviera contactos adecuados con otras chicas, ni durante el bachillerato ni en la universidad. Cuando hablaba con chicas se sentía cohibido y turbado.

Pero podía soportar bien esta situación, porque le compensaba suficientemente las buenas notas del bachillerato y las aún mejores de la universidad y, sobre todo, sus actividades en un grupo juvenil confesional. Ya durante sus estudios de bachillerato había trabajado en este campo, pero no con tanta intensidad como en la

universidad. Aquí organizaba cuanto había que organizar: reuniones por la noche, actos religiosos, rondas de discusión, visitas, excursiones, largas giras y hasta viajes de estudios. Se convirtió muy pronto en el centro de aquella sociedad estudiantil. Si durante el bachillerato se había sentido excluido por sus compañeros y sólo a medias tolerado por sus buenos resultados, en la universidad fue reconocido por todos, y cada año más. Y esto le espoleaba para un mejor servicio al prójimo. Aquí quería ser, nada más y nada menos, «un modelo incondicional». Debería comprometerse más que los demás, ser más amable y más capaz de sacrificio. Acercarse un poco más cada día a esta meta constituía para él una profunda satisfacción. Sin esto no hubiera alcanzado probablemente tan alto rendimiento en los estudios. Pero ahora se sentía casi completamente feliz. Podía concentrarse en los estudios como casi ningún otro. Como ejemplo narró su distribución de tiempo para el examen de ingreso. Durante varias semanas trabajó muchos días cerca de 14 horas, con muy pocas y cortas pausas para comer y aun entonces generalmente leía algún libro. Sus notas fueron todo lo buenas que cabía esperar. Luego no tomó las cosas tan a pecho, pero a pesar de todo trabajaba más que sus camaradas de estudios. Su examen de final de carrera fue brillante. Su disertación fue muy pronto comentada en los círculos especializados y, a continuación, su carrera científica fue casi una banal rutina.

Todo hubiera marchado, pues, como una seda de no haber sido por aquel profundo sentimiento de inferioridad respecto de las mujeres. Las escenas que fue describiendo a lo largo del tratamiento fueron haciendo cada vez más evidente esta situación. Ahora comprendía también por qué para la elección de consorte el aspecto decisivo fue el principio de orden. En su interior tenía miedo a perderse por una mujer. Quería significar el temor a caer esclavo del placer sexual. Si hubiera encontrado este placer en una mujer hermosa y atractiva, habría supuesto el fin de su trabajo y de su futuro. Así, tras aquel primer encuentro, se conformó con aventuras fugitivas con chicas no demasiado encantadoras, pero fáciles de conseguir.

Durante mucho tiempo pudo encubrir esta herida tras su afán por aprender y su compromiso ideológico en el grupo de estudiantes. De este modo quedaba reprimida su debilidad frente a la mujer.

Cómo se llegó a esta situación, es decir, por qué fue tan acusada su inclinación ideológica durante la pubertad, se debió a influencias anteriores y en especial a las complicadas relaciones con sus padres. Su padre había pasado de pequeño aprendiz a director de una gran empresa, gracias a un constante esfuerzo. Pero aunque estaba muy orgulloso de este éxito, no lo podía disfrutar. De ello se encargaba su mujer. Ella coleccionaba obras de arte antiguas, acudía a numerosos conciertos y despreciaba a su marido por su «banal actividad». Vivía desde luego con lujo y comodidad —a costa, naturalmente, del marido— pero le negaba sus derechos maritales. «Si de mí dependiera —había dicho muchas veces a su hijo— me gustaría vivir en un ambiente más artístico, aunque fuera más modesto.» Con el transcurso de los años el padre dio ya por perdida la batalla contra esta mendacidad. Incluso llegó a compartir con su mujer el desprecio a su actividad. Evidentemente, su profesión le producía mala conciencia. En casa casi nunca hablaba de su trabajo.

Pero al parecer quiso vengarse de esta derrota frente a su mujer en el hijo mayor. Primero, se negó a dejarle hacer el bachillerato, aunque las notas del muchacho eran buenas. Era evidente que tras esta negativa se escondía la intención de mantener a su hijo en un estado tan primitivo como la madre le mantenía a él. Sólo después de que el maestro le dijera repetidas veces que su hijo tenía excelentes condiciones para la escuela superior, otorgó su permiso. Los primeros años de bachillerato constituyeron para Fritz L. un problema especial. Advertía que con sus «estudios de latín» se pondría a un nivel superior al de su padre. Pero esto habría podido significar el fin de los lazos que le unían a él. Según su propio testimonio, se hubiera alegrado incluso de que le suspendieran, porque «así me hubiera ganado de nuevo a mi padre». Al parecer, pudo solucionar el conflicto a los 14 ó 15 años. En la escuela aprendía más que sus compañeros. Desaparecieron los agudos ataques de miedo de los últimos años. Las notas eran buenas. Durante su época de estudios abrigaba la esperanza íntima de que sus excelentes resultados le reconciliarían con su padre. Pero esta esperanza falló, ya que tras la comprensión exterior seguía latiendo la ruptura interna. El siguiente sueño expone con drástica brevedad el desengaño de estas relaciones: «Estoy en un cuarto oscuro, en

que vivía cuando era niño. Mi padre está delante de mí con gesto amenazador y me echa un rapapolvo. Me muestra la mano, con el dedo índice apuntando hacia abajo, para indicarme que me quiere humillar. Me arrodillo a sus pies y le pido perdón.»

Esta problemática relación con su padre tuvo sus consecuencias. Se manifestaron sobre todo en el hecho de que el muchacho no logró desarrollarse como hombre total. No halló durante la pubertad su identidad sexual y no fue capaz, por consiguiente, de salvar a tiempo y durante las fases adecuadas el paso hacia la intimidad con el otro sexo. Apartó a las muchachas de su camino. Y cuando no podía evitarlas, se sentía cohibido y paralizado. Para su primer contacto sexual tuvo hasta cierto punto que ser engañado por una muchacha de edad relativamente mayor. Aquel no-poder-ser-hombre era un claro reflejo de las relaciones de sus padres, en la que la madre era la más fuerte y el padre se esforzaba por acomodarse a los puntos de vista de su mujer. En nuestra síntesis nos hemos atendido sólo al sector profesional. Pero lo mismo acontecía en otros sectores de la vida, como en el de los proyectos, los gustos, la opinión sobre conciertos y teatros.

En la formación de la actitud ideológica tienen una importancia decisiva los conflictos con los padres y sus consecuencias. El hijo compensaba su debilidad masculina durante su época de estudios con una impresionante configuración de características ideológicas. Debía «ser modelo en todos los aspectos», lo que — desde una perspectiva subjetiva— creía haber conseguido de hecho. Así podía elevarse sobre los demás y demostrar su fortaleza. Lo que en su interior era cada vez más débil, se transformaba en fuerza mediante un exacto cumplimiento de los deberes religiosos, la obligación de adoctrinar y convertir, en una palabra, mediante una actitud ideológica. Mientras que la fe auténtica vive de la interioridad suave y silenciosa, la ideología necesita manifestarse de cara al exterior, demostrar su poder, marcar claramente su belicoso distanciamiento respecto de los que piensan de otra manera⁶.

6. En otro lugar (1971) he intentado sintetizar las diferencias entre conducta de fe y conducta ideológica mediante la siguiente lista de características:

Ideología

Fe

1. Se defiende con talante misionador la propia concepción del mundo. Tendencia a predicar y adoctrinar. Se vive sin presiones la propia visión del mundo.

Esta actitud puede tener una gran importancia para el equilibrio interior, como evidencia nuestro ejemplo. En nuestro paciente puso las bases de una consecuente aplicación en el estudio y de un destacado rendimiento en la profesión posterior. Su constancia, capacidad de concentración y tolerancia de frustración le ganaron la estima general. No parecía importarle que cuatro o cinco experimentos no dieran, después de mucho tiempo y esfuerzos, el resultado apetecido. Probaba, cambiaba, transformaba, combinaba, hasta que finalmente obtenía la solución. Tampoco parecía afectarle en nada la hostilidad patente o encubierta de sus colegas. Creía — como manifestó en el curso del tratamiento — con seguridad de noctámbulo en su «destino» de llegar a realizar algo grande en su especialidad. Y al final esta fe resultó cierta. Probablemente hubiera continuado desarrollando actividades creadoras si el contacto íntimo del matrimonio, prolongado durante años, no hubiera abierto la vieja herida.

Pero era en el matrimonio donde volvía a vivir la experiencia de que «propiamente no era nada». Sus logros científicos y su inatacable fama entre sus colegas no podían compensar su incapacidad como hombre. «Se refugiaba — como describió, a propósito de un

2. Intolerancia frente a otras concepciones del mundo.

3. Se desvalorizan totalmente las otras concepciones del mundo.

4. Cumplimiento rígido de las leyes y preceptos exteriores. Conciencia autoritariamente determinada.

5. Conciencia moral estrecha. Tendencia al rigorismo.

6. Sentimiento de superioridad respecto de los demás, sobre todo respecto de los miembros de otras concepciones.

7. Tendencia a creerse mejor informado y con mejores derechos.

8. Sensibilidad frente a la crítica a la propia persona.

9. Tendencia a conflictos con las autoridades.

10. Posición distante respecto del prójimo. Tendencia a singularizarse.

11. El contacto se establece básicamente con los de la misma opinión. Entonces pueden surgir vinculaciones fuertes.

12. Dificultades para estrechos contactos emocionales (especialmente en el matrimonio).

Tolerancia frente a otras concepciones del mundo.

Se está dispuesto a ver algo bueno en las otras concepciones del mundo y hasta a aprender de ellas.

Actitud flexible frente a los preceptos exteriores, fundamentada en una conciencia interiorizada.

Conciencia moral más amplia. Tendencia a la generosidad.

Sentimiento de igualdad respecto de los demás, también respecto de los de otras concepciones.

Capacidad para escuchar a otros y aprender de ellos.

Disposición a considerar sus propias culpas. Las autoridades pueden aceptarse, a pesar de sus yerros.

Sentimientos de simpatía hacia el prójimo. Buena capacidad de contactos.

El contacto se establece preferentemente sobre la base de situaciones concretas.

Contactos estrechos amistosos y satisfactorios (especialmente en el matrimonio).

sueño — gimiendo y lloriqueando en el seno de su mujer.» Ella tenía que darle fuerza y poder.

Esta combinación de circunstancias le hubiera producido una depresión o determinados síntomas somáticos de no haberse trazado ya en su época juvenil un camino que le permitió escapar a la angustia y la opresión, a saber, el camino de la ideología. Sólo que ahora no era el de la religión, de la que se fue apartando poco a poco, sino el de la ciencia. Pero para esto tuvo que salir del laboratorio, abandonar las pruebas y experimentos, y proclamar en el «mercado», ante numeroso público, sus «verdades». El afán de alta y atronadora resonancia le empujaba a conclusiones cada vez más osadas que no podían calificarse de ciencia, y mucho menos de ciencia creadora. Frente al desamparo de su vida privada, ya no era capaz de conseguir nuevos logros creadores. El riesgo de fracasar también en la ciencia, a pesar de sus éxitos iniciales, era muy grande. El público, del que ahora necesitaba, buscaba, desde luego, su imagen científica, la figura de un gran investigador, pero en punto a exactitud y rigor científico no tenía mucho que ofrecer. Se veía obligado a expender dramáticas y triviales medias verdades. Que esta salida sólo podría prestarle una ayuda transitoria es algo que los sucesos posteriores habrían de confirmar. La grave depresión — y con ella la total incapacidad profesional — no tardó en producirse. Así pues, nuestro caso no sólo pone de relieve algunos condicionamientos del origen de una actitud ideológica. Indica también las conexiones existentes entre depresión e ideología. Esto tiene validez no sólo en las depresiones neuróticas de nuestro ejemplo. Puede advertirse también en el curso de depresiones ciclotímicas, como indica el siguiente caso.

Una mujer de 44 años de edad había sufrido, antes de someterse a tratamiento psicoanalítico, varias fases de depresiones endógenas, hasta el punto de llegar a dos serios intentos de suicidio. Tras una primera fase, esta mujer, hasta entonces estrictamente protestante, conoció a una mujer católica. Al cabo de unas semanas de amistad, *se* convirtió al catolicismo. Llamó la atención en su medio ambiente, porque se hizo más católica que el término medio de los fieles de esta religión. En el análisis psicoanalítico habló de la gran seriedad y exactitud con que siguió las prescripciones de su Iglesia. Además de los ejercicios mandados, puso en práctica una larga se-

ría de ejercicios ascéticos para — como ella acentuaba — vivir su fe mejor y más perfectamente que los demás. No descansó hasta que su marido y sus dos hijos, entonces de 18 y 22 años, se convirtieron a su nueva religión. Sintió su fe como un escudo de protección contra ulteriores depresiones. Su desilusión fue muy grande, cuando, a los 42 años, volvió a tener una gran depresión que se prolongó medio año. Tras esta fase, abandonó el catolicismo tan rápidamente como lo había aceptado. Se adhirió a una secta que profesaba un cristianismo ilustrado, sin vinculaciones confesionales. También aquí fue miembro totalmente fiel y convencido del grupo, hasta que, poco antes de someterse a tratamiento terapéutico, se enamoró de otro hombre. La escisión entre marido y amante la hizo sufrir mucho. Bajo esta inseguridad recurrió al matrimonio.

Como nuestro ejemplo señala, en los intervalos no depresivos de estos enfermos ciclotímicos se pueden observar actitudes ideológicas. El contenido de la ideología tiene — desde el punto de vista psicodinámico — poca importancia. Se puede cambiar de una doctrina a otra, sin renunciar por ello a la actitud ideológica. Este factor se pasa por alto muchas veces. Son bien conocidos el comunista inhumano y el cristiano sin amor. Pero ambos tienen un elemento común: la actitud ideológica.

Ahora bien, las actitudes ideológicas entre los adultos no se consolidan ni se desarrollan sólo en el campo de las depresiones. Pueden servir también para soportar mejor cargas extremas, como yo mismo pude comprobar en una investigación llevada a cabo con antiguos prisioneros de los campos de concentración. Se obtuvieron los siguientes resultados, por lo que se refiere a nuestro tema:

1. Al iniciarse la persecución, los ideólogos mostraban un destacado valor. Eran más osados que los no ideólogos y mostraban menor temor a un posible encarcelamiento.

2. En los campos de concentración los ideólogos formaban grupo sólo con los de su misma opinión, a no ser que prefirieran — como en el caso de algunas personalidades acusadamente esquizoides — aislarse por completo. Todos ellos afirmaron que su fe, o sus convicciones políticas, les dieron fuerza para sobrevivir.

3. Tras la liberación, los ideólogos no dieron muestras de perturbaciones psíquicas graves, a excepción de algunos ocasionales estados de agotamiento de diversa fuerza y duración. Objetivamente

te se convirtieron en sujetos aislados y desconfiados, lo que ellos mismos interpretaban no como síntoma, sino como reacción adecuada frente a las experiencias de los campos de concentración.

4. Sus agresiones no se dirigían tanto contra personas concretas cuanto contra los anónimos detentadores del poder, contra el sistema, o contra los alemanes. Aquí se expresa, también en el campo de las manifestaciones de la agresión, la tendencia del ideólogo hacia las realidades abstractas y utópicas, dejando en un segundo término o incluso ignorando la realidad concreta, empíricamente comprobable.

Así pues, una fe ideológicamente configurada puede contribuir a una mayor capacidad de resistencia frente a las cargas y opresiones, pero a costa del contacto interhumano. Bajo el rigorismo ético y la intolerancia dogmática de los ideólogos se esconden agresiones que permite los contactos humanos sólo con los del propio grupo, con los «puros y ortodoxos». Los que piensan de otra manera son extraños y hasta enemigos, contra los que los impulsos agresivos pueden descargar sin limitaciones. Sin limitaciones, porque el super-ego exige el distanciamiento, más aún, la persecución de los «enemigos del partido». ¡Agresión como obligación moral! ¡Aislamiento como precio de la ideología!

Precisamente este aislamiento es lo que no se esperaría a primera vista de los ideólogos. En efecto, uno de los principios más proclamados por la confesión de fe o de partido es el compromiso por los demás, sean quienes fueren. Ya se trate de un ideólogo comunista o cristiano, liberal o fascista, todos ellos tienen siempre en la punta de la lengua el bienestar de los demás. Del bienestar propio no habla ninguno de ellos. Y con buenas razones. El bien propio es, en definitiva, el motor auténtico, aunque no aceptado y por tanto inconsciente, de toda actitud ideológica. Se necesita la ideología para poder vivir sin estorbos la propia incapacidad de comunidad y, por tanto, su odio contra los demás. Este odio no es, contra lo que afirman los investigadores del comportamiento, la consecuencia de una acentuada recusación de todo lo extraño. Es más bien la expresión individual de una identidad sexual no lograda y, por tanto, de una huida ante la intimidad con el otro sexo. Estas «crisis» no se observan en los animales. En ellos se da esta intimidad — si es que se puede hablar así, siquiera en senti-

do analógico— en el contacto sexual y en el consiguiente comportamiento vincutivo. En los animales no puede comprobarse la existencia de inseguridad sobre si es reconocido, con sus fantasías e ideales, por el «compañero de intimidad». O dicho de otra forma: la intimidad humana es algo más que comportamiento sexual. Éste puede darse incluso en una forma muy patente. Pero para unirse íntimamente con una persona del otro sexo, tiene que estar uno seguro de su propia capacidad de intimidad. Quien siente en lo más profundo de sí que le gustaría más unirse con una persona del propio sexo, o el que tiene la impresión de que la unión corporal no es más que un mal necesario que no responde a su propia esencia, no ha encontrado aún su plena identidad sexual. Y este caso se da con más frecuencia de la que cabría esperar de la actual concepción de intimidad. En efecto, los inhibicionistas liberados de lo sexual despiertan en los profanos la impresión de una especial seguridad en su conciencia sexual. La verdad es todo lo contrario. No se mostrarían tan deseosos de exhibición y publicidad, si estuvieran seguros de su función sexual. Pero como en el fondo de sí mismos no saben si son varones o mujeres, renuncian a la intimidad y difuminan y borran, también de cara al exterior, por ejemplo con ademanes, gestos, comportamientos y modas, las diferencias de sexo.

Los peligros de esta indiferenciación sexual se encuentran donde menos cabría esperar: en la incapacidad de comunidad. Se esperaría más bien lo contrario de una juventud que habla con acento particularmente convincente de sus tareas comunitarias e intenta derribar todos los muros de división del pasado. Pero proclamas de comunidad son algo muy distinto que capacidad de comunidad en el sentio emocional. El sentimiento de aislamiento tiene muchos rostros. Uno de ellos es el de la ideología.

Como ejemplo extremo, ampliamente conocido, puede mencionarse también aquí el de Hitler. Aunque son muy incompletas las noticias sobre su vida íntima en este aspecto, es muy seguro que a pesar de sus actividades amorosas con el otro sexo nunca halló una identidad sexual plena y satisfactoria. En su interior era parcialmente femenino, y en todo caso pasivo y disponible. No deben inducir a engaño en este punto sus ademanes marciales. La falta de identidad sexual es una de las fuentes más importantes de su extraña existencia. Antes de llegar a ser el gran Führer, que sólo podía

desposarse con su pueblo, fue un errante chiflado, un soñador despierto, incapaz de unir su intimidad con la intimidad de una compañera. Por eso fue incapaz de comunidad, un hombre separado, que transformó la profunda desilusión de su fracaso en odio ardiente contra los demás. Al principio todavía podía adornar esta actitud con aditamentos ideológicos. Su delirio racista fue el eje y soporte de su ideología. Pero cuando vio que no triunfaba la «raza de los señores», sólo le quedó el odio contra todos, también contra su «amada», es decir, su propio pueblo. «No están a mi altura» le decía su conciencia: un consuelo fatal para una fórmula más exacta y más profunda: «No estoy a su altura.»

Los extraordinarios condicionamientos históricos de que estuvo rodeado el ejemplo de Hitler no deben hacer creer que las relaciones entre aislamiento y agresión sean, después de todo, casos poco frecuentes. Al contrario, son cosa de cada día, como indica el siguiente autorrelato, reproducido en cuanto a su sentido, de un político:

«Como dirigente de mi partido, había sido invitado a una recepción en la que participaban numerosas personalidades eminentes de los más diversos ámbitos de la vida pública. Tras numerosos discursos, se nos ofreció un selecto y abundante aperitivo. Charlé con numerosos miembros del partido y con mucha gente conocida. Pero, a medida que transcurría la noche, crecía en mí, a pesar de las múltiples conversaciones, un sentimiento de soledad. No encontraba alegría ni en las sabrosas viandas, ni en los hermosos vestidos de las damas ni en ninguna otra cosa. Me hundía cada vez más en mí mismo. Crecía mi ira. Pero al principio aún se mantenía en el interior. Hice algunas indicaciones ante mis compañeros de partido sobre aquel despilfarro del dinero público. ¿No habría sido mejor destinar aquellos medios para un hospital o una residencia de ancianos? Pero ni siquiera con los compañeros de conversación de mi propio partido llegué a un entendimiento. Mucho menos lo hubiera logrado con los adversarios del partido. Éstos me parecían ahora unos bonzos del capitalismo particularmente odiosos: llegará el tiempo en que todos estos individuos sean barridos por el socialismo. Lo que más me habría gustado en aquel momento era atacarles públicamente, en aquella sala, tal como hacía en los discursos electorales. Finalmente, ya no pude contenerme y aterricé sólo en

un bar.» Este extracto muestra, en forma abreviada, la relación existente entre aislamiento, agresión e ideología.

Y esto nos lleva de nuevo a nuestro tema general: «¿Cómo determinar la relación entre creatividad e ideología? En principio, el ideólogo puede ser creador en determinados campos y en determinados estadios de la vida. El aislamiento le dispone a ello en cuanto que, según todas las investigaciones empíricas realizadas hasta ahora, este aislamiento es un cierto presupuesto para actividades creadoras. Los grandes genios estuvieron no pocas veces aislados de la comunidad o incluso vivieron con frecuencia en oposición a ella. Sólo en este aislamiento necesario que brotaba de su interior vieron los caminos hacia la solución que no habían descubierto los otros, los capaces de comunidad. El impedimento de la creatividad no se sitúa, pues, en los comienzos de un determinado curso de la vida, sino después, cuando una defectuosa elaboración de la agresividad, que corre paralela al aislamiento, se convierte en una incapacidad cada vez más acentuada de comunidad. Si el afectado no tiene la posibilidad de «operotropar» sus agresiones, de vivirlas por así decirlo oficialmente, como por ejemplo un político que en virtud de su profesión tiene que actuar agresivamente contra los otros partidos, se acentúa la tendencia hacia la ideologización. Y entonces se van restringiendo cada vez más el pensamiento y el quehacer creadores. La búsqueda de nuevas soluciones se sustituye por satisfacciones de las propias agresiones socialmente aceptables y ocultas al propio yo. La verdad debe ser anunciada en el mayor número posible de lugares y en todas las ocasiones —lo que exige poder y tiempo—, y se ofende groseramente a los demás, «como se lo tienen merecido».

Es fácil detectar y condenar este comportamiento en los otros —por ejemplo en los sectarios que misionan en la esquina de la calle— pero resulta más difícil constatar en uno mismo estas tendencias ideológicas. Conseguirlo en todo su alcance sólo es posible, en términos generales, mediante tratamiento psicoanalítico. Por otra parte, se trata de un rasgo característico que muchas veces el terapeuta prefiere no abordar ni reelaborar durante cierto tiempo. Una confrontación prematura movilizaría las fuerzas defensivas. Pero incluso con un tratamiento a tiempo de la actitud ideológica son muy pocos los pacientes que pueden evitar una depresión. Así por

ejemplo, el político últimamente citado, cayó inesperadamente en una depresión profunda. No podía dar ninguna explicación convincente para ello. Algunas semanas antes de sucumbir a un estado de desánimo acompañado de pérdida de apetito, desgana en el trabajo y falta de sueño, declaró que desde hacía algún tiempo sus actividades en el partido no le producían ninguna alegría. Se quedó desconcertado cuando, por primera en su vida activa, tuvo la impresión: «Lo que tú cuentas aquí es siempre lo mismo.» Le acometió un extraño sentimiento de aversión. Tuvo que convencerse a sí mismo de que su trabajo era necesario. Ningún otro trabajaría tanto tiempo y con tanto esfuerzo. Además, no podía dejar en la estacada a sus seguidores y compañeros. Y, en fin, llegó incluso a admitir que el destino de Alemania sería fatal, si ahora por pereza abandonaba las posiciones: «Si todos pensaran como yo, no habría nadie que se interesara por los demás.»

Pero estos y otros conjuros no le sirvieron de nada. Dudaba de todo lo que hasta entonces había creído y considerado como las únicas máximas políticas acertadas. Los antiguos, argumentos le parecían ahora flojos y no hallaba otros nuevos. La razón de su depresión no era la pérdida del «edificio de sus ideas» sino — en una visión más profunda— la imposibilidad de atacar a los otros hombres. La idea básica se descubrió en el siguiente sueño: «Estoy sentado, junto a mi padre, en un cuarto grande, desconocido para mí. Al principio tengo miedo de que me pegue por alguna razón. Pero no hace esto sino que él mismo está muy triste y de pronto comienza a llorar. Esto me extraña mucho, porque nunca había visto llorar a mi padre. En este momento me sentí muy cercano a él y olvidé toda su crueldad.»

Lo más importante para nuestro problema es el hecho, que desborda el carácter individual de este episodio biográfico, de que el ideólogo, con su odio, permanece ligado a una anterior relación personal. En el sueño referido, está ligado al padre. Se le siente roto y débil —llora, cosa que nunca hizo en su vida real— y por eso, y a pesar de toda la crueldad que mostró hacia el niño, no podía ser atacado. Hasta la solución de este inconsciente problema el odio se extiende preferentemente a realidades abstractas y generales, como por ejemplo «los comunistas» o «los americanos», no a personas concretas. Mientras persista esta situación seguirá sien-

do, a pesar de toda su ira y agresión contra cualquier sistema o grupo, el sometido a su padre. No es, pues, de extrañar que en nuestra investigación sobre los antiguos prisioneros de los campos de concentración descubriéramos en las personalidades ideológicas problemáticas relaciones con sus padres. Se les describía casi siempre como unilaterales, estrictos, cerrados, estrechos de mente y autoritarios.

Pero para el tema de la creatividad es aún más decisivo el hecho de que esta dependencia aparece en todos los ideólogos, es decir, también en los ideólogos científicos, bajo la forma de una determinada dependencia de autoridad. Con mucha frecuencia esta dependencia va más allá de la defensa de unos mismos valores. Puede llevar, por ejemplo, a una imitación de la carrera del maestro y luego a graves depresiones si este seguimiento o imitación es impedido por factores externos. Así, algunos que no pueden ocupar la misma cátedra que su profesor, se sienten frustrados.

Con mirada retrospectiva, podemos resumir nuestras reflexiones sobre la relación entre ideología y creatividad en los siguientes puntos: aun cuando la actitud ideológica no excluye en modo alguno una actividad creadora en todas las fases de la vida, con todo, a la larga bloquea la búsqueda y descubrimiento de nuevas soluciones debido a su tendencia al aislamiento, a la dependencia de una autoridad y a la paralización de la agresividad. En esta combinación de factores, la agresión no se transforma en actividad creadora. Permanece anclada en el objeto antiguo, introproyectado, al que combate con ayuda de una postura ideológica. Las ideologías de moda sólo se distinguen de estas ideologías vinculadas a una persona en razón del grado. Sus partidarios se caracterizan por la comodidad, el miedo y la voluntad de escuchar en toda circunstancia a los poderosos, a los que «marcan el tono». Nada temen tanto como la crítica de la mayoría. Interiormente impotentes, buscan el poder que esperan alcanzar no por sus propios esfuerzos creadores, sino mediante la aglomeración de grupos.

Pero el poder no actúa sobre la creatividad sólo en forma de ideologías dictadas por la moda. Tiene múltiples y hasta hoy poco exploradas conexiones con la vida creadora. Expondremos al menos algunas de ellas en el siguiente capítulo.

PODER, STATUS Y CREATIVIDAD

1. *Uso y abuso del poder*

La posible relación entre poder, status y creatividad no es un problema nuevo. Ha aflorado ya en épocas anteriores, aunque entonces no se hablaba de creatividad. La cuestión del «recto» uso del poder ha sido siempre muy aguda, sobre todo cuando el poder y el status eran magnitudes disponibles. Citaremos dos ejemplos históricos entre otros muchos.

Acaso el ejemplo históricamente más conocido sea *Il principe*, de Maquiavelo. El libro fue escrito hacia el 1510, es decir, en el renacimiento, en una época de convulsión y cambio. La disputa de los universales, que había mantenido en vilo a la filosofía durante toda la edad media, acabó con la victoria de los nominalistas. Si hasta entonces el hombre había existido principalmente como esencial universal, por ejemplo como alemán, príncipe, campesino u obispo, ahora el individuo iniciaba la andadura de sus derechos personales. Fue un camino largo y fatigoso, no en último término debido a la pretensión siempre renovada de poder. Por entonces el individuo participaba poco en este poder, a excepción del príncipe o el monarca. Éste podía alzarse con el poder, ampliarlo, conservarlo y también perderlo. Al príncipe dirigía Maquiavelo sus consejos sobre el uso más eficaz del poder. Intentó proceder por vía empírica. Fundamentó su opinión en ejemplos de la historia antigua y del presente.

La tesis central de Maquiavelo dice: Sólo aquel príncipe triunfa que es lo bastante sensible respecto del espectro emocional de sus

subditos para configurar de acuerdo con él su propio comportamiento. El conocimiento de los hombres es el presupuesto más importante para una utilización «creadora» del poder. Pero ¿cómo es el hombre, según Maquiavelo? En principio, malo. Es «desagradecido, mudable y falso... lleno de angustia y temor, codicioso de ganancias», perezoso e inclinado a las apariencias. Todo esto debe conocer el príncipe para estar en situación de poder actuar también por su parte de una forma moralmente mala. Si no es capaz de hacerlo, perderá el poder. Y esto no sólo significaría su propia ruina, sino también el caos y el desorden en la comunidad. ¿Qué comportamiento aconseja Maquiavelo en las situaciones concretas? Un príncipe se apodera de un Estado. Para esto deberá recurrir a acciones violentas. ¿Qué es más aconsejable, proceder de un solo golpe o dosificarlas a lo largo del tiempo? La respuesta es: rápidamente, de una vez y con toda energía. Las acciones violentas se soportan mejor y se olvidan antes cuando no siguen otras nuevas. Por la misma razón, las acciones buenas deben distribuirse en un largo período de tiempo. Y ¿qué ha de buscar más el príncipe, el amor o el temor de sus subditos? Consejo de Maquiavelo: el temor asegura el poder mejor que el amor. «Porque el vínculo del amor es la gratitud y como los hombres son malos, lo rompen en cualquier ocasión para su propio provecho; pero el vínculo del temor es el miedo al castigo y esto nunca lo olvidan los hombres.»

Para que la autoridad del príncipe no se debilite en tiempos de paz, debe «con astucia crearse enemigos, para que, al vencerlos, aumente su gloria». El miedo de los subditos conserva al príncipe el poder, su odio lo pone en peligro. Y le odiarán si ataca sus propiedades. «Porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida de la herencia paterna.» *Il principe* contiene muchas cosas que en definitiva son expresión de un profundo temor a la maldad del hombre. Pero, de todas formas, es válido su consejo de que a la larga un dominador no puede afirmar su poder si no sabe juzgar con realismo la repercusión de su personalidad sobre la muchedumbre. De ahí deduce Maquiavelo: No es necesario que el príncipe tenga las virtudes que se esperan de él, sólo basta con aparentarlas. La apariencia es más importante que la realidad, la imagen pública de un dirigente político es más decisiva que sus cualidades auténticas. (Casi estaría uno inclinado a creer

que Maquiavelo conocía ya la televisión, la prensa y los departamentos de publicidad.)

Unos tres siglos después de Maquiavelo aparece una segunda perspectiva para nuestra visión retrospectiva histórica sobre la relación entre poder y creatividad. La revolución francesa dio la señal de partida de una transformación radical de la división de poderes. Ahora ya no se trataba del uso del poder por unos pocos, sino por la mayoría. ¿Qué podía hacer la multitud, qué cada ciudadano concreto con el poder que ahora se le concedía? ¿Eran conciliables entre sí los principios de igualdad y libertad de todos los ciudadanos? El libro de Alexis de Tocqueville *De la démocratie en Amérique* nos ofrece unas reflexiones ejemplares sobre el tema. Durante una estancia en el Nuevo Mundo (1831-32) estudió las repercusiones de la democracia vigente en los Estados Unidos sobre la sociedad y sobre los individuos. Estaba de acuerdo con la intención de los «padres de la constitución» de dividir el poder y controlarlo mutuamente. Pero veía este principio básico socavado por el otro principio de la posible reelección de presidente. Escribe: «Las intrigas y los cohechos son deformaciones naturales de los regímenes elegibles. Y si el jefe del Estado es reelegible, entonces estos vicios se expanden sin límites y amenazan la vida del país mismo... Quien siga la marcha normal de los asuntos de los Estados Unidos, deberá reconocer indudablemente que el deseo de ser elegido por segunda vez domina todo el pensamiento del presidente; que toda la política de su administración tiende a esta meta; que su quehacer se subordina a este objetivo, que al acercarse el momento de la crisis su interés personal prevalece sobre el bien común.»

El francés quedó muy impresionado por la actividad que la libertad y la tendencia a la igualdad había desencadenado en aquellos hombres. En la nueva forma de Estado un número mucho mayor de hombres podía desarrollarse mejor que bajo las condiciones de los estados autoritarios europeos. Aquí el ciudadano es «administrado» por el aparato de funcionarios y no tiene ninguna oportunidad de poner a prueba sus energías. Los americanos, por el contrario — según las observaciones de Tocqueville —, aprenden a pensar y actuar con independencia y por sí mismos. Gracias a su libertad de opinión y asociación fuertemente enraizada les es posible completar de forma inteligente sus capacidades con las de otros.

Como el individuo puede configurar el destino de la comunidad, despliega un auténtico amor a su patria.

Por otra parte, América ha producido menos científicos y artistas excepcionales que las naciones de similar cultura. Una de las causas la ve Tocqueville en la tiranía del principio de la mayoría que «rodea al pensamiento con un terrible anillo» y sujeta la libertad, entendida como evasión o distanciamiento frente a las medianías. Los grandes logros pueden conseguirse en la oposición, pero no bajo la dictadura de las mayorías, lo que podría expresarse: bajo la dictadura de la moda, tal como se ha descrito en el capítulo precedente. Tocqueville dice literalmente: «La inquisición no ha podido impedir que en España se hayan difundido en gran número libros hostiles a la religión. El dominio de la mayoría lo hace mejor en los Estados Unidos: extingue incluso la fe en los libros.» Tocqueville contempla con escepticismo las repercusiones de la «fata morgana» de la igualdad en los individuos. Al ciudadano todo le parece «factible», sobrevalora sus fuerzas y cae en una «ambición a un mismo tiempo ardiente y débil», que tiende a éxitos rápidos sin grandes esfuerzos. Por eso se lanzan pequeños escritos en vez de grandes libros, más «lo ocurrente que lo documentado». En la ciencia se buscan conceptos generales, para no tener que ocuparse de detalles. En escultura no se hacen estatuas de bronce, sino de yeso. Por eso para Tocqueville es claro que la democracia se extenderá por todo el mundo. Pero ve una gran discrepancia entre las altas esperanzas y la realidad, tal como se ofrecía a sus ojos a mediados del siglo XIX: «La misma igualdad, que permite a cada ciudadano las más altas esperanzas, hace débiles al conjunto de los ciudadanos como individuos concretos. Limita sus fuerzas por todos los costados, al tiempo que permite la expansión de sus deseos.» Con otras palabras: el poder para todos hace a los individuos más débiles y más ambrientos de poder.

Desde los días de Tocqueville ha aumentado el círculo de los interesados en el poder. Casi todos los días aparecen en los medios de comunicación colectiva problemas referentes al uso del poder en la política. ¿Quién tiende al poder? ¿Qué motivos impulsan a un hombre a dedicarse a la política? ¿Acaso básicamente la timidez? ¿Cuánto poder necesita un ministro para desempeñar creadoramente su cargo? ¿Qué político puede acaparar poder, sin abusar

de él? ¿Son todos los métodos de conquista del poder igualmente buenos por lo que se refiere a su efecto creador? ¿Cómo establecer la relación ideal entre poder real y capacidad de poder? ¿Es perjudicial para la creatividad política que un ministro no posea el status social adecuado? ¿Son los honores la recompensa más importante que un político espera o desempeña su puesto porque se siente feliz en este trabajo?

Estas y otras preguntas se discuten hoy con frecuencia, en todo caso con mayor frecuencia que antes. Todavía Napoleón podía escribir: «Todo el que domina no manda en su propio interés, sino en interés de sus subditos.» Pero aunque Napoleón lo creyera así, hoy ya no se aceptan sin más y como principio este tipo de afirmaciones. Se está más bien inclinado a aceptar lo contrario. La gente se quedaría incluso muy sorprendida si por ejemplo Nixon o Breznev afirmaran que ellos están en el poder sólo a causa de los intereses de sus subditos, no por su propio interés. Maquiavelo y su tiempo no ponían en discusión el problema del poder. Sólo les importaba la técnica óptima para conseguirlo y ampliarlo. Tampoco la revolución francesa ha puesto en duda el poder. Sólo se pretendía mejorarlo y repartirlo más justamente. Pero hoy existe un creciente escepticismo respecto al valor de este fenómeno. Quien tiene más poder del necesario para el desempeño de su cargo, cae bajo la sospecha de corrupción. Sobre el arte y la ciencia recaen menos sospechas de abuso anticreador del poder. Se las contraponen como mundo del espíritu al mundo del poder. Pero tampoco la vida del espíritu discurre enteramente sin poder, ni sin status social. Un cantante se alegra de obtener el título de «cantor de cámara», y lo mismo un escritor cuando se le adjudica un premio. En definitiva, los artistas viven para y de su público. No hay que considerar, pues, esta referencia a los demás desde una perspectiva tan pesimista como la de Tolstoy, cuando escribe: «Nuestra profesión de escritores es terrible, corrompe el alma. Todo escritor se rodea de una atmósfera de adoración que crea con toda intención en torno a sí mismo, de modo que no pueda advertir conscientemente ni su valor ni el momento en que se hunde.»

De todas formas, los artistas aspiran muy pocas veces al poder, al menos de forma primaria y abierta. Se asemejan más a los científicos a los que, durante mucho tiempo, nadie ha podido atribuir

una especial relación con el poder. Y por esto precisamente ha gozado hasta hace poco de tan alta estima el status de profesor. El situarse por encima del poder y de la fama les concedía un alto crédito. Nadie les atribuía abusos del poder, o a lo más en casos aislados y muy singulares. Se pensaba más bien lo contrario, que era la administración, las fuerzas políticas o los estudiantes vagos quienes abusaban del profesor. Ésta o una muy parecida era la imagen que amplias capas de la población se habían formado de los sabios y los investigadores. Desde hace algunos años, la situación ha cambiado. El enclave del espíritu puro, durante siglos protegido y respetado, se ha convertido en escenario de activos golpes de mano. La lucha por la verdad ha pasado a ser lucha por la mayoría, lucha por el poder.

¿Cómo se ha llegado a esta situación? No puede responderse a esta cuestión con unas pocas frases. Han de tenerse en cuenta demasiados condicionamientos históricos. Pero si quisiéramos reducir a una fórmula el punto de partida visible de la lucha por el poder, habría que buscarla sobre todo en el concepto de catedrático de universidad. En la universidad, los estudiantes y auxiliares se sienten sometidos, llevados en andaderas y explotados por los profesores titulares. Los estudiantes no pueden protestar ni contra la selección de las materias ni contra el modo de enseñarlas. Tienen que tragárselo todo, ya sean las materias o los profesores. Los auxiliares tienen que demostrar que son dignos del honor de poder trabajar con este o aquel profesor de una especialidad. Sueldo y horas de trabajo son magnitudes inversas. El dominio de los titulares y de los directores de instituto no se extiende tan sólo a la actividad científica. Llega hasta la esfera privada. De Sauerbruch se cuenta que ninguno de sus jóvenes asistentes se podía casar antes de acabar su especialidad en medicina. El futuro cirujano tenía que dedicar todo su tiempo a su formación y a los enfermos. Por consiguiente, según Sauerbruch, no había lugar para el matrimonio. Cuando supo por casualidad que uno de sus asistentes se había prometido en secreto, le preguntó, cuando se estaban lavando para hacer una operación: «Señor doctor, ¿he oído que usted nos quiere abandonar?» Y como el asistente, muy sorprendido, le contestara: «No tengo la menor noticia», Sauerbruch le replicó: «Usted se ha prometido. Considérese despedido desde ahora.»

Que los detalles de esta anécdota sean ciertos no tiene aquí la menor importancia. Son verídicas otras muchas de idéntico contenido. ¿Se trataba sólo de un problema de Sauerbruch, de su profesión, de su posición, de su temperamento, de su personalidad o de su extraordinario éxito? ¿O se trata más bien de algo típico de todos los jefes médicos y de todos los catedráticos? Esto último es lo que afirman numerosos auxiliares y estudiantes, y no sólo acerca de catedráticos de los viejos tiempos, sino también de los que han ocupado sus puestos después de la guerra. En cuanto catedráticos han caído en un sistema que les obliga a encauzar la investigación en una dirección dictada por los intereses de la ideología o de la economía. La supuesta libertad de enseñar y la investigación pura están totalmente al servicio de intereses privados. El abuso de poder de los catedráticos es inherente al sistema y no debido a accidentales desviaciones de los individuos. O dicho de otra forma: un poder incontrolado degenera inevitablemente en abuso de poder.

Pero ¿cómo es que el poder de los catedráticos no está controlado? ¿No se requiere una carrera profesional de larga duración? ¿Es que los numerosos requisitos exigidos no son buena prueba de una cualificación del catedrático como especialista y como persona? Y bajo el renglón de cualificación como persona entra también la capacidad de un uso adecuado del poder. Pero este aspecto no se tocaba ni antes ni después de la guerra. Así como el nombramiento de catedrático era más un poder de hecho que de «derecho», lo mismo ocurría con el desempeño de facto del cargo. Los controles no pasaban de meras apariencias y estaban al servicio del encubrimiento de las circunstancias reales. Estas circunstancias estaban marcadas por el afán de provecho y gloria, de poder y status, que se complementaban mutuamente. Ésta es la acusación que, con todas las variantes posibles, se viene echando en cara a los profesores a partir de los años sesenta. Defensas de tesis, pruebas, estilo de las pruebas, número de publicaciones y contenido de las mismas: todo se daba, pero cuando se lo examinó bajo una cruda luz, se descubrió que era demasiado fácil. Nada de todo esto, o al menos muy poco respondía al objetivo que los catedráticos y profesores titulares anunciaban como su tarea específica profesional, es decir, la investigación y la enseñanza. De ahí

una protesta cada vez más acentuada, que recurría a los más rudos modales. Se exigía participación en todos los gremios y en todos los niveles de decisión. Los estudiantes y auxiliares querían no sólo ser oídos, sino también intervenir en la determinación de quién debía enseñar, qué se debía enseñar y comprobar y, sobre todo, qué y cómo se había de investigar.

En este lugar no vamos a repetir los argumentos que se han expuesto una y otra vez en la discusión sobre la reforma universitaria. Nos limitaremos a los aspectos en que se da una relación entre poder, status y creatividad. Pero ante todo, es importante distinguir entre poder y status. Con frecuencia se confunden estos dos conceptos. No se tiene en cuenta que una de las razones de la introducción de la democracia fue el deseo de separar al rango del poder. El que tenía más alto rango en el estado no tenía por qué ser también — como ocurría en el absolutismo — el más poderoso. Hace ya algo tiempo que en todos los estados democráticos se ha cumplido este objetivo. El jefe del Estado ocupa el primer puesto, tiene el rango más alto, pero políticamente carece casi por completo de poder. El poder lo tiene la mayoría parlamentaria y, en definitiva, la masa de los sin nombre y sin status. Este mismo esquema se querría llevar a la universidad, bajo el lema de «más democracia». El poder no lo debe tener el rango supremo, por ejemplo el rector o el director del instituto, sino la mayoría de los estudiantes y auxiliares y, a ser posible, incluso de colaboradores no científicos.

Estas ideas tienen como base un concepto de status social de contornos relativamente fijos. Abarca en principio tres grupos principales, que se distinguen entre sí por las metas, las tareas, la experiencia y también por los ingresos y el prestigio social. Pero aunque las características del status social estén bastante bien determinadas de cara al exterior, dentro de un mismo «estamento» los status no son en modo alguno iguales. Esto puede verse con máxima claridad en la cúspide de la pirámide. Catedráticos, profesores titulares, ordinarios y extraordinarios, adjuntos, asistentes, profesores no numerarios, consejeros científicos y otros títulos no son más que la expresión de la lucha por un status mejor que, generalmente, también está mejor pagado. Y esto no es más que el aspecto exterior del problema, el aspecto, digamos, nombrable

y dotable. El aspecto interior no puede reglamentarse por ordenaciones de empleados y funcionarios o por otras prescripciones. Se trata aquí del «verdadero» status, en oposición al oficial, del mismo modo que en un sistema monetario difieren el valor oficial y el valor real de las monedas. El status real, no oficial, que no se refleja ni en el puesto ni en el sueldo, tiene para la conexión entre prestigio y creatividad tanta importancia o acaso más que el oficial. Es, en efecto, el status no oficial el que determina el reconocimiento entre los círculos de especialistas y se distingue, por consiguiente, del status exterior, que sólo tiene valor para los no iniciados. Dentro de un grupo de expertos ocurre, por ejemplo, que un investigador con un status oficial más bajo tenga más prestigio que uno de rango superior, y ello en razón de sus logros en el campo de su especialidad. Porque, en efecto, estos logros no llevan automáticamente a un status superior. Cuando en las líneas que siguen hablemos de status social nos estamos refiriendo siempre al no oficial, es decir, nos estamos refiriendo al valor auténtico de la curva.

2. *El miedo al riesgo anula la creatividad*

El problema de la relación entre actividad creadora y status se mueve básicamente en torno a la cuestión del riesgo. Como quiera que las obras creadoras incluyen siempre un cierto riesgo en comparación con los métodos y direcciones del pensamiento ya aceptado, en principio serán más creadores aquellos a quienes su status les pone más a cubierto de desagradables consecuencias. Y esto ocurre en personas de status muy bajo o muy alto. El joven auxiliar o el estudiante pueden permitirse especulaciones y errores. De ellos no se esperan obras científicas ya maduras. Si, a pesar de todo, consiguen llevar a cabo alguna obra notable, han dado ya un gran paso en su carrera. Así por ejemplo, alguien ha podido hacerse tan conocido por una tesis doctoral atrevida que puede mejorar esencialmente su status en muy breve espacio de tiempo. En los Estados Unidos saben muy bien esto los mismos estudiantes. Las grandes empresas económicas esperan con las mejores ofertas a aquellos que durante su estudio, y especialmente al término de su carrera, han dado muestras de potencial creador.

Si no se consigue ya desde el principio la gran suerte, no se ha perdido mucho. El estudiante se sigue ejercitando. Y lo que no consigue ahora, podrá venir más adelante.

Por razones diametralmente opuestas, una persona que goza de gran prestigio puede acometer problemas muy arriesgados. Como sus logros anteriores le permiten disponer *de* un status muy elevado, nadie tomará a mal que algunos de sus proyectos fracasen. Un Picasso o un científico de rango similar puede atreverse a más que un pintor medio, cuyas obras hasta el momento no han demostrado poseer una especial fuerza creadora. El grupo de status medio tiene —visto desde el comportamiento del riesgo— las mentes menos creadoras. Si los representantes de estas capas acometen algo nuevo, arriesgan mucho, por dos razones: primero, acarrearán sobre sí el mal humor de la mayoría y esto puede tener consecuencias imprevisibles. La mayoría se siente feliz de poder mantenerse dentro de las perspectivas acostumbradas, porque sólo así se garantiza el equilibrio interior, para el que la concordia con los demás tiene una importancia decisiva. El ejemplo de Freud muestra las graves repercusiones que tanto para el individuo como para la sociedad puede suponer la amenaza de este equilibrio.

Freud tenía un «status medio», es decir, el de profesor fuera de programa, con trabajos convencionales orientados a la neurología. No molestaban por entonces a nadie y hoy hace tiempo que han sido olvidados. Pero en cambio le resultaron fatales los conocimientos que había adquirido, pues cambiarían radicalmente la imagen del hombre y darían resultados tan fecundos en medicina como pocos descubrimientos después de él. Freud no sólo aceptó el juego sino que — a los ojos de sus colegas de entonces — también lo perdió. Para él no había ya puesto en la universidad. Pertenece, pues, al numeroso grupo de científicos a quienes sus propios conocimientos les catapultaron fuera de su instituto, o dicho más exactamente: fuera del círculo de científicos con status medio no oficial. Pues en efecto, en la facultad que Freud tuvo que abandonar con apenas disimulada alegría de los demás, no hubo por entonces nadie cuyo nombre haya sobrevivido al de Freud. Al principio, Freud sufrió mucho al tener que separarse de la *alma mater*. Pero luego se alegró de poder investigar libremente, sin la obligación de estar pendiente de sus colegas, poseídos

de su status. Fue la universidad, y en definitiva la sociedad, la que tuvo que pagar las cuentas, no él. Pues, en efecto, desde que Freud abandonó la universidad, el psicoanálisis se quedó «fuera». En las universidades se pudo seguir enseñando, hasta bien entrados los años de la postguerra, una «medicina sin alma». Los enfermos con asma, alta presión, molestias de estómago, perturbaciones psíquicas y otros géneros de sufrimientos de tipo anímico tuvieron que llevar consigo, sin causa que lo justificara, sus dolores hasta la tumba, porque la doctrina de las causas psíquicas de las enfermedades era «extraterritorial», y estaba recluida en un pequeño círculo de oyentes, un círculo demasiado restringido.

Pero este destierro tampoco favoreció al psicoanálisis, pues con el correr del tiempo fue adquiriendo características sectarias. También el psicoanálisis confirmó — a despecho de unos maestros totalmente analizados — la ley del status medio. Reinterpretar, seguir evolucionando, formular mejor y controlar empíricamente; esto era algo que sólo los menos osaban hacer: los de un status elevado o los principiantes desconocidos. Los otros se contentaron con ser guardianes de la doctrina. Defendieron con denuedo la afirmación de que sólo Freud y algunos pocos teóricos dentro del psicoanálisis estaban capacitados para leer en el alma del enfermo. Ellos, por su parte, no se atrevían a mirar con ojos independientes. Crearon, pues, rituales y reglas según las cuales deberían formarse los futuros psiquiatras. Ya no se siguió explorando, sino sólo administrando lo psíquico.

La segunda razón del temor al riesgo en los científicos de status medio es el miedo a perder su propia identidad como investigadores. Incluso en el caso de que alguien estuviera dispuesto a asumir el riesgo de ser rechazado por sus propios colegas, con todas las consecuencias inherentes, retrocede muchas veces ante la propia problemática. Posiblemente este investigador ha conseguido ya realizar algunas cosas con las que poder darse por contento, pues de lo contrario no habría llegado a catedrático o director de instituto. Puede, pues, pensar de sí que es un científico cualificado. ¿Tendría que renunciar a esta seguridad en favor de una problemática discutible y difícil, por más necesaria que pueda parecer su solución? Posiblemente, esta solución haría ver la poca trascendencia y hasta la futilidad de sus trabajos anteriores. Pero

no se trata más que de una magnífica hipótesis para un futuro que todavía no ha llegado. Mejor dejar que la duda persista hasta el fin de la vida, aunque bajo formas hermoseadas. Así lo demuestran numerosos episodios biográficos. Pero para entonces estas ideas llegan ya demasiado tarde. El potencial creador inexplorado baja con uno a la tumba.

Ahora bien ¿cómo conseguir trabajar creadoramente en los mejores años de la vida, antes de que se fracase ante el miedo a la crisis de identidad? A esta pregunta no se puede responder de una manera general. Deben intentar solucionarse los casos uno por uno. A muchos científicos les resulta difícil encontrar su método para salir del estadio de un prestigio medio en virtud de logros creadores. Un método bastante practicado es el refugio en el poder. La conquista del poder es no pocas veces una defensa frente a las crisis de identidad entre los científicos. *Con* mayor poder, puede ocurrir que bajo determinadas circunstancias sea más creadora una persona que hasta ahora no lo ha sido demasiado. Primero, porque ahora le resulta posible la financiación de proyectos que prometen éxito. Y es que, en efecto, hoy apenas hay un campo de investigación en el que pueda trabajarse fructíferamente sin medios económicos suficientes.

Esta dependencia respecto de las finanzas se ha ido acentuando en los últimos años en virtud del ritmo trepidante de la evolución científica. Cada rama científica produce nuevos retoños que, en poco tiempo, se convierte en ramas principales. ¿Quién, hace uno o dos decenios, conocía, fuera de algunos especialistas, ni tan siquiera los nombres de disciplinas como cibernética, investigación de la paz, andrología, lingüística, cinética, perinatología, cronobiología, oncología, ciencia del tráfico, geriatría? Y es imposible financiar todas estas investigaciones sobre todo cuando —como constató Solía Price en 1963— la mayor parte de todos los recursos financieros destinados a la investigación son consumidas por las llamadas *Big Sciences*. Las especialidades menores sufren penuria crónica de dinero. Para el representante de una de estas especialidades es casi vitalmente necesario conseguir más poder y, por ende, más medios económicos para un proyecto creador. El mayor poder le proporciona al mismo tiempo una mayor independencia, que puede contribuir a mejorar la disposición al riesgo.

El aumento de poder puede también proteger frente a las crisis de identidad en cuanto que sustituye la falta de calidad por la cantidad. La magnitud de un instituto, medida por el número de colaboradores, publicaciones y costosos instrumentos, tiende a realzar la importancia del científico que lo dirige. Las publicaciones conmemorativas de aniversarios o dedicadas a temas científicos complementan esta táctica. Apenas hay un grupo de control capaz de distinguir, en esta masa, entre la cantidad y la calidad. Faltan expertos, y sobre todo, personalidades capaces de enfrentarse a nombres que se han hecho poderosos por la amplitud de su producción. Nadie quiere asumir esta tarea, como nos dijo un profesor interrogado por nosotros: «sería incluso castigado por su actitud crítica». Pero mientras estas personas permanecen todavía en el campo de la investigación y saben conservar su identidad científica, hay otro grupo de científicos de status medio que utilizan el poder no en favor sino más allá de las ciencias.

La razón de este cambio de motivación se encuentra con frecuencia en un curso de vida no bien planificado. Los investigadores de este tipo no habían llegado aún a tener ideas claras, al final de sus estudios, sobre sus proyectos profesionales. Motivos extrínsecos, como el matrimonio, o una «relación especial», pueden determinar la elección de carrera. Si aparecen en el horizonte superiores dotados de buena voluntad, que acompañan con su aplauso los primeros pasos del futuro investigador, éste se encuentra ya con el título, antes de tener ideas claras sobre sus propias intenciones. Sólo advierten que se han equivocado de tren cuando ya tienen cargos y honores. Experimentan cada vez menos alegría por su actividad científica. Como compensación, buscan posiciones en las que puedan organizar, delegar, representar y dirigir. El cambio hacia actividades políticas no es infrecuente, a veces con excelentes resultados. También aquí puede servir de ejemplo Virchow. Aparte su labor científica, intervenía también en la política. Decía: «...el tranquilo y muchas veces desapercibido trabajo del sabio exige un mayor dispendio de energía y esfuerzos que la actividad, por su propia naturaleza más ruidosa y por tanto más agradecida del político que, al menos a mí, me parece muchas veces una distracción». Cuando el cambio a la vida política no tiene éxito, queda siempre suficiente campo libre, dentro de la

investigación, para compensar la falta de creatividad científica mediante el disfrute del poder. Estos científicos buscan el mayor número posible de cargos, participan en numerosos comités y órganos de la administración y, a pesar del gran esfuerzo que esto les exige, se sienten contentos de no tener que volver al laboratorio o sentarse detrás de los libros.

El director de un instituto, en el que trabajaban diariamente más de cien científicos, me describiría su situación con una gran franqueza: mientras que antes de alcanzar su puesto de director dedicaba por término medio diez horas semanales a las lecturas científicas, ahora prácticamente no leía bibliografía especializada. En cambio, empleaba más del doble de aquel tiempo en leer decretos ministeriales, circulares, reglamentos, textos legales o presupuestos.

Aunque no tenía ninguna formación profesional para las tareas que ahora desempeñaba, lo encontraba más divertido que la lectura de un artículo científico. Le parecía un dato curioso. Poco a poco, en el decurso de la conversación, llegó a la solución de esta contradicción. La lectura de los documentos administrativos era más aburrida, pero también más cómoda. Cómoda porque podía llegar a conocer estos textos, en términos generales, «tranquilo y sin tener que criticarlos». Que un científico llegue a ocupar en el futuro un puesto más alto que otro científico, que el ministerio no ponga dificultades a la instalación de aire acondicionado, tener que trasladar a una nueva cuenta el seguro obligatorio de todos los trabajadores de la empresa, eran desde luego, cosas importantes desde el punto de vista administrativo, pero a él le decía muy poco. Esto no le exigía esfuerzos, como ocurría en el caso del estudio de las publicaciones especializadas. Aquí se veía obligado a reflexionar constantemente, comparar, recordar, combinar, preguntarse muchas veces por qué no se le habían ocurrido a él aquellas ideas o cómo podría mejorarse este o aquel proyecto. La preocupación que le aguijoneaba sin cesar de tener que crear algo nuevo se activaba con las lecturas. Por eso, en los últimos años la lectura de temas especializados le ponía cada vez más nervioso, mientras que con los textos administrativos se sentía más a cubierto. Aquí experimentaba algo de su poder, contrariamente a la lectura de libros especializados, que le mostraban su

impotencia. Esta respuesta recuerda una observación de Fontane sobre los tormentos que un escritor se ve obligado a soportar cada día. En una carta a su mujer, del año 1862, dice: «El hombre interior se encuentra siempre en una especie de excitación y acción, siempre en la angustia: ¿Cómo se hará esto? ¿Qué libro necesitas? ¿A quién tienes que escribir? ¿Quién sabe algo sobre este tema? ¿Cómo compones esto, cómo lo agrupas? Etc., etc. Ésta es la excitación del trabajo. Y aun esta excitación está muy lejos de ser la peor; lo peor es la preocupación: ¿No será todo, en fin, nada más que un testigo mudo? O una sensación determinada: Esto no va, esto es insulso, está ya pasado. Y en consecuencia, la necesidad de poner con los nervios destrozados, algo nuevo en lugar de lo antiguo.»

A la pregunta de cuál es el poder que ahora tiene, el mencionado director enumera numerosas funciones. Con evidente satisfacción constata que no podría llevarse a cabo ningún gran proyecto en su especialidad sin que él lo financie y lo organice. Por eso estaba con mucha frecuencia de viaje. Disfrutaba con los viajes como delegado, aunque en las ceremonias solemnes se veía obligado a escuchar siempre los mismos discursos de bienvenida, las mismas fórmulas de agradecimiento, con aseveraciones estereotípicas por la excelente colaboración.

No siempre el cambio de la ciencia al poder se realiza sobre la base de una insuficiente motivación para la investigación. He entrevistado a algunos hombres de gran preparación que eligieron con total independencia su profesión y la desempeñaron con gran acierto.

Durante mucho tiempo realizaron con alegría su trabajo y muchas veces consiguieron excelentes resultados. Pero poco a poco se fueron distanciando de su meta originaria y —sin intentarlo directamente— fueron dedicándose a trabajos administrativos. Actuaban no raras veces como si este cambio les pesara y como si no tuvieran otro deseo que volver al trabajo de laboratorio o a los archivos. Ésta es con frecuencia la más visible racionalización del sentimiento de culpa y de vergüenza. Se avergüenza uno de la huida ante la búsqueda de nuevos conocimientos y no se atreve a confesar que ha preferido el poder y la fama a la verdad. En todo caso, no todos los científicos de este género son tan honestos como

Federico el Grande, que como único motivo para soportar una «actividad asqueante» mencionaba la promesa de la gloria⁷.

Muy pocos científicos expondrían de una forma tan descarnada la razón por la que soportan un fastidioso trabajo rutinario. Y esto es tanto más notable cuanto que ambición y creatividad no se excluyen necesariamente. Hay suficientes ejemplos de mezquinas ambiciones y afán de gloria como motor de actividades creadoras. De todas formas, aquí se debe distinguir entre la creatividad como producto y la creatividad como proceso. Cuando se trata del producto la atención no se fija tanto en el origen — son muchas las grandes obras que han surgido de la ambición — mientras que este aspecto es muy importante en el proceso creador. ¿Se siente uno recompensado en primer término por la creación misma o bien por las consecuencias secundarias de la creación (reconocimiento, poder, dinero)?

3. *Ambición madura e inmadura*

El disfrute de los frutos derivados del propio trabajo difícilmente puede desplazar en el hombre creador la alegría del crear. La actividad creadora en sí sigue siendo la motivación principal. En todo caso, así lo hemos podido constatar en los científicos, artistas y políticos que hemos podido interrogar. Entre los que eran creadores, la ambición no aparecía bajo la forma que en un trabajo anterior (1967) denominé «ambición inmadura». Ésta encuentra su sentimiento de felicidad en el aplauso tributado a la obra, mientras que la ambición madura lo encuentra en el hecho creador mismo. Con otras palabras: a la ambición madura lo que le importa es la activación del potencial creador. Y si esto sólo puede conseguirse mediante la fantasía de llegar a ser famoso, se trata entonces de la fama que premia el quehacer creador, no

7. En una carta de Federico el Grande a Voltaire se lee: «¿Debo describirle mi distribución del día? Andamos desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Como a mediodía, luego trábajo y recibo aburridas visitas. A esto sigue una tarea desde todos los puntos desagradable: instruir a hombres difíciles, moderar a los ardientes, aguijonear a los perezosos, hacer dúctiles a los impacientes, mantener el afán de saqueo dentro de los límites del derecho, escuchar a los parlanchines, hablar a los silenciosos. Éstas son mis ocupaciones, que con mucho gusto descargaría sobre otros, si no se me apareciera muchas veces el fantasma de la gloria.»

de la habilidad de vender la obra creada. Algo parecido pensaba Watson, cuando escribía: «Las cosas iban indiscutiblemente mejor cuando me imaginaba que llegaría a ser famoso que cuando pensaba llegar a ser académico, ahogado en la rutina diaria, que jamás se atreve a tener unas ideas propias.»

Es patente que estas dos formas de ambición tienen diferentes predicados en los colegas y los adversarios, en los extraños y en los amigos y familiares, y también en las diversas materias de trabajo. Sólo cuando se conoce la biografía interior de un hombre se entenderá su ambición y, sobre todo, se comprenderá que el concepto usual de ambición aplicado a la investigación creadora encierra más matices que los que hasta ahora se habían tenido en cuenta. Todo depende de la clase de ambición de que se trate. Tampoco debe olvidarse que entre los dos polos de ambición mencionados existen grados intermedios y transiciones que, en el curso de la vida, se pueden ir modificando al compás de las experiencias. La importancia de esta problemática de la ambición para la creatividad radica no sólo en los problemas arriba mencionados a propósito de las interconexiones entre status y poder. Se da además el problema de hasta qué punto la actividad creadora puede ser favorecida o paralizada por determinadas formas de ambición. El siguiente caso hará luz sobre un aspecto parcial de esta problemática.

Hans S., profesor jubilado, de 69 años, acudió a la consulta debido a una grave depresión de edad. Desde hacía algunos meses se quedaba sentado en casa sin hacer absolutamente nada. No podía decidirse ni a leer el periódico, no digamos un libro. Incluso los libros de arte, que antes había leído con entusiasmo, habían dejado de interesarle. Desearía morir. Pero por otra parte, quería publicar las memorias de su vida. Había reunido ya mucho material con este propósito. Estaba convencido —y lo repetía con voz monótona— de que podía decir al mundo algo interesante, más aún, importante, acerca de sí y de su tiempo.

Hans S. veía el motivo de su depresión en la jubilación, a la que había llegado el año anterior. El caso era que antes se alegraba pensando en el retiro, porque entonces, por fin, tendría tiempo para acometer el «mucho trabajo» para el que se venía preparando desde tiempo atrás. Pero a los pocos meses de llegar la jubilación, desapareció todo su ímpetu por trabajar. Poco a poco fue cayendo

en la postración actual. Tras algún tiempo de tratamiento psicoterapéutico, la depresión cedió. En una sesión manifestó que en el fondo no había puesto tanta ilusión en la redacción de sus memorias como había dicho al principio. Sólo que se consideraba obligado a escribirlas. Pero tampoco esto era del todo cierto. Lo hacía como a la fuerza, contra su deseo, que le impulsaba a la paz y el descanso. Quería por fin poder disfrutar un día en el que no se sintiera obligado a una tarea especial. Tuvieron que pasar semanas hasta que, de la mano de sueños y fantasías, aprendió a conocer mejor que antes aquel ser empujado. Propiamente hablando, no tuvo ninguna alegría «directa» en su actividad científica. Esta alegría procedía siempre de la resonancia que despertaban sus trabajos. Dependía hasta tal punto de ella que procuró, por todos los medios a su alcance, influir en las recensiones críticas de sus obras. Por esta exclusiva razón aceptó colaborar, con gran pérdida de tiempo, en varias revistas de su especialidad. De este modo, podía tener una influencia decisiva en la selección de los críticos encargados de reseñar sus obras. Para él esto era normal, puesto que así se acostumbraba hacer en el campo científico. Cada uno vende lo mejor que puede. En su opinión la fama de un científico era básicamente la consecuencia de la propia «habilidad de manipulación». Podía demostrar esta afirmación —una y cien veces repetida— con numerosos ejemplos.

Pero todas las «pruebas» no bastaban para poner bajo una luz tan «normal» como Hans S. pretendía la manipulación de que se había valido para triunfar. Por eso resultaba tan extraño la constante repetición: «Todos lo hacen así, a fin de cuentas.» Además, en la terapia se tornaba cada vez más agresivo. Finalmente, ayudado por un sueño, pudo descubrir por qué se veía obligado a repetir constantemente que todo científico debe su fama en primer término no a su obra, sino a hábiles manipulaciones de contactos. Ahora, por primera vez, podía describir muchos detalles de este tipo, de su propia carrera, dentro del contexto de sus sentimientos y prácticas de rivalidad. Éstas habían tenido una gran influencia en su producción científica. En realidad, sólo era capaz de desarrollar tareas creadoras cuando entablaba rivalidad con otros.

Incluso esta confesión se fue matizando después de algunas semanas más de tratamiento. Aquella competencia con sus rivales no

había sido tan deportiva y de guante blanco como Hans S. había afirmado al principio. Utilizó su posición y sus relaciones para no publicar o publicar con retraso los trabajos de sus oponentes. Aprovechó además todo tipo de oportunidades para desprestigiar, aunque «en la debida forma», estos trabajos en los círculos de especialistas. Tuvo incluso la habilidad de hacer mal a otros hombres «sin que nadie lo advirtiera». Una vez se calificó a sí mismo de «intrigante nato». No sentía por ello la menor vergüenza o culpabilidad. Más, este saber parar los pies a sus oponentes le hacía incluso mucha gracia, cosa de la que no había adquirido clara conciencia hasta el tratamiento. La falta de sentimiento de vergüenza por este comportamiento tan opuesto al espíritu de colegio, dictado por la envidia y la malevolencia, se hallaba en crasa contradicción con su propia sensibilidad, que ya le acompañaba desde niño. Siempre estaba temblando y angustiado y le parecía, tal como lo sentía ahora, en su edad avanzada, que siempre tenía que avergonzarse de algo. Pero no sabía de qué. Considerado desde fuera, no veía ningún motivo. Había sido muy querido de sus compañeros y profesores, aunque siempre tuvo que «comprar» este afecto: ante los maestros con una intensa aplicación, ante los condiscípulos dejándoles copiar sus trabajos escolares o invitándoles a casa de sus padres, de elevada posición social. Hizo más por la escuela que sus compañeros de edad. Pero abandonó la aplicación cuando advirtió que ya no lograba más de su maestro. Entonces sólo podía ser espoleado para conseguir buenos rendimientos mediante la rivalidad con los mejores de la clase. Cuando, en los exámenes para el bachillerato, no consiguió el primer puesto, sino el segundo, tuvo una grave depresión. Sus padres no entendieron por qué aquel brillante día de final de curso el chico se mostraba poco alegre. Nunca explicó el motivo, ni a los padres ni a los demás. Pero tuvo la espina mucho tiempo clavada durante su época de estudiante.

En los estudios universitarios esta espina estimuló a Hans S. a tomar las cosas con tiempo y prepararse tan de antemano y tan a fondo para el examen final que, en cualquier caso, obtuviera el primer puesto. Y lo consiguió. Durante todo este tiempo procuró, por su aplicación, su inteligencia y su rapidez de concepción, mantenerse siempre a la cabeza. En sus años de asistente y profesor

auxiliar esto le resultó relativamente sencillo, sobre todo porque buscó institutos en los que pudiera brillar sobre la competencia. Sus trabajos hallaron amplio y extraordinario eco también fuera del instituto. Se le consideraba por entonces lo que hoy llamamos «hombre creador». Esta «creatividad fundada en la competencia» se hizo más difícil cuando, obtenida ya la cátedra, no tuvo rivales directos a su alrededor. Con creciente rapidez fue perdiendo la alegría por los trabajos científicos. Pero lo reconoció de mala gana y lo atribuyó a dolores de estómago. Aunque la enfermedad desapareció al cabo de medio año de tratamiento, no reapareció el esperado impulso creador de épocas anteriores. Entonces empezó a regañar con su mujer y sus hijos. Se preguntaba muchas veces si había merecido la pena divorciarse de su primera mujer para contraer este segundo matrimonio.

Tenía el oscuro sentimiento de que su segunda mujer no era mucho mejor que la primera. Las dos habían buscado sólo su fama y su dinero y en el lecho las dos se mostraban igualmente remisas para proporcionar un contacto sexual placentero. Sólo él tenía que manifestar su potencia en todos los aspectos, sin que sus mujeres se enteraran siquiera de su capacidad. Como Hans S. no hallaba en su propio hogar el reconocimiento que necesitaba para superar sus angustias de castración —y percibía además un creciente distanciamiento o indiferencia en sus hijos, a medida que éstos crecían— buscó este reconocimiento con renovado afán en la profesión. Pero ahora le había abandonado aquel antiguo impulso interior para acometer nuevos trabajos. No le faltaba, o podía adquirir fácilmente, suficiente dinero, tiempo y auxiliares. Estaba directa o indirectamente representado en casi todas las organizaciones de las que dependían estos medios. Lo que proponía, se admitía generalmente sin discusión. En la terapia le gustaba hablar de la actividad de estos gremios. Los llamados representantes de los intereses de la política, la economía y los sindicatos desempeñaban en estos gremios un mero papel estadístico; con destino a ellos se hacía algunas veces que «hablaran los propios textos». Lo que ahora le hacía reír (en el fondo con gran amargura) lo había tomado entonces con absoluta seriedad. En el curso del tratamiento aumentaron los sentimientos de vergüenza sobre su papel en aquellos tiempos. Entonces creía que actuaba correctamente, es decir, al servicio

de la cosa misma. Pero ahora advertía hasta qué punto no había hecho sino engañarse a sí mismo.

De ahí también la creciente pérdida de interés por nuevos proyectos en los que subjetivamente no hubiera rivales inmediatos. Hans S. se los buscaba ahora en todas partes. En las reuniones y congresos «vendía» — como ahora decía — sus productos de tiempos pasados. Al principio visitaba instituciones y países en los que todavía había curiosidad por sus resultados y donde pudiera destacar como el mejor. Pero a medida que pasaban los años fue advirtiendo que incluso los países más aislados buscaban mercancías nuevas. Y de éstas no tenía ninguna que ofrecer. Dedicarse enteramente a la dirección de su instituto y a la enseñanza, como hacían muchos de sus colegas, era algo que su ambición no le permitía. Quería ser considerado como investigador puro. Cada vez se fue tornando más quisquilloso cuando, en las obras de su especialidad, no se citaban suficientemente sus trabajos. Donde podía, maniobraba para que se hiciera. Pero no pudo ignorar por mucho tiempo el hecho de que los otros le estaban desbordando. Tuvo que recurrir cada vez con mayor frecuencia a las prácticas arriba mencionadas. En conclusión, poco antes de su jubilación el paciente sentía alegría por poder finalmente «abandonar la arena», como él decía. Se había extinguido casi por completo el contacto con los problemas de su especialidad. La depresión sufrida tras la jubilación le evidenció que el temor a ser pasado por alto y olvidado era mucha más fuerte de que lo que antes estaba dispuesto a admitir.

Incluso sin más aclaraciones sobre las determinantes inconscientes, muestra este caso que la ambición inmadura o — como gustan de decir los profanos — «enfermiza» pueden estar directamente vinculada a la creatividad. En algunos casos, como en el que estamos describiendo, puede ser una fuerza impulsora hasta edades muy avanzadas, lo cual no tiene por qué afectar necesariamente a la obra, pero sí a la vida. Los divorcios repetidos no son infrecuentes. Al principio este dato no dice mucho, pero luego, cuando se analizan por ejemplo las expectativas puestas en el cónyuge, se hacen más significativas. ¿Ha de correr a cargo del cónyuge la concordia, la paz, la variedad e incluso la potencia sexual, o siente uno en sí mismo la fuerza para integrar en sí el trabajo y la familia? A esto se añade la convivencia con los competidores donde quiera se encuen-

tren. ¿Son el engaño, la manipulación y la intriga los únicos medios adecuados en esta tarea — como en nuestro caso — o se puede competir con otros deportivamente, con ánimo franco y abierto, aceptando y reconociendo las derrotas sin rencor? Finalmente, la vida personal: ¿puede discuir bajo la férula de motivos inmaduros, de tal modo que se desarrolle plenamente el propio potencial creador? También esto debe negarse, a tenor del ejemplo propuesto.

Ya las enfermedades mismas son aquí muy instructivas. Hemos mencionado sólo los dolores de estómago. En realidad, había otras muchas cosas. Las necesarias interrupciones de trabajo provocadas por la enfermedad no eran el tributo más importante que tenía que pagar por estas enfermedades en gran parte de condicionamiento psicossomático. Mucho más importante era la ausencia de alegría de esta existencia. Tampoco este aspecto se le podía advertir al paciente desde fuera. A pesar de la distancia escrupulosamente mantenida respecto de los demás, parecía contento, y hasta feliz. Podía hablar siempre —como dijo en el tratamiento— de sus éxitos y demostrar así a los demás la felicidad de su vida. Pero esto era intencionado, condicionado por su perturbación, que consistía precisamente en que no podía alegrarse de ser como era. En su existencia prevalecían la vergüenza y la culpa. Y una existencia así, sin alegría interior, se marchita poco a poco o, como muestra nuestro ejemplo, intenta poner con enorme dispendio de energía un signo poderoso, ante el que no puedan pasar de largo los demás. No tiene nada de extraño que, en tales casos, los éxitos exteriores no le dieran la paz anhelada. Ésta sólo la adquirió mediante el tratamiento. Aquí se pudieron eliminar las fuentes de perturbación que tenían su raíz en la insatisfacción y falta de alegría «interiores». Al final de la terapia el paciente no sólo se vio libre de depresiones, sino que pudo disfrutar, por primera vez, de la vida. La redacción de su biografía no fue ya un problema ni una fatigosa obligación, sino una reflexión sobre su propio pasado que afluyó con entera facilidad. Sus ideas cobraron mayor hondura de cuanto había esperado. Le venían pensamientos que —como observó impresionado— nunca antes se le hubieran ocurrido. Pero, sobre todo, ahora sentía mucha más alegría por las cosas. Y no se refería sólo a sus *hobbies*, por ejemplo la historia del arte, sino también, y expresamente, a los problemas de su especialidad.

La problemática de la ambición que muestra el ejemplo de Hans S. no es un caso excepcional, ni antes ni hoy. Pero cabe preguntarse si estos fenómenos no dependen también de los sistemas sociales en que los hombres se ven obligados a realizar su actividad creadora. Hay que responder a la pregunta negativamente, al menos respecto de las mil veces repetidas contraposiciones de capitalismo y socialismo. Los dos sistemas recompensan los logros individuales excepcionales con honores, ya se llamen Orden de Lenin o Legión de honor. No existen sistemas que puedan proteger a hombres como Hans S. de sí mismos y de su problemática personal. El que busca la gloria, intenta conseguir los premios que tiene dispuestos todo orden social. Están ahí, al alcance de estos hombres, que llevan consigo un conflicto que pretenden eliminar o limitar mediante los honores. De ahí también los acaparadores de medallas, los coleccionadores de distinciones y doctorados *honoris causa*. Si no acumulan distinciones sobre distinciones, se sienten vacíos. Esta sed de medallas y honores ilumina de vez en cuando, como un relámpago, la oscuridad traumática de su existencia. Pero esta oscuridad no surge de la sociedad, sino de la propia vida personal. Nos llevaría demasiado lejos analizar con detalle el orden del conflicto de nuestro paciente. Indicaremos aquí tan sólo un aspecto de este «complejo de causas».

Hans S. era el mayor de tres hermanos. En los primeros años de su vida su padre le «idolatraba». Veía en él al adecuado sucesor de la fábrica, que había logrado construir a lo largo de una vida sumamente laboriosa. Pero poco a poco tuvo que ir enterrando estas esperanzas. Su hijo evolucionaba cada vez más, en los estudios, hacia el tipo de hombre de ciencia y no de comerciante. La desilusión paterna se trocó en minusvaloración y hasta menosprecio del paciente, «ratón de biblioteca alejado del mundo». Porque el mundo consistía, para el padre, en la fábrica. Aquí tenía que competir con otros. Tenía que vencer, que eliminar a sus rivales. Este «tener que» no fue al principio un problema económico — eso sólo ocurrió más tarde — sino un conflicto personal. Para él era necesario alcanzar tanto poder como le fuera posible. Y este «tener que» fue el conflicto que el padre dejó en herencia al hijo. En cierto sentido aquí estaba la razón de que el hijo temiera seguir los pasos profesionales de su padre. En este

campo, hubiera sido siempre sólo el subcampeón. Por eso buscó «intencionadamente» una profesión que, según su punto de vista, fuera exactamente opuesta a la de su padre, a saber, el campo del espíritu. No podía entonces sospechar que cambiaba, sí, de arena, pero no la dinámica ni las reglas que determinan la lucha. Del mismo modo que su padre sólo podía creer en sí mismo si obtenía el mayor poder posible, también el hijo «sin poder» podía creer en sí sólo cuando acumulaba honores sobre su persona. No amaba el poder por el poder, como su padre, sino sólo en cuanto que le proporcionaba gloria. Al padre el poder, al hijo la gloria, pero en los dos casos la misma técnica: competir a cualquier precio, incluso el de la propia salud y la alegría en el trabajo desemeñado.

¿Es un precio demasiado alto? Desde luego no. Si le mide sólo desde el punto de vista de los resultados ante los demás, tanto el padre como el hijo alcanzaron éxitos considerables, el uno en los negocios y el otro en las ciencias. Y estos éxitos son aún más notables, sobre todo en el hijo, si se les mide de acuerdo con las actuales exigencias de las escuelas superiores. En su tiempo Hans S. tuvo que exhibir «méritos excepcionales» para destacarse de los demás hasta el punto de poder recibir los premios deseados. Hoy día bastaría que su disertación, o su eventual tesis doctoral y sus trabajos científicos alcanzaran la nota media para conseguir en los gremios universitarios el apoyo necesario para calmar su ambición. Una hábil táctica con las mayorías hubiera bastado para recibir los honores y cargos que hubiera creído necesitar para dominar su conflicto. Como «portavoz de los subalternos oprimidos» hubiera cosechado con toda seguridad los salvadores aplausos. No hubiera necesitado buscarlos en el campo científico. En definitiva, a tales hombres les es indiferente la razón por la que son agasajados, lo que importa es recibir los honores. Y por eso se les encuentra en todos los sistemas sociales.

Lo mismo ocurre con el poder. Quien necesita el poder, se lo procura. Desde luego, hay que respetar algunas de las reglas del juego. Y éstas han cambiado muy poco desde los tiempos de Maquiavelo. Hitler sabía bien el principio: «golpear rápida y duramente, los hombres lo olvidan con facilidad» (Maquiavelo). «La crueldad impone — manifestó a Hermann Rauschning —, las gen-

tes necesitan el saludable terror. Desean tener miedo de algo. Quieren que alguien les aterrice y tener que someterse tiritando a otros. ¿No ha vivido usted por doquier la experiencia de que después de las batallas de salón los más apaleados son los primeros que se apuntan al partido? ¿Por qué habla usted de crueldad y se escandaliza de los tormentos? La masa lo quiere... Necesita algo espantoso.»

Pero ¿es Hitler una excepción? Al contrario: Hitler sólo pudo ser realidad porque la vida cotidiana de cada uno está dominada por pretensiones frustradas de poder. Para los primeros miembros del partido, aquel Hitler que se presentaba provocador y era cada vez más poderoso, constituía una posibilidad de participar en el poder.

¿Son hoy menores los peligros, porque en los negocios, en las fábricas y en las universidades prevalece más la determinación del grupo? ¿Puede hoy el «hombre pequeño» disfrutar de un trozo de poder de una forma más elegante que mediante la identificación con un dictador? ¿Se siente más poderoso, porque elige a sus propios candidatos políticos? ¿Se satisface la necesidad de poder cuando uno puede dialogar y discutir con los otros? No es posible dar una respuesta genérica a estas preguntas. La respuesta depende sólo de presiones objetivas. Viene muy condicionada por la estructura de cada persona. La madurez del anhelo de poder es aquí un factor decisivo. Del mismo modo que hemos distinguido entre ambición madura e inmadura, hay que diferenciar también el afán de poder. Es inmaduro este afán si toda su misión consiste en purificar un conflicto personal de la infancia; es maduro si las tendencias personales y las necesidades objetivas se mantienen equilibradas. Quien quiere ser director de orquesta, tiene primero que formarse como director. Su capacitación dependerá de los conocimientos que posea de la materia. El deseo de ejercer el poder no basta. Quien quiera tomar parte en las decisiones de una fábrica, tiene que preguntarse qué es lo que desea: ¿sólo el poder personal o una mayor eficiencia de la fábrica? El estudiante que emite su voto sobre los planes de enseñanza debe tener una voluntad de maduración al menos tan fuerte como el impulso a la expansión del poder personal.

Naturalmente, los estudiantes, los obreros, los funcionarios y

los artesanos tienen problemas específicos de su estado. Pero se entienden mal sus necesidades, si sólo se ve en ellas la expresión de un defecto estructural de su profesión. Son también con mucha frecuencia necesidades nacidas de una infancia todavía no superada, es decir, de un tiempo en el que muchos de ellos tuvieron que soportar un latente o patente abuso de poder paterno. Intentar vengarse de ello es cosa muy comprensible, pero no resuelve ningún problema objetivo, como debería enseñar bien expresamente y para todos los tiempos el ejemplo de Hitler. Pero las experiencias de la historia no son vivencias de los individuos. No afectan en la propia carne y, por tanto, no preocupan. Sólo lo que le afecta a uno personalmente marca la dirección del propio futuro. El padre, la madre, los hermanos y los educadores están más cerca que Hitler o Stalin. Marcan a cada uno, según usen o abusen del poder. No se aprende de los lejanos, sino de los cercanos. El ejemplo de Cordula B., del siguiente capítulo, pondrá en claro este principio. La convivencia con los miembros de la familia de origen tiene una influencia decisiva para que el afán de poder se desarrolle «contra toda razón» o que, por el contrario, desemboque en la expansión de su potencial creador. La relación entre creatividad, gloria y poder sólo se comprenderá, por tanto, de manera incompleta, si no se tienen bien en cuenta las relaciones entre grupo y creatividad.

CREATIVIDAD Y GRUPO

1. *La referencia a los otros*

La creatividad no está determinada tan sólo por los influjos y el sello de la vida personal. Su activación depende también de las circunstancias extrínsecas bajo las que debe realizarse una obra. Un ejemplo muchas veces descrito es el de la importancia de la atmósfera de trabajo en el puesto laboral. Entran aquí toda una serie de «circunstancias externas» que no pocas veces se pasan por alto. Ya se trate de un laboratorio o de una fábrica, de un secretariado o del escenario de la ópera, del taller de un pintor o de la vivienda de una familia numerosa: en todas partes hay condiciones óptimas y condiciones mínimas que favorecen el impulso creador.

Más importante aún que la configuración del espacio exterior es la estructuración del «espacio interior», es decir, la relación con los que uno vive y trabaja. Nadie se desarrolla sin los demás, sean pocos o muchos, una o distintas personas. El grupo es el medio que fomenta o paraliza lo creador. Y esto es válido respecto de todos los géneros de creatividad. El sabio de los tiempos pasados que investigaba en solitario está ya muy lejos de los modernos equipos de investigadores que trabajan en grupo. El deporte conoce muchas formas de organización de grupos. Un individuo aislado puede ser todo lo bueno que se quiera. Pero si no se introduce en el entramado de un grupo, su posición individual sirve de poco e incluso puede resultarle perjudicial, pues puede conducirlo a caprichos de divo. Lo mismo ocurre en política. Los grandes proyectos requieren cooperación. Quien, por ejemplo, quiera

reconstruir Europa, no puede caminar en solitario. Tiene que preparar y dar infinitas conferencias y mesas redondas y procurar que los intereses divergentes vayan confluyendo poco a poco hasta conseguir la convergencia. También a un gobierno debe considerársele como grupo, y no sólo cuando se reúne en consejo de ministros. Las manifestaciones públicas de un ministro son entendidas como toma de posición de los demás miembros del gabinete. Por tanto, cada uno de los ministros sólo puede defender de cara al exterior aquello en lo que hay consenso de todo el ministerio.

Indudablemente, existen relaciones creadoras en las que el grupo no desempeña ninguna función, por ejemplo los solistas de la ópera o las marcas individuales en el deporte. Con todo, también aquí la cooperación de los demás tiene su importancia, al menos en lo referente a la familia en la que estos solistas viven. Y la familia es hasta cierto punto como el protomodelo del grupo. Nadie es como los demás. Cada cual tiene su propia individualidad y, sin embargo, debe haber algo común o hay que descubrirlo. En efecto, la familia como grupo no crece tan sólo numéricamente, es decir, con la venida de uno, dos o más niños, sino también mediante la creación de un «espíritu de familia». Este espíritu hay que buscarlo y descubrirlo a través de un largo camino, si es que se quiere dar con él. Sólo la comunidad familiar en la que cada uno llega a lo más íntimo de sí mismo, tiene este espíritu. Si un miembro se aprovecha de los demás, destruye tanto su potencial creador como el de los otros. Parece a veces que sólo ocurren cosas grandes, excepcionales, cuando los demás se sacrifican, también en la familia. Sólo en ocasiones muy aisladas dejaron los genios de oprimir a los que estaban a su lado. Normalmente, las mujeres y los niños eran los «servidores» del padre, que sólo podía alcanzar lo supremo mediante la autodonación de los suyos. Esto es indiscutible, pero como regla pertenece al pasado, a los siglos de los genios. Los servidores podían compensar su renuncia mediante su identificación con el elegido. Cuanto más humildes eran ellos, mayor era aquél.

Hoy las cosas son diferentes, incluso allí donde la familia funciona como grupo en el sentido tradicional. En el fondo, este esquema tradicional de la familia podría ser llenado de nueva vida también hoy. Sólo que la distribución de funciones ya no

se produce a costa de los débiles y dispuestos al sacrificio, sino que se lleva a cabo según el principio de compañerismo y ofrece, por tanto, en principio, igualdad de oportunidades creadoras. Una madre «al viejo estilo» llenaba tal vez de sentido su existencia sirviendo al marido y a los hijos. Renunciaba a muchas cosas, pero no tenía la impresión de haber fracasado en la vida. Al contrario: consideraba que había sido creadora y había tenido éxito en la vida. El marido conservaba y aún ampliaba la casa y las posesiones. Los numerosos hijos se dedicaban a honrosas profesiones y, por su parte, eran también casi siempre creadores. Nada ha cambiado: lo único nuevo es que cada hombre toma el ideal de su creatividad del horizonte de su época. Hoy los criterios para una madre creadora son más diferenciados, matizados y múltiples que hace 50 años. La madre creadora de nuestro tiempo debe llevar a su pleno desarrollo cosas distintas de las de épocas pasadas. Los sacrificios que tiene que realizar no son menores, pero son diferentes. El padre puede ser creador en su profesión. Pero si fracasa como marido, no será un padre creador. Una madre que fomenta inconscientemente el desamparo y la dependencia de sus hijos y los convierte, a lo largo de su vida, en sus vasallos, destruye tanto su fuerza creadora como la de los niños. El miedo a la evolución y a la consiguiente separación hace que no sepan moverse más que con andaderas.

Generalizando se puede decir: la creatividad de los padres consiste en forjar para sus hijos el presupuesto de su propia auto-evolución. Para esto hay que descubrir sus necesidades, talentos e intereses y fomentarlos lo mejor que se pueda. Ocurre con frecuencia que muchos padres creen hacer lo mejor para sus hijos cuando los convierten en marionetas de sus propias esperanzas. Los conflictos que de aquí surgen no deben ser necesariamente dramáticos. Pueden ser muy sutiles y hasta pasar desapercibidos, como en el siguiente ejemplo.

Un padre suizo vino a la consulta, preocupado porque su hijo parecía convertirse en lo que él mismo había sido: miedoso, paralizado y encerrado en sí. Mientras que el ideal sería: ser tan libre como Guillermo Tell. Sólo tras largas batallas interiores admitió que por libertad no entendía de ninguna manera una evolución completamente autónoma del muchacho. Más bien quería decir que

el chico debía ser como el padre quería: animoso, osado y consciente de sí. Pero ¿cómo podría el hijo conseguir algo que su padre nunca había alcanzado? Convivía no con un padre afectuoso y libre, sino angustiado y desconfiado, que no hacía sino recriminar a su bravo muchacho. Y de ahí que éste se sintiera siempre esclavo. El padre había conseguido exactamente lo contrario de lo que pretendía.

Quien no quiere ser padre o madre, porque no puede o porque piensa que esto sería un impedimento para su propia vida, no tiene por qué casarse. Puede vivir solo, o con otro, también del mismo sexo. La sociedad impone menos trabas de lo que con frecuencia se afirma y desde luego mucho menos que en el pasado. La posibilidad de insertarse en un grupo — o de crearlo — que más favorezca el potencial creador personal es hoy mayor que en otros tiempos. Se tiene hoy más respeto a la individualidad que en una época en la que lo individual quedaba en un modesto lugar frente a la función o el «rol». La sociedad se ha hecho pluralista. Las expectativas del rol dejan más campo libre para cada individuo. Ya se sea director general, obrero, artesano o comerciante, médico o joven, cada uno puede configurar su aspecto exterior como los demás, o dar a su rostro sus propias características. Y no de otra suerte sucede con la vida interior. También ésta puede coincidir con las ideas y expectativas de los demás, pero puede de igual modo responder a ideas propias. Cada cual puede situarse donde le plazca, entre estos polos. Es el cómo de la actuación el que decide sobre la propia creatividad.

La meta sería reconocer las propias peculiaridades y entablar las relaciones más fructuosas que fuera posible respecto del grupo. Fructuosas para ambas partes. También para los demás es bueno que el individuo concreto pueda desarrollarse. Si se dificulta la evolución individual, se producen insatisfacciones, agresiones y una consiguiente disminución del potencial creador. El clima de un grupo — sea en la familia o en el puesto de trabajo — puede servir de acicate, pero puede también paralizar o estorbar unos mismos talentos y posibilidades. Para estimular la creatividad deben armonizarse las tendencias individuales con las del grupo. Con esta finalidad, será útil poner a la vista dos aspectos fundamentales de los grupos en orden a un trabajo en equipo favorable.

Magnitud del grupo: Aparte las exigencias establecidas por las reglas de juego, el número de individuos que integran un grupo debe estar de acuerdo con sus tareas. Para cada objetivo se da un número ideal de miembros. Podemos aclarar esta idea con el ejemplo de la terapia de grupos. El número de estas unidades de tratamiento oscila entre tres y veinte participantes. Estos números son extremos, y sólo en circunstancias excepcionales producen un auténtico resultado permanente. Cuando hay sólo tres personas, el proceso de intercambio es demasiado intenso, y cuando hay veinte es tan débil que cada individuo apenas si necesita moverse de su sitio.

Sólo cuando la comunicación del propio interior desemboca en un campo de fuerzas de estructuras diversas pero de igual motivación puede producirse el cambio. Donde mejor se cumplen estas condiciones es en grupos de siete a nueve personas. Si se pasa de este número, se debilita fácilmente la motivación para el trabajo en colaboración. Y precisamente ésta tiene una importancia decisiva. En una psicoterapia de grupos dicha motivación consiste principalmente en la eliminación del «síntoma». Uno quiere ser librado de su angustia, el otro de su tartamudez, un tercero de su depresión y un cuarto de sus dolores crónicos de cabeza. Al principio los participantes quedan sorprendidos, y hasta desilusionados, cuando se encuentran por primera vez en un grupo así. Hablar entre sí y descubrir las mutuas dificultades a muy pocos les parece un camino prometedor para librarse del propio sufrimiento.

Sólo en virtud de un fuerte deseo de librarse realmente del síntoma puede superarse la desilusión inicial. Si persiste tenazmente la impresión y se mantiene la sensación de que allí no se hace más que charlar, pero no se consiguen mejorías, decae la motivación. Al fallar la colaboración, se impide el proceso de puesta en marcha y la eficacia de las sesiones terapéuticas.

Lo que se dice aquí del tratamiento psicoterapéutico como proceso creador, puede aplicarse también a otros grupos. Queda perturbado cuando, por la razón que fuere, no se activa la voluntad de cooperación. Y este factor puede venir dado también por la magnitud del grupo. Si es demasiado numeroso, resulta fácil mantenerse bajo la superficie y dejar que los demás lo hagan todo.

Se oculta uno. Pero incluso aunque se salga fuera, este trabajar juntos no forma aún un grupo de trabajo creador⁸.

Composición estructural. Se trata en este apartado del justo medio adecuado entre personas demasiado iguales y demasiado desiguales. Si todos los miembros son homogéneos cuanto a la edad, el sexo, los intereses, la profesión y las experiencias, el espíritu del grupo puede ser tan paralizador como cuando las diferencias son demasiado agudas. Hoy se sabe que incluso en temas muy especializados la colaboración de una persona ajena a la especialidad puede ser extremadamente impulsora. Ve cosas que los especialistas, en razón de una visión ya unilateralmente configurada, no ven, no pueden ver. Pero la mezcla del grupo no se refiere sólo al problema de la formación especializada. Tiene también importancia el tipo de personas.

No hay, por poner un ejemplo, ninguna familia en la que todos sus miembros sean iguales. Se distinguen entre sí no sólo por la edad y el sexo, sino también por la presencia exterior, las aptitudes, el talento, los intereses, en una palabra: por su personalidad. En general, los padres conocen con mucha exactitud las diferencias de sus hijos. ¿Cómo lograr una cooperación fecunda entre tales diferencias? En cualquier caso, no por el camino de que cada uno de ellos ejerza sus peculiares cualidades sin consideración hacia los demás. Y esto podría acontecer, de manera clara o encubierta, por la autoridad de los padres o la debilidad del niño («el pobre niño»). Es fácil sentir las cualidades opuestas

8. Guiar al grupo sólo es ventajoso cuando esta dirección está orientada a los fines del mismo y, por tanto, a los deseos constructivos de sus miembros. Pero con mucha frecuencia este papel sólo se asume por vanidad o deseo de prevalencia. Surge inevitablemente esta sospecha cuando en una asamblea o conferencia alguien toma siempre la palabra y traquetea a los demás con sus ideas. No les deja tiempo para reflexionar. Mientras los demás no perciban la situación con suficiente diferenciación, no podrán calibrar adecuadamente el valor de una propuesta. El orador precipitado apenas podrá contar, por consiguiente, con una cooperación beneficiosa. Provocará apatía, incluso aunque a la hora de la votación todos y cada uno tomen parte y «se decidan». Sólo las propias opiniones pueden motivar la acción creadora. Y si aquéllas faltan, el iniciador ha de estar tan convencido de sus propias ideas que arrastre a los demás con sus sentimientos. Una propuesta carente de convicción, hecha como a medias, está de antemano condenada a la esterilidad. A esto se debía el enojo de una mujer que tenía que trabajar, en razón de su profesión, con grupos juveniles. Sufrió por su «falta de interés». Pero nunca se planteó la pregunta de si ella misma tomaba en serio sus propuestas para actividades comunes. Tuvo que reconocer que no sólo había descuidado las necesidades de los jóvenes; es que, además, no experimentaba la menor ilusión por las empresas que proponía caprichosamente y sólo por sentido del deber.

como extrañas y hasta como hostiles. Hay que templarlas, en favor de un ideal unitario. Esto no se consigue en unas pocas semanas. Se requieren años, hasta que la familia adquiera uniformidad al menos de cara al exterior.

De no conseguirse estos «resultados», pronto aparecerán las consecuencias: disminución del potencial creador total, tanto del grupo como de cada uno de sus miembros. La razón básica radica en la represión de agresiones que nacen del impulso hacia la desindividualización. Los estados de ánimo agresivos, aunque sean subliminales, disminuyen el potencial creador incluso aunque estos grupos tengan «gran éxito» de cara al exterior. La historia nos permite conocer unidades de grupos impuestas por una dirección totalitaria: la inquisición de la Iglesia, los comités de salvación pública de la revolución francesa, los partidos fascistas o comunistas. Cuanto más unitaria y rígida es la ideología de un grupo, más alto es el nivel agresivo de sus miembros. La aniquilación de los enemigos exteriores es el pararrayos predilecto para las tensiones agresivas que se generan como consecuencia de la desindividualización y buscan su meta. Dentro del grupo se castigan sin piedad las más mínimas desviaciones. Fuera del grupo, se debe luchar, incluso mediante el asesinato y la violencia, contra los infieles, los renegados, los revisionistas o los enemigos de la clase.

Pero también en grupos no sometidos a tan gran presión los afectos subliminales pueden obstaculizar el progreso común. No es preciso que se trate exclusivamente de agresiones. Todo sentimiento que, a partir de un conflicto individual, se introduce en el grupo, puede paralizar la creatividad del conjunto. Es conocido el caso del colaborador que, debido a sus preocupaciones privadas, toma parte de una manera imperfecta y distraída en la conversación del grupo. Irrita a los demás por su ausencia interior. Pero más difícil aún se presenta el caso cuando una escena excesivamente tensa no tiene una causa inmediata, sino que se ha de buscar en la primera infancia. No es posible percibir los afectos que esta causa suscita y que, generalmente, actúan sobre el grupo de forma destructora. Hay personas que sólo con mucha dificultad se insertan en un equipo y que son incapaces de admitir sin envidia los logros de sus colegas. Pongamos un ejemplo:

Erich F. era un violinista excelente, pero todas sus tentativas

por tocar en un cuarteto o en una orquesta concluían pronto en fracasos. Su talento sólo podía brillar como solista. Cuando tocaba en un conjunto, su nerviosismo le hacía cometer faltas muy sensibles. Además, se producían con frecuencia discusiones sobre la adecuada interpretación de una pieza. Este conflicto se hizo clamoroso en una ocasión en que, con motivo de la grabación de una cinta en un estudio, Erich F. juró y perjuró ante los técnicos de sonidos que, contrariamente a lo que acontecía con todos los demás instrumentos, a él no se le oía bien. ¿Qué había detrás de esto? Una madre egocéntrica, a la que sus hijos tenían que conquistar y que sólo repartía su afecto como premio de triunfos sobresalientes. Toda situación de grupo era para Erich F. una situación de competencia, que hacía aflorar a la superficie las antiguas angustias de ser marginado o totalmente olvidado. Cuando había más de dos personas juntas, ni se sentía relajado ni hacía nada creador. Lo único que le quedaba era echar a pique con «malas artes», aunque de forma inconsciente, el éxito de los demás.

Al igual que la agresión, también el miedo puede paralizar la creatividad. De ahí que no se deba vivir la estructura objetiva del grupo con sensación de angustia. Los miedos personales no dominados actúan de una forma devastadora. Un alumno que teme a su maestro no es capaz de realizar actividades independientes. Y es indiferente que sea porque este superior es de hecho muy severo o porque las experiencias vividas con un padre colérico determinan que para este niño todo hombre sea la imagen del terror. Su imaginación, gira siempre en torno a amenazadores peligros y medios irreales para ganarse el favor de esta autoridad o para *trazar* fantásticos planes de fuga (sueños robinsónicos, viajes a la luna, etc.). Sólo cuando este problema ha tenido una solución real puede el alumno hallar la paz interior indispensable para concentrarse en sus tareas. Pero en general los conflictos personales son demasiado profundos para ser corregidos por la vida misma. La única salida es un reexamen de los problemas y la tentativa de situar a estas personas en un puesto en el que libres de afectos no dominados puedan colaborar con otros hombres.

Las consecuencias a deducir de estas reflexiones son evidentes. Se debe reconocer y respetar la peculiaridad de cada uno y hacerla fructífera para la cooperación en el grupo. Cuando cada uno ocupe

su puesto adecuado, tanto los individuos concretos como el grupo serán creadores.

2. *La intercomunicación de distintas estructuras personales*

Intentaremos aclarar con el esquema de cuatro tipos distintos de personalidad el mosaico resultante de las diferentes estructuras caracterológicas. Se trata de tipos ideales, es decir, tipos que nunca se presentan en forma pura en la realidad. De hecho sólo existen aproximaciones más o menos precisas al tipo, aunque en general se dan combinaciones de los cuatro. Aun así, resulta interesante echar una ojeada a estos tipos para estudiar distintas combinaciones de la personalidad. Sólo así estaremos en situación de distinguir también en cualquier otra combinación entre el elemento singular e inmutable y las posibilidades de modulación. Sólo donde el individuo dentro del grupo puede descubrir y vivir su intimidad, tiene también la comunidad la mejor oportunidad de encontrar su identidad y mejorar su creatividad.

La descripción de los tipos que hemos elegido es secundaria. Los conceptos corresponden a la nomenclatura psicodinámica. Su utilización no está libre del peligro de abusos para los no iniciados. Para limitar estos abusos, hemos sustituido el concepto de «histérico» por el de «expansivo-afectivo» y el de «depresivo» por «reservado-adaptado». Distinta es la situación con las expresiones «obsesivo» y «esquizoide», que son empleadas muchas veces, también por los no especializados, sin implicación de estados enfermizos. De ahí que podamos mantenerlas para nuestros fines. Como quiera que la descripción de características personales sin una relación a situaciones laborales o vitales concretas es poco expresiva, recurriremos al ejemplo de científicos, tal como he intentado demostrar ya en un trabajo anterior (1966).

El obsesivo: Apenas hay un instituto en todo el mundo en el que no se puedan encontrar científicos de esta característica personal. Se trata de personas que llaman la atención en su trato con los demás por su exquisita corrección y su falta de espontaneidad. También su carrera científica es, con frecuencia, muy significativa.

Ha sido planificada y premeditada hasta en los menores detalles. Se han ido haciendo los cursos de acuerdo con las previsiones. No raras veces las notas de los exámenes son brillantes. El estudio a fondo e independiente del material ofrecido pasa a un segundo término, desplazado por el aprendizaje de las materias obligatorias. Si alguna vez dan muestras de independencia, va acompañada de rasgos de pedantería que, indudablemente, también pueden llevar al éxito científico.

En general se trata de hombres muy especializados, capaces de lograr excelentes resultados en campos muy concretos. Con frecuencia, la carrera científica de estas personas se limita a la ejecución de trabajos de segundo rango, planificados por otros. Pero también entonces, bajo una dirección adecuada, pueden lograr magníficos resultados. Pero si las personas obsesivas no tienen esta dirección o la problemática es de tal género que se deja espacio libre a la iniciativa, debido a la imposibilidad de planificar de antemano el tema, entonces trabajan mal. En determinadas circunstancias son capaces de irritar a todo el equipo por su constante crítica a la insuficiencia del proyecto. Algunos grupos de trabajo fracasan ante la rigidez de las personas obsesivas, o al menos pierden un tiempo precioso en discusiones inútiles. Dada su estructura personal, no pueden comprender que algunos problemas no toleran una planificación previa detallada. De una manera general, les falta fantasía forjadora de hipótesis. En cambio, imponen muchas veces por su formidable conocimiento de la bibliografía. Son en cierto modo los archivadores de un grupo. Fácilmente se convierten en estorbo cuando de lo que se trata es no de transmitir lo ya conocido sino de descubrir nuevos problemas. Entonces irritan por su rigidez. No son capaces, o lo son con mucha dificultad, de cambiar a otro tipo de pensamiento.

Si estos hombres realizan trabajos experimentales y llega un momento en que no se puede seguir adelante, descargan la culpa o bien en otros o — cuando trabajan independientemente — en las dificultades surgidas, que intentan explicar con una inútil pedantería: nuevo estudio de protocolo, repetición de los experimentos, nuevas lecturas de la bibliografía. Pero si, tras los repetidos ensayos, tampoco este esquema prospera, se cambia el ámbito del problema, frecuentemente con la observación característica: «Aquí no

hay mucho que hacer» o «el campo no está suficientemente preparado.» Se ha podido comprobar algunas veces cómo un proyecto que una personalidad obsesiva ha abandonado porque no daba más de sí, ha sido acometido por una personalidad de otra estructura que pudo conseguir magníficos resultados⁹.

El miedo a situaciones no planificadas, inesperadas, se exteriorizó de una manera muy drástica en un joven profesor de una escuela superior. Sólo podía dar sus lecciones, en las que normalmente no participaban más de cuatro o cinco estudiantes, si las había preparado palabra por palabra, y las leía después en su manuscrito. La preparación de una sola lección le exigía casi tres días por semana. Pero entonces sí, las lecciones eran espléndidas.

En las escuelas superiores estos casos se dan pocas veces. Pero, cuando ocurren, llaman más la atención. Menos sorprendentes, por más frecuentes, son estas personas en los bancos y en la administración. Su carácter las dispone para trabajar con números, resúmenes de cuentas, decretos y disposiciones. Cuanto más abstractos, impersonales y generales son los datos con que tienen que trabajar, más a gusto se sienten: «Resplandezco — decía un paciente de este tipo— cuando en mi mesa, en el banco, puedo sumar números. Es como mejor puedo desligarme de los líos de familia.» Los líos de familia no eran un caos especial, tal como podría deducirse de semejante frase, se trataba de una vida familiar totalmente «normal», con sus múltiples exteriorizaciones de sentimientos no sujetas a cálculo. Y precisamente la imposibilidad de prevenirlas de antemano es lo que irrita a los hombres de esta especie. Tanto más seguros se sienten, por el contrario, con problemas planificables, sistemáticos y generalizantes. Su influjo en el grupo depende por completo de las tareas que este grupo les haya impuesto. Actúan como elemento tranquilizador, en virtud de su fiabilidad, cuando desempeñan las tareas de bibliotecario, contable o director de la administración. Pero si les pide un trabajo de innovación, fácilmente se sienten desbordados y pueden convertirse en un factor perturbador. Podemos esquematizarlo en el trabajo del político Otto B.

9. Se podría mencionar aquí la siguiente frase de Nietzsche: «En las ciencias ocurre todos los días y a todas las horas que uno se detiene en el umbral mismo de la solución, convencido de que todo su esfuerzo ha sido inútil, como quien, justo en el instante en que está a punto de soltar el lazo, vacila, pues entonces es cuando más se parece a un nudo.»

Otto se sometió a tratamiento debido a sus fuertes dolores de estómago. Una reciente operación de vesícula no había aportado un remedio duradero a su dolencia. No pudo descubrirse ninguna otra causa orgánica de sus padecimientos. Hacía ya 15 años que Otto B. trabajaba para su partido. Era apreciado por todos, aunque su modo de ser algo frío no dejaba florecer la cordialidad en su entorno. De todas formas, era un hombre trabajador, fiel y callado. Jamás había deslizado nada «al oído» o «en la más estricta confidencia», como suele suceder entre los políticos, cuando quieren utilizar sus propios datos. Se le podían confiar los asuntos más delicados. Tenía a título de orgullo que los dirigentes de su partido podían fiarse de él enteramente y en todos los sentidos. Pero este reconocimiento que le dispensaba la dirección del partido no bastaba. Deseaba salir de los bastidores de los trabajos anónimos. Se le confió, por tanto, un mandato en la comisión que debía trabajar en la elaboración de un proyecto de gran eficacia cara al público. Tomaban parte miembros de todos los partidos. Las opiniones sobre el proyecto eran muy controvertidas.

Las primeras molestias de estómago aparecieron ya en las primeras semanas de las sesiones de la comisión. Al principio no sabía dar ninguna explicación. Pero en el decurso del tratamiento describió que, tras el ímpetu inicial, se sentía cada vez más a disgusto en la comisión. Y esto le extrañaba tanto más cuanto que realmente había disfrutado trabajando en este grupo. Al principio se sentía además bastante seguro de que podría desenvolverse aquí tan bien como entre sus compañeros de partido. En definitiva, sabía lo que podía y lo que tenía que pedir. Además, se preparaba para la sesión mucho mejor que los otros. En las primeras semanas brilló por sus conocimientos y recibió la aprobación y a veces incluso hasta el aplauso de los miembros del partido opuesto. Pero de pronto todo cambió. Cada vez tomaba menos la palabra. Los demás no se preocupaban por lo que decía. El presidente se mostraba con él desde reservado hasta poco amistoso. Un día un colega del partido le llamó aparte y le habló con toda confianza. Otto B. cayó de las nubes cuando este amigo le descubrió que incluso los miembros de su propio partido consideraban como un elemento perturbador su falta de flexibilidad. Se había hablado incluso de sustituirle por algún otro. Las conversaciones habían

llegado a un punto en que había que darse prisa para no perder el tren. El otro partido había puesto en marcha gente que se mostraba abierta a los nuevos argumentos, mientras que Otto B. llegaba siempre con el mismo «testimonio». Algunos habían llegado a decir que era mejor salirse, cuando comenzaba a repetir una, dos y tres veces, sus bien cuidados argumentos. Porque nunca decía nada nuevo.

Ahora recordaba que fue después de esta conversación cuando tuvo una oscura sensación en la región del estómago, como si un boxeador le hubiera asestado un puñetazo. En el tratamiento supo comprender poco a poco las razones de que los demás miembros rechazaron sus propuestas. Pero, sobre todo, adivinó por qué tenía que ser como era. Sólo estaba a gusto en una sesión, cuando había preparado a fondo y de antemano el trabajo. Entonces se sentía contento y seguro, hasta el punto de hacer uso de sus conocimientos con mayor frecuencia de lo que los demás deseaban. Estaba en sus glorias cuando se trataba de números, estadísticas, resúmenes y programas. Nadie le igualaba. No podía comprender a los otros, que tomaban parte en aquel gremio y no tenía ni la menor idea de «las bases de partida». Por «bases de partida» entendía los conocimientos normales. A la pregunta de si alguna vez en estas comisiones había aportado alguna idea nueva, primero se mostró sorprendido y después mortificado. Respondió excitado: «Estas comisiones no están ahí para fantasear, sino para comunicar conocimientos bien seguros. Lo que todavía no ha sido comprobado, debe investigarse en las universidades. En política sólo lo comprobado y sólido tiene algo que decir.»

Otto B. se sintió feliz cuando sus molestias de estómago le obligaron a abandonar el trabajo en la comisión. En las rutinarias tareas en pro del partido alcanzó de nuevo su plena capacidad de trabajo.

El reservado-adaptado. Como antes se ha dicho, preferimos esta denominación de «reservado-adaptado» a la otra, usual en psicodinámica, de «estructura depresiva». Desde luego, con ella no se indica todo cuanto un especialista comprende bajo este concepto, pero al menos se evitan algunas erróneas intelecciones.

Las personas de este tipo no se señalan por estados de ánimo depresivos, o por la apatía. Más bien se destacan por su talante

amistoso y su disposición a la ayuda. Ayudan siempre que pueden. Y no hacen diferencias sobre la posibilidad de evitar tomas de posición personales. Alaban y reprenden con parsimonia, si alguna vez lo hacen. Lo que más les place es no tener que exteriorizarse. Sobre esto sólo hablan de pasada. Tienen siempre el temor de herir a los demás, pero también de tratarles de una manera abierta y cordial. De ahí que su actuación dentro de un grupo sea algunas veces incolora. En la actividad creadora no les gustan las innovaciones. En general, prefieren adaptarse a las ideas prevalentes, que copian de buena gana y constantemente. Pero cuando una persona de este tipo consigue irrumpir con alguna producción propia, se hace fácilmente agresiva. En cierto modo se defiende tras su hostilidad. Si se abriera a las ideas de los demás, como suele hacer normalmente, se acomodaría a ellas y perdería independencia. Debe recopilar muchas experiencias hasta hallar el justo término medio entre adaptabilidad e ideas propias, entre sumisión o rebeldía.

Procesos de este tipo pueden observarse por doquier. Algunos directores o compañeros de trabajo se encuentran de pronto desconcertados, cuando ven que uno de sus colaboradores más amigables y más dispuestos a la ayuda se torna de pronto en un malhumorado murmurador. Y esto sucede también en el ámbito íntimo de la familia. Un marido no puede comprender por qué la mujer, después de muchos años de matrimonio, defiende de pronto puntos de vista que ni él ni los hijos habían advertido antes. Si no se concede a estos pujos de individualización el espacio requerido, sufre el clima laboral y familiar. O bien el interesado se mantiene dentro del puesto que antes desempeñaba tan «voluntariamente» o se le elimina del grupo, con una separación que puede ser exterior o emocional. Ahora bien, esta separación no favorece ni al afectado ni al grupo. O empuja al sometimiento, y, por ende, a la renuncia a una nueva identidad, o produce una marginación que sólo ofrece una satisfacción parcial. Aquel, pues, que sea capaz de ver estas evoluciones, debería contribuir más con su aliento y su comprensión que con sus críticas. Estos hombres dispuestos al sacrificio y a la adaptación son ya por naturaleza muy sensibles, pero lo son más en épocas en que intentan conseguir un poco de independencia y el presupuesto para su propia creatividad.

Bernhard K., biólogo, se sometió a tratamiento por una depresión. Después de un trabajo que había exigido varios años, sus experimentos no habían seguido la dirección esperada. Pero al principio no hablaba de este tema, sino de sus dificultades en el matrimonio. No siente ningún impulso hacia su mujer, sino hacia otras mujeres. Y tiene miedo de sucumbir a este impulso. Sólo al cabo de cierto tiempo comenzó a hablar de sus trabajos en el laboratorio, significativamente con la siguiente observación: «Lo que le cuento no tiene nada que ver con mi depresión. En realidad, es un contrasentido, que hable de estas cosas, puesto que usted no es biólogo y no puede prestarme ninguna ayuda en mis dificultades en el laboratorio.»

Bernhard K. se había dedicado durante mucho tiempo a un determinado experimento. El último año antes de producirse la depresión exploraba con creciente energía y propia decisión en su trabajo. Evitaba hablar de ello con sus colegas, porque creía que estaba cerca de la solución. Cuando los otros le dirigían la palabra, se mostraba desusadamente agresivo. Al final, se convenció de que se había metido en un callejón sin salida. Y entonces vino la depresión. Algunas semanas después del inicio del tratamiento, mejoraron las relaciones con sus colegas. En una de las conversaciones supo Bernhard K. algunos detalles importantes en orden a la persecución de su experimento. Durante el tratamiento pudo enumerar las razones que le habían llevado a hablar cada vez menos con sus colegas de su trabajo. Temía el influjo de los demás. Eventualmente, podrían haber demostrado que la dirección de sus experimentos no era buen camino para la solución del problema. Y temía la discusión de las alternativas. Éstas le hubieran extraviado.

Este ejemplo no es sólo característico de los procesos emocionales que entran en juego hasta que se llega a la solución de un problema y sobre los que volveremos en el capítulo VIH. El caso de Bernhard K. es también instructivo en orden a la demostración de la interconexión entre personalidad y estrategia empleada en la solución de un problema. Bernhard K. había trabajado previamente tan a fondo en su experimento que creía tener que renunciar a cualquier solución sustitutiva. Se guiaba obstinadamente por la suya, que para él era la única. Cuando se evidenció que ésta no era viable, tuvo que retroceder al punto de partida. Echó a un

lado todo el problema, porque ya no veía ninguna posibilidad de solución. Si hubiera introducido de antemano alternativas en su estrategia, ahora no le hubiera parecido un problema sin salida. Y así, los demás tuvieron que ayudarle a salir del callejón con nuevas propuestas.

Generalizando se puede decir: las personas con estructura de-presiva se extravían fácilmente en una sola posibilidad de solución y son pocos flexibles a la hora de establecer varias soluciones alternativas. Se desaniman con facilidad si el camino que consideraban acertado no lleva al éxito apetecido. En términos generales, debe ponerse sumo cuidado en el análisis de estas situaciones de desánimo, no sólo cuando se trata de trabajos científicos sino también en otros géneros de actividades. Hay que preguntarse, ante todo, si el desánimo procede sólo de la cosa misma. Puede proceder de otras fuentes, inconscientes para el afectado, que hace imposible una valoración «objetiva» del propio trabajo. Con bastante frecuencia, la verdadera razón se halla en las dificultades del matrimonio o — en los solteros — en la búsqueda de un adecuado consorte. Pueden existir aquí problemas que el individuo no quiere admitir y que han podido inducirle a buscar refugio en las actividades científicas. El mundo afectivo que surge de una situación matrimonial no bien controlada se traspone en este caso a la creatividad científica.

El expansivo-afectivo. A primera vista este tipo se da poco entre los científicos, debido sobre todo a que no posee la constancia necesaria para una actividad investigadora. Esto no quiere decir que entre estas personas no haya ningún científico. La insuficiente incapacidad de dominio se compensa con un estado de ánimo entusiasta. Los representantes de este tipo suelen minusvalorar las dificultades que se presentarán y se quedan sorprendidos cuando surgen. Si pierden el entusiasmo por la especialidad o el proyecto, pasa rápidamente a otra cosa. El dolor de la desilusión se evapora pronto.

En un equipo, estos hombres son un elemento vivificante. Su impulso extravertido crea una atmósfera agradable. Estando ellos, un día de sol es más brillante, y un día lluvioso más oscuro. Exponen de manera despiadada los errores de los colegas, pero reco-

nocen también sin reservas sus puntos fuertes. Si no toman posiciones drásticas se imaginan que no se hace nada importante. Y esto se aplica igualmente a los proyectos. Pueden comprometerse en ellos, aun antes de estar bien perfilados. Arrastran a los demás. Comienzan con ímpetu y se mueven rápidamente. Todo esto no pocas veces a costa de la exactitud y la seguridad. QUITAN toda importancia a los errores que cometen, si es que ni siquiera los advierten. Sus publicaciones llaman la atención por la gran amplitud de la exposición, la sobrevaloración de los propios resultados y, sobre todo, la multitud de artículos y comunicados, que está en abierta contradicción con el contenido ofrecido. Cuanto menos tiene que decir el expansivo-afectivo, tanto más tiene que hablar y escribir.

Pero como ya antes se dijo, estas personas no abundan mucho en el campo científico. Se las encuentra preferentemente en profesiones en las que la manifestación de las emociones personales y el cambio de papeles significan un factor positivo, por ejemplo entre los actores. Como quiera que, salvo el caso de los solistas, estas personas trabajan en grupo, su impulso extravertido y expansivo no debe hacerse a costa de la armonía del conjunto. Esto lo saben todos los directores de cine y teatro. Aquí sirve de poco atenerse exactamente al papel que uno se ha imaginado. Antes de que se fije bien este papel y sea representable, hay que comprobarlo dentro del grupo. Cada uno tiene que situarse en el conjunto total, si no quieren poner en peligro la representación.

Este ejemplo de los actores puede trasladarse a otras situaciones, tanto profesionales como de la vida. Dondequiera varias personas trabajan juntas, aflorará en cada una de ellas el deseo de desempeñar su papel mejor que las otras. Esta necesidad de rivalidad puede impulsar y hacer fructificar a un grupo, siempre que no se pierda de vista la meta común. Pero también lo puede entorpecer y destruir. Esto sucede cuando a cada uno de los componentes le es indiferente la suerte de la comunidad. Lo principal es que *él* lo consigue y se siente confirmado. Aunque, en grupos mayores, estos caracteres pueden hasta cierto punto sentirse empujados y estimulados, en los grupos menores, sobre todo en la comunidad familiar, actúan devastadoramente. El ejemplo de Cordula B. nos ofrece un buen testimonio.

Cordula acudió a la consulta porque su hijo, de 24 años de edad, padecía una enfermedad esquizofrénica. Al principio no veía la necesidad de que también ella recibiera tratamiento, hasta que se le dijo claramente que el éxito de la psicoterapia en los esquizofrénicos aumenta si también se someten a cuidados terapéuticos las personas que tienen importantes relaciones con los enfermos. El lector advertirá claramente la exactitud de esta afirmación si tiene en cuenta el siguiente capítulo de la vida de esta madre.

Cordula B. se había casado por tercera vez. Había contraído su primer matrimonio cuando apenas tenía 20 años de edad, con un hombre que la llevaba 24 años. La pareja no tuvo hijos, porque el marido no los quería y ella tampoco se sentía muy interesada por entonces. Estaba totalmente entregada a su marido, que la mimaba cuanto podía. Ella le admiraba por su agradable presencia y sus maneras intachables. Por eso se sintió tanto más afectada, cuando al cabo de tres años de matrimonio se enteró de que, ya desde los primeros días, su marido la engañaba con otras mujeres. Esto fue el final. Por su parte no veía razón alguna para que aquella diferencia de veinte años hubiera podido provocar la ruptura matrimonial.

Reanudó entonces sus interrumpidos estudios de filología. No le resultó fácil. Tenía siempre miedo a ser peor que los demás. Sus preocupaciones fueron en aumento ante los exámenes. Suspendió la prueba final y entonces perdió todo interés por los estudios, sobre todo porque por este tiempo se había enamorado de nuevo «hasta las orejas». Se volvió a casar pronto. Como su primer marido, también éste era comerciante, y sólo la llevaba 8 años. Pronto vinieron dos niños, el muchacho que más tarde padeció la enfermedad psíquica y una muchacha. Ella los idolatraba. El amor al marido se enfrió pronto. Cuando él venía a casa, apenas si podía hablar con ella. Pero ella no lo advertía, porque siempre estaba ocupada con o para los niños. Si él hacía alguna alusión, ella reaccionaba con acritud. La crispaba aquella falta de atención de su marido ante las preocupaciones de una madre tan atareada. En este sentido, también se sentía justificada cuando, de una manera más o menos clara, rehusaba la intimidad matrimonial. Las atenciones de que el marido la rodeaba constantemente eran aceptadas como la cosa más natural, mientras no se tratara de caricias corporales.

Esto lo rechazaba siempre. «Como madre se siente una diferente», era la razón que daba de vez en cuando para justificar su conducta. Fuera de esto, se sentía feliz como madre y como esposa.

Todo su orgullo se centraba en los niños. Los dos eran «mucho más guapos, educados y corteses que los hijos de su familiares y conocidos.» Esta felicidad se vio momentáneamente enturbiada cuando a los 11 años de matrimonio, el marido murió de un ataque al corazón. Los niños tenían entonces 10 y 7 años. Precisamente a causa de los niños sintió tanto la muerte del marido. Ahora ya no tenían padre. Como su marido les había dejado en una situación económica segura, miraba confiadamente el porvenir. Pronto les traería un nuevo papi, aseguraba a los tristes niños. Pero esto exigió algún tiempo. Cuando sus hijos alcanzaron la pubertad, se entendía cada vez menos con ellos. Estaba completamente desorientada, porque de pronto sus hijos se habían convertido en personas diferentes de lo que hasta ahora habían sido. Sobre todo el muchacho se mostraba muy rebelde. Ya no dejaba hablar a su madre. Se quedaba en la cama por la mañana más tiempo del debido, descuidaba la escuela. Si ella se lo reprochaba, el muchacho reaccionaba con cólera. Una vez la llamó incluso «gruñona Jantipa». Esto era demasiado para ella.

Buscó un empleo, para no tener que sostener una batalla constante con sus hijos, y se colocó como recepcionista en un hotel. Le sirvió de mucha ayuda su conocimiento de lenguas extranjeras. Pero pronto surgieron también aquí las dificultades. Se sentía poco respetada por el personal. Algunas veces creía incluso que, a sus espaldas, los demás se reían de ella. Cuando una vez dijo al botones a qué se debía que por las mañanas no saludara con mayor amabilidad, el muchacho la miró totalmente confundido. Finalmente, abandonó este trabajo, cosa que desagradó mucho a sus hijos, entonces ya de 15 y 18 años de edad. Temían el autoritarismo de su madre y, como muy pronto se pudo comprobar, era un temor perfectamente justificado. Todo lo reglamentable fue sometido a orden y control, con mucho afecto y mucho ruido. Los niños jamás habían vivido una atmósfera hogareña, como manifestó el muchacho en su tratamiento posterior.

Antes de que los niños abandonaran el hogar, Cordula B. les presentó a su tercer marido. Un día, sin previo aviso, lo trajo a casa y se lo presentó a los sorprendidos hijos con estas palabras:

«Éste es vuestro nuevo padre. No tiene tantos años como vuestro antiguo papi, de modo que vivirá seguramente más.» El marido, siete años más joven que ella, no tenía tan buena presencia, pero era un hombre muy ordenado y tranquilo, para ella a veces demasiado tranquilo. Era contable en una gran firma.

Al cabo de cinco años de matrimonio, me describió en una conversación una parte de su vida matrimonial con las siguientes palabras: «He sufrido siempre por el mal humor de mi mujer. Siempre tenía algo que oponer en todo y a todo. Si hacía yo algo que iba contra sus ideas, por ejemplo, hacer el nudo de la corbata distinto del que ella quería, ya la tenía encima. Intentaba explicarme cómo era posible que llevara nudos tan pasados de moda. Del nudo de la corbata pasaba a meterse con las hombreras y luego continuaba hasta llamarme "estropajo de cocina". Fue ella quien determinó el noviazgo y su duración, siempre con la fórmula cortés de: "¿Está bien así, verdad, cariño?". Recurría siempre a esta fórmula cuando me enfrentaba con una decisión que era ya incommovible.» Así que el señor B. no tuvo nada que objetar contra el matrimonio. Tuvo que ir al registro civil. Por un lado se sentía contento por casarse a sus 46 años, pero por otro no veía muy claro que tuviera que ser precisamente con esta mujer. No le engañaron sus temores. Fue peor de cuanto había presagiado. En casa sólo podía fumar en el cuarto de baño. En todos los demás lugares estaba estrictamente prohibido. Esta medida le fastidió especialmente porque su mujer sabía que era un empedernido fumador y, durante sus relaciones de noviazgo, no había tenido nada que objetar. Si él osaba tímidamente aludir a ello, respondía ella: «No quiero que te mueras tan pronto como Ruprecht (su segundo marido). Por otra parte, apestas el aire con el humo de los cigarrillos.» Sobran más detalles sobre esta vida matrimonial. Todos ellos no harían sino acentuar lo que la descripción anterior ha puesto ya bien en claro. En la familia de Cordula B. sólo había una persona que siempre tenía razón, que tenía que desempeñar una función, y esta persona era ella.

Pero ¿cómo veía Cordula B. la situación? No avanzamos mucho si nos limitamos a clasificarla como histérica típica. ¿Por qué razón estas personas —hombres o mujeres— tienen que ser tan dominantes? En el primer año de tratamiento, Cordula B. estaba totalmente incapacitada para dar una respuesta. O dicho más exac-

tamente: ni siquiera veía el problema. Ella no se consideraba en absoluto dominante. Al contrario, se consideraba una madre y una esposa sacrificada y dispuesta a ayudar, consciente de sus deberes y ordenada. Si — como ella decía — no estuviera siempre pendiente de los trajes de su marido, si no fregara constantemente el suelo y no tuviera la cocina limpia, la familia y la casa parecerían una pocilga. Antes los niños entraban en casa con los zapatos sucios. Le costó años que aprendieran a limpiarse los zapatos antes de entrar en el piso. Ponía numerosos ejemplos de este tenor, para demostrar que nadie debía figurarse que lo hacía por gusto. El orden, y la necesidad de orden, no le habían resultado tareas fáciles. Le hubiera gustado más leer un libro o haberse cultivado un poco más que tener que mantener el orden y la limpieza de la familia.

Lo curioso era que durante el primer año de tratamiento justificaba, desde luego, su posición en la familia, pero jamás dejó traslucir ninguna queja sobre la falta de atmósfera hogareña. En parte se comprende. En muchas sesiones se sentía oprimida bajo la preocupación de su hijo enfermo. Pero, por otra parte, no dejaba de ser llamativa esta falta de sensibilidad ante la ausencia de atmósfera íntima. Un observador imparcial podría suponer que en su tercer matrimonio habría sido mucho más inteligente para advertir y corregir su constante espíritu de contradicción y la polvareda que armaba por cuestiones mínimas. Pero de esto no había que hablar ni una palabra. Para ella la familia estaba en su justo punto si podía ordenar, controlar, mandar e imponer sus puntos de vista. Los demás carecían de voz y voto. Si, por ejemplo, la familia se sentaba a comer, podía ocurrir que se dirigía de pronto a su marido, tranquilo por naturaleza, y mucho más tranquilo ahora por la presencia de ella, y le espetara: «¿Por qué no dices nada? Al fin y al cabo, eres el cabeza de familia.» Y si el señor B., a quien el título de cabeza de familia sólo le parecía un sarcasmo, intentaba una reacción, no llegaba muy lejos. Apenas comenzaba a hablar, a las pocas frases ella le corregía, le mantenía en su sitio y, no pocas veces le calificaba de tonto y ridículo. Y todo esto estaba para ella — cuando se tocaba el tema en el tratamiento — perfectamente justificado. Porque — así explicaba su punto de vista — tenía que preocuparse de que su marido no hablara a tontas y a locas, para que no perjudicara la educación de los niños.

Al cabo de año y medio se pudo avanzar hasta el punto de que, a propósito de un sueño, contara lo siguiente: «De niña, he tenido siempre miedo. Mis dos hermanos mayores eran fuertes y seguros. Muchas veces me gastaban bromas. Se reían por ejemplo de mi extravagante peinado. Decían también que andaba como un pato. En la escuela las cosas no fueron diferentes. Cierto que algunas chicas me decían que era muy guapa. Pero no las creía. Por otro lado, entonces no daba tanta importancia a mi aspecto exterior como ahora. Me gustaba más jugar al balón con los chicos. En la escuela superior fui muy ambiciosa. Me hubiera gustado mucho ser la mejor de la clase, pero no lo conseguí. No era lo bastante aplicada para ello. Aunque los estudios marcharon muy bien, yo me consideraba completamente estúpida. Cuando mis padres me presentaban a sus amistades, yo daba la impresión de estar muy segura de mí, pero en el interior me sentía llena de miedo: "¿Qué pensarán de mí? ¿Qué impresión les causaré? ¿Me tendrán por tonta?" La presencia de otros niños me cohibía, en cuanto observaba que otro era más querido que yo. Acaso todo esto no me hubiera importado tanto, si mi madre hubiera sido de otra manera. Siempre estaba gruñendo, por los niños y por el padre. Éste no conseguía hacer nada que le pareciera bien a ella. A mí me reprochaba incluso el ser niña. Habría preferido un tercer chico. Tres chicos era el ideal. Las chicas, para ella, tenían menos valor.»

Podría ampliarse esta descripción, para comprender mejor el telón de fondo del comportamiento de Cordula B. Pero ya con lo dicho basta para advertir por qué en su contacto íntimo con su familia tenía que mostrarse dominadora, de una manera implacable y sin conceder oportunidades a los demás. Las dificultades con el primer matrimonio, el infarto del segundo marido, la esquizofrenia del hijo son sólo algunas repercusiones más llamativas de estas personalidades expansivo-dominantes en el seno de la familia. Pocas veces se establece conexión entre estas desgracias y las fuerzas destructoras que surgen de uno mismo. Pero sería erróneo interpretar estos efectos destructores como simple expresión de una mala voluntad. Se trata más bien de un intento por compensar la propia necesidad mediante un ataque intrépido. El despotismo es la huida ante sí mismo. El dolor que uno causa a los otros, se lo han causado ya otros con anterioridad.

Por supuesto, no hay ningún comportamiento que sea exclusivamente expresión de acuñaciones precedentes. De ser así, no se podría aprender ya nada en la vida posterior, ni por propia experiencia ni a través de la terapia.

El esquizoide. Entra en este apartado un tipo de personas que no pueden soportar a los demás más que a una cierta distancia. La proximidad humana les atormenta. Si se les acerca uno con amistosas intenciones o sentimientos, retroceden. Pero cuanto menos capaces son de relacionarse con hombres concretos, más, en cambio, se interesan por «la cosa». Se consagran — por lo que se refiere a los científicos— a ámbitos del saber que muchas veces exigen un alto grado de abstracción, como por ejemplo las matemáticas o la física. En esta esfera se sienten más seguros que en el irritante mundo de los sentimientos humanos. Desengañados en fases anteriores de su vida de íntimas relaciones personales, se sitúan a distancia de la repetición de lazos afectivos. Pero esto no quiere decir que los demás les sean indiferentes. Los necesitan, aunque de una peculiar manera, a saber, como masa y a distancia. «Contemplados por muchos, pero sin ser tocados», éste sería su sueño dorado, como decía una de las personas pertenecientes a este tipo. Este ser contemplados es presupuesto y confirmación de sus tareas felizmente coronadas.

En el mundo profesional esto se hace patente en la elección de actividad. Estas personas no se contentan con un trabajo que cualquier otro pudiera también hacer. Quieren algo especial. Sólo así pueden impresionar a la mayoría y, al mismo tiempo, crear la necesaria distancia. Se busca algo excepcional, para asegurar su singular posición en el mundo. Un paciente esquizoide decía a propósito de la elección de tema para el doctorado: «Me hubiera resultado imposible elegir un tema conocido. La masa de los que trabajan en él me hubiera aplastado. El sentimiento de ser uno entre millares que se ocupan del mismo asunto, me hubiera paralizado desde el principio.»

Este impulso hacia lo singular hace que surja algo creador, pero se corre también un mayor riesgo de no alcanzar la meta que cuando sólo se intentan realidades más acordes con los medios, lo que permite conquistar cotas más elevadas. No pocas veces, en

los primeros, lo único que parece exquisito y selecto es la envoltura exterior, mientras que el contenido es completamente vulgar y común. «Nada, pero bien barnizado» (Gottfried Benn). En estos casos es donde mejor pueden advertirse las frases rebuscadas tras de las que no hay contenido alguno. Ellos mismos pueden llegar a imaginar que tienen algo precioso que ofrecer pero que no está al alcance de cualquiera. Todas estas formas amaneradas y oscuras sirven a dos fines: alejar a los demás en virtud de las apariencias y encubrir lo banal. En el fondo se agazapa con frecuencia una angustia profunda, que muchas veces se pasa por alto con facilidad, si el embrollo se guarda celosamente. Piénsese en los revolucionarios académicos que predicán a las masas en lenguaje especializado. Para demostrar que están del lado de las masas trabajadoras, deben recurrir a expresiones poderosas y a una presencia exterior acorde. Las masas no comprenden lo que se proclama. Tan complicado es el lenguaje. El abismo frente a los otros no se halla en la diferencia de clases, ni tampoco en que los unos hablan un lenguaje rebuscado y los otros uno espontáneo. Se debe también tener en cuenta la estructura esquizoide de estas personas. Los responsables de su comportamiento atronador y rimbombante no son las malas circunstancias sociales, sino la incapacidad de llegar a dominar las relaciones en su propio interior.

Helmut R., estudiante de derecho, de 27 años de edad, se sometió a tratamiento terapéutico debido a agudos ataques de angustia. La angustia «caía sobre él» en numerosas situaciones: cuando tenía que hablar ante sus compañeros de estudio, cuando viajaba en un metro atestado, cuando tenía que pasar los exámenes intermedios, cuando estaba sólo con su mujer en casa o cuando viajaba con ella de vacaciones. A veces sentía ese miedo simplemente cuando otro le miraba con fijeza. «Propiamente —se expresó en cierta ocasión— tengo miedo cuando no tengo una tarea fija, cuando podría hacer lo que quisiera.» Nadie conocía su estado. Su medio ambiente tenía una idea completamente equivocada de él. Desde hacía dos años era muy conocido como presidente activo de un grupo político juvenil. En este puesto desarrollaba una notable actividad y fue confirmado en el puesto en sucesivas elecciones. Su calendario de compromisos se parecía al del director de una industria. Pero personalmente se sentía cada vez peor. Manifestó la sos-

pecha de que probablemente sólo había admitido el cargo para borrar de su calendario el tiempo libre. Porque tiempo libre para él equivalía a angustia. Pero ahora se daba cuenta de que este camino no le llevaba a la paz buscada. Consideraba su trabajo improductivo, no era capaz ni de escucharse a sí mismo en las reuniones y le parecía que era un disco rayado.

En el decurso del tratamiento afloraron a la superficie los siguientes datos biográficos: Helmut R. había sido «esclavizado y explotado por su madre». Fue su apoyo en sus numerosas enfermedades. Se aliaba con él en las múltiples discusiones con su marido. Para el paciente resultó particularmente difícil romper esta vinculación con su madre, porque ésta le colmaba de regalos. Y el joven se hundió cada vez más en la trampa. Dos situaciones pusieron en claro hasta qué punto había caído en brazos de su madre. En las primeras semanas de su época escolar lloraba con mucha frecuencia. Varias veces su maestra tuvo que enviarle a casa por este motivo. Cuando tenía 14 años, hizo un viaje a Italia con un grupo juvenil cristiano, pero sufrió tales ataques de angustia que tuvo que regresar antes de tiempo. Por aquel entonces sintió un claro «desgarrón» en sí, acompañado de la sensación de que nunca podría superarlo por sí solo. Todos los conocidos de Helmut R. se quedaron muy sorprendidos cuando, todavía en el primer semestre de estudios universitarios, contrajo matrimonio. Sobre este punto, declaró: «Sentí entonces que tenía que marcharme de casa. Pero no podía hacerlo solo. Por tanto, me casé.» Por eso precisamente se sintió más desconcertado y espantado cuando, al poco tiempo, su angustia volvió a reaparecer con redoblada fuerza y se sentía ahora, en el matrimonio, tan oprimido y encarcelado como cuando estaba en casa de sus padres. Creyó que cambiando de estudios podría dar un nuevo giro positivo a su vida. La carrera de filosofía que entonces cursaba se le antojó de pronto peligrosa dada la subjetividad de todas las afirmaciones filosóficas. Buscó, pues, una especialidad que «nada tuviera que ver conmigo». Y se dedicó a los estudios jurídicos.

Resumiendo estos datos biográficos, se ve claro que la «absorbente madre» había empujado al paciente hacia la profunda angustia que le dominaba. Que ella era la causa era algo que él podría comprender cada vez menos a medida que pasaba el tiempo. Tenía

miedo de casi todo. Esta angustia básica determinaba todas sus actividades. La consecuencia fue una llamativa frecuencia en el paso de un campo a otro. El miedo le impedía el análisis tranquilo y constante de un problema, pues le zarandeaba en todas direcciones. Por consiguiente, el miedo es capaz de impedir una planificación racional y a la larga distancia de la vida, que pueda desembocar en un trabajo creador.

Las personas de esta estructura deben aparentar sentirse próximas al pueblo, para encubrir su distanciamiento respecto de los demás. Les resulta fácil cooperar con otros. Fácilmente se quedan a un lado. Para impedirlo, se les puede asignar un puesto especial, en que deban realizar unas tareas específicas. Entonces sirven a la vez al grupo y a sí mismos. No siempre es esto posible. Algunos trabajos no admiten puestos o funciones peculiares. Por otra parte, en determinadas circunstancias los esquizoides se sienten vinculados a los demás y dependientes de ellos y esperan colaboración. No obstante, en este caso, les gustaría determinar por sí mismos las reglas del juego. Entre ellas se encuentra básicamente la exigencia — no abiertamente expresada — de qué es lo que despierta los sentimientos y pone al grupo en movimiento. De este modo, el esquizoide establece, sin quererlo, una atmósfera anti-creadora. En ella puede, acaso, brillar él mismo, pero los demás deben quedarse quietos. Toda comunicación creadora queda interrumpida. Sólo en casos muy aislados puede el esquizoide llegar a reconocer su propio modo de ser sin ayuda terapéutica: cuando abandona el medio ambiente habitual creado en su entorno y puede enfrentarse con experiencias que someten a crítica su resistencia al sentimiento y afectan a su soterrada necesidad de calor humano. De una experiencia de este tipo hablaba el jurista Rudolf N.

Había iniciado brillantemente su carrera en un sindicato industrial, pero no estaba tan satisfecho de su trabajo como había esperado. La materia le aburría. Poco a poco se fue sintiendo cada vez más irónico respecto de su virtuosismo como orador, a cuyo dominio y perfección había atribuido en tiempos pasados especial importancia. Pero cuanto menos valor daba a sus éxitos profesionales, más fuerte era su necesidad de reconocimiento y aplauso exterior. Los cumplidos que recibía le parecían demasiado inexpressivos. En el respeto que se le tributaba percibía más hostilidad

que simpatía. Desempeñaba sus tareas con creciente desánimo y decreciente vigor. Se justificaba aduciendo que le pagaban poco. Con el paso del tiempo, se fue haciendo cada vez más arrogante y altanero y se fue apartando de sus colegas. Muy pronto se encontró con que no había a su alrededor sino filas de personas silenciosas.

A Rudolf N. jamás se le hubiera ocurrido la idea de que la causa de este proceso de distanciamiento se hallaba en él mismo, si, por un incidente inesperado, no se hubiera visto en una situación completamente desacostumbrada. Estaba haciendo un viaje en automóvil por una apartada región montañosa, cuando un desprendimiento le cortó la carretera. Tuvo que detenerse en una fonda. Había en la casa unos diez huéspedes. Ante el empeoramiento del tiempo, se prepararon para una estancia de dos o tres días. Tras haber observado a la concurrencia durante la cena, Rudolf N. se sintió llamado al papel de guía. Hizo varias propuestas para aprovechar de la manera más agradable aquel compás de espera. Nadie reaccionó. Se vio desplazado al papel de mero espectador cuando los demás se sentaron en torno a una mesa redonda y comenzaron a charlar de cosas baldías, sin prestarle la menor atención. Sintió que crecía en su interior una curiosa tensión. Esto le extrañó, ya que no tenía necesidad de mostrarse interesado por esta gente. Imaginó algún recurso para llevar a cabo su pretensión. No se le ocurrió nada. Recordó por fin una anécdota referente a una situación similar a la actual. Se le escuchó con un helado silencio. Tras una pausa, los demás reanudaron la interrumpida conversación. La irritación de Rudolf N. fue en aumento. Determinó refugiarse en su cuarto. Mientras subía la escalera le asaltó tal amargura que se quedó parado, sin acertar ni a seguir subiendo ni a retroceder. Tenía la sensación de haber fracasado, sin saber por qué. Cuando más estaba allí parado, más deseos tenía de volver al grupo y al calor de la estufa. Le helaba de frío la sola perspectiva de tener que sentarse a solas en su cuarto, mientras que los demás se apiñaban y, evidentemente, se sentían muy a gusto. Vacilante, Rudolf N. volvió a bajar.

No comprendía qué es lo que le atraía en aquellos hombres «vulgares». Se sentó silenciosamente en su sitio y escuchó la suave y fluyente conversación. Se hablaba de alegrías y preocupaciones cotidianas. Se maravilló del interés que se reflejaba en los rostros

cuando escuchaban las manifestaciones *de* cada uno. Para él todo aquello era muy distinto de las animadas conversaciones que tanto le gustaban. De pronto alguien le preguntó si tenía hijos. Se apresuró a trazar una descripción de sus hijos en la que más de una vez dejó deslizar autoironías, para no dar la impresión de ser un delator. Nadie pareció impresionado. Al revés, le preguntaron si realmente estaba hablando de *sus* hijos. Y súbitamente, Rudolf N. comprendió de qué se trataba. Había hecho una exposición muy bien preparada, pero acaso ni él mismo creía lo que había dicho. ¿Cómo podría describir en concreto a sus hijos? Por mucho que se esforzaba, de momento no podía recordar más que algunas fotos, en las que aparecían extrañamente vidriosos. De pronto ya no se sintió superior a los demás, sino más bien a su merced. Pronto llovieron las críticas sobre él. Los demás le manifestaron, sin rodeos, la impresión impersonal, desagradable, fría, distante y enmascarada que les había producido. Cuando sonó la voz «máscara» sintió como si algo se resquebrajara dolorosamente en mitad de su rostro. ¿Cómo debía comportarse? Miró a los demás. Por primera vez sintió que empezaban a interesarse. Vacilante, y un poco quebrado, comenzó a hablar de la falta de sentido de su trabajo. Reaparecieron de nuevo los sueños que había tenido en su juventud. Recordó de pronto a su mujer. ¿Había hablado con ella muchas veces de esta manera abierta y confiada? Se había tenido que conformar con aquella máscara, lo mismo que tiempos atrás hicieron con él sus padres, que reprobaban todo lo que era espontáneo y personal. El mal tiempo le dio la oportunidad de reflexionar con calma y de hablar, durante dos días, de su situación. Entonces vio claro hasta qué punto se había atrincherado frente a todo el mundo. ¿Cómo podía él, que nunca había manifestado una emoción, esperar manifestaciones sentimentales de los demás? Nunca se había concedido tiempo para dejar que las demás personas actuaran sobre él. En el seno de su familia se comportaba igual que en la oficina. Ahora tenía que enfrentarse con la pregunta si no había producido en todas partes la misma impresión de cuerpo extraño que había causado entre los huéspedes de la posada. ¿No había comprobado muchas veces cómo, cuando llegaba a casa y le veían desde la ventana, se interrumpían los juegos y las conversaciones, qué a gusto se sentían sin él sus hijos y cuán cohibidos cuando estaban

todos juntos? ¿Y no era frecuente que las mejores ideas aparecieron en el despacho cuando él no estaba presente? Antes había considerado todos estos hechos como expresión de hostilidad. Ahora reconocía que su negativa a interesarse por los demás había perjudicado a otros.

Este ejemplo pone en claro hasta qué punto los derechos especiales que el individuo reclama para sí en virtud de su personalidad pueden lastimar al grupo. Todos, menos uno, tienen que conformarse con un papel receptivo. Pero en estas circunstancias, apenas nadie se considerará motivado para un trabajo en colaboración. Se produce resistencia que finalmente hace estallar la identidad del grupo. Y precisamente de este factor depende la creatividad de todo grupo de personas.

3. *Características de los grupos creadores*

Se plantea ahora la pregunta de qué es lo que distingue, propiamente hablando, a un grupo creador de otro que no lo es. Dos características parecen ser esenciales en este aspecto.

a) Los miembros de un grupo creador se identifican más fuertemente con el objetivo común que en un grupo no creador. Este dato parece hallarse en contradicción con otros resultados, que acentúan la resistencia de hombres creadores a trabajar dentro de su grupo. Pero la contradicción desaparece si se tiene en cuenta que aquella resistencia contra el trabajo de grupo es más acentuada allí donde el individuo se siente preterido en sus propias capacidades y peculiaridades, es decir, donde tiene que funcionar según lo que otros quieren. La opresión de la propia individualidad debilita la disposición a la identificación con el grupo y más aún, desencadena la guerra contra él. Además, esta disposición a la identificación depende también, naturalmente, de hasta qué punto la calidad de la tarea propuesta depende de la dedicación de todos. Una comisión, constituida para la labor de consulta y elaboración de una propuesta de ley, difícilmente conseguirá que todos sus miembros se identifiquen en igual medida con el objetivo del grupo. Ocurre aquí algo parecido a los consejos administrativos. Basta con que algunos de los miembros se preocupen de la materia. Los otros

se limitan generalmente a dar su voto. Están sólo periféricamente interesados en las cuestiones discutidas. Lo que se discute no tiene ni voluntad ni capacidad de grupo. Se trata de una comunidad sólo en apariencia.

Diversa es la situación de un grupo en el que el resultado creador depende de la dedicación de cada uno. Un equipo de hockey, cuyo rendimiento se evalúa por la labor del conjunto, no puede abandonarse a los méritos de dos o tres jugadores. Cada uno debe dar lo mejor de sí, no sólo individualmente, sino en orden al conjunto. Pero éste no es el caso normal en los grupos. Generalmente, cada uno hace lo mejor que puede para sí; los demás quedan en un segundo o en un tercer lugar. Y no hay que suponer que se actúa así a ciencia y conciencia. Sucede inconscientemente, diríamos que por la naturaleza de las cosas. Piénsese por ejemplo en un ministro que ataca la línea del gabinete. Puede, y aun debe hacerlo, a condición de que no amenace la meta común. Pero precisamente entre los políticos esta meta común de un grupo se da sólo de forma transitoria y aun esto sólo de cara al exterior. Incluso las más excelentes metas políticas, que en realidad sólo pueden alcanzarse mediante un esfuerzo comunitario, sirven muchas veces para ocultar miras personales. Un buen ejemplo lo ofrecen las luchas, objetivamente dañosas y muy caras, para la ampliación de jurisdicciones. El miedo a la pérdida de prestigio hace imposible toda identificación duradera con una meta común.

b) Un mayor interés en la consecución del objetivo del grupo lleva a un mejor aprendizaje. Este proceso de aprendizaje en el grupo incluye, en primer término, la familiarización con los puntos fuertes y débiles de los demás. Ya esto mismo marca una clara diferencia entre grupos creadores y no creadores. Estos últimos se detienen en el primer peldaño del proceso de un mutuo conocimiento. Se contenta con clichés y juicios anticipados que fomentan las animosidades y rivalidades. Con esto, se debilita la confianza y una concepción diferenciada. Nadie puede mostrar al otro su lado verdadero. Nunca se pregunta por él. Cada cual debe desempeñar la función que los demás le adscriben. La incapacidad de aprendizaje de tales grupos se evidencia muchas veces en un dejarse llevar por la figura dirigente. Y ésta se establece bien a base de determinadas reglas de competencia (capataz, maestro, jefe de sec-

ción, director, gerente) o surge espontáneamente debido a su calidad dentro del grupo. Los demás aprenden sólo lo que permite la adaptación o la protesta frente a la figura dirigente. La contribución individual para el grupo es, por tanto, menor que la de un equipo creador, que va más allá de los primeros clichés de contacto. Entre estos clichés de contacto hoy normales se encuentra también el modelo de orden de rango, tomado de la investigación de la conducta.

Los órdenes de rango aplicados a los hombres no son estructuras biológicamente determinadas — que ni siquiera en el reino animal son inalterables —, sino conjuntos de factores o circunstancias que deben poder aprenderse cuando se da una motivación adecuada. Éste es el primer peldaño del aprendizaje de grupo. Partiendo de la base de una sensibilidad perfeccionada para las cualidades propias y ajenas, se mejora también la armonía del grupo total. Ya no se trabaja al lado de o contra otros, sino con y para otros. Cada uno complementa a los demás respecto de la meta común. Este complemento puede consistir — según sea la meta del grupo — en el carácter, en los conocimientos, en la experiencia o en otros valores. El grupo creador no confirma las faltas de los débiles, sino que poco a poco les libera de sus debilidades. Pero para esto se prerrequiere una clarificación de las relaciones emocionales entre los miembros del grupo. La sensibilidad es imprescindible. Básicamente se pueden distinguir dos géneros de emociones. El primero de ellos se refiere a los efectos que son introducidos en el grupo desde fuera y el segundo a los sentimientos que surgen dentro del grupo como reacción frente a los acontecimientos. La comparación de estos dos géneros ayuda a comprender y corregir las propias emociones. Los afectos son indiferenciados y «en bruto», las respuestas son concretas y exactas. Si alguien dice: «Considero que el argumento es insostenible» o «me siento desbordado por esta proposición» resulta posible responder a estas indicaciones más razonablemente que si alguien dice: «Esta afirmación es estúpida.» En este segundo caso, los afectos suben de temperatura.

En todo grupo creador debe ser posible manifestar abiertamente los pensamientos. Esto no tiene nada que ver con las reacciones perturbadoras provocadas por conflictos. Al contrario: la mayoría de los conflictos de un grupo podrían evitarse si cada uno mani-

festara sus sentimientos, en vez de dejarse arrastrar por ellos. Es mejor decir que uno está irritado que no reaccionar con irritación. Dondequiera dos colaboradores se separan uno del otro con la cara roja, puede afirmarse que no se trata de un problema de grupo, sino primariamente de una muestra de su propia infantilidad. Estas disputas bloquean la creatividad del grupo. Generan confusión. Nadie comprende lo que pasa, a no ser que alguien se identifique con alguno de los adversarios en razón de una problemática común. Pero entonces se echa al olvido la meta establecida para el grupo. Si los participantes fueran conscientes de sus sentimientos podría evitarse o eliminarse la mayoría de los conflictos. Muchas veces se trata de roces paralizadores de la creatividad surgidos de algún mal entendido. Las fantasías inconscientes, o al menos inadecuadas, que se desarrollan sobre este error, pueden complicar la situación hasta hacerla inviable. Un ejemplo de ello:

En una empresa se producían tensiones continuas entre dos directores de sección. Con el correr del tiempo también se resintió la cooperación de todos los empleados de cada uno de los dos jefes. Por lealtad a sus superiores se consideraban obligados a mantener una actitud de reserva frente a los miembros de la otra sección. Este consciente distanciamiento degeneró en animosidades personales. Al final, las dos secciones trabajaban una contra la otra, en vez de una con o para la otra. La dirección general estaba ya pensando en una reestructuración a fondo de todo el departamento, cuando se descubrió que todo aquel asunto no era más que la escalada de un mal entendido relativamente pequeño. En una conferencia, Arnold S. tuvo la sensación de que había molestado al otro jefe de sección, Dieter P. Como ya contaba con el ataque de éste, adoptó una actitud defensiva y procuró no encontrarse con él. Pero a Dieter P. no le había molestado aquella manifestación, porque en aquel preciso instante dedicaba toda su atención a una compañera. Sí se sintió en cambio herido por la reserva que de pronto un día empezó a manifestarle Arnold S. Consideró esta reserva como una hostilidad inmerecida, que le quitó toda alegría en la mutua colaboración. Ambos se cerraron en sí, ofendidos. Cada uno de ellos recibía con refunfuños lo que el otro le exponía. Gracias a algunas presiones que se les hicieron mantuvieron finalmente una conversación. Cada uno de ellos se quedó sorprendido

de ver cómo el otro se esforzaba por expresarle su simpatía. En esta atmósfera resultó posible discutir a fondo el asunto. Se descubrió entonces que cada uno de ellos sentía la necesidad de cooperación por parte del otro. Nada se oponía ya a una reanudación esperanzada de la antigua colaboración.

Es un pequeño ejemplo, que se repite todos los días, de las devastadoras consecuencias que los sentimientos y las impresiones no expresadas pueden causar en el grupo. Esto ocurre sobre todo cuando alguien se siente tan a disgusto en el grupo que desearía abandonarlo. Por desgracia, muy pocas veces se consigue discutir con calma el asunto. Por regla general, el que se siente descontento se comporta de una manera destructora. Se muestra pasivo, obstinado, se aparta de las metas propuestas, critica los pasos positivos y, en el caso extremo, se dedica a atizar a los miembros del grupo unos contra otros. Nadie quiere entonces trabajar más que los demás. El que emprende algo recibe burlas o es humillado. Cosecha aplausos sólo aquel que favorece las tendencias regresivas del grupo, contando por ejemplo chistes, haciéndose eco de la crónica escandalosa o trayendo golosinas o licores. Aquellos que quieren hacer algo productivo se sienten inseguros y obstaculizados. En estas circunstancias sólo puede impedirse la disolución del grupo si los descontentos pueden expresar con claridad sus sentimientos. Pero esto no deberá hacerse de manera hiriente; por ejemplo bajo la forma de acusaciones o injurias. En este caso quedaría bloqueada toda posibilidad de remedio. El que se siente descontento debería describir su estado de ánimo con la mayor exactitud posible y explicar con todo detalle las causas. Cuanto mayor es el cuidado que se ponga en el análisis de la situación, más fácil resultará hallar la solución adecuada. El hecho de que un miembro del grupo esté descontento o no quiera seguir adelante es para el grupo menor carga que tener que lidiar constantemente con sus maniobras perturbadoras. Por otra parte, tal vez tras el esclarecimiento de los hechos sea posible dar con una solución de compromiso que satisfaga a todas las partes.

Otro fenómeno paralizador de la creatividad en un grupo es la falta de iniciativas propias. Cada uno espera el empujón de fuera, generalmente de la figura dirigente. Y si esto deja de producirse durante un largo tiempo, se crea una tensión. Dondequiera se reúnen

varias personas para un trabajo en común, se suceden las fases de una marcha de los trabajos madura y bien dirigida a la realidad con situaciones regresivas en las que dominan las necesidades emocionales personales. Esto es inevitable. Precisamente, según las últimas investigaciones, sólo son estables los grupos en que es posible la alternancia de estos dos procesos. Desde luego, el grupo en cuanto tal sólo puede mezclarse en las situaciones afectivas individuales hasta un determinado límite. No puede satisfacer todas las pretensiones infantiles. Se trata aquí de encontrar un buen punto de equilibrio entre las necesidades «arracionales» de los particulares y las «presiones objetivas» de la tarea. El mejor modo de garantizar este equilibrio es establecer una relación entre el intercambio de sentimientos en el grupo y la colaboración de cada uno de los miembros. El que no consigue hablar de sus tareas, o lo consigue incompletamente, se sentirá descontento. Una regla básica en estos casos aconseja escuchar atenta y tranquilamente lo que los demás cuentan de su trabajo. Antes de pedir la palabra, es preciso reflexionar a fondo y con aguda penetración sobre lo que se quiere decir. Ya esto sólo crea en cada uno de los miembros un sentimiento de seguridad y competencia. La atención y el interés se consiguen mejor cuando los puntos de conversación son muy concretos. El que extrae sus aseveraciones de la propia experiencia y observación, despierta en sus oyentes mayor atención y participación que los oradores que se refugian en abstracciones. El que sólo razona, despierta fácilmente enojo. Las descripciones plásticas y expresivas movilizan la actividad. Cuanto mayor es la resonancia del sentimiento, más crece el compromiso de unos por otros y por las metas del grupo.

Éstas son algunas de las líneas directrices del trabajo creador en un grupo. No se trata de técnicas complicadas y de rituales difícilmente comprensibles para repertorio de un grupo que quiere realizar algo creador. Se trata más bien de comprender y aplicar las máximas que han sido desde siempre la regla de las relaciones interhumanas fecundas. Por lo demás, a la larga estos principios sólo serán aplicados por aquellas personas que estén interesadas en su propia creatividad y la del grupo en que viven. Matrimonios que no quieren amar de una manera más diferenciada que la de sus padres, artistas que son más brillantes que inspirados, funcio-

narios que sólo quieren administrar y no innovar, y todos aquellos a quienes nada importa su potencial creador: a todos éstos no se les puede ayudar ni con las mejores reglas.

Así pues, la creatividad sólo puede funcionar dentro de un grupo si cada uno de los que lo componen quiere llegar a lo mejor de sí y por ende a sus mejores posibilidades. Pero para esto necesita del contacto con una capa de la personalidad que no se ha explicado aún en las páginas precedentes. De ella hablaremos en los dos últimos capítulos de este libro.

CREATIVIDAD Y MADUREZ

1. *Fases evolutivas del proceso creador*

Pueden pasar muchos años y darse muchos rodeos antes de que se llegue hasta sí mismo y se alcance la medida personal de creatividad. Pero el camino no deja de ser creador, sólo porque es camino. Esforzarse por hallar la recta senda es ya un acto creador, independientemente del valor «objetivo» del producto. Aquí no pueden establecerse reglas de validez general. Cada uno debe hallar su camino y su meta, de acuerdo con sus disposiciones, su educación y su medio ambiente. En este camino se pueden distinguir dos aspectos diferentes: por un lado la vivencia del propio acto creador y por otro la clasificación exterior del producto creado.

Por lo que se refiere a los actos concretos, se han hecho numerosas investigaciones sobre su proceso. Maslow (1970) describe detalladamente su fenomenología. Buchenholz y Maumburg propusieron un modelo de cinco fases de estas experiencias. Entre los escritores y pintores que he tratado personalmente he hallado confirmadas, por lo general, tres de estas fases, no siempre las cinco. En la primera aparecen la angustia, la inseguridad, las dudas y el abatimiento. El escritor Xaver B. describe: «Cuando me siento por las mañanas ante mi máquina de escribir, estoy lleno de miedo. Ya al despertarme tengo un penoso sentimiento de desorientación y fastidio. Me pregunto una y otra vez: ¿qué vas a lograr en las próximas horas? ¿Vas a conseguir algo? ¿O echarás a la papelera mañana, o pasado, o dentro de un mes, todo lo que escribiste hoy?»

Los sentimientos negativos de la primera fase son justamente los máximos responsables de que la mayoría de las personas sean en la profesión o en la familia menos creadoras de lo que podrían ser. Un estudiante de derecho, a quien le preguntaron por qué no se esforzaba por mejorar sus estudios, respondió: «No sé qué es lo que me pasa. No tengo dificultades en aprender. Comprendo las materias. Me gustan las operaciones lógicas. Cuando doy las lecciones de repaso lo abarco todo. Pero me cuesta mucho esfuerzo dedicarme a lecturas jurídicas que no necesito incondicionalmente para mis estudios. Lo he intentado muchas veces, pero sin éxito. Mi interés era demasiado escaso.»

Esta impresión podría ser típica de un estudiante, pero no suficiente para rehuir ya el primer paso de un acto creador. Como complemento, aduciremos la observación de una mujer consagrada a la política: «Me siento feliz cuando me dedico a la lectura de folletos, programas y actas. Esto me distrae. No se requiere aquí una toma de posición razonada. Al acabar digo casi exactamente lo mismo que un viejo amigo mío: puedo confiar en el hombre. Pero algunas veces he pensado que debería también formarme mi propia opinión. Sin embargo, todo intento en este sentido fracasa. Una y otra vez prefiero que me aconsejen mis amistades. Para poder dar mi propio juicio, tendría que reflexionar y leer. Acaso alguna vez podría hablar ante el parlamento. Pero si lo intentara, seguramente me saldría mal.»

Esta descripción se refiere, en principio, al mismo nivel de sentimientos que aparece en el inicio de todo acto creador. Los no creadores fracasan ante esta barrera, mientras que los creadores pueden saltar la valla. Más aún, algunas personas creadoras viven esta valla como una auténtica prueba de fuerza, aunque al principio se sienten impotentes ante el obstáculo. Robert Pinget, representante del *Nouveau roman* (nueva novela) cuenta: «Una cosa es segura: al principio no sé nunca qué diré. Creí durante mucho tiempo que se trataba de una debilidad, pero no existe ninguna posibilidad de dar un rodeo, porque ésta es mi única fortaleza y lo que me da fuerza para seguir.»

En el decurso de la segunda fase las emociones negativas comienzan a contrapesarse. Aumenta la seguridad. Paralelamente, se produce un creciente encapsulamiento respecto del mundo exterior.

El mencionado escritor Xaver B. dice sobre esto: «Cuando ya tengo la idea y comienzo a escribir, me hundo en mí mismo y me concentro. Espío hacia adentro. Cualquier molestia exterior me irrita desmedidamente. Mi mujer sabe que entonces no se me puede molestar. Si no puede impedir, aun poniendo todo su mejor cuidado, una interrupción, vibro en mi interior. Algunas veces sería capaz de ponerme a gritar. Tan sensible soy en este instante.»

Si se da con una solución satisfactoria, caen súbitamente las cortinas que se habían alzado contra el mundo exterior. Se abre uno, busca expresamente a los demás. Se les querría comunicar la noticia del nacimiento de la solución acertada. El citado escritor Xaver B. lo vive así: «Cuando estoy escribiendo llega un punto en que mi encapsulamiento se diluye, sobre todo cuando lo que acabo de escribir me gusta. En estos momentos me siento tan seguro de mí que levanto todas las barreras frente al exterior. Muchas veces voy donde está mi mujer. Y tiene que escuchar lo que he hecho. Me gustaría que estuviera tan animada y entusiasmada como yo.»

Se puede comprobar la existencia de estas tres fases, con diversas variantes, como experiencias básicas de un acto creador. Cada una de ellas puede durar desde algunos minutos hasta varias horas, según el problema, la dificultad de la tarea y la motivación. Pero más importante aún que la cuestión de las vivencias durante el acto creador es la de su significación para la personalidad. Quien nunca consigue realizar una actividad creadora, queda, en definitiva, alienado de sí. Busca inútilmente un sentido para su que-hacer, por muy importante que éste pueda parecer a los demás. La felicidad que todos anhelan pero que muy pocos experimentan es, en definitiva, la felicidad del creador en su creación, por muy pequeña que pueda parecer a los ojos ajenos. Esta experiencia básica es parte esencial de las llamadas *peak-experiences* (Maslow 1962), de las que también forman parte las vivencias tenidas durante el acto creador. Si se recuerdan algunos de los aspectos que Maslow fue el primero en describir, se comprenderá la importancia de las vivencias creadoras para la evolución de la personalidad. De sus investigaciones se desprende: la persona empeñada en un acto creador, se siente más integrada que en el estado normal; está más fuertemente unida al mundo que de ordinario;

siente que funciona sin esfuerzo ni tensión; se vive a sí misma como fuente activa de su quehacer y de su vivir; se nota libre de limitaciones; es más espontánea y expresiva que antes; responde más desde su yo interior que en virtud de fuerzas exteriores; se siente desligada de las fuerzas instintivas inferiores; se vive como un ser agraciado.

Que estos rasgos basten para caracterizar totalmente la vivencia creadora importa menos que el hecho de que así se pone en claro la diferencia entre los estados del *status quo* o retroceso y los estados creadores. Sólo el hombre que se renueva constantemente y renueva su obra, que crea de nuevo, vive en armonía consigo y con el mundo. No otra cosa dicen las categorías descritas. Para arrojar más luz sobre ellas, daremos a continuación las descripciones de algunos pacientes. En ellas se verá que no todos sienten y reflexionan el mismo aspecto de una creatividad creadora. Unas veces aparece más acentuada una vivencia y otras otra diferente.

«Sólo me encuentro a gusto cuando estoy jugando con mi hijo, de tres años. Nada me puede distraer de esto. Fuera de estos momentos, estoy con frecuencia nerviosa y descentrada» (una madre de 28 años).

«Mi praxis médica no me proporcionaba ya ninguna alegría. Era mera rutina. Siempre los mismos pasos, las mismas preguntas y respuestas. En mi vida diaria sentía con frecuencia animosidad contra mis pacientes, más, contra el mundo entero. No pocas veces me hice el reproche de que trataba a los enfermos con demasiada indiferencia. Pero desde que hace unos años empecé a pintar, ha cambiado todo. Pongo más atención en cada enfermo concreto. Percibo una mayor unidad y me siento de nuevo en el mundo» (un médico de 60 años, dedicado a la praxis médica).

«Desde que me he acostumbrado a adivinar los deseos de los clientes, no sólo mi profesión sino toda mi vida han recobrado su alegría. Cada día descubro una nueva clase de hombres. Para mí el mundo es cada vez más rico y variado» (una dependiente de 35 años).

«Desde el día en que comencé a dedicar regularmente 20 minutos a la meditación, todo marcha mejor. El esfuerzo de voluntad que tenía que imponerme al principio por las mañanas se ha trans-

formado, con el tiempo, en una gran fuente de energía. Desde entonces no he vuelto a estar enferma. Tampoco me desenvuelvo de manera tan apocada como antes. Cuando hablo con personas importantes, me vienen con más facilidad las ideas y las palabras. Ha desaparecido casi por completo el miedo a hablar en público» (una maestra de 34 años).

«Antes nunca era dueña de mis propias decisiones. Hacía siempre lo que los demás querían y esperaban. Primero fueron mis padres, luego las diferentes personas a las que he amado. Sólo a través de la psicoterapia he hallado el camino hacia mí misma. De día en día crece mi conciencia de que soy *yo* quien debo configurar mi vida. Esto nada tiene que ver con la rebeldía. Es la alegría de configurar activamente la propia vida» (una ama de casa de 55 años).

«Nunca antes se me había ocurrido enjuiciar la labor de mis colaboradores. Rehuía toda toma de posición. Ahora puede juzgar, sin necesidad de herir o de tener que alabar sin razones objetivas. Mis juicios son más diferenciados. Atribuyo todo esto al hecho de que camino a pie varios kilómetros al día» (un empleado de 38 años).

«Se me hizo difícil dejar de fumar. Pasaron meses hasta que lo conseguí. Desde entonces, siento que no reacciono ya tan impulsivamente. Antes de hablar, me hago cortas y profundas reflexiones» (un comerciante de 42 años).

«Antes de la psicoterapia apenas si sabía estudiar bien. Estaba casi siempre pensando en mi amiga. Sólo el contacto sexual con ella aportaba un rayo de luz a mi vida diaria. Ahora puedo tener alegría también en el trabajo. Preparo con mayor intensidad mis estudios. En conjunto la vida es ahora más placentera que cuando distribuía mis días según mis experiencias sexuales» (un estudiante de 28 años).

«Advertí poco a poco que sólo reaccionaba por odio a mis enemigos. Mis discursos eran malos, mi concentración miserable. Cuanto más me libré de mis agresiones, mejor pude trabajar, también en favor de mi partido» (un político de 43 años).

«Yo tenía que ser el centro. Todos debían orientarse hacia mí. Dominaba a mi mujer y a mis hijos de una forma muy disimulada. Era el tirano de la familia. La familia se hubiera disgregado si la psicoterapia no me hubiera liberado de aquel afán de dominio del

que al principio ni siquiera tenía conciencia» (un padre de 48 años).

Se podrían ampliar cuanto se quisiera estas descripciones¹⁰. Todas ellas aportan, en definitiva, un complemento a lo que se ha explicado con mayor detalle en los capítulos precedentes: lo creador sólo puede irrumpir cuando uno se encuentra a sí mismo y se libera lentamente de las fuerzas exteriores y de los instintos uniformantes de la sexualidad, la agresión y el afán de poder. Este proceso puede advertirse también en la vivencia del acto creador. En el último capítulo se explicará por qué a pesar de este proceso «activo», lo creador se vive también como un don del sí mismo.

Este puñado de indicaciones sobre la fenomenología del acto creador bastarán en este contexto. Volvamos ahora al proceso creador. Se da aquí una serie de clasificaciones según criterios más extrínsecos, cuya misión es describir no la vivencia, sino los pasos o fases formales que deben llevar hasta el «nacimiento» de la obra definitiva. En las ciencias naturales es normal, por ejemplo, distinguir entre planteamiento del problema, formulación de hipótesis, investigación empírica y publicación. Esta clasificación puede abarcar más estadios. Algunos distinguen las siguientes fases: descubrimiento del problema, preparación, frustración, incubación, iluminación, verificación y comunicación. Hay autores que admiten esta clasificación, otros reducen a cinco las etapas en cuanto que consideran como una sola y misma fase el descubrimiento del problema y su preparación, y tampoco entienden como una fase especial de la creatividad la publicación de los resultados.

No hay que tomar al pie de la letra estos y otros parecidos esquemas. No en todos los casos ni en todos los planes se distinguen estrictamente cada una de las fases. Por otra parte, no siempre el proceso creador se produce según las secuencias indicadas. Así por ejemplo, la frustración y la incubación pertenecen todavía a la etapa de descubrimiento del problema y su preparación, aunque con un acento diferente. La clasificación de fases de este tipo

10. Estas manifestaciones arrojan luz también sobre los diferentes caminos de lo creador. El elemento común se encuentra fundamentalmente en la experiencia del instante creador, con independencia del punto o modo en que éste puede surgir. «En el instante creador, considerado como la vivencia culminante, el hombre se siente estimulado por el sentimiento de ser creador y por aquello que ha creado. Surge al final de un largo y agotador proceso, que está acompañado de tensiones, dudas y otras emociones desagradables. Estas emociones desaparecen en el instante del acto creador. De pronto, brota en el "creador" la fuerza, el orgullo y las sensaciones placenteras» (Panzarella).

tiene sentido si las entiende como acentuación de algunos aspectos del proceso creador. Se las puede utilizar a modo de hitos y preguntarse en qué medida esta o aquella fase del proceso creador es influida por las distintas clases de personalidades. ¿Cómo llega el afectado al problema? ¿Por sí mismo, o son otros los que le han enfrentado con él? ¿Son básicamente razones de carrera o bien intereses personales los que motivan el descubrimiento del problema? ¿Posee la necesaria sensibilidad y flexibilidad para el problema? ¿De qué condicionamientos extrínsecos depende la elección de la problemática? ¿Cómo se estructura el problema al comienzo del trabajo? ¿Cómo se presenta en el decurso de la incubación y cómo al final del trabajo? ¿Qué frustraciones ha habido que superar en el camino? ¿Qué clase de obstáculos ha debido vencer?¹¹.

La clasificación de las fases, con sus correspondientes preguntas, puede aplicarse también, en principio, a las actividades artísticas, por ejemplo a los compositores o escritores. En estos casos, el planteamiento y la solución del problema cuentan con mayor abundancia de datos biográficos que en los científicos. El investigador se orienta hacia soluciones lo más objetivas posibles, independientes de su vida personal. Lo creador es aquí básicamente el objeto mismo creado, mientras que en los artistas, por el contrario, lo creador es no pocas veces lo subjetivo, lo enteramente personal e individual. No es inhabitual, por ejemplo, que los escritores adornen literariamente algunas fases y aspectos de su vida. Los nombres de Dostoyevski, Gide, Proust, Kafka, y, en tiempos más recientes, Soljenitsin son sólo los representantes de otros muchos¹².

En este capítulo queremos dedicar alguna mayor atención a la fase de la incubación. Es la fase que precede a la iluminación. Esta

11. Günter Grass indica la gran importancia de estas al parecer «exterioridades» cuando, reflexionando sobre el origen de su *Blechtrommel*, escribe: «Además de esto, yo era ya famoso y, al escribir, no podía ofrecer frutos mediocres. Desde entonces se me hace difícil escribir.»

12. También dentro de las obras de los compositores entran algunos elementos biográficos, al menos en los «oídos» del propio creador. En una conversación con Freud, dio Gustav Mahler una explicación psicológica de algunas banalidades de su música. Habló de odiosas escenas entre su padre y su madre. Una vez, en que fue testigo de aquellas discusiones allí corriendo de casa. Fuera, oyó a un mozo de cuerda tararear de la más trivial manera la canción «O du lieber Augustin — alies ist hin». Mahler interpretó esta coincidencia de acontecimientos trágicos y banalidades como la causa de ciertas banales peculiaridades de su música. En todo caso, estaba convencido de que no alcanzaría, como compositor, aquello que él estimaba como el rango supremo (Blaukopf 1969).

fase creadora ha ocupado ya la atención de los que se han preguntado por la esencia del proceso creador. Para muchos, constituye incluso el centro. Es difícil comprender su naturaleza, porque discurre a nivel inconsciente. Es la única etapa del proceso creador que escapa ampliamente a una intervención consciente. Personalidades creadoras de los más diversos campos coinciden en afirmar que muchas veces han hallado la solución durante el sueño.

El ejemplo más conocido es el del anillo de benzol, descubierto en el año 1865 por August Kekulé von Stradonitz. Soñó con una serpiente que se mordía la cola y entonces se le ocurrió la fórmula exacta, en forma de anillo, de la estructura del benzol. En sus memorias, el filósofo americano W.B. Cannon (1871-1945) describe un buen número de casos muy expresivos. «Desde joven poseo, de una manera enteramente normal, la inmerecida ayuda de ocurrírseme de pronto, y de manera completamente inesperada, ideas nuevas. Cuando cursaba los estudios medios, me fastidiaban algunas veces los deberes de álgebra, cuya solución no veía en modo alguno clara cuando me acostaba por la noche. Cuando me despertaba al día siguiente, los pasos a seguir eran de una evidencia meridiana y alcanzaba rápidamente la solución. Una vez me dieron un complicado juguete, que no funcionaba bien. Busqué con afán el mecanismo, pero no vi dónde podía estar la avería. Decidí, pues, consultar una vez más con la almohada. Cuando amaneció, me pareció que la manipulación que tenía que hacer era la cosa más evidente del mundo, y pronto puse el juguete en marcha. También después me he acostumbrado a confiar en que los procesos inconscientes me sirvieran de ayuda y conseguí incluso una cierta rutina; por ejemplo, cuando tenía que preparar una alocución pública. Resumía los puntos básicos y los escribía a grandes rasgos. En las noches siguientes me despertaba de vez en cuando y me ocurrían ejemplos ilustrativos, fórmulas aceptables e incluso ideas nuevas que encajaban perfectamente dentro del conjunto ya perfilado. Tenía siempre a mano papel y lápiz, de modo que pudiera fijar los fugitivos pensamientos antes de que se hundieran en el olvido. Estaba tan habituado a este proceso, me parecía algo tan seguro, que supuse que todos podrían servirse de él. Pero evidentemente no es éste el caso.»

Así lo ha demostrado una investigación de W. Platt y R.A. Ba-

ker: interrogaron a 232 químicos sobre posibles «vivencias de iluminación». El 33 por ciento de los investigadores respondieron que habían llegado a la solución de un problema importante por iluminación o revelación; el 50 por ciento hablaba de iluminaciones ocasionales y sólo un 17 por ciento dijo que nunca les había ocurrido este caso.

La conciencia no puede «empujar» las soluciones creadoras. Se requiere tiempo y espacio de maduración. La incubación crea la distancia adecuada para la solución correcta. Quien se aferra demasiado obstinadamente a una posibilidad de solución, corre el peligro de no apartarse de ella ni siquiera cuando es objetivamente falsa y se hace preciso explorar nuevos caminos en el planteamiento del problema. Pero esto no quiere decir que una fructuosa incubación esté en contradicción con una dedicación intensiva al problema. Al contrario: una incubación prometedora de éxitos presupone una concentrada dedicación a la problemática y una cuidadosa preparación. Sobre esto escribe Cannon: «En los casos típicos, la iluminación ocurre tras un largo estudio y surge en cierto modo en la conciencia en un momento en el que el investigador no está pensando en este problema. Brota de un conocimiento profundo de los hechos, pero, en lo esencial, es un salto de la imaginación. Resulta de un proceso espontáneo del pensamiento creador.»

Además, la colaboración del inconsciente prerrequiere también una toma de posición acertada respecto de la solución del problema. Si esta posición falta, se producen perturbaciones en la incubación y una total inutilización del proceso de maduración. En las líneas siguientes examinaremos estas perturbaciones del proceso de incubación. Las unas causan una incubación demasiado corta, demasiado «verde», las otras una incubación demasiado madura. Para terminar, se describirán algunas combinaciones especiales de factores en las que fuerzas inconscientes y autoagresivas bloquean la capacidad de incubación.

2. *Frutos inmaduros*

Son muchas las causas que pueden determinar una incubación demasiado corta. Una de las más frecuentes y generalizadas es la

impaciencia, de la que habla Nietzsche en su libro *Menschliches, Alzumenschliches*: «Hay espíritus altamente dotados que son siempre infecundos sencillamente porque, debido a una debilidad de temperamento, son demasiado impacientes para esperar todo el tiempo de su embarazo.»

La verdad aquí expresada no afecta sólo a los talentos extraordinarios. La vida diaria se ahoga en las consecuencias de incubaciones inmaduras. ¡Cuántas madres conciben, antes de estar preparadas para la maternidad! Y no nos referimos a las que son madres contra su voluntad. Hablamos de madres conscientes, pero que no pueden dar a sus hijos más que la mera vida. Incluso hay médicos que aconsejan a veces a las mujeres el embarazo como remedio contra algunas perturbaciones. ¡Un hijo como medicina! Con mucha frecuencia como medicina contra el sentimiento de vacío interior y de insignificancia. Pero incluso sin consejo médico, son muchas las mujeres que quieren tener hijos. Los necesitan como autoconfirmación, para distraer su tiempo, para acomodarse a la moda o para satisfacer otras necesidades. El tratamiento psicoterapéutico nos permite conocer casos verdaderamente dramáticos. Recuerdo ahora una muchacha de quince años, que a cualquier precio quería conservar el hijo. Tanto sus padres como los médicos le aconsejaron el aborto. Pero rechazó la idea con la razón: «Quiero por fin ser algo. Sin el niño no soy nada.» Pero el ejemplo de «embarazos prematuros» no se aplica sólo a madres inmaduras. Hay también muchos padres impacientes. Todavía no están suficientemente maduros para tener hijos. Entran también en este apartado los matrimonios contraídos demasiado pronto, las falsas profesiones, las precipitadas decisiones en política. Todo esto pueden ser ejemplos cotidianos de incubación demasiado corta o insuficiente.

Tampoco en el campo científico las cosas son distintas. La ciencia tiene, desde luego, la fama de ser paciente y de cosechar frutos maduros. Pero la realidad es otra, sobre todo hoy, cuando el ritmo del progreso se acelera con tanta rapidez. El investigador se ve arrastrado en un movimiento que él solo apenas si puede gobernar. Los tiempos de incubación de que se dispone no bastan ya para permitir la maduración de los frutos. Hay que poner en el mercado frutos a medio madurar, no del todo sazonados. Se prescriben inyecciones para acelerar el crecimiento. Estos abreviados

«períodos de embarazo» son los responsables de este correr en el vacío, de este desgaste de tiempo, dinero y energía, en una palabra, de la ciencia estéril.

Examinemos más de cerca las razones. Mencionaremos en primer término algunos factores extrínsecos. Se cuentan entre ellos algunas leyes sobre la obtención de títulos académicos, que exigen la publicación del mayor número posible de artículos científicos.

Y esto se hace a costa de la calidad. Pero, por otra parte, no siempre se busca esta calidad, como demuestra el siguiente ejemplo:

Un matemático de 26 años quiso hacer oposiciones a una cátedra, pero no podía presentar las doce publicaciones exigidas por la facultad. Sólo tenía cinco. Pero la última tenía una tal explosividad que daba por supuesto que podría compensar las siete que le faltaban. Se trataba de hecho de un tema de tal dificultad que había sido cuidadosamente evitado por otros científicos. Al mencionado matemático le había gustado ya desde antes, desde los tiempos de la escuela, consagrarse a problemas complicados. Reaccionaba agriamente cuando sus padres y maestros le alababan por ello: «No lo hago por mis padres ni por mis maestros. Me gustan las cosas sutiles.» La facultad reconoció la excepcional calidad del trabajo pero se atuvo a la norma vigente de las doce publicaciones. Razón: «No podemos por un caso especial hacer una excepción a la regla que, por otra parte, ha demostrado ser buena.»

También esta facultad ha cambiado hoy — con más rapidez de la que entonces se hubiera pensado — sus líneas directrices. Ahora se ha convertido en una gran facultad especializada. Ya no son necesarios escritos previos al doctorado, por lo menos en la forma anterior. No se exigen tantas publicaciones. ¿Ha disminuido por ello el número de trabajos publicados? De ningún modo. Se escribe tanto como antes, y más aún, para poder destacar en la tumescente masa de la bibliografía especializada. Incluso aquellos que todavía no hace mucho arremetían contra la tradición, anhelan cargos y dignidades. Esta sobreoferta de los competidores disminuye necesariamente la calidad de las publicaciones. Con mucha frecuencia los artículos que se publican se limitan a seguir tejiendo de forma rutinaria y falta de ideas un viejo hilo, aunque con otro color. Se enumeran y discuten problemas ya conocidos. Se cita la bibliografía, o se la critica sin ofrecer alternativas creadoras. Se adoptan

posiciones ya desde el principio rígidas y cerradas y no se deja crecer ninguna vida propia.

He comparado las publicaciones sobre esquizofrenia de los años 1950-1960 y 1960-1970 en tres de las más importantes revistas especializadas. En una valoración muy general se podría admitir que suponen un enriquecimiento creador de la investigación esquizofrénica, como máximo, un 30 por ciento de los trabajos del segundo decenio. El resto son repeticiones, manifestación de opiniones, comunicaciones bibliográficas, polémica e ideología. Hay que tener en cuenta, por supuesto, que los progresos en la investigación de la esquizofrenia — al igual que en la investigación del cáncer — se producen a cortos pasos, sobre todo en el sector, hoy tan importante, de la psicopatología. Aquí resulta más difícil realizar ideas creadoras que en el campo de las ciencias naturales, por ejemplo. Pero es que también en este último campo se oyen quejas sobre la inabarcable magnitud de trabajos no creadores. Muchos de ellos no son otra cosa que cementerios de datos, sin el menor hálito de ciencia creadora. Se asemejan a catálogos de cosas escritas, compuestas o pintadas sin la menor utilidad. Hay más «obsesiones artísticas» por publicar que impulsos por crear. El pianista Arthur Rubinstein destaca este punto en sus memorias, cuando escribe: «No percibo el auténtico impulso creador, el impulso a producir. Por suerte, lo comprendo desde hace tiempo. A mi alrededor veía masas de notas superfluas, que llenaban los registros de los tratados de música, pero nunca se las tocaba, por la sencilla razón de que se trataba de productos artificiales, no de arte genial. Algunas veces he dicho en broma: en un aspecto he superado a mi famoso tocayo Arthur Rubinstein: no permito que se impriman mis composiciones.»

Puede decirse con seguridad que si no se insiste durante bastante tiempo en un problema «insoluble» no existe la menor oportunidad de ir más allá de las explicaciones acostumbradas. El ansia de publicaciones y las costumbres de los congresos — en los que ya Cannon veía «la muerte de la chispa del espíritu» — dificultan esta persistencia en la solución de lo «insoluble». Los encuentros nacionales e internacionales se multiplican. Cada continente, cada país, cada institución se consideran obligados a estar presentes en «el mercado de la ciencia». Como los congresos no esperan a que

las ideas estén maduras, sino que sencillamente se celebran a intervalos regulares y atraen principalmente a los oradores que, por razones de su carrera, tienen que asistir, estas costumbres suponen una grave amenaza a la creatividad. No puede, pues, extrañar que un hombre como Einstein odiara los congresos. Se sentía feliz cuando encontraba una excelente disculpa que le permitiera excusar su asistencia.

Casi todos los científicos entrevistados por nosotros han expresado la idea de que les gustaría tener, siquiera una vez, un año libre de congresos, para poder trabajar en paz. Pues, de celebrarse tales congresos, no podían permitirse el «lujo» de no asistir. «El hecho —decía un joven profesor— de que en este último año haya tenido que exponer en seis congresos diferentes el mismo trabajo, me ha costado ocho semanas de tiempo. Pero creí que tenía que hacerlo, porque opinaba que sin estas visitas a los congresos, devoradoras de tiempo, no podría llegar a una cátedra.» Donde mejor puede observarse este bloqueo de la incubación es en aquellos oradores congresistas que en todo tema tienen algo que decir. No importa para qué se celebre el congreso: ellos siempre se sienten llamados. Pensando en ellos puso Arthur Koestler el título a una novela satírica: *The Call Girls*.

Pero las leyes extrínsecas de la carrera no son la única explicación de este impulso a publicar frutos inmaduros. No puede pasarse por alto la presión de las instituciones que proporcionan los medios económicos, sean privadas o estatales. ¿En base a qué criterios deben estos institutos establecer la prioridad de las peticiones de los investigadores y de los proyectos? Con mucha frecuencia, de entre los motivos mencionados en el capítulo segundo como normas de valoración, uno de los más importantes es el número de trabajos. En estos casos es casi inevitable que se financien proyectos y personas no creadores. Como la especialización crece con tal rapidez, los centros de decisión de recursos se hallan también cada vez menos capacitados para enjuiciar la calidad de los investigadores a quienes se debe favorecer, dentro del cúmulo de actas que reciben. Sobre la calidad creadora de un producto no se puede decidir por mayoría de votos. También en las organizaciones científicas el *lobby* (los corredores del parlamento) se ha convertido en una auténtica instancia de decisión.

Aparte las razones inherentes al sistema, hay otras pertenecientes al ámbito privado que impiden una incubación suficiente. Se las debe buscar muchas veces en la vida matrimonial y familiar. Sus funciones fomentadoras o paralizadoras de la creatividad son numerosas. La historia de un empresario nos permitirá esbozar, a título de ejemplo, un caso característico:

Detlef A., de 38 años de edad, pertenece al *top management* (suprema dirección) de una gran empresa. Acude a la consulta debido a «perturbaciones funcionales intestinales» (ataques súbitos de diarrea). No vino por propia iniciativa, sino mandado por su superior. En las primeras sesiones recalcó que para él era muy penoso que su jefe hubiera intervenido cerca de mí. En el fondo conceptuaba la preocupación de su superior como una insolencia, ya que no tenía ni el menor motivo para suponer que su dolencia fuera de origen psíquico. En este aspecto era categórico. No tenía contratiempos, dificultades ni problemas de ningún tipo que justificaran un tratamiento psicoterapéutico. Hacía cuatro años que había contraído un feliz matrimonio con una mujer seis años más joven que él. No tenían hijos. Su mujer no los quería. En la tercera sesión terapéutica expresó serias críticas sobre su jefe. Había impuesto un ritmo demasiado acelerado a su carrera dentro de la empresa. Esto había hecho que su posición en la fábrica fuera, desde luego, excelente, pero le había dejado exhausto.

Fueron necesarias varias semanas de tratamiento, antes de que Detlef A. estuviera en condiciones de describir el papel de su mujer en su carrera profesional. En el fondo, era ella la que le imponía aquel ritmo desmesurado. Sin su «acicate» no hubiera llegado él, a los 38 años, a su posición dirigente actual. Pero sin esta posición, tampoco se hubiera casado con esta mujer. Sólo después de su «promoción» consintió ella en el matrimonio, cosa que a él le pareció hasta cierto punto «notable». Por lo demás, estaba muy enamorado. Ella no era muy exigente cuanto a las relaciones íntimas, sólo que no mostraba interés en tener hijos. Aparte esto, no le causaba ningún tipo de problemas, siempre que desempeñara a fondo su trabajo profesional. Desde esta perspectiva, él comprendía muy bien que, en pago de todas las renunciaciones que ella hacía, quisiera al menos tener, de cara al exterior, un marido distinguido por el éxito. Todo lo que ella esperaba de él

como contrapartida era su generosidad en cuestiones financieras. Esto incluía dinero para vestidos caros, una vivienda lujosamente instalada y, sobre todo, muchas visitas y numerosas recepciones. Esto último no respondía mucho a los gustos personales de Detlef, pero lo consideraba necesario por su mujer y por su carrera. Además, cuanto más intensos fueran sus contactos sociales, mejor para su ascenso en la profesión y, por tanto, para la felicidad matrimonial. Hacía, pues, ya cinco años que ocupaba una posición en la cumbre, cuando aparecieron las molestias intestinales. Ni médicos ni medicinas sirvieron de nada. La firma sintió una creciente preocupación. Le resultaba difícil renunciar a un colaborador de tan extraordinaria laboriosidad y capacidad. Algunos períodos pasados en sanatorios sólo aportaron mejorías transitorias. Detlef A. no podía ya rendir en su forma acostumbrada. Cuando, en el curso del tratamiento, recayó de nuevo la conversación sobre los primeros signos de la perturbación intestinal, le vino de pronto a la memoria que la primera vez le ocurrió después de un cocktail en casa de una persona conocida. Ahora recordaba muy bien lo que sintió entonces. Le molestaba que semana tras semana tuviera que sufrir toda una serie de invitaciones, sólo porque desempeñaba en su firma un puesto influyente. Ahora que estaba en la lista de recepciones de la gran sociedad, no le cabía ya más recurso que aceptar casi todas las que se le cursaban. Pero su mujer disfrutaba mucho. Aquí tenía sus «entradas en escena», que la resarcían de las largas, vacías, monótonas y solitarias horas de la semana. Detlef A. pensaba que era una justa compensación. Pero esta vez lo comprendió todo de pronto. Vio claramente la insensatez y estupidez de todo este «teatro». No había absolutamente nada nuevo que ver o de qué hablar, todo eran banales naderías. Y a él los chismes y comadreo no le interesaban en absoluto. Menos aún le interesaba actuar exclusivamente como el representante de su firma. Y, desde luego, de no ser por su posición, a sus anfitriones nada les hubiera importado su persona. Bajo la carga de estos pensamientos, se sintió de pronto mal. Le hubiera gustado marcharse. En lugar de ello, le sobrevino una fuerte diarrea.

Las molestias intestinales desaparecieron poco a poco, a medida que iba profundizando y confirmándose en la idea de que desarrollaba aquella intensa actividad básicamente por amor a su mu-

jer. Se sintió como su marioneta. Finalmente, acabaron por divorciarse. Entonces pudo hablar abiertamente con sus superiores y manifestarles que no quería asistir a recepciones más que en casos especiales. Sus superiores se quedaron muy sorprendidos al saber que le molestaban tanto aquellos acontecimientos sociales, tan deseados y codiciados por todos los demás. Su jefe le aseguró con absoluta franqueza que la firma veía con buenos ojos que sus directivos mantuvieran contactos sociales con personalidades de la economía y la política «para cuidar las relaciones», pero que esto no era una condición indispensable. Su gran riqueza de ideas y su capacidad de trabajo significaban tanto para la empresa que podía permitirse el lujo de renunciar a su actividad de propaganda en la alta sociedad. Después del divorcio, las molestias intestinales fueron desapareciendo cada vez más. Detlef A. pudo volver a trabajar con la eficacia de antes y, si se apuran las cosas, todavía mucho mejor. De todas formas, la separación externa de su mujer no hubiera servido de mucho. Tuvo que llevar a cabo una separación completa y total también interior respecto de aquella mujer ambiciosa que era «una prolongación viviente de su madre», antes de volver a recuperar las auténticas motivaciones de su capacidad y trabajo.

No siempre los influjos perturbadores de la incubación, y por ende de la creatividad, que dimanen del matrimonio son tan claros como el ejemplo descrito. Casi siempre son indirectos, ocultos y apenas parecen tener relación con el tema de la carrera o de la profesión. Tras observaciones llenas de amor y comprensión pueden encerrarse ocasionales alusiones a que este o aquel otro han llegado mucho más lejos.

La capacidad de incubación no es perjudicada tan sólo por los deseos de triunfos profesionales de un determinado tipo de mujer. Puede observarse con mayor frecuencia el bloqueo de la incubación a través de agresiones ocultas de la esposa. A este tipo de comportamiento se le llama algunas veces «síndrome de Jantipa». Las mujeres de esta especie se cuidan muy poco de los trabajos de su marido. En primer término, no saben construir una atmósfera que fomente la creatividad. Sus agresiones inconscientes destierran toda intimidad y cordialidad. Se niegan a toda vida común, de día y por la noche. Sólo que tales mujeres no lo hacen de forma clara y

patente, sino recurriendo a «sólidos argumentos». Tienen que cuidarse de la limpieza de la casa, tienen que cocinar, no pueden atender al marido porque los niños las entretienen mucho. Cuando se quebrantan determinados rituales de limpieza o principios de orden, les entra el pánico. Cuando el marido llega por las noches a casa cansado y agotado, tienen que planchar. Si él quiere escuchar música, ella quiere ver la televisión. Los maridos de estas mujeres sufren con frecuencia depresiones de agotamiento, es decir, manifestaciones que perjudican notablemente la capacidad de incubación. Pero no puede olvidarse que estos hombres tienen su parte de culpa en esta situación. En efecto, han elegido a estas mujeres como esposas, muchas veces debido a unas determinadas cualidades personales. Por tanto, y de una manera general, hay que decir que en estos acortamientos del tiempo de incubación impuestos desde fuera — ya sean de naturaleza privada o social — tiene también una importancia no desdeñable la propia estructura personal.

Tenemos el caso de un historiador que había escrito su mayor obra ya a los 32 años, es decir, en una edad notablemente inferior a la normal en los historiadores que consiguen alcanzar gran éxito. Pero años más tarde tuvo que reconocer que aquella estructuración, entonces calificada de genial, había dado una forma al contenido que suponía una violación de todo el material. Toda aquella sistematización no hacía más que escamotear una clasificación que hubiera estado más acorde con la realidad. Pero no acertó a verlo en sus años jóvenes porque, tal como ahora constataba con mirada retrospectiva, «no podía esperar». Esta incapacidad de espera se remontaba hasta los días de su infancia. De niño, y bajo la presión de sus hermanos mayores, aprendió a leer y escribir antes de ir a la escuela. En las vacaciones de cada año escolar, comenzaba ya a estudiar las materias del año siguiente. Mantuvo esta costumbre, a la que atribuía sus excelentes calificaciones en el examen de bachillerato, durante sus estudios universitarios. Además de las clases obligatorias para cada curso, acudía también a las del curso siguiente. En el tratamiento se puso en claro que había vivido en una constante e inconsciente rivalidad con un hermano suyo, tres años mayor, que era el preferido de la madre. Consiguió alcanzarle. Pero esta obligación que se había

impuesto acortaba con frecuencia las fases de incubación. Sistematizaba, es decir, enjuiciaba demasiado pronto y atajaba así el proceso-creador que —como se ha dicho antes— no tolera juicios precipitados. La consecuencia de esta postura fue la antes bosquejada temprana maduración de sus producciones científicas en los años medios de su vida. Su falta de interés le produjo ocasionales depresiones, que sólo podía enmascarar porque desarrollaba una gran actividad científica en los grupos universitarios de su especialidad. La constante obsesión interna de tener que alcanzar y hasta superar a su hermano, para conquistar así el amor de la madre, le habría llevado a una total incapacidad de trabajo de no haberse sometido a tratamiento. O al menos así lo veía el mismo interesado. Sólo volvió a sentirse contento cuando recobró su capacidad creadora, de una forma, por lo demás, más perfecta, más objetiva que antes. Atribuía este resultado a la calma y tranquilidad que había conseguido mediante la terapia y que, en su opinión, constituyen la condición indispensable para una reflexión matizada de los grandes conjuntos. Escribió de nuevo y totalmente su libro que se convirtió en la obra de estándar de su especialidad.

3. *Frutos demasiado maduros*

Pero también puede ocurrir que se deje dormir durante demasiado tiempo una idea. Y entonces puede acontecer que a los ojos de los demás esté ya muy superada. Se ha esperado demasiado. Otro se ha adelantado. Este llegar demasiado tarde es un hecho bien conocido en el arte y en las ciencias.

Efectos aún más devastadores para el creador podría tener esta merma de la creatividad misma. Si no hace surgir y no reelabora a tiempo sus ideas, se atrofia su órgano para obras creadoras. Disminuye la sensibilidad para el arco de tensión y el ritmo del potencial creador. Los hombres no creadores no desarrollan la capacidad de prestar atención a los problemas que surgen de la incubación. El mundo exterior se les presenta siempre bajo la misma luz. Nada nuevo les sale al encuentro en la vida cotidiana. Incluso las ideas singulares les parecen, en el mejor de los casos, cómicas, o estrafalarias, mientras que para los creadores pueden ser una lla-

mada a la eclosión. Arnold J. Toynbee describe con palabras acertadas el instante en que sintió el impulso que de científico trabajador y aplicado le convirtió en historiador con capacidad creadora.

«En vez de concentrarse en aquel trozo de lectura que les había asignado, mis pensamientos se quedaron suspendidos en estos problemas. Creía yo haber disciplinado desde hacía mucho tiempo mis pensamientos, de modo que hicieran lo que yo quería, les gustara la tarea o no. ¿Por qué se rebelaban de pronto? Se rebelaban — al fin lo vi claramente— porque se disponían a producir algo; y una vez que el espíritu humano se halla embebido en un acto creador, se negará a dejarse conducir a otra parte o abandonarlo. Ni siquiera aquel a quien pertenece este espíritu podrá hacerle cambiar de dirección.»

Son los «dolores», los dolores del parto del espíritu. El «embarazado» se siente sorprendido, pero no puede hacer otra cosa. Debe dar a luz. Este deber se manifiesta muchas veces en los hombres creadores en la conocida falta de consideración frente a su medio ambiente. Es característica la siguiente descripción de un pintor.

«Podía ocurrir que a la hora del desayuno me viera sorprendido por una importante idea. Entonces el diálogo con mi mujer se hacía monosilábico, no podía concentrarme en sus palabras. Crecía un desasosiego, un mal humor en mi interior. Mal humor sobre todo mi entorno, no sólo sobre mi mujer. Pensaba cuándo acabaría de hablar. El enojo podía transformarse en cólera si ella seguía hablando, sin advertir que mis pensamientos hacía mucho tiempo que estaban en otra parte. De pronto me ponía a gritar a mi mujer y a hacerle grandes reproches por su falta de comprensión. Cuando ella se levantaba y abandonaba la habitación, comenzaba yo a pintar febrilmente. Una vez que las ideas habían nacido, me avergonzaba, generalmente en seguida, de haber sido tan brutal con mi mujer.»

Éste se refiere a cada acto creador concreto. Aquí el creador tiene sensibilidad para el punto temporal justo. Aquí percibe que no puede dejar dormir hasta el día o la semana siguiente su idea. Su nacimiento se produce en el momento exacto. Una semana más tarde, la idea, el concepto pueden haber cambiado totalmente. Entonces posiblemente parecerán superados, desprovistos de importancia. El hombre no creador carece de esta sensibilidad para el

instante oportuno. No sabe que está «embarazado». No recuerda ningún encuentro que le haya podido producir este embarazo.

La facultad del creador de percibir a tiempo los «dolores de parto» no quiere ya decir que antes haya adoptado una actitud correcta frente a la obra. Durante la fase de incubación se pueden hacer cosas — inconsciente e involuntariamente — que retrasan el fin de la gestación. Puede servir de ejemplo Miguel Ángel. Recibía muchas veces encargos que, por falta de tiempo, no debería aceptar. Pero su rivalidad con otros, especialmente con Leonardo da Vinci, le obligaba a ejecutar todo cuanto se le pedía. Y no podía dar abasto al cúmulo de obligaciones contraídas. Se producían así procesos que le costaban tiempo, esfuerzo y dinero. Pero más aún le punzaban sus propias dudas, que muchas veces le impedían terminar a tiempo sus tareas. Las célebres pinturas de la Capilla Sixtina se dieron por terminadas gracias sólo a la vigorosa presión del papa Julio II. En efecto, este pontífice ordenó retirar los andamios — con enérgica protesta de Miguel Ángel — desde los cuales ejecutaba su obra el artista, muchas veces con grandes sufrimientos corporales. Como no podía oponerse al papa, tuvo que mostrar al público una obra que él no consideraba aún concluida. Pero con sus bocetos hizo lo que quiso. Los destruyó todos, antes de morir, para estar seguro de que sus obras «no aparecerían más que acabadas».

Sólo hasta cierto punto se pueden trazar líneas paralelas entre los artistas y los científicos cuanto a la autovaloración de su obra. La medida subjetiva y, con ello, el sentimiento de si la obra responde o no a las ideas de perfección, está corregida en los científicos mediante una serie de «criterios objetivos». Pero aun admitiendo que el control mediante criterios de resultado tiene mayor importancia en los científicos que en los artistas — como se ha indicado ya en el capítulo II — tampoco en el campo científico puede excluirse por entero la valoración subjetiva. Ante todo, existe el sentimiento de satisfacción o insatisfacción respecto de la propia creación. No puede, pues, sorprender demasiado que a veces se llegue a observar entre los científicos un fenómeno similar al de Miguel Ángel. Estos hombres pueden acaso haber reelaborado las más espléndidas y fecundas ideas y sufrir, sin embargo, bajo sentimientos que no permiten que den a la publicidad

sus resultados. Piensan que todavía es necesario un experimento más, un estudio más amplio de las fuentes o un repetido control de los resultados obtenidos hasta ahora, para dar por concluido su trabajo. Pero cuanto más aguardan el fin, porque todavía querrían perfeccionar un detalle o la totalidad, más incapaces son de dar a conocer los resultados ya conseguidos.

Estos fenómenos son mucho más típicos entre los hombres altamente creadores que entre los científicos de tipo medio. En efecto, estos últimos trabajan casi siempre en proyectos rutinarios, cuya publicación no encierra ninguna dificultad. Pero las publicaciones como expresión de una incubación demasiado prolongada se presentan generalmente en los casos de problemas realmente nuevos, desacostumbrados e inesperados. El siguiente ejemplo puede aclarar los aspectos psicológicos que desempeñan un papel en tales casos.

Se trata de un especialista en ciencias naturales, Günther H., que a los 31 años consiguió hacer un descubrimiento que mereció universal aplauso. Se le instó, por consiguiente, a que llevara a cabo una serie de nuevos trabajos. Pero a partir de los 40 años se sintió incapaz de publicar nada más. El director de la empresa para la que trabajaba no podía explicárselo. Finalmente, tuvo que hacerse a la idea de que, a partir de los 35 años, decae no pocas veces entre los científicos su capacidad de rendimiento. Se le dio, pues, un puesto administrativo en la empresa. Esta solución resultaba beneficiosa tanto para la organización, que podía contar así con la fama del investigador, como para el científico mismo, debido a sus dificultades de trabajo, que se pueden esquematizar del siguiente modo.

Su gran descubrimiento, a los 31 años, se había publicado bajo la presión de la empresa. Ésta había firmado un contrato con otra empresa, por el que se comprometía a cumplir un plazo determinado. De no haber sido así, Günther H. hubiera seguido trabajando aun más en aquel cargo, porque no estaba por aquel entonces seguro de que no se pudiera mejorar el proyecto. Cuando, a los 40 años, recibió un puesto en la administración, por un lado se sintió aliviado, pero por otro se consideró un «fugitivo». Había huido ante una tarea difícil. Por otra parte, sentía más inclinación por el nacimiento de nuevas ideas que por la administración. Las

tareas administrativas habían sido antes para él la síntesis de lo estúpido y lo pesado. Su divisa era: «Vida superordenada, vida muerta.» No es pues nada extraño que se encontrara cada vez más deprimido. Y, sin embargo, no acababa de resolverse a volver al laboratorio, sobre todo porque la firma estaba muy contenta con su trabajo actual. Probablemente hubiera seguido en este puesto administrativo, si la depresión no le hubiera empujado a recurrir al tratamiento, que puso al descubierto las siguientes causas de sus retrasos de incubación.

Ya en sus primeros años escolares le asaltaba a Günther H. de vez en cuando la sensación de no estar bien dotado como los demás. Era una sensación inexplicable, puesto que estaba entre los mejores de la clase. En el bachillerato se acentuó esta discrepancia entre resultados reconocidos por los demás y resultados sentidos por él. Las excelentes notas que obtenía con un esfuerzo relativamente pequeño apenas pudieron reprimir durante la pubertad el creciente sentimiento de su incapacidad. Algunas veces era un enigma para sí mismo; permanecía sentado horas seguidas delante de sus libros, soñando despierto sobre sí mismo. Se imaginaba que era el rey de un gigantesco imperio y que daba órdenes a su multitud de esclavos, que se apresuraban a cumplir sus más mínimos deseos. Con no menor frecuencia se entretenía con este otro sueño: «Camino por un paisaje desolado y encuentro una chica indescriptiblemente hermosa, vestida de blanco, de largos y rubios cabellos. En este instante desaparece la tristeza. Estoy como hechizado. La muchacha se acerca a mí, me estrecha en sus brazos y me besa. Y repite una y otra vez que soy bueno, fuerte y hermoso.»

En el tratamiento psicoanalítico vio con más claridad que antes que estos sueños despiertos debían considerarse como una compensación importante de la falta de atención y dedicación por parte de sus padres. Su madre era una mujer básicamente correcta, pero débil y fría de sentimientos, que idolatraba a su marido, un alto funcionario diez años mayor que ella. El padre era «inaccesible». Apenas si dirigía una palabra personal a sus hijos (Günther H. era el menor de dos hermanos). Lo único que al padre le interesaba era la formación de su carácter. Con esta expresión quería significar no los rendimientos escolares, sino la ropa limpia,

la puntualidad, el amor al orden y, sobre todo, el respeto y la formalidad ante la madre. Su hermano, tres años mayor, fracasó en el bachillerato, abandonó antes de tiempo la escuela y se estableció como comerciante.

Esto espoleó a Günther H. para obtener resultados todavía mejores en la escuela. Pero su padre nunca estaba del todo contento. Siempre tenía algo que reprocharle, aunque esto al muchacho le dolía menos que el tono absolutamente impersonal con que lo hacía. Durante el tratamiento fue advirtiéndolo el paciente cómo fue justamente aquel distanciamiento respecto de su padre lo que le aguijoneaba en su pubertad para triunfos cada vez más altos. Quería obtener el reconocimiento, si no ya la admiración de su padre. Poco a poco, empezó a encontrar satisfacción personal en sus resultados escolares, sobre todo en las especialidades científico-naturales, en las que, en los cursos superiores, sobresalía por encima de sus condiscípulos. Se entregó con pasión al estudio, que finalizó con las mejores notas. Habían desaparecido los sueños despiertos de la pubertad. En su lugar había desarrollado una enorme capacidad de concentración. No le costaba nada trabajar ocho y diez horas seguidas los días en que no había clase, como por ejemplo los fines de semana. Era incansable. No echaba en falta las diversiones o los amigos y ni siquiera sentía hambre. Se encontraba como drogado. En estos días descubrió por primera vez la alegría de la evolución de las propias ideas. Al principio le parecía que no eran más que extravagancias. No se atrevía a avanzar demasiado pronto en la especialidad, pues no sabía si el tiempo que esto le exigiría no le obligaría a abandonar el estudio en las materias prescritas. Acabada la carrera, se colocó en una empresa de fabricación de instrumental técnico. Muy pronto escaló posiciones, debido a sus extraordinarias cualidades, y a los 31 años hizo el descubrimiento antes mencionado. Sus compañeros de trabajo no le profesaban mucha estima. Era demasiado retraído, apenas si participaba en las reuniones de grupo y se sentía a sí mismo distinto de los demás. Su timidez le valió una serie de desilusiones con las muchachas, lo que creía poder compensar dedicándose con mayor intensidad aún al trabajo.

Pero esto le dio buen resultado sólo por un cierto tiempo. O dicho de otro modo: trabajaba tan intensamente como antes,

o acaso más intensamente por las razones apuntadas, pero era cada vez más incapaz de llevar a buen fin sus proyectos. Siempre tenía algo que objetar a sus trabajos y sólo con grandes esfuerzos y con retraso los daba por concluidos. Con sus colegas hablaba muy pocas veces de sus dificultades para dar remate a sus tareas. Sus colaboradores y superiores se maravillaban de su decreciente empuje. Pero él lo veía de otro modo. Consideraba necesarios aquellos constantes retrasos de la publicación. Cuando se le preguntaba, su respuesta estereotipada era siempre la misma: «Todavía no está maduro.» De esta época recordaba aún muy bien un sueño que incluso a un profano en la materia le puede esclarecer algunos de los aspectos del telón de fondo de esta demora de incubación: «Soy un niño pequeño y estoy en un cuarto oscuro, sentado sobre el orinal, esperando que ocurra algo. Pero no ocurre nada. No hay nadie. Siento una infinita soledad. Tengo un miedo terrible de que no ocurra nada y nadie venga en mi ayuda.»

El hilo conductor que, a través de numerosos detalles, llegaba hasta la infancia, puede expresarse en la siguiente simple fórmula: «No valgo para nada.» «Lo bueno tiene que venir de fuera.» «Aprender, aprender y siempre aprender, para compensar el vacío y la nada interior.»

En lenguaje especializado se habla aquí de una perturbación narcisista, tal como la hemos descrito en el capítulo u. El yo narcisista se construye ya en los primeros años de la vida, básicamente por medio de la inclinación amorosa a los padres específica de esta fase, que confirma los pasos evolutivos con los premios correspondientes. De este modo aprende el niño a soportar disgustos, fastidios, desengaños y enfados, también respecto de los padres. No es pues de ningún modo necesaria la «sagrada familia», tantas veces descrita como ideal, para preparar el camino hacia aquel sentimiento de autovaloración del niño que le permita enfrentarse con los numerosos desengaños de la vida futura. Sólo a una cosa no puede renunciar el niño, tal como lo han evidenciado empíricamente las investigaciones de Rene Spitz: a la atención amorosa, a la afirmación emocional. Cuando éstas faltan, no puede construirse un yo estable. Y entonces apenas resultará posible dominar de una forma adecuada las durezas, necesidades e injusticias de la vida posterior. Si se tienen en cuenta estas rea-

lidades, se podrá comprender también la enumeración de cada uno de los puntos concretos de los primeros años de la vida de nuestro paciente.

A Günther H. no le habían faltado ciertamente los cuidados infantiles, pero su madre se preocupaba mucho más — en la medida en que su temperamento nervioso se lo permitía — del hermano mayor. En el tratamiento el paciente repetía una y otra vez, a modo de excusa, que no podía esperar otra cosa de ella, porque evidentemente no estaba capacitada para el amor. Para ella lo mejor hubiera sido no tener hijos. Los había detestado a una edad muy temprana. A los nueve meses, Günther H. tenía que ser ya un niño limpio y aseado. Cuando se hizo mayor, se apegó más a su padre, sobre todo porque la madre también le admiraba. Precisamente por ello le hacía sufrir más aquel modo impersonal del padre, que ni siquiera en casa olvidaba el tono de un alto funcionario.

Podemos renunciar aquí a otros detalles. Lo único que nos interesa es mostrar a través de unos pocos rasgos cómo pudieron llegar a producirse los síntomas de los posteriores retrasos de incubación. La construcción de un sentimiento sano de la propia valoración, es decir, la travesía a lo largo de los estadios de un narcisismo sólido y resistente, tal como Heinz Kohut lo ha descrito, es uno de los presupuestos para que se llegue a confiar en las propias ideas, cuando están acompañadas de la correspondiente elaboración, trabajo y concentración. De otra suerte, se producen retrasos de incubación alimentados por las dudas interiores. Se avergüenza uno de sus propias obras. Nunca se está seguro de cómo las recibirán los demás. Algunas veces y esporádicamente pueden ofrecer cierta ayuda el trabajo intensivo o el aplauso exterior. Pero con mayor frecuencia aún, tampoco esto sirve de nada. Ni siquiera los grandes están libres de vergüenza y dudas. Puede comprenderse, pues, que Tolstoy dijera en una carta a Turgeniev: «Por favor, no crea usted que bromeo; cuando leo algo de lo que he escrito o sencillamente oigo que lo mencionan, surge en mí un sentimiento ingrato y complicado, sobre todo de vergüenza y miedo de que los demás se burlen de mí...» Así pues, la capacidad de exhibir, de mostrar a los demás, es una parte esencial del acto creador.

Se da también una superación agresiva de la vergüenza y de las dudas. Este caso se advierte con la máxima claridad en los enfermos mentales, por ejemplo en los que tienen manías de grandeza. Pero también se da algo parecido en personas que no padecen enfermedades psíquicas. Hitler ofrece aquí un instructivo ejemplo. Cuando tenía 20 años se avergonzaba de vender las tarjetas postales que él mismo había pintado. Tenía que venderlas su compañero de cuarto, Hanisch, ya que personalmente se consideraba un mal vendedor. Pero si entonces se avergonzaba demasiado, más tarde se avergonzó demasiado poco. ¿O es que acaso, como Führer, carecía de vergüenza porque no ofrecía sus propios productos, sino los de los otros? Pues efectivamente, sólo pudo llegar a ser grande porque supo articular las fantasías y los deseos de las masas. Lo que podía pensar de sí mismo y de su arte se lo certificó la escuela y, sobre todo, la Academia de Bellas Artes de Viena: no le admitieron. Pero lo que las masas pensaban de él, le confirmó en su propia valía: le hicieron su Führer.

Las incubaciones demasiado maduras no se producen sólo como consecuencia de determinadas evoluciones de la personalidad. Pueden ser también provocadas por circunstancias exteriores. Puede ocurrir que alguien ofrezca sus frutos, pero nadie los vea. Se pasa ante ellos sin prestarles atención. Estas situaciones pueden observarse sobre todo durante la infancia. El niño ofrece pruebas evidentes de que está salvando felizmente los pasos de su desarrollo. Se siente orgulloso de saber andar, hablar, dibujar y sumar. Cuenta también con gesto seguro lo que aprende en la escuela. La mayoría de los padres toman nota de estos progresos, pero en general sólo cuando saltan a la vista, por ejemplo, cuando el niño aprende a andar o hablar. Los caminos más complicados, por ejemplo, los inicios de una poesía o de una cuenta, son rechazados fácilmente como fantasías sin sentido. No se tiene ni perspicacia ni tiempo para ver la plena maduración de un fruto sencillo. Y así, la mayoría de los niños llegan a la pubertad con un «cesto de frutas podridas». Es decir: cuando llega el momento de la madurez sexual a la mayor parte de ellos ya se les ha pasado el placer de la configuración de sus propias obras. Han tenido que aprender por propia experiencia que muchas cosas que han madurado con gran esfuerzo no son advertidas — no digamos ya que son premiadas — por los

demás. Estas experiencias pueden prolongarse en la vida posterior, como indica el siguiente caso:

Hermann G., periodista de 46 años, acude a la consulta psicoterapéutica debido a dificultades circulatorias. Además, hacía ya varios años que venía teniendo graves perturbaciones en su capacidad sexual. No podía tener relaciones íntimas ni con su mujer ni con otras. Esto le deprimía sobre todo porque hasta hacía pocos años había sido muy activo en este aspecto. Algunas veces llegó a pensar incluso, en su desesperación, en quitarse la vida. Su fracaso sexual se explicaría por su excesivo trabajo profesional. Pero aunque lo sabe, no puede tomar unas largas vacaciones, tal como le aconsejaban los médicos. En efecto, necesita su trabajo, más aún que su descanso. El trabajo le mantiene activo, lo que, al menos durante el día, aporta algún alivio a sus perturbaciones anímicas. En el descanso se derrumbaría por completo. Su mujer —es ya la tercera— se mantiene a su lado. No le apremia. Por otra parte, él no tiene reproches que hacer. Ella se merecía un marido mejor.

Al cabo de algunos meses de tratamiento comienza a describir con mayor exactitud qué es lo que le atrae en su profesión. Es la seducción de lo nuevo. Cada día tiene que imaginar algo, para modelar, de entre la masa de las informaciones, aquello que agrade a los lectores. A éstos hay que hablar y cautivar. Para lograrlo, ha intentado incluso, más de una vez, retocar y hasta trastocar las informaciones «según como se mire». Se siente feliz cuando en el círculo de sus conocidos se habla de este o aquel artículo escrito por él. Pero la resonancia no se produce sólo en el ámbito del público. En la redacción misma encuentra también bastante respeto entre sus colegas. No le importa absolutamente nada que el redactor jefe o incluso algún subordinado critique su trabajo. Lo principal para él es que se caiga en la cuenta de su artículo y se hable de él.

Cuando estaba contando esto, recordó de pronto un suceso de sus primeros tiempos en la escuela superior. Su sentido era el siguiente: una hermosa tarde dominguera fue a nadar con sus compañeros de clase. Quería saltar desde un trampolín de tres metros. La mayoría lo sabían hacer. Sólo él no se había atrevido hasta entonces. Pero esta vez estaba dispuesto a conseguirlo a toda costa. Subió al trampolín. Los demás le animaban con sus voces. Quiso

saltar, pero en el último instante retrocedió. Con todo, no se bajó del trampolín, aunque había otros esperando. Disfrutaba viendo cómo todos se afanaban por él. Cada uno le daba un consejo. No le molestaba que uno le indicara un método y otro otro distinto, como el mejor. El hecho básico era que todos estaban pendientes de él. Lo intentó una vez más. Pero también esta vez retrocedió miedoso antes de dar el salto. Mientras tanto, se habían arremolinado algunas personas mayores. Había incluso un profesor de natación, que le indicó un nuevo método de salto. La escena se repitió varias veces. Finalmente, desistió. Aunque no había saltado, se sentía infinitamente feliz por el hecho de que todos habían estado pendientes de él, esperaban enseñándole nuevos trucos y cada uno quería superar al otro con los mejores consejos. Muchos de ellos se arrojaban al agua, para enseñarle cómo había que hacerlo. «Era sencillamente magnífico tener tantos padres y tantas madres.»

O así al menos lo había vivido Hermán G. Desde este episodio trazó las paralelas para su situación profesional actual. En el periódico eran también muchos los que le indicaban qué era lo mejor, lo más exacto, lo más expresivo. Y él apreciaba en mucho que todos los días fueran tantos los que se preocupaban por lo que hacía, los que querían indicarle cómo debería hacerlo exactamente.

Este solo sentimiento habría bastado hoy, como en tiempos pasados, para que se dedicara al periodismo. Pero había además otro motivo, más fuerte, que procedía de los lectores. Tenía que afanarse por conseguir crecientes tempestades de aplausos. Naturalmente, no todos le aplaudían. Pero notaba la resonancia en las cartas de los lectores y en el aumento de la tirada. El hecho de que algunos «encopetados intelectuales» hubieran motejado a su periódico de «lectura para el vulgo» le traía sin cuidado. «Cuanto más grandes son los titulares, más aumenta la tirada y mayor es mi alegría», decía una de sus ideas ingeniosas.

Al cabo de no mucho tiempo advirtió lo que significaban estas alabanzas de las masas. La euforia que había mostrado en las primeras semanas de tratamiento, se transformó en una situación de ánimo depresiva. Asomó a la superficie exactamente lo contrario de lo que había dicho antes acerca de su profesión. En primer término, el paciente estaba profundamente avergonzado por las prisas y la impaciencia que le empujaban a cosas siempre nuevas. En nin-

gún tema, por decisivo o trágico que fuera, podía detenerse largo tiempo. Estaba siempre pendiente del mañana o del pasado mañana, y, de todas formas, de lo por venir. El presente había ya pasado. Pero esto no había sido siempre así. Al final de sus estudios vivió la experiencia decisiva respecto del problema de la incubación demasiado madura. Había hecho un buen examen y estaba preparando su tesis doctoral. Como sus padres tenían una posición desahogada, no necesitó darse prisa. Ellos sufragaban sus necesidades. Trabajaba con aplicación y esmero. Finalmente tuvo a punto una publicación que suscitó la admiración de sus colaboradores. Sólo el director de la tesis no estaba contento. Criticaba y tachaba acá y acullá, aunque sin poder aducir reparos fundamentales.

Hermann G. se vio obligado a hacer correcciones de escasa importancia objetiva. Pero el profesor no se daba por satisfecho. El paciente renunció a seguir haciendo modificaciones. Un amigo le indicó que podría colocarse en un periódico como meritorio. Aceptó por curiosidad. Aquí conoció gentes completamente distintas que las del instituto: amistosas, amables, siempre accesibles y abiertas. Ahora su instituto le parecía un mausoleo cuyo jefe dominaba, como una momia, sobre todo aquel tinglado. Al final, se graduó. Su profesor, repentinamente muy amable con él, le ofreció un buen puesto. Pero ahora ya no tenía ningún interés. Temía que, como científico, tendría que esperar y esperar otra vez durante largo tiempo. Cuando pensaba en la carrera científica que le ofrecían, se le venía a la memoria la imagen de un florista, obligado a vender flores ajadas y secas. Este temor le impulsó a colocarse en el periódico para poder vender frutos frescos y jugosos.

4. *Fecundidad extinguida*

Las perturbaciones de incubación pueden clasificarse no sólo según la duración de la maduración. He visto pacientes en los que estas perturbaciones no dependían de la duración. Parecía más bien haberse extinguido la capacidad de maduración de ideas creadoras. Esto ocurre con particular frecuencia cuando no se adopta una posición interior tendente a la solución. Piénsese por ejemplo en

aquellos científicos que tienen a la vista los mismos datos que otros, pero no pueden interpretarlos. No saben lo que tienen entre las manos. Sergeiew alude al caso de un fotógrafo francés que contempló la radiactividad casi cuarenta años antes que Henri Becquerel, y a un bacteriólogo francés, que observó los efectos antibióticos de la penicilina casi por el mismo tiempo que Alexander Fleming. Pero ninguno de ellos sacó las conclusiones que sacaron los dos investigadores citados. No estaban interiormente preparados para ello. Esta preparación interior abarca una dedicación tanto consciente como inconsciente al problema. Sólo el que busca halla. Cannon menciona, con razón, los siguientes factores entre las condiciones que favorecen la iluminación: «Un fuerte interés en el problema a resolver, una clara definición de este problema y un constante deseo de solución. Otro de los presupuestos es una buena provisión de los datos seguros ya adquiridos sobre el problema. Cuantos más hechos importantes se conocen relacionados con el problema, que pueden combinarse será alcanzar la solución del enigma. Todos los datos pertinentes deben agruparse en un orden sistemático: es de mayor utilidad un pequeño número de datos bien coordinados que un gran número de hechos inconexos. Otras circunstancias concomitantes favorables son el sentirse a gusto y la sensación de libertad.» Completando estas ideas, R.S. Woodworth alude a un ánimo dispuesto a abandonar los trabajos rutinarios, ya que éstos, a la larga, disminuyen la incubación y, en consecuencia, la iluminación.

Otros autores aluden también a la rutina como obstáculo de la creatividad. Pero aquí, de todas formas, debe tenerse en cuenta que un hombre creador no puede abandonar por completo la rutina cotidiana. Lo que importa es más bien el grado y la medida de la participación interior. Hay, pues, que preguntarse: ¿Qué rutina destruye, y hasta qué punto, la creatividad? El siguiente caso nos podrá dar una respuesta parcial.

Karl H. es un político de rango intermedio. A la edad de 48 años, su médico de cabecera le aconseja someterse a tratamiento psicopatológico, debido a sus agudos estados de agotamiento y dolores de cabeza crónicos. El paciente juzgó esta recomendación de «curiosa». Él conoce bien la razón de sus «síntomas»: sobre-exceso de trabajo. No alcanza a imaginarse que el peso del trabajo

y sus consecuencias pueden eliminarse mediante un tratamiento psicoterapéutico. En las primeras sesiones se describe a sí mismo como genio de organización, se alaba «con toda modestia» de su actividad, de la que pueden ofrecer testimonios convincentes. No sabía cómo ni en qué podría modificar su vida profesional, a no ser que renunciara por completo a su carrera política. Al cabo de un año aproximadamente del comienzo del tratamiento — y éste es el problema que aquí nos interesa — vino a la sesión con el siguiente relato autobiográfico:

«Soy incapaz de permanecer tranquilo ante mi mesa de despacho; prefiero viajar con el auto de un sitio a otro, porque tengo miedo de advertir ante la mesa que ya no puedo pensar. Me gustan las reuniones, conversaciones, conferencias, asambleas, sesiones de clausura. Confieren brillo a la vida cotidiana. Pero, en concreto, no aportan nada nuevo. Como en el fondo no le veo ningún sentido a mi actividad, me apunto, hasta quedar agotado, a los más variados círculos y organización. En ellos soy un reclamo apreciado y codiciado. Sólo cuando charlo con los otros advierto que todavía puedo pensar, al menos a propósito de lo que los otros dicen. Si me siento sólo, no se me ocurre ninguna reflexión sistemática. Para mí son más importantes las cosas exteriores. Gracias a mi habilidad como organizador he montado tres oficinas en diferentes edificios. Pero en ninguna de ellas me detengo mucho tiempo. La una es demasiado seca, la segunda demasiado estrecha, la tercera demasiado ruidosa. En casa, donde también podría trabajar, me molestan los tres niños. Lo importante para mí es que en la oficina reine el orden. Sólo entonces puedo ponerme a la tarea. Orden en la dirección y orden formal son para mí asuntos de la máxima importancia. Y lo mismo cabe decir de una planificación exacta del trabajo: hoy se hace esto, detallado y distribuido por horas y oficinas, viajes, llamadas telefónicas, reuniones del partido, etc., y mañana esto otro. En mis actividades me extrapapeleo expresamente. La multiplicidad de mis deberes me embriaga. Si tengo que trabajar en un proyecto de ley o en una proposición, reúno como un poseso el material, o dicho exactamente: no leo en primer término la bibliografía sobre el tema, sino que mando hacer varios cientos de fotocopias y las distribuyo en un orden pedante. Muchas veces ya ni vuelvo a mirarlas. Cuando descanso apenas leo

con placer un libro. Sólo leo cuando puedo valorar políticamente lo leído. Los discursos que pronuncio carecen casi siempre de ideas propias. Son hábiles combinaciones de los enunciados de otros. Lo curioso es que dentro del partido tengo un elevado prestigio como especialista. Pero en el fondo mis conocimientos son superficiales. Nada está bien madurado. En realidad, podría hablar sobre cualquier cosa.»

De acuerdo con la descripción hecha por este político durante el tratamiento psicoanalítico, falta aquí toda posibilidad de incubación fecunda. No hay tiempo ni espacio para la reflexión y reelaboración. Este hecho no sería tan llamativo en otras profesiones, por ejemplo en la de periodista. Las características antes descritas apenas si se consideran como defectos en la vida de un periodista. Son más bien ventajas: gusto por la organización, múltiples contactos, varias oficinas, multitud de archivadores, orden resplandeciente y, sobre todo, la capacidad de comprender rápidamente una situación dada y revestirla de forma periodística. Pero nuestro paciente era un político, del que se espera que domine sus temas mejor que los periodistas que le enjuician. Todavía puede comprenderse que no fuera así. Más difícil de explicar resulta el hecho de que este político pudiera llegar a las masas mejor que sus compañeros de partido, más profundos. Esto se debía en gran parte a su capacidad de contacto. Sólo muy pocos advertían que tras aquella amabilidad que se acomodaba constantemente a las situaciones se escondía un miedo enorme a las tareas y opiniones propias. La mayoría no advierte el vacío que puede haber tras un contacto, siempre que se sepa encubrirlo bajo un tono amistoso. También este político podía hablar de las cosas por encima. No necesitaba conocerlas a fondo. Bastaba —y esto lo sabía ya Maquiavelo— con que acertara a lisonjear adecuadamente las opiniones de sus lectores (subditos). No son pocos los que se afanan por conseguir posiciones en los más diversos gremios y se contentan con poder correr apresuradamente de un lugar a otro, para lo cual no necesitan para nada estar al tanto del asunto.

Es preciso tener en cuenta estas peculiaridades para poder comprender las quejas de algunas fuerzas de punta —y no sólo entre los políticos— sobre el desgaste de sus energías. Muchos de ellos no quieren otra cosa. Necesitan su «exceso de trabajo» para jus-

tificar su fracaso creador o su vida sin contenido. No todo científico o todo político que contempla retrospectivamente una vida llena, tiene tanto conocimiento de sí mismo como Toynbee, que al final constataba que básicamente sólo había escrito para esquivar una angustia que le perseguía desde su juventud. Aquel afán continuo de escribir era preferible a tener que estar sin escribir semanas y meses. Decía: «No tener ninguna tarea era para mí mucho más oprimente que tener algo, por incompleto que fuera... El hecho de que una hoja vacía me hiciera trabajar más que una llena parece algo así como si un trabajo de medio siglo constituyera una droga... El descontento que siento, cuando he concluido mi tarea de medio siglo, sugiere que mi impulso al trabajo sirve al mismo perverso fin a que sirven los aparatos de radio y televisión en las mentes pueblerinas. Son un pretexto, para mantener mis pensamientos alejados de otras tareas.»

Por supuesto, una productividad nacida del miedo no debe ya calificarse de estéril sólo porque brote de esta fuente. En este libro se han expuesto suficientes ejemplos en los que las actividades creadoras surgían de un terreno neurótico. Pero aquí analizamos más bien el problema de la extinción de la capacidad de maduración y por consiguiente de la creatividad. Y esta situación se da con mayor frecuencia de lo que podría sospecharse cuando se afirma que todo lo creativo sólo prospera «por caminos torcidos». Aquí puede prosperar lo que en otro lugar puede malograrse.

De una encuesta realizada por P. Kevenhörster y W. Schönbohm (1973) se desprende que esta última posibilidad debe tenerse muy en cuenta, en términos generales, cuando se trata de analizar las «fuerzas de punta», sea cual fuere la rama en que se sitúan. Sobre la base de una serie de entrevistas con dirigentes de la economía, profesores y funcionarios de la República Federal Alemana, llegaron estos autores a la conclusión de que los miembros de estas tres profesiones consideraban poco satisfactorias la distribución de tiempo de su vida cotidiana. Aunque los objetivos de estas tres profesiones son muy divergentes, todos los miembros de cada uno de estos grupos están acordes en una queja: todos hubieran deseado tener más tiempo para el estudio de la bibliografía especializada, para la investigación, para la profundización de su saber y para una mejor preparación de las decisiones políticas. Dicho de otra

forma: profesores, políticos y directivos consagraban demasiado poco tiempo a sus tareas auténticas, porque tenían que dedicarse a otras actividades que todos ellos consideraban superfluas, perturbadoras y fastidiosas: viajes, asistencia a recepciones, trabajo administrativo prolijo, etc. Las personas encuestadas hicieron proposiciones de reforma. Sólo que tienen tantas probabilidades de que se impongan en el futuro como las que tuvieron en el pasado, cuando se sufrían y se levantaban quejas sobre estos mismos defectos. Es indudable que la economía, la política y la ciencia pueden organizarse mejor de lo que ahora están. Pero no debe olvidarse que los hombres, por muy responsable que sea la posición que ocupen, hacen algunas cosas «por pasatiempo». Pasan su tiempo con cosas que les apartan de lo que propiamente deberían hacer, pero que no hacen por motivos personales. Y así puede extinguirse la fecundidad, y con ello la creatividad, en aquello que constituye su propia tarea.

Este valor de distracción, de desviación, tienen muchas de las actividades que los altos funcionarios consideran fastidiosas. Nadie tiene por qué avergonzarse de ello. Todos tienen fama de expertos de fama internacional, de políticos triunfantes o de activos «managers». En el mencionado paciente que nos ha servido para esclarecer la problemática de la extinción de la fecundidad se avergüenza, a pesar de todo, de su superficialidad, este sentimiento fue consecuencia de un tratamiento psiconalítico. La pregunta que, a propósito de este corto episodio de una vida, nos interesa, es la siguiente: ¿cómo pudo Karl H. llegar a establecer una forma de trabajo completamente diferente que incluía también una diferente forma de incubación? Esta pregunta alcanza toda su importancia si consideramos el hecho de que muchos hombres creadores tienen la opinión de que han mantenido durante toda su vida una misma postura ante el trabajo, cuando menos, un mismo estilo de trabajar. En algunos de ellos esta afirmación es fácil de comprobar. Así por ejemplo, Toynbee ha mantenido una misma línea fundamental decisiva de trabajo — como él mismo corrobora en la mirada retrospectiva sobre su vida— desde los 17 años hasta una edad avanzada, sin tachaduras y sin rodeos o modificaciones. Fue un escribir regular, uniforme, día tras día, sin detenerse por los altibajos del estado de ánimo, fueran los que fueren. Como él

mismo escribe, una modificación de su estilo de trabajo hubiera significado para él una catástrofe. Estas «catástrofes» ocurren entre los científicos, los políticos y los «managers» con mayor frecuencia de lo que se supone. Pueden contribuir a ello el éxito, la edad, la costumbre y también —como en nuestro ejemplo— el cambio de ritmo de trabajo inherente a una nueva posición. Karl H. daba la siguiente razón para explicar aquel su febril ritmo de actividad, que tan poco espacio concedía a la incubación:

«Cuando, sea en casa o en el despacho, me siento a la mesa y quiero empezar a reflexionar sobre algún asunto, al poco tiempo mis ideas empiezan a divagar. Hasta ahora siempre había conseguido volver a reagrupar mis pensamientos. Ahora ya no puedo. Tengo miedo de no poder pensar ya más ni hablar razonablemente. El temor disminuye cuando me ocurren cosas particularmente desagradables, sobre las que descargar mi ira. La razón de la ira es indiferente. Pueden ser amigos del partido, los niños, la mujer y también cosas que no me afectan personalmente, por ejemplo el resultado de un encuentro deportivo. La ira va creciendo poco a poco, hasta el punto de no poder concentrarme en mi trabajo, por ejemplo la lectura de un acta. Ocurre sobre todo cuando tengo que escribir una respuesta a propósito de un ataque contra el otro partido.» Esta pérdida de la capacidad de concentración no se percibe desde fuera: «Mi mujer atribuye el hecho de que a veces no se me pueda ni siquiera dirigir la palabra al exceso de trabajo. Me aconseja constantemente que descanse, sin darse cuenta de que esto es precisamente lo que no puedo hacer. Los fines de semana me dedico sobre todo a leer los periódicos o libros sin importancia, si no estoy ocupado en reuniones, recepciones y congresos. Esto es lo que suele ocurrir de ordinario. Busco expresamente estas cosas que a otros les resultan tan aburridas. Discuto horas enteras sobre cualquier nimiedad. Aquí no necesito pensar mucho y, a pesar de todo, tengo la impresión de haber hecho algo. Ataco encarnizadamente los argumentos de un contrario y no lo abandono, hasta el punto de que muchas veces molesto hasta a mis amigos.»

Estas pinceladas bastarán para mostrar que Karl H. tenía que airearse. Y no porque sus impedimentos y dificultades externas fueran notablemente mayores que las de los demás. Esta cólera surgía

de su interior. La imagen de un sueño lo pondrá en claro, incluso para aquellos que no están familiarizados con las leyes oníricas: «Estoy guiando mi auto y caigo de pronto en un barranco lleno de excrementos y basuras. Sólo que, como el chasis está bien protegido, la porquería no penetra en el interior.»

Esta imagen pone en claro que está dentro —o mejor dicho, rodeado— de porquería, es decir, en una constante irritación contra el mundo. Sólo un auto especialmente protegido puede impedir que se llene de suciedad. Desde un punto de vista psicodinámico las planchas de blindaje de su vida anterior es lo que se llama defensa obsesiva. Un trozo autobiográfico de nuestro político ofrece un buen ejemplo: Habla en él del orden pedante, o, con más exactas palabras, de la prioridad del orden sobre el fondo de las cosas. Que esta obligación de ordenar y catalogar que se había impuesto no respondía a una finalidad objetiva, sino que nacía de una necesidad consciente, se muestra en el hecho de que mandaba a la papelera documentos que antes le habían parecido importantes.

Esta resaca hacia la porquería dificulta toda incubación. Y si bien el proceso de incubación discurre, por definición, en el ámbito de lo inconsciente, no es una cuestión indiferente lo que en este ámbito sucede. Aquel que, al poco tiempo de ponerse a reflexionar, está saturado de porquería, no tiene el espacio de incubación necesario para fecundos pensamientos. En nuestro ejemplo puede verse por qué un espacio interior lleno de suciedad no es adecuado para la incubación. El paciente de que hablamos, cuya creatividad disminuyó en los años medios de su vida, tuvo sus años más productivos cuando fue miembro joven del partido. Pero en este tiempo se encapsuló frente a los demás hombres. Entonces sucumbió — como él mismo dice — a la «seducción». Por seducción entendía Karl H. la acumulación de tareas, puestos y honores de todo tipo. Ya no podía mantener la distancia frente a los demás necesaria para su labor creadora¹³. Ciertamente que los honores conse-

13. Le faltaba el don — que fue típico en la vida de Auguste Rodin — del distanciamiento abrupto, cuando era necesario. Rainer María Rilke, dolorosa víctima de esta poco amable virtud, comprendía bien esta conducta. Le escribe: «Me siento... herido en lo más profundo. Pero le comprendo a usted. Comprendo que el sabio organismo de su vida tiene que rechazar inmediatamente lo que parece dañarle, para mantener incólume su función: del mismo modo que el ojo expulsa el objeto que enturbia su visión.»

guidos le situaron muy por encima de los demás, con los que —según sus palabras— tenía pocas cosas en común. Pero precisamente estos premios fueron el veneno que aniquiló poco a poco su vitalidad interior. Cuanto más gozaba la dulzura de los honores y las honras, mayor era su anhelo de nuevas distinciones.

Nuestro político fue perdiendo cada vez más la capacidad de distanciamiento interior. Entonces, la porquería «antes arrojada fuera» penetró con todo su ímpetu en su interior. Sólo la presencia de otros —que a veces se podía materializar en la figura de un periódico— le permitía protegerse provisionalmente de sus impulsos autodestructores. Pero así nunca alcanzaba la paz. Lo que consideraba como una rutina pesada, pero inevitable, como una «presión de las cosas», era en el fondo una necesidad interior. Con el correr del tiempo se hizo cada vez más tenso, impulsivo y agitado. Así alcanzó un estado interior que, según la investigación del análisis de factores de Cattell, se observa con frecuencia en los hombres sin capacidad creadora. Están como crispados e intranquilos.

El caso de Karl H. nos permite hacer el siguiente resumen de la problemática de la incubación: Ni una situación externa de angustia ni los sentimientos que esta situación comporta hacen imposible una incubación fecunda. Así lo demuestran todos los hombres creadores que, a pesar de grandes angustias y preocupaciones, han conseguido crear cosas excepcionales. Piénsese por ejemplo en Miguel Ángel, Marx, Dostoyevski o Fontane. Las preocupaciones de estos hombres eran de diversa naturaleza pero, en todo caso, considerables para su tiempo, sin que por ello se produjera una extinción de la incubación y de la consiguiente actividad creadora. Se dificulta o se imposibilita la incubación sólo cuando las circunstancias internas o externas de la vida producen una disminución de las fuerzas defensivas y hacen por consiguiente imposible una represión de los componentes específicos personales de tendencias autodestructivas.

En nuestro caso pueden advertirse dos tipos de defensa frente a las fuerzas autoagresivas: el distanciamiento respecto de los demás hombres y un amor pedantesco al orden. Mientras que este último elemento es relativamente indiferente para el proceso creador —Karl H. lo tuvo durante y después de su fase creadora— el derrumbamiento del primero tuvo una gran repercusión en el pro-

ceso creador. Desde el momento en que nuestro paciente se dejó arrastrar, en razón de su pasividad narcisista, a una proximidad con los demás que no podía soportar, las adulaciones, exigencias y preocupaciones de las personas de su entorno penetraron tan hondamente en él que ya no pudo defenderse frente a la «suciedad del mundo». Perdió, pues, la capacidad de incubación. En un espacio interior así no pueden crecer los frutos creadores.

No es preciso que los acontecimientos desagradables, que ocurren en toda vida, aparezcan tan reelaborados como en nuestro ejemplo, si bien estos defectos de incubación son más frecuentes de lo que en general suele admitirse. En una evolución bien lograda, que no perturba la incubación, no se da ese barranco o abismo que aparece en el sueño descrito: en este sueño se cae en el fondo. El enfrentamiento madurado con las contrariedades de la vida estaría representado en el símbolo del llano, no del barranco. La suciedad, la porquería, las dificultades pueden ser correctamente acometidas y resueltas en una superficie lisa.

En pocas profesiones creadoras juegan las tendencias autodestructivas tan destacado papel como en la del científico. En última instancia, toda profesión puede ser desempeñada creadora o no creadoramente. A unos se les ocurre algo que es en su profesión nuevo, abridor de horizontes, excitante, ejemplar, único, mientras que otros ejercen su actividad como todo el mundo. Muchos ejemplos de este libro han mostrado que también en las profesiones creadoras pueden encontrarse representantes de este segundo tipo. Ahora nos interesa demostrar cómo también en una profesión rutinaria, «no creadora», puede darse la posibilidad de desarrollar impulsos creadores. Nuestra tarea capital consistirá aquí en esbozar una esquematización de las fuerzas que destruyen la fecundidad.

La señora Anna K., de 42 años de edad, se sometió a tratamiento a causa de un alcoholismo que se había prolongado durante varios años. Su afición a la bebida provocó su ruina y la de su familia. Era propietaria de un puesto de gasolina en una pequeña ciudad. Su padre, campesino de la región, había comprado el puesto para ella, poco antes de morir. Se trataba de la única gasolinera del lugar. Anna K. lo explotaba ya desde antes de casarse con un mecánico. Era muy querida y apreciada en la ciudad. Contribuían a ello su modo de ser, que se ganaba las voluntades, su celo por

el trabajo y no en último término su extraordinario interés por las necesidades de los clientes. Para todos ellos constituía un placer repostar en su gasolinera. Su servicio era tan ejemplar que hasta de los lugares vecinos acudía la clientela. Limpiar los parabrisas, controlar el aceite, el agua y la presión de los neumáticos es algo que hoy todo el mundo considera natural. Esto lo sabía muy bien ella. Pero quiso hacer algo más de lo que en este campo se hacía. En las primeras sesiones del tratamiento no sabía explicar en qué consistía este algo más. En un caso podía tratarse acaso de quitar el polvo de los asientos, en el otro limpiar los ceniceros, en el tercero sacar brillo a las partes cromadas. Pero no se trataba tan sólo de lo que hacía. No era menos importante el *cómo* lo hacía. Nadie se sentía molestado, forzado o extorsionado; al contrario, todos tenían la impresión de ser tratados con deferencia personal. Sabía qué clientes deseaban charlar un rato y quiénes no. Repostar en su puesto era para la mayoría algo más que una molesta necesidad, del mismo modo que para ella el trabajo era algo más que una mera rutina para ganar dinero. Le gustaba mucho el trabajo que hacía. En su interior recordaba muchas veces a su padre. Le admiraba porque, como campesino, había tenido que trabajar duramente y le estaba infinitamente agradecida porque le había conseguido esta posibilidad de ganarse la vida. A veces iba espontáneamente a la iglesia próxima para rezar por su padre y darle las gracias.

La buena marcha de su negocio no le ponía prisas por casarse. Sus necesidades vitales estaban cubiertas y disponía de tiempo para elegir, entre sus numerosos pretendientes, el que mejor le pareciera. El elegido fue un hijo de un campesino de un lugar cercano: un hombre fiel, trabajador, siempre dispuesto a ayudar y — lo que no era lo menos importante para ella — muy enamorado. Se casaron y al cabo de algún tiempo tuvieron dos niños. Todo era armonía. Después de varios años él la seguía queriendo como el primer día que se conocieron. A su marido no le molestaba nada que ella siguiera atendiendo la gasolinera. Se sentía «honrado» de haber podido ampliar el negocio de su mujer. Contrataron un segundo ayudante y montaron un taller de reparaciones. Anna K. seguía siendo tan apreciada y respetada como antes. No había ninguna gasolinera que, ni de lejos, pudiera compararse con la suya.

Un día apareció en la pequeña ciudad la competencia. Una gran firma de carburantes había hecho un análisis del mercado llegando a la conclusión de que aquel lugar necesitaba dos gasolineras. En realidad tenían razón, ya que Anna K. sólo podía atender a las necesidades de los parroquianos con una sobrecarga de trabajo. Ella y su marido trabajaban por término medio doce horas al día y apenas si tenían un fin de semana libre. Pero como los dos estaban muy contentos con aquel trabajo, esto no les preocupaba. A las indicaciones de sus parientes, de que todavía estaría trabajando el día antes de su muerte, respondía tranquilamente Anna K.: «Mi padre trabajó mucho más y siempre estaba de buen humor.»

No es, pues, extraño que la instalación de una segunda gasolinera en las cercanías fuera un shock considerable para Anna K. La nueva gasolinera consiguió, a base de un gran despliegue de propaganda, quitarle una parte de la «parroquia». Esto no debería haberla molestado, porque, aunque ganaba menos, tenía siempre lo necesario para alimentar a su familia. Y además, ahora disponía de más tiempo para los suyos.

Por esta época se iniciaron — tal como ahora recordaba con mirada retrospectiva — las primeras alteraciones en su estado de ánimo, antes tan estable. A veces se quedaba silenciosa y olvidaba las anteriores atenciones que había desplegado en el servicio de los clientes. El servicio no era ya tan óptimo como en tiempos pasados. Para muchos de sus viejos clientes aquello fue una desilusión. El resultado fue que a veces incluso algunos clientes de su propia familia llenaban el depósito en la gasolinera de la competencia. Cuando lo supo, se sintió muy afectada. Se tornó cavilosa. Se preguntaba qué había hecho, por qué este o aquel cliente evitaban ahora su puesto. Y cuanto más pensaba, más descuidada se tornaba en el negocio. Aconteció a veces que incluso su marido, que en general era un hombre tranquilo y razonable, la reprendía con aspereza para sacarla de sus cavilaciones. Y esto agriaba aún más su humor. Reaccionaba con acritud. Algunas veces abandonaba incluso su puesto en el trabajo, en protesta por los reproches, por otra parte muy justificados, de su marido. Jugaba con los niños, pero tampoco allí se sentía a gusto. No acertaba a comprender que su modo de ser anterior, tan equilibrado y sensible, había sido la mejor propaganda de su puesto y que su modo arisco de ahora

alejaba a algunos clientes. Incluso aunque se esforzara por ser como antes, se sentía crispada. Le faltaba la serenidad, complacencia y buen humor de antes y, por tanto, también el talante interior que había agudizado su mirada para adivinar las necesidades y deseos de los clientes. Poco a poco se fue encerrando en un círculo de autorreproches, vacilaciones y mal humor. Había perdido su perspicacia para la situación de los demás. Cuando una tarde, bajo este estado de ánimo, se bebió una copa de coñac — hasta entonces nunca había bebido alcohol — sintió de pronto una bienhechora sensación de distensión en todo su cuerpo. Se sintió casi un poco mareada. Pero prefería esto a sus constantes dudas, preocupaciones y cavilaciones. Desgraciadamente este primer sentimiento de bienestar producido por la acción relajante del alcohol fue — como sucede con frecuencia en estos casos — tan trastornadoramente hermosa que recurrió después cada vez con mayor frecuencia a este consuelo. Cuanto más se «medicinaba» más agresiva se tornaba, incluso aunque entonces no hubiera bebido. Por la menor tontería reñía con su marido y con los empleados e incluso a sus hijos les trataba con desabrimiento.

Estos detalles de la vida de Anna K. bastarán para poder dar la respuesta a la siguiente pregunta: ¿qué ocurrió para que una mujer tan dispuesta a ayudar, tan llena de tacto, se convirtiera en una gruñona madre de familia? En primer término, hemos de aludir una vez más — como en el ejemplo del funcionario creador del capítulo III — al hecho de que hasta en las más sencillas profesiones son posibles las acciones creadoras. Ahora bien ¿dónde está lo creador en el empleado de una gasolinera? Desde luego, no en las características que son comunes a todos. Admitir esto sería tan erróneo como esperar que todos los científicos sean igualmente creadores. Ya en el capítulo I se ha indicado que no ocurre así. Y esto tiene aplicación también a las profesiones más sencillas y menos complicadas. Lo excepcional nuevo y creador de Anna K. era el *cómo*, el modo de desempeñar su labor. Lo hacía mejor y de manera distinta a la de la mayoría. Todos lo advertían. La capacidad de hacer que cada cliente se sintiera personalmente servido es ya, en una profesión tan rutinaria como la del empleado de una gasolinera, un logro creador. Se podría incluso aventurar una fórmula: cuanto más empuja a la rutina y la monotonía la estruc-

tura de la profesión, más altos deben valorarse los logros que desbordan ese cuadro uniforme. La protesta de los trabajadores de una cadena de montaje cuando destruyen la maquinaria es también una superación de la rutina, sólo que extremadamente anti-creadora. Si los trabajadores que recurren a estos actos hubieran transformado sus fuerzas agresivas como lo hizo Anna K., no se hubieran producido con tanto retraso las diversas mejoras y modificaciones de las cadenas de montaje, tal como se practican ahora, por ejemplo, en Escandinavia. Desde luego, lo que Anna K. había logrado no es un acto creador en el sentido de la creatividad de amplias repercusiones que hemos descrito en páginas anteriores. Los demás propietarios de gasolineras seguían ateniéndose en su trabajo diario a las normas de siempre. La repercusión del logro de Anna K. se limitaba al círculo de sus clientes. Pero el hecho de que las consecuencias de una acción sean percibidas por unos pocos no cambia en nada su origen creador. Una flor sigue siendo bella, aunque florezca en una ladera inaccesible.

¿Cómo se explica entonces — y ésta es la pregunta decisiva en nuestro caso — el cambio de carácter de esta mujer? En otros ejemplos de este libro hemos visto ya cambios y modificaciones en el comportamiento de las personas, pero en el caso de Anna K. revisten características sorprendentes: no hubo razones importantes que lo condicionaran. No puede decirse, en efecto, que la aparición de la competencia fuera un motivo de peso. Desde luego, fue la causa desencadenante externa, pero si produjo aquella perturbación o — como hoy se dice con excesiva ligereza — aquel *stress*, fue sólo porque se daba la mano con un conjunto de factores internos. Esta causa interior suele ser desconocida, en principio, tanto para los interesados como para las personas de su entorno. Está anclada en el inconsciente de la estructura personal y puede reconocerse, entre otras cosas, por reacciones excesivas, inadecuadas y demasiado vivas frente a acontecimientos exteriores. Esto ocurrió con Anna K. Aquel haberse visto tan afectada por la competencia, con las consecuencias que de allí se derivaron, sólo puede entenderse desde una determinada configuración anterior. Simplificando se puede decir: Anna K. no podía soportar ningún tipo de competencia. Cuando aparecían rivales, fracasaba.

No nos es posible describir con detalle, en este marco, el ori-

gen de estas combinaciones. Entran en juego diversos factores pluriformes, heredados y adquiridos, conocidos y desconocidos. Pero existe una influencia en la vida de Anna K., sobre la que queremos llamar la atención en nuestro contexto de «creatividad extinguida». Anna K. tenía dos hermanos. El uno era tres años mayor y el otro dos años más joven. Ella era, pues, la del medio. Contra lo que muchas veces suele ocurrir, para sus hermanos no fue la hermana querida, o la chica necesitada de ayuda. Para ellos fue más bien «la otra», la construida de otra forma. Por eso la tiranizaron. La trataron despóticamente. Tenía que limpiarles los zapatos, hacerles recados y ejecutar otros trabajos que le mandaban por capricho. Los hermanos la aceptaban solamente cuando se comportaba como un chico. Tenía que jugar al fútbol con ellos en la pradera de la aldea y su condición de muchacha no le otorgaba ningún privilegio. Hasta qué punto este conjunto de factores exteriores había llegado a afectarla interiormente se manifiesta de una manera dramática en determinadas fantasías masturbadoras de la pubertad. Cuando los chicos le pegaban o golpeaban, sobre todo en las nalgas, presentía el gran placer del onanismo. Sin estas fantasías, el placer de la autosatisfacción era menor. Se avergonzaba de sus masturbaciones, pero más aún de sus fantasías. No sabía de dónde procedía esta «insensatez». Tampoco sabía a quién poder confiarse. ¿Con quién habría podido hablar de estas cosas? ¿Con sus padres, que eran campesinos? ¿Con el párroco, el maestro, una amiga? Para cualquiera de ellos hubiera resultado un problema excesivamente difícil adivinar el origen de esta clase de placer.

Desde luego, la tiranía de los hermanos no era la única razón de esta actitud masoquista de Anna K. Pero es un factor parcial esencial. En el análisis vio ella claramente que «en el fondo» gozaba en ser dominada por sus rivales fraternos. Pero no era sólo aquel dominio lo que la hacía sentir placer. Es que además la crueldad de ellos le proporcionaba una «oculta» satisfacción. Uno de los hermanos le mandaba muchas veces, cuando oscurecía, al bosque próximo, porque sabía que allí tenía que enfrentarse con un miedo terrible. El otro la atormentaba, cuando andaba a la greña con ella. La arañaba y pellizcaba para aumentar sus dolores. Los padres lo veían algunas veces, pero lo consideraban como una broma o como expresión de travesuras infantiles.

Cuando Anna K. llegó a los 25 años de edad y se hizo cargo de la gasolinera, desaparecieron poco a poco las fantasías masoquistas. No sería acertado decir que su masoquismo fue la fuente de su especial capacidad de servicio. Esto sería demasiado simple. Su evolución sexual y las experiencias del pasado intervinieron en el proceso. Pero es un dato seguro que su singular modo de desempeñar su profesión desapareció en el momento en que «un motivo exterior» —la apertura de la competencia— activó la problemática de rivalidad e inferioridad de los años de su desarrollo. Ahora ya no podía desplegar una vida alegre y en constante autoafirmación, sino que se hundía cada vez más en su papel de mujer que hallaba placer en sentirse atormentada y mortificada. Lo que de cara al exterior y en el plano consciente personal parecía ser un sufrimiento —su preocupación por la competencia y su abandono al alcohol— constituían una satisfacción interior profunda. Dejarse atormentar se convirtió en una necesidad finalmente no querida, no intencionada. Y así se extinguió toda incubación fecunda. Donde se busca el sufrimiento por el sufrimiento, desaparece la capacidad para una tarea, para una meta, para sufrir por los otros hombres. La vida cotidiana aparece cada vez más dominada por el afán de sufrimiento y tormento, de tal suerte que el dolor ya no es parada intermedia, sino estación final.

Se da aquí un cierto paralelismo con los estados depresivos. También aquí desempeña un importante papel el componente autodestructor, la orientación de la agresión contra el propio yo. Pero, contrariamente a las perversiones masoquistas, las fuerzas autoagresivas de la depresión sólo actúan dinámicamente en determinadas fases, o con determinados motivos, y de forma transitoria. No tiene el obsesivo y anheloso carácter del masoquista. Una parte del yo se defiende siempre frente a la autodestrucción que se reflejaba, por ejemplo, en el alcoholismo de Anna K. La lucha contra la autodestrucción que se percibe en los estados depresivos puede actuar también como motivo capaz incluso de movilizar la creatividad del individuo. Así lo testifican numerosos ejemplos de artistas y escritores: se necesita la espuela depresiva para una determinada inspiración. Aquí no es preciso que el interesado perciba claramente —o a lo más sólo mucho más tarde— la conexión entre depresión y actividad creadora. Debe distinguirse entre el

efecto estimulante de la depresión y la depresión como «receptáculo de incubación». En el primer caso, la disonancia provoca un cambio en la visión del mundo, que puede ser necesario para la activación de impulsos creadores, mientras que el segundo puede compararse a los estados oníricos de los que «brota» una idea. Sólo que mientras que en el sueño el proceso es inconsciente, en la depresión es consciente, si bien acompañado del sentimiento característico de que no se es útil para ninguna cosa, no digamos ya para una actividad creadora. Puede ocurrir que hasta se piense que ya no se podrá hacer nada en el futuro. «Cuando uno no es ya capaz ni de leer un periódico, ¿cómo se podrán entender las grandes obras, y mucho menos escribirlas?», decía en cierta ocasión un paciente dedicado a actividades literarias. También entre los científicos son, en estos estados, muy escasas las iluminaciones, si no ya imposibles. Pero al ir cediendo la depresión pueden surgir ideas muy fecundas. Así se han comprobado casos de personas que tras un período más o menos prolongado de desarmonía interior, entran en una etapa especialmente creadora. El siguiente ejemplo aclarará este argumento.

Wolfgang A., de 29 años, especialista en lenguas germánicas, era incapaz de producir nada desde hacía año y medio. No avanzaba en su tesis doctoral. Sólo a costa de un enorme esfuerzo acudía todos los días al instituto para despachar el indispensable trabajo rutinario. No se sentía capaz de nada más. Tampoco sabía darse maña en el trato con su mujer y con su hijo de dos años, aunque le tenía un gran afecto. Por las mañanas, sobre todo, era fatal. Muchas veces le costaba hasta una hora superarse y levantarse de la cama. Mencionaremos algunos puntos de la historia de este tratamiento, que revisten importancia para la comprensión de la depresión como «receptáculo de incubación».

Antes de su depresión, y siendo profesor auxiliar, Wolfgang A. había publicado cuatro trabajos científicos que llamaron la atención en los círculos competentes. Pero él personalmente no se sentía satisfecho. Quería algo más. Y estimó que la oferta de oposición a cátedra que le hizo el director del instituto le proporcionaba la oportunidad soñada. Se dedicó con ímpetu y concentración a su tarea. Pero al cabo de unos meses de trabajo intensivo, desaparecieron de pronto todas sus ideas. El trabajo se paralizó.

Su esquema original, que le había gustado tanto a él como a todos aquellos con quienes lo comentó, le decía cada vez menos. Sirvieron de muy poco los amables estímulos y conversaciones de su mujer, del director y de sus colegas. Poco a poco fue cayendo en el estado antes descrito, que le hacía imposible continuar trabajando en la tesis doctoral.

A lo largo del tratamiento psicoterapéutico, fue retornando lentamente su iniciativa. Descubrió la insuficiencia del esquema inicial, que al principio tanto le había entusiasmado. Comprendió cada vez más claramente que aquel entusiasmo no era más que la sobrecompensación de un profundo temor ante una empresa de la que no se podía responsabilizar. Para abrir de par en par la puerta hacia una carrera de profesor largamente anhelada, se refugió en una exaltación de ánimo desprovista de fundamento objetivo. Pero en su interior pugnaba contra la presión de tener que publicar algo que todavía no consideraba madurado, sólo por conseguir un título. Cuanto más claramente lo advertía y lo comparaba con experiencias anteriores de su propia vida, tanto más frecuentemente retornaba su interés por la tesis doctoral, pero con una modificación decisiva: hizo una reforma total del planteamiento. Sus colegas, y especialmente su director, se quedaron tan impresionados ante este logro que — como el mismo paciente decía — hablaban de «un milagro».

Este caso muestra, en su escueta brevedad, cómo una depresión puede estar al servicio de una incubación fecunda. En Wolfgang A. produjo una lenta e inconsciente remodelación del material. Sólo entonces se sintió satisfecho, y la obra le pareció, a él y a los demás, más madura que antes de la depresión. El presupuesto para conseguir hacer fecunda aquella discordancia fue, desde luego, la modificación de su propia actitud interior frente a una obra que se estaba realizando por sí sola, sin su intervención consciente. Antes Wolfgang A. había vivido en la angustia constante de perder para siempre algo que retenía en el subconsciente. Para poder fijar de inmediato las ideas que se le ocurrían antes de quedarse dormido o mientras estaba desvelado por las noches, tenía siempre sobre la mesilla un cuaderno de notas. No se le debía escapar ni una idea. Consiguió su propósito, y por eso consideraba que su estilo de trabajo era útil. Sólo a través de la depresión

y del subsiguiente tratamiento creció la confianza en su inconsciente, que hizo posible un trabajo esencialmente creador.

A muchos les falta esta posibilidad. Se sienten muy a gusto en su pedantesca exactitud y no advierten que esquivan angustiadamente una depresión. Muchas veces estos científicos llaman la atención por su aplicación extraordinaria. Trabajan más que los demás, no disfrutan de fines de semanas libres, porque creen que tienen que dedicarse por completo y sin descanso a su problema. Por esta razón rechazan hasta donde les es posible todo cuanto pudiera distraerlos.

Y resulta que lo que los puede distraer es, más o menos, todo: colegas, familiares, periódicos, política, en una palabra, todo cuanto no tiene relación directa y consciente con su problema. Así por ejemplo, un químico, que estaba escribiendo su tesis doctoral, no daba mayor importancia, al principio del tratamiento, al hecho de que los viernes por la tarde trabajaba muchísimo más que las tardes de los otros días de la semana. Lo justificaba con unas determinadas prescripciones del reglamento de trabajo. Al cabo de algún tiempo de terapia empezó a ver este hecho y otros similares bajo una luz diferente. Cada vez que se hacía imprescindible una larga separación del centro de trabajo por causas extrínsecas — sólo en casos excepcionales podía trabajar en el laboratorio los fines de semana — se quedaba más tiempo durante el día, para compensarlo. Entendía que no podía abandonar su puesto en el laboratorio sin grave daño para las ideas que pudieran ocurrírsele. Antes de haber superado aquel miedo a la separación, o, lo que es lo mismo, de entregarse sin reservas a su «trabajo intensivo», hablaba siempre de su especial amor al trabajo que sería, en definitiva, el «distintivo de un buen científico».

La aplicación obsesiva, el encarnizado trabajar por amor al trabajo, el alejamiento de «toda porquería», el brillar con numerosos detalles, son con frecuencia una tranquilización del super yo. Un paciente dijo una vez como justificación: «Cuando ya no se me ocurre nada y me cierro a los demás en razón de mi trabajo, ya no puedo disfrutar de nada de lo que me desvía.» Aunque esta afirmación es válida sobre todo respecto de las personas depresivas con un super yo infantil, tiene una vigencia general en cuanto que es expresión de una tendencia muy extendida. Consiste en concebir lo crea-

dor exclusivamente, o al menos básicamente, como el resultado de una infatigable aplicación y de una estricta disciplina.

La conocida frase «el genio es aplicación»¹⁴ refleja este modo de pensar. Es indiscutible, por supuesto, la importancia del trabajo, del ejercicio, de la constancia, en cualquier campo. Pero, por otro lado, unos cuantos años de práctica de piano no le convierten a uno en un pianista creador. Y tampoco con sólo fantasías se llega a ser pintor creador. Las personas que más rotundamente niegan estas reglas generales son enfermos del espíritu, es decir, aquellos grupos de personas a las que, desde antiguo, se les atribuía una especial proximidad al mundo de lo creador. Esta opinión mantenida durante siglos queda confirmada por el hecho de que los esquizofrénicos poseen una desbordada fantasía. Combinan, tienen ocurrencias y ven interconexiones donde los demás no ven ninguna. Y éstas son cabalmente las características que se atribuyen a los hombres creadores. Además, estos enfermos mentales están absolutamente convencidos de su grandeza excepcional. Sólo ellos pueden salvar el mundo o saben el secreto de convertir las cosas en oro, y todo ello sin esfuerzo. No se reservan para sí sus ocurrencias. Las derraman de palabra y por escrito. Están además persuadidos de que cumplen lo que anuncian.

Estas personas evidencian bien el foso existente entre fantasía y realidad creadora. Les falta aquello precisamente que los hombres creadores deben llevar consigo como condición indispensable: la técnica, el ejercicio manual, el esfuerzo, el control de la realidad y, sobre todo, el aprender y más aprender. Por lo demás, esta cualidad no está ausente sólo en los enfermos psíquicos evidentes. También entre personas «normales», no afectadas por trastornos psíquicos, hay algunas para las que el trabajo de preparación resulta demasiado fatigoso. Quieren llegar inmediatamente a las grandes ideas. Y algunos lo consiguen, pero por poco tiempo, como se muestra, por ejemplo, en el caso de Gottfried L.:

Tiene 34 años, no está casado y trabaja como físico en el departamento de investigación de una firma industrial. Es poco estimado entre sus colegas, por su carácter particularista y arrogante.

14. Theodor Fontane formuló muy acertadamente esta idea en un dístico a Adolf Menzel: «Dotes ¡quién no las tuviera! — talentos ¡juguete de niños! Sólo la seriedad hace al hombre — sólo la aplicación al genio.»

Le critican su indiferencia por los detalles banales cotidianos. Éstos tienen que hacerlos los demás por él. Ninguna de sus ideas se hubiera podido realizar en el departamento de no haber tomado otros sobre sí los pequeños trabajos. Los reproches culminaron en la aseveración de un colega, de que Gottfried L. se comportaba como si fuera un genio.

En cualquier caso, veamos cómo consideraba las cosas el paciente. El problema básico se cifraba en lo siguiente: no podía aceptar la crítica de sus colaboradores porque dado su puesto de director del departamento tenía no sólo el derecho sino incluso la obligación de delegar funciones. Consideraba las objeciones de sus colegas como fruto de una malévola voluntad y lo atribuía a una campaña montada contra él. Así se fue aislando cada vez más y sólo con los directivos estaba en buenas relaciones. Pero con el correr del tiempo las cosas se fueron haciendo cada vez más difíciles. Finalmente, ya no pudo trabajar más. Se le dio de baja y vino a la consulta con el diagnóstico de «neurosis con rasgos paranoicos». Fueron menester varios meses de terapia, para que Gottfried se liberara de sus ideas paranoicas y pudiera dar un informe correcto sobre el problema de su puesto laboral. Consistía en la dificultad de preparar debidamente la solución del problema. Quería tener siempre una idea brillante, que eclipsara a los demás. En este sentido había cosechado repetidos éxitos en sus estudios. Eliminaba numerosas dificultades y ofrecía soluciones que provocaban admiración general. No era, pues, extraño que quisiera continuar este estilo de trabajo también en la empresa. Pero, por las más variadas causas, no lo consiguió. El fracaso no dependía sólo del problema a resolver. Tampoco se trataba de que en esta actividad no hubiera los premios acostumbrados en los estudios.

Un elemento decisivo de la situación de Gottfried era la creciente inseguridad de su papel como varón. A pesar de sus 34 años, Gottfried L. sólo había tenido ocasionales y fugitivos asuntos amorosos. Lo que más le deprimía era que todas las chicas le abandonaban sin dar una explicación plausible. Sólo podría compensar este revés a base de obtener resultados cada vez mejores en su sector profesional. Estos logros deberían ser, en su opinión, descubrimientos de tal categoría que a nadie pudieran pasarles inadvenidos.

Tenía que ser algo exclusivamente reservado para él, que sólo él pudiera dominar. Y para conseguirlo era presupuesto indispensable tener que espolear a todos los que no eran capaces de superar un cierto nivel de aplicación y energía. Cuando hubiera conseguido — tal como él creía — el gran descubrimiento, encontraría también a la mujer que no pudiera pasar ya de largo ni le pudiera abandonar nunca más. Bajo una fachada inaccesible, arrogante y poco amable, escondía una herida profunda, que tenía su concausa en su defectuosa identidad como hombre. Cuanto más largo tiempo permanecieran sin resolver sus problemas internos, más intolerable resultaría para ,sus colegas y también más impaciente, incorrecto e impreciso respecto de su trabajo científico.

Aquí se ve claro por qué para este físico las dificultades básicas se presentaban en la etapa de preparación. La preparación era para él algo molesto, fastidioso, un impedimento que le apartaba de su auténtica meta, el gran descubrimiento y, consiguientemente, la conquista de una mujer. Este ejemplo enseña que sin una determinada medida de trabajos menores y de adaptación, no puede surgir ninguna obra creadora. Ahora bien, por muy importantes que estas y otras cualidades descritas en el capítulo I sean como base de partida, hay que decir que sólo ellas no bastan para conseguir ya una obra creadora.

LO CREADOR COMO DON DEL SÍ MISMO

Así como un alto coeficiente de inteligencia no es garantía de un pensamiento creador, tampoco una infatigable aplicación equivale a una actividad creadora. Todo artista y todo investigador que reflexiona sobre el nacimiento de su obra sabe claramente que, a su personal actividad, se debe añadir un elemento nuevo, difícil de describir. Se llama ocurrencia, iluminación, revelación, chispa del espíritu o, como en Goethe, «vaso de recepción de un influjo divino», «herramienta de un más alto gobierno del mundo».

Todas estas formulaciones incluyen dos características: *a)* lo creador es algo que se recibe, se obtiene, se posee como un don; *b)* se recibe de un «algo» que no se identifica con el yo consciente.

¿Cómo hay que interpretar esto? Recuérdense las experiencias descritas en el capítulo precedente, según las cuales muchas soluciones importantes se abren paso durante el sueño. En este punto es secundario que estas soluciones se escondan tras el simbolismo onírico, como en Kekulé, o bien se presenten, al despertar, bajo la forma de chispas directas del espíritu, como describe Cannon. Lo decisivo es que la solución se consigue en un estado inconsciente. Pero como esto sucede en el sueño, no se sabe ni lo que es ni cómo actúa. Pretender resolver el problema hablando meramente de lo inconsciente no aclara nada. En efecto, los factores que actúan creadoramente en el sueño, no actúan sólo en el inconsciente, ni sólo en el sueño. Es posible aproximarse a este estado también en situaciones conscientes, por ejemplo mediante diversas técnicas de meditación que se han hecho ya populares. No tengo la competencia requerida para analizarlas con mayor de-

talle. Pero todas ellas incluyen un principio básico: es la liberación, el distanciamiento respecto de las sensaciones, sentimientos y pensamientos que suelen actuar sobre el individuo. En la meditación se intenta liberarse de todo esto. Ni las imágenes, ni las fantasías, ni los proyectos ni los deseos deben estar presentes en la conciencia. Aquí domina el vacío, la nada. Algunas de estas técnicas de meditación admiten como peldaño de transición la concentración en la respiración. Afirman que aquel sentirse uno que proporciona la espiración e inspiración del aire es la mejor manera de conseguir el estado en que se está cabe sí mismo, con mirada clarividente.

Acabamos de mencionar la palabra que con mayor frecuencia se viene empleando para designar aquella instancia creadora que se distingue del yo: el *sí mismo*. El concepto de sí mismo tiene, desde luego, varias significaciones en la tradición psicológica y filosófica. Pero es común a todas ellas la idea de que el «sí mismo» se distingue del yo. El «sí mismo» es «la reserva del yo», «el protofondo de la personalidad», el «centro de la propia existencia», «el fondo más íntimo del alma». Todas estas circunlocuciones aluden a una diferencia respecto del yo.

¿Es posible no experimentar el sí mismo y poder, sin embargo, describirlo? Como el sí mismo no puede experimentarse en el estado inconsciente del sueño, queda tan sólo la experiencia de la meditación, sea de cuño oriental u occidental. Pero precisamente, según la opinión de los expertos, la meditación escapa a toda descripción. Al menos en el sentido de que ningún otro puede copiarla. Para esto debería ser objetivable. Y no lo es. Para poder acercarse al sí mismo hay que distanciarse del yo. Se trata de un proceso largo y difícil. Ya el solo distanciamiento respecto de las percepciones y de los pensamientos implica impedimentos casi insuperables, tal como lo simboliza una fábula india: un mono es mordido por un escorpión. Entonces comienza a saltar furioso a su alrededor, echando espumajos de rabia. Cae entonces sobre una serpiente, que le muerde. El escorpión y la serpiente obligan al mono a rápidos movimientos de defensa. Cuanto más golpea, más veces es mordido.

El yo se comporta como el mono de la fábula. Busca constantemente estímulos. Los experimentos de aislamiento de los últimos

decenios lo evidencian con absoluta claridad. Las personas sometidas a la prueba, a cubierto en el laboratorio de estímulos ópticos, acústicos, táctiles, experimentaban al cabo de algún tiempo estados de ánimo extremadamente molestos. La falta de estímulos exteriores se compensa con la sobreabundancia de estímulos interiores. Las personas que menos molestias acusaban eran aquellas que menos se orientaban al mundo exterior también fuera del laboratorio: los esquizofrénicos. Están acostumbrados a esta sobreabundancia de «pasto interior». El hombre medio, por el contrario, necesita estímulos externos, sea cual fuera su contenido y calidad. La versión más conocida de este fenómeno es la esclavitud frente al televisor, las revistas y los periódicos. Sólo una pequeña minoría buscan en los medios de comunicación colectiva la información, no digamos ya el contenido cultural. Lo que se busca en primer término son estímulos que aparten del propio interior.

Oskar B., ingeniero de construcciones, se acusaba a sí mismo en el curso de la terapia por su hábito de leer las más vulgares revistas callejeras. Cuando compraba estas hojas en el quiosco, miraba a su alrededor. No quería que ningún conocido le viera. Éstos hubieran pensado: «Pero... ¡qué hombre tan primitivo es este Oskar, que lee cosas tan insensatas y ramplonas!» Sabía perfectamente que lo que leía no respondía totalmente a los hechos. Comprendía, por lo demás, la obligación de los periodistas, de adornar con cautivadores detalles una noticia normal. Conocían también el dicho: «Sólo una mala noticia es buena noticia.» Pero no podía hacer nada contra esta «obsesión de lectura». También se sentía desamparado ante el televisor. Veía las emisiones que no ofrecían absolutamente ningún contenido, muchas veces furioso consigo mismo, del mismo modo que un alcohólico o un drogadicto se condena cuando ha bebido o se ha inyectado, pero busca el alcohol o la droga, como una necesidad, apenas vuelve a estar sobrio. Así se sentía Oskar B. frente al televisor; la expresión «necesidad» es en este caso algo más que una palabra estereotipada. Significa que en tales situaciones se siente una especie de angustiosa penuria que sólo puede satisfacerse recurriendo al medio ansiado. La indignencia que aquí se siente es la incapacidad de hacer algo por sí mismo, o más exactamente, de liberarse del yo, para llegar al sí mismo. Los ejemplares mencionados insinúan las enormes dificultades que se oponen a la liberación del

yo a través de la meditación. Se necesitan los «estímulos del yo» para sentir bienestar. Sólo ellos parecen hacer soportable la vida.

¿Por qué resulta tan difícil distanciarse de estos estímulos que alimentan el yo, y precisamente cuando uno se lo propone a ciencia y conciencia, por ejemplo en vacaciones? Ahora por fin quisiera uno hacer lo que quiere: dormir, haraganear, ir y venir sin preocupaciones... Pero no hay nada de esto. Se encuentra uno de nuevo envuelto en lo que los demás han planeado y decidido. Hay que visitar lugares y paisajes, celebrar encuentros, «estar allí» durante las veladas. Hay que dejarse llevar de acá para allá y maravillarse. Si no se hacen tales cosas, se cae en un abismo. Y esto podría ser beneficioso, si en el abismo se aprendiera a sentir el sí mismo. Pero es un abismo sin fondo. Se intenta con la máxima rapidez posible poner de nuevo los pies sobre tierra firme.

Pero ¿por qué no se puede sentir en sí el sí mismo? Esto depende de la segunda cualidad común a todas las vivencias iluminativas. Es el sentimiento de ser donado. El sí mismo se manifiesta sólo cuando se le siente como don. Algunos artistas, como por ejemplo Goethe, lo sintieron en las grandes dimensiones — se sintieron entonces como «vaso de una fuerza divina» — mientras que otros por el contrario veían aquí sólo una chispa del espíritu o una inspiración. Pongamos algunos ejemplos:

«Estuve pintando el cuadro durante mucho tiempo. Nunca estaba del todo contenta. De pronto, mientras daba un paseo, cuando pensaba en cosas enteramente distintas, se me ocurrió una idea. Me apareció como un don del cielo. Ahora sabía cómo debía llevar a cabo la composición total del cuadro» (una pintora).

«Discurrí durante semanas enteras cómo poner remedio a un defecto concreto de la empresa. Pero todo parecía conjurarse contra mí. Cuando estaba tomando té con la familia, tuve una iluminación. No puedo decir cómo se me ocurrió la idea. Me asaltó... De no ser por ella, muy pronto todo me hubiera salido mal en el negocio» (un apoderado de una empresa industrial).

«Cuando estoy en la sede del partido no se me ocurre nada. Discuto, desde luego, vivamente, pero sólo hablo de cosas vulgares, de las que todo el mundo puede hablar. Ahora me he acostumbrado a no hablar tanto. Puedo esperar. Y entonces es cuando tengo las mejores ideas. Todo lo que necesito es no impacientarme.

Entonces surgen espontáneamente, sin que me tenga que esforzar por encontrarlas» (un político).

Todas estas descripciones tienen como elemento común la vivencia de algo que se recibe. Todo lo que se requiere es estar preparado para reaccionar frente a la iluminación que surge del interior. Lo cual presupone una determinada capacidad del yo. Se trata de una disposición que se puede entrenar. La mayoría de las personas creadoras se han acostumbrado a ello sin un especial propósito previo. Han aprendido de forma espontánea a mantenerse abiertos a los impulsos del interior. Adoptan, pues, una posición contraria a la de aquellos científicos y artistas que afirman de sí no conocer ninguna inspiración. En cualquier caso, este último grupo constituye una ínfima minoría en la citada investigación llevada a cabo por Platt y Baker. Son personas que conciben su obra, desde el principio hasta el fin, como resultado exclusivo de un querer sistemático. Nada les adviene, ni de dentro ni de fuera. Todo lo han producido ellos. Así al menos viven sus propias creaciones. No conocen ni el azar ni la suerte y sólo piden, como máximo, las cualidades de inteligencia y aptitud. Sus obras llevan sobre la frente el sello de su origen: imponen por su extensión, su aplicación y su coraje, pero no tanto por su poder innovador. Incluso su aplicación se diferencia de la de los hombres creadores: es la aplicación del hombre que trabaja sin fatiga, según un esquema invariable, que produce con ritmo imperturbable: el autor en serie. Ya Fontane había llamado la atención sobre esta diferencia, cuando escribía: «En la aplicación artística hay algo que se diferencia de la producción en masa. Storm, que necesita más tiempo para escribir una poesía lírica que Brachvogel para escribir una novela- en tres tomos, salía de paseo muchas más veces que este último, pero también, como artista, dio pruebas de una aplicación cien veces superior. El hombre normal escribe masivamente lo que le viene a la cabeza. El artista, el auténtico poeta, anda muchas veces, durante dos semanas, a la caza de una sola palabra.»

Un excelente ejemplo de aplicación infatigable en el campo científico ofrece Virchow. No era sólo — como ya se ha dicho antes — un buen «vendedor». Era también un excepcional trabajador. Cuando acometía una tarea lo hacía con gran amplitud y ambición, a veces con demasiada amplitud. Esto puede afirmarse tanto de sus

investigaciones en el campo de la anatomía patológica como respecto de sus trabajos arqueológicos en su patria de Pomerania o de su incansable actividad política. Sólo que lo creador está aquí más en la extensión¹⁵ que en la calidad de las líneas directrices.

No es, pues, nada extraño que, de acuerdo con las modernas investigaciones, Virchow haya pertenecido al grupo de personas que tienen una mínima necesidad de sueño. Durante mucho tiempo le bastaron cuatro horas de sueño al día. En esto se parecía a Napoleón. ¿Puede acaso la obra del emperador francés tener alguna relación con una necesidad de sueño inferior a la media normal? ¿Acaso su ansia de poder y su impaciencia no arruinaron muchas cosas, muchas cosas que se habían abierto camino en la revolución como algo nuevo? Así al menos lo consideraba Talleyrand, que fue al principio admirador suyo.

Al margen de la valoración de este fenómeno histórico, puede decirse lo siguiente: los hombres con escasa necesidad de sueño no parecen pertenecer al grupo de los que comunican a la humanidad los impulsos más maduros. El que duerme bien y lo suficiente, está probablemente más despierto para los impulsos del mundo exterior. Estos hombres son más ágiles y están más preparados para el proceso de recepción. Sienten más y en escalas más variadas. Se dejan siempre sorprender por lo enteramente distinto, por lo que se opone a las ideas corrientes y vulgares.

Esto los coloca en el polo opuesto de aquellos otros hombres que no reciben nada ni del mundo interior ni del exterior. Lo fían todo de la voluntad, la aplicación y el esfuerzo. Ignoran el cansancio. Que hoy algo parezca distinto que ayer es sólo una señal de óptica falsa. El mundo seguirá siendo siempre como ha sido, es decir, tal como el interesado lo ha visto, aprendido y «capturado». También aquí se puede mencionar una vez más el ejemplo de Hitler. En sus años vieneses cristalizó su concepción de que los judíos eran sencillamente el mal. Dondequiera miraba, no veía sino la confirmación de esta idea. En *Mein Kampf* dice: «Desde que comencé a preocuparme por este problema, desde que fijé mi atención en los judíos, se me presentó Viena bajo una luz totalmente distinta a la de antes. Dondequiera iba, sólo veía judíos,

15. La bibliografía de Virchow incluye más de 2000 títulos, sin contar sus obras políticas.

y cuanto más miraba, más acusadamente distintos de los demás hombres aparecían ante mis ojos.» Es significativo que Hitler exponga su observación como resultado de una atención especial. En el fondo habría que decir: de una atención unilateral, ya desfigurada de antemano.

Decimos que se trataba de una atención unilateral ya por el simple hecho de que, propiamente, no hacía sino concentrarse en lo ya sabido. Se dejaba pasar por alto el otro componente: la capacidad de aceptación de lo desconocido. Si esta capacidad no está suficientemente desarrollada, o si ha sido reprimida — de hecho en los niños se da de una manera plena y perfecta— le faltará a la obra lo auténticamente nuevo. O expresado en otras palabras: Para ser realmente creador, no basta la actividad del yo. Debe ser completada con una actitud pasiva de este yo, una actitud que se alcanza como resultado de un largo proceso de aprendizaje, y a través de muchos rodeos y equivocaciones. El que la posee para muchas veces — como escribe por ejemplo Balzac — por perezoso. Pero lo que parece pereza es en el fondo capacidad de espera. Se dejan pasar tranquilamente soluciones y más soluciones, hasta que aparece la única acertada. Y entonces se sabe inmediatamente. El sí mismo y el yo creadores se hallan insertos en un proceso de intercambio. En efecto, sin comprensión, la inspiración sería inútil, como se advierte especialmente en aquellos casos en los que aparece una solución «cifrada». Recuérdese la antes mencionada serpiente de Kekulé. En general, se considera como la cosa más natural del mundo que Kekulé reconociera en la imagen de la serpiente que se muerde la cola la fórmula exacta de la estructura del anillo del benzol. Pero se olvida que la fórmula por él descubierta sólo fue posible porque su yo vigilante y despierto supo interpretar acertadamente el símbolo (la serpiente).

Así pues, la mirada creadora está siempre orientada también hacia el interior. A la vigilancia frente al exterior responde el contacto con el interior. Sólo así puede comprenderse también la importancia de las circunstancias exteriores para la actividad creadora. Que el origen, la educación, la cultura, la formación, el lugar de nacimiento, la guerra o la muerte hayan podido ser reelaborados creadoramente por los interesados, depende, y no en última instancia, de hasta qué punto la voluntad ha hecho suyas

estas circunstancias. Se puede ser hijo de un empresario o de un obrero, madre soltera o madre casada, chico o chica, alemán, americano o español; pero siempre será el sí mismo de cada uno el que decida la repercusión de estas circunstancias y la remodelación del propio destino. En este punto los resultados de la investigación sobre la creatividad no aportan datos sorprendentes. Confirman que no existen influjos externos que determinen necesaria y constantemente la actividad creadora. En todas las investigaciones empíricas se llega siempre y sólo a factores que paralizan o activan con mayor o menor probabilidad la creatividad, pero que ni la extinguen ni la producen. Carl Friedrich von Weizsäcker responde bien a esta descripción, cuando, respecto de los descubrimientos científicos, dice: «En el descubrimiento científico aparece el logro como algo que debo reconocer como no yo y, al mismo tiempo, como mí mismo. Ahora bien, el mí mismo permanece oculto a mi conciencia y sólo se anuncia como el don que me hace con su logro.»

Con ello, finalmente se insinúa otro hecho: sólo cuando las actividades del yo se complementan y perfeccionan con la capacidad de recepción del sí mismo creador, está garantizada una creatividad a lo largo de toda la vida. Señaliza lo que en cada una de las secciones de la vida intenta irrumpir al exterior: profesión, familia, hijos, amigos o cualquiera otra cosa. Pero, sobre todo, sólo este sí mismo es el que garantiza realmente el desarrollo individual del propio ser. Allá donde el individuo no puede ser reemplazado, sustituido por ninguna otra cosa, allá está el sí mismo. Que el individuo lo viva como don o como huida es lo que determina que se acierte a construir o destruir. La valoración de la propia vida, de la propia obra no depende tan sólo de si los demás ven este producto y cómo lo ven, lo juzgan y lo utilizan. Tiene ya la marca de algo creador por el simple hecho de que da forma en la vida a este sí mismo singular e intransferible. También aquí se dan niveles de creatividad. Algunos viven de tal suerte que en nada se advierte esa su intransferible singularidad. Viven como todos los demás. Pero en otros puede percibirse que está en marcha un algo impermutable que, sin embargo, por regla general no puede valorarse desde el exterior. El que en una oración fúnebre es alabado como persona insustituible, ha sido muchas veces

a las pocas semanas olvidado y reemplazado por otro, que quizá es mejor.

El yo puede percibir si está abierto a este núcleo intransferible del alma y si acepta sus dones. La mirada hacia el interior no significa abandono de los condicionamientos exteriores. El que quiere ser pintor no puede limitarse a contemplar su interior y pintar siguiendo sus fantasías. Debe saber también mirar al exterior y aprender a configurar su interior de la manera más auténtica y expresiva en beneficio de los demás. Pues para éstos pinta, si quiere que su obra sea creadora. Pero una vez ha aprendido la técnica y comprendido el espíritu de lo por venir, el artista debe seguir preguntándose si ha alcanzado el nivel más alto de que es capaz. Miguel Ángel miró, a lo largo de toda su vida, hacia su interior, para sacar de él lo mejor, o, dicho brevemente: dejar que su sí mismo se expresara con mayor perfección. Al final de su vida estaba convencido de que sólo había dado forma a una parte mínima de lo que su sí mismo más profundo contenía. Ahora propiamente es cuando podría empezar, como dijo un poco antes de morir. Las obras de Miguel Ángel son ejemplo de una creatividad fuera de lo común. Pero el principio que se refleja en ellas es válido respecto también de las actividades creadoras normales. En el capítulo primero mencionamos, a título de aclaración del concepto de creatividad, el ejemplo de la madre que trae un niño al mundo. Ya este niño hace que sea creadora. Pero es también creadora en un sentido superior si presta a su hijo cuidados que desbordan el nivel normal. Finalmente, es creadora en el sentido auténtico de la palabra sólo si hace que en el hijo se vayan desarrollando todas las capacidades de que dispone y que son presupuesto indispensable para la floración de la creatividad del niño. Desde esta perspectiva, la madre es para todo ser humano la fuente primera y decisiva de su potencial creador. Ella marca los caminos que hacen lo difícil fácil y lo impenetrable transparente. Una madre que olvida estas cosas y que utiliza al niño predominantemente para satisfacer deseos no del todo cumplidos, dificulta ya desde el principio su desarrollo creador. Para evitarlo, no debe mirar sólo al exterior y limitarse a copiar lo que otras madres hacen. Debe escuchar su interior profundo, para percibir allí los indicios de una mayor fecundidad. Llegado un cierto grado de

dificultad, podría dejar de interiorizar y contentarse con lo que ha hecho hasta ahora por su hijo. Pero puede también analizar constantemente sus sueños, sus tensiones, sus miedos y preocupaciones, no sea que se esté oponiendo a una mejor creatividad de su existencia. Incluso aunque viva sin tensión y crea por tanto que ha desarrollado perfectamente su naturaleza, aprenderá pronto algo nuevo, algo mejor.

No sólo los grandes espíritus se ven en la incapacidad de agotar en el decurso de su vida todo su potencial creador. El sí mismo creador es siempre mayor que lo que el yo reclama y realiza. Y esto se aplica a todos. Todo hombre podría recibir más, si quisiera ser más creador. Pero para quererlo debe renovarse siempre, como han mostrado los ejemplos del capítulo I. Sólo se pueden crear cosas nuevas cuando uno mismo es nuevo. O, para expresar en una breve fórmula la idea capital de este libro: debe descubrirse primero el sí mismo, para dejar que hable creadoramente para sí mismo y para los demás.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRAHAM, K., *Amenhotep IV (Echnaton). Psychoanalytische Beiträge zum Verständnis seiner Persönlichkeit und des monotheistischen Aton-Kultes.* «Imago» 1 (1912) 334.
- ACKERKNECHT, E.H., *Rudolf Virchow*, Stuttgart 1957.
- ANDREAS-SALOMÉ, L., *In der Schule bei Freud*, Munich 1965.
- BATTEUX, CH., *Les beaux arts réduits à un même principe*, 1746. La cita se toma de la obra de LANGE-EICHBAUM, W., y KURTH, W., *Genie, Irrsinn und Ruhm*, Munich-Basilea, 6.ª edición completamente corregida, 1967.
- BAUMGARTNER, A.G., *Aestetica*, 1750. Citado según LANGE-EICHBAUM, W. y KURTH, W., *Genie, Irrsinn und Ruhm*, Munich-Basilea, 6.ª edición completamente corregida, 1967.
- BIEBERBACH, L., *Carl Friedrich Gauss*, Berlín 1938.
- BLAUKOPF, K., *Gustav Mabler oder der Zeitgenosse der Zukunft*, Viena-Munich-Zurich 1969.
- BOEHM, F., *Bemerkungen zu Balzacs Liebesleben*, Psa. Almanach (1928) 154.
- BUCHENHOLZ, B. y NAUMBURG, G.W., *The pleasure process*, «Journal of nervous and mental disease» 125 (1957) 396.
- BULLOCK, A., *Hitler*, Düsseldorf 1967.
- CANNON, W.B., *Der Weg eines Forschers. Erlebnisse und Erfahrungen eines Mediziners*, Munich 1945.
- CARDANO, G., *Lebensbeschreibung*, Munich 1969.
- CATTELL, R.R. y DREYDAHL, J.E., *A comparison of the personality profile (16 P.F.) of eminent researchers with that of eminent teachers and administrators, and of the general population*, «British Journal of Psychology» 46 (1955) 248.
- CATTELL, R.B., *The personality and motivation of the researcher from measurements of contemporaries and from biography*, en TAYLOR, C.W., and BARRON, F. (dir.), *Scientific creativity: It's recognition and development*, Nueva York-Londres-Sidney, 31966.
- COUGHLAN, R., *Michelangelo und seine Zeit*, Nueva York 1971.
- DUNCKER, K., *Zur Psychologie des produktiven Denkens*, Berlín-Gotinga Heidelberg 1935.

- EITINGON, M., *Alexander und Diogenes*, «Zeitschrift für Psychoanalyse und Psychotherapie» 2, (1911) 415.
- ERIKSON, E.H., *Infancia y sociedad*, Buenos Aires, Paidós 1963.
- FEST, J.C., *Hitler*, Francfort del Meno 1973.
- FOUDRAINE, J., *Wer ist aus Holz?*, Muncih 1973.
- FEDERICO EL GRANDE, *Denkwürdigkeiten zur Geschichte des Hauses Brandenburg. Briefe an Voltaire. Die Schule der Welt*, edic. dir. por FÖRSTER, K. Munich 1963.
- GALTON, F., *Hereditary genius*, Londres 1869.
- GAMBLE, A.O., *Suggestions for future research*, en TAYLOR, C.W. (dir.), *The third (1959) University or Utah research conference on the identification of creative scientific talent*, Salt Lake City (1959) 292.
- GOLOVIN, N.E., *The creative person in science*, en TAYLOR, C.W. y BARRON F. (dir.), *Scientific creativity: It's recognition and development*, Nueva York-Londres-Sidney, 1966.
- GRASS, G., *Rückblick auf die Blechtrommel oder: Der Autor als fragwürdiger Zeuge*, «Süddeutsche Zeitung» 10,12/13.1.1974
- GUILFORD, J.P., *Basic problems in teaching for creativity*, en TAYLOR, C.W. y WILLIAMS, F.E. (dir.), *Instructional media and creativity*, Nueva York-Londres-Sidney 1966.
- Idem, *Intelligence: 1965 model*, «American Psychologist» 21 (1966) 20.
- Idem, *Intellectual factors in productive thinking*, en MOONEY, R.L., y RAZIK, T.L. (dir.) 1967.
- GUTMAN, H., *The biological roots of creativity*, en MOONEY, R.L., y RAZIK, T.L. (dir.) 1967.
- HEIDEGGER, M., *Sein und Zeit*, Halle 1941; tr. cast. *El ser y el tiempo*, México 1962.
- JENSEN, A.R., *How much can we boost IQ and scholastic achievement?* «Harvard Educational Review» 39 (1969) 2.
- JONES, E., *Das Leben und Werk von Sigmund Freud*, Berna-Stuttgart 1962; tr. cast. *Vida y obra de Sigmund Freud*, 3 vols., Anagrama, Madrid 1970.
- KEVENHÖRSTER, P. y SCHÖNBOHM, W., *Zeitökonomie im Management*, coloquio en «Mitteilungen des Hochschulverbandes» 21 (1973) 1.
- KOESTLER, A., *Die Nachtwandler*, Berna-Stuttgart-Viena 1959.
- Idem, *Der göttliche Funke*, Berna-Munich-Viena 1966.
- Idem, *The Call-Girls*, Londres 1972.
- KOHUT, H., *Eine Theorie der psychoanalytischen Behandlung narzisstischer Persönlichkeitsstörungen*, Francfort del Meno 1973.
- KRETSCHMER, E., *Geniale Menschen*, Berlín, 1931; tr. cast. *Hombres geniales*, Labor, Barcelona 1954.
- LANDAU, E., *Psychologie der Kreativität*, Munich-Basilea, 2.ª edic. corregida 1971.
- LANGE-EICHBAUM, W., y KURTH, W., *Genie, Irrsinn und Ruhm*, Munich-Basilea, 6.ª edic. corregida 1967.
- LEHMAN, H.C., *Age and Achievement*, Princeton 1953.
- LICHTENBERG, G.C., *Gedankenbücher*, edic. dir. por MAUTNER, F.H., Francfort del Meno-Hamburgo 1963.

- LOMBROSO, C., *Genio e follia*, Pavia 1864. Citado según LANGE-EICHBAUM, W., y KURTH, W., *Genie, Irrsinn und Ruhm*, Munich-Basilea 1967.
- Idem, *L'uomo di genio in rapporto alla psichiatria*, Turín 1894. Citado según LANGE-EICHBAUM, W., y KURTH, W., *Genie, Irrsinn und Ruhm*, Munich-Basilea 6.ª edic. corregida 1967.
- MANN, G., *Deutsche Geschichte des 19. und 20. Jahrhunderts*, Francfort del Meno 1958.
- MANN, TH., *Sieben Aufsätze*, Berlín 1929.
- Idem, *Leiden und Grösse Richard Wagners*, en idem, LEIDEN UND GRÖSSE der Meister, nuevos artículos, Berlín 1935.
- MAQUIAVELO, N., *Il principe*, introducción de Hans Freyer, Stuttgart 1962.
- MASER, W., *Adolf Hitler*, Munich-Esslingen 1972.
- MASLOW, A.H., *Towards a psychology of being*, Princeton-Nueva Jersey 1962.
- Idem, *Motivation and personality*, Nueva York 1970.
- MATUSSEK, P., *Zwang und Sucht*, «Nervenarzt» 29 (1958) 452.
- Idem; *Faktor Persönlichkeit in der Wissenschaftsplanung*, en KRAUCH, H., KUNZ, W. y RITTEL, H. (dir.), *Forschungsplanung. Ziele und Strukturen amerikanischer Forschungsinstitute*, Munich-Viena 1966.
- Idem, *Psychodynamische Aspekte der Kreativitätsforschung*, «Nervenarzt» 38 (1967) 143.
- Idem y otros, *Die Konzentrationslagerhaft und ihre Folgen*, Berlín-Heidelberg-Nueva York 1971.
- Idem y TRIEBEL, A., *Die Wirksamkeit der Psychotherapie bei 44 Schizophrenen*, «Nervenarzt» 45 (1974).
- MCIPHERSON, J.H., *A proposal for establishing ultimate criteria for measuring creative output*, en TAYLOR, C.W. y BARRON, F. (dir.), *Scientific creativity: It's recognition and development*, Nueva York-Londres-Sidney 1966.
- MEAD, M., *Sexo y temperamento en las sociedades primitivas*, Laia, Barcelona 1973.
- MEER, B., y STEIN, M.L., *Measures of intelligence and creativity*, «Journal of Psychology» 39 (1955) 117.
- MOTHS, E., y WULF-MATHIES, M., *Des Bürgers teure Diener*, Karlsruhe 1973.
- NIETZSCHE, F., *Die fröhliche Wissenschaft*, Munich, sin fecha (*La gaya ciencia*, obras completas, Madrid 1960).
- Idem, *Menschliches, Allzumenschliches. Ein Buch für freie Geister*, segundo volumen, Munich, sin fecha (*Humano, Demasiado humano*, obras completas, Madrid 1960).
- PARMELEE, A., en LUCE, G., y SEGAL, J., *Schlaß dich gesund*, Munich sin fecha.
- PIA, P., *Charles Baudelaire in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Hamburgo 1970.
- PINGET, R., *Auf der Suche nach dem Ton*, en «Luchterhand Information» 12 (1969).
- PLANCK, M., *Wissenschaftliche Selbstbiographie*, Leipzig 1955.
- PLATT, W. y BAKER, R.A., en CANNON, W.B., *Der Weg eines Forschers. Erlebnisse und Erfahrungen eines Mediziners*, Munich 1945.
- PANZARELLA, R., *The Phenomenology of Peak Experiences in Music and Visual*

Bibliografía

- Art and Some Personality Correlates*, unpublished dissertation, City University of New York, Graduate Center, 1974.
- RILKE, R.M., *Rodin. Ein Vortrag. Die Briefe an Rodin*, Francfort del Meno-Hamburgo 1955.
- RITTEL, H., *Hierarchie oder Team?* en KRAUCH, H., KUNZ, W. y RITTEL, H.H. (dir.), *Forschungsplanung, Ziele und Strukturen amerikanischer Forschungsinstitute*, Munich-Viena 1966.
- RUBINSTEIN, A., *Erinnerungen*, Francfort del Meno 1973.
- SERGEJEW, J., *Psychologische Hintergründe grosser Entdeckungen*, «Bild der Wissenschaft» 7 (1970) 546.
- SHAFTESBURY, A., *Characteristics of men, manners, opinions and times*, 1711; citado según LANGE-EICHBAUM, W., y KURTH, W., *Genie, Irrsinn und Ruhm*, Munich-Basilea, 6.^a edic. completamente corregida 1967.
- SHIRER, W.L., *Aufstieg und Verfall des Dritten Reiches*, Colonia-Berlín 1965.
- SOLLA PRICE, D.J. De, *Little Science, Big Science*, Nueva York-Londres 1963.
- SPEER, A., *Erinnerungen*, Berlín 1969.
- SPITZ, R.A., *Die Entstehung der ersten Objektbeziehungen*, Stuttgart 1957.
- STRINDBERG, A., *Kloster/Einsam. Zwei autobiographische Romane*, Munich 1969.
- TAYLOR, C.W. y BARRON, F. (dir.), *Scientific creativity: It's recognition and development*, Nueva York-Londres-Sidney 31966.
- TAYLOR, D., BERRY, P.C. y BLOCK, C.H., *Does groups participation when using brainstorming facilitate or inhibit creative thinking*. Según el informe de PARNES, S. y HARDING, H.F. (dir.), *A source book for creative thinking*, Nueva York 1962.
- TAYLOR, I.A., *The nature of the creative process*, en SMITH, P., *Creativity: an examination of the creative process*, Nueva York (1959) 51.
- TOCQUEVILLE, A. de, *De la démocratie en Amérique* (1835-1840), obras y cartas, vols. 1 y 2, basados en la edición histórico-crítica francesa dirigida por MAYER, J.P., ESCHENBURG, TH. y ZBINDEN, H., Stuttgart 1959; tr. cast. *La democracia en América*, Aguilar, Madrid 1971.
- TORRANCE, E.P., *Nature of creative talents*, en MOONEY, R.L. y RAZIK, T.L. (dir.), *Explorations in creativity*, Nueva York 1967.
- TROYAT, H., *Tolstoi oder: Die Flucht in die Wahrheit*, Viena-Düsseldorf 1966.
- ULMANN, G., *Kreativität*, Weinheim-Berlín-Basilea 1968.
- WATSON, J.D., *Die Doppel-Helix*, Reinbek 1971.
- WEIZÄCKER, C.F. y KRISHNA, G., *Biologische Basis der Glaubenserfahrung*, Weilheim 1971.
- WERTHEIMER, M., *Productive thinking*, Nueva York 1945.
- WOODSWORTH, R.S., en CANNON, W.B., *Der Weg eines Forschers. Erlebnisse und Erfahrungen eines Mediziners*, Munich 1945.

ÍNDICE DE NOMBRES

- Abraham, K. 112
 Ackerknecht, E.H. 50
 Adler, A. 38
 Allport, G.W. 30
 Andreas - Salomé, L. 83
 Aristarco 157
 Aristóteles 141

 Baker, R.A. 242 289
 Balzac, H. de 80 291
 Batteux, Ch. 16
 Baudelaire, Ch. 67
 Baumgarten, A.G. 16
 Beard, G.M. 35
 Becquerel, H. 264
 Benn, G. 222
 Berry, F.C. 30
 Bieberbach, L. 44
 Blaukopf, K. 241
 Bleuler, E. 154
 Blok, C.H. 30
 Brachvogel, A.E. 289
 Breznev, L. 177
 Breuer, J. 20
 Briand, A. 39
 Buchenholz, B. 235
 Bullock, A. 53
 Bumke, O. 112

 Cannon, W.B. 242 246 264 285
 Cardano, G. 42

 Cattell, R.B. 31s 42 82 271
 Clay, C. 43
 Comte, A. 112
 Copérnico, N. 157

 Dantico (obispo) 157
 Darwin, Ch. 157
 Dostoyevski, F.M. 241 271
 Drevdahl, J.E. 31 82
 Duncker, K. 18

 Eck, J. 43
 Einstein, A. 26 29 39 47 53ss 247
 Eitingon, M. 112
 Erikson, E.H. 71 81 125 140

 Federico della Rovere, príncipe de
 Urbino 16
 Fest, J.C. 24 53
 Fisher, B. 43
 Fleming, A. 264
 Fontane, Th. 30 82 122 186 271 282
 289
 Foudraine, J. 149
 Freud, S. 18ss 39 42 46ss 50s 55 111s
 123ss 155ss 182s 241
 Federico II el Grande 188

 Galilei, G. 32 42 141 156
 Galton, F. 12
 Gamble, A.O. 46

Índice de nombres

- Gauss, C.F. 44
 Gide, A. 241
 Goethe, J.W. 285 288
 Golovin, N.E. 13
 Göring, H. 53
 Grass, G. 241
 Guilford, J.P. 12 18 22s 27 36s
 Gutman, H. 26
- Harvey, W. 32
 Heidegger, M. 89
 Heraclito 26
 Heuss, Th. 195
 Himmler, H. 53
 Hitler, A. 20s 24s 51ss 65 129 135
 142s 168s 194ss 260 290s
- Jensen, A.R. 84
 Julio II (papa) 254
 Jung, C.G. 38
- Kafka, F. 241
 Kandinsky, W. 37
 Kant, I. 42 112
 Kekulé von Stradonitz, A. 242 285 291
 Kevenhörster, P. 267
 Kierkegaard, S. 112
 Koestler, A. 53 156 247
 Kohut, H. 142 259
 Kraepelin, E. 147
 Kretschmer, E. 17 112 157
- Landau, E. 12
 Lange-Eichbaum, W. 80
 Lehman, H.C. 35
 Lenin, I. 195
 Leonardo da Vinci 254
 Lichtenberg, G.C. 23
 Lombroso, C. 17 80
 Lutero, Martín 43
- Mahler, G. 241
 Mann, G. 54
 Mann, Th. 81s 122
 Maquiavelo, N. 173ss 177 196 266
 Marx, K. 42 90s 271
- Maser, W. 53
 Maslow, T.H. 235 237
 Mayer, S.G. 65
 McPherson, J.H. 46
 Mead, M. 85
 Meer, B. 44
 Menzel, A. 282
 Miguel Ángel, B. 56 254 271 293
 Moniz-Egas A. de, 48 153
 Moths, E. 100
 Mozart, W. A. 78
- Napoleón I 150 177 290
 Naumburg, G.W. 235
 Nietzsche, F. 23 67 111 207 244
 Nixon, R. 177
 Nurmi, P. 41
- Panzarella, R. 240
 Pablo III (papa) 157
 Paracelso, Ph. 32 42s
 Parkinson, J. 97
 Parmelee, A. 86
 Parnes, S. 12
 Pasteur, L. 32
 Picasso, P. 37 182
 Pinget, R. 236
 Planck, M. 9 34 39 47ss 52s 55 149
 Platt, W. 242 289
 Poincaré, H. 53
 Proust, M. 158 241
- Raubal, G. 129
 Rauschning, H. 196
 Rilke, R.M. 83 270
 Rittel, H. 30
 Rodin, A. 270
 Rousseau, J.J. 91
 Rubinstein, A. 246
- Sauerbruch, F. 178s
 Schiller, Fr. 17 157
 Schlegel, A. 16
 Schönbohm, W. 267
 Sforza, L. 16
 Shaftesbury, A. 16

Shaw, B. 81
Shirer, W.L. 53
Smith, J.A. 12
Sócrates 143
Soljenitsin, A. 241
Solla Price, D.J. de 15 184
Speer, A. 53
Spitz, R. 258
Stalin, J.W. 198
Stein, M.L. 44
Storm, Th. 289
Stresemann, G. 39

Talleyrand, K.M. de 290
Taylor, J.A. 30 38 46
Tocqueville, A. de 175s

Tolstoy, L.H. 13 17 29 177 259
Toynbee, A.J. 253 267 268
Turgeniev, J.S. 259

Virchow, R. 50 185 289
Voltaire 188

Wagner, R. 81s
Watson, J.D. 48 157 189
Weizsäcker, C.F. v. 292
Wertheimer, M. 18
Woodworth, R.S. 264
Wulf-Mathies, M. 100

Zweig, A. 111